



PRISCILA SERRANO

EL PELIGRO
QUE NOS
UNE

BO-KISS

Copyright

EDICIONES KIWI, 2019

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, febrero 2019

© 2019 Priscila Serrano

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Victoria Vílchez

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Cada paso que damos hacia adelante
nos aleja de los errores que cometimos.

A ti lector, a mi familia, a mis amores.

Prólogo

Años atrás.

—¡Estoy harta de ti y de tus mierdas!

Escucho los gritos de mi madre desde mi dormitorio y, aunque estoy acostumbrado a todas las peleas que tienen continuamente, parece que esta no es una más, sino la última.

La puerta de mi habitación se abre y mi hermana pequeña, Mina, entra hecha un mar de lágrimas. Odio que pase esto y odio que ella, con solo trece años, tenga que vivirlo. Soy mayor que ella solo cuatro años y entiendo un poco más lo que sucede, pero, aun así, también me duele que nuestros padres lleguen a odiarse de esta manera.

—Jason, ¿crees que mamá y papá se van a separar? —murmura mi hermana, y la miro.

Cuando entró en mi habitación hizo lo que siempre hace cuando nuestros padres se pelean. Se mete en la cama conmigo y esconde su cabeza entre mis brazos.

—No lo sé —miento.

Estoy seguro de ello, sé que es el fin. Mi padre se lo ha ganado a pulso haciendo esos trabajos con los que lo único que está consiguiendo es ponernos en peligro a todos.

Hace años no sabía cuál era su trabajo, cómo se ganaba la vida. No éramos una familia llena de lujos, pero vivíamos bastante bien. Ahora sí lo sé y lo odio, aborrezco lo que hace y también a él por jodernos la vida de esta manera.

—¡Siempre estás quejándote! ¡Luego, cuando traigo el dinero, no gritas tanto!

Las voces cada vez son más altas y, en cada grito, mi hermana se esconde más. Yo solo la abrazo fuerte para que sienta que, al menos, me tiene a mí.

Se pasan discutiendo casi una hora, hasta que escucho que la puerta de casa se cierra de un fuerte portazo. Mi hermana se ha quedado dormida entre

mis brazos, llorando, y cuando la dejo sobre la cama puedo comprobar su rostro. Tiene las mejillas y la nariz rojas de tanto llorar. Salgo de mi habitación y bajo las escaleras para ir en busca de mi madre y saber cómo está.

Me la encuentro sentada alrededor de la isla de la cocina, tomando una copa de vino y secándose las lágrimas. Me acerco a ella cauteloso, como si pudiera hacerle el mismo daño que le está haciendo mi padre. Porque me parezco tanto a él que a veces me odio por ello.

—¿Mamá? —pregunto a la vez que mis piernas caminan hasta ella.

Levanta la mirada, y lo que sus ojos me están diciendo no es lo que esperaba.

—Vete, Jason —me dice, y me quedo paralizado.

—¿Cómo?

—Vete con tu padre.

—¿De qué estás hablando? No puedes pedirme eso —claudico, incrédulo.

Ella endurece su rostro y se levanta para señalarme con el dedo. La rabia que veo en esos ojos, que otras veces me han mirado con tanto amor, es como si me estuvieran echando encima todo el cemento que utilizaron para levantar la casa en la que vivimos en este momento.

Horas más tarde salgo de casa junto con mi padre. Mi hermana no para de llorar, y una parte de mí se queda con ella. No puedo mirar atrás, no puedo mirarla cuando me voy. ¿Cómo hacerlo cuando duele tanto?

En este momento, mi vida va a sufrir un cambio, uno tan duro que hará que olvide todo lo que soy, todo lo que mi madre me enseñó, todo lo que un día quise ser y lo que nunca seré.

Un diente de león, eso seré. Inestable, inseguro, infeliz. Un soplo, y caeré.

Capítulo 1

Tres años antes.

Tengo que levantarme, tengo que hacerlo antes de que llegue mi padre y me tire un cubo de agua helada. Mis ojos están pegados y el cuerpo me pesa tanto que parece que tengo encima una roca enorme.

Escucho el cerrojo de la puerta de este maldito apartamento y me incorporo antes de que sus gritos se metan en todos mis sentidos.

— ¡Jason! —me llama.

Con los pies arrastrando, abro la puerta de mi habitación y me lo encuentro frente a mí, mirándome con la misma dureza de siempre.

—¿Aún estabas dormido, vago? Sabes que tienes que ir al otro lado de la ciudad para ver a Anthony.

Solo le importa esa estúpida visita a su «mejor amigo». Aunque si eso es un amigo, ¿cómo serán los enemigos? Asiento para que sepa que iré, aunque da igual el estado en el que me encuentro por su culpa. Tengo escalofríos y he pasado la peor noche de mi vida, y todo ¿por qué? Porque mi padre se ha pasado los últimos dos años levantándose cada día con agua fría, como si con eso consiguiera que le hiciera caso.

Me doy la vuelta para volver a la cama y me coge del brazo, enfurecido.

—¿No has oído lo que he dicho? —me pregunta.

—Sí, papá. Tengo una cita con tu amigo.

—¿Y por qué cojones te vas a la cama de nuevo? Vístete y sal de una vez o llegarás tarde —inquieta, y frunzo el ceño.

¿Qué hora es? Me fijo en el reloj de mi mesilla y bufo cabreado. He dormido más de catorce horas, pero ¿qué esperaba? Si estoy enfermo y lo único que mi cuerpo pide es cama.

—Ya me visto.

Cierro mi puerta y me dirijo al armario para sacar la ropa. Tengo que conducir una hora más o menos hasta llegar a Manhattan. Cuando acabo de vestirme, salgo al salón y mi padre está tirado en el sofá, viendo un partido de

los New England Patriots mientras se toma una cerveza. Así es desde que nos vinimos de California y dejamos a mi madre y a... Mina. Cuánto la echo de menos.

Mi padre me ve parado frente a él y me señala la mesa; la miro y veo el paquete que tengo que llevar a su amigo. Suspiro mientras mis manos lo agarran y salgo del apartamento.

Conduzco con tranquilidad; aunque a Anthony no le gustaba esperar, hoy tendrá que hacerlo. No estoy bien y lo último que quiero es perder el control del volante y estamparme contra un árbol. Mi vida antes que esta mierda.

Una hora después, estoy entrando en el barrio del Bronx y tengo que fijarme muy bien en cada esquina de cada calle. Suele haber policías escondidos y lo único que me falta es que me pillen con un kilo de cocaína en el coche. Sí, mi padre es traficante desde hace años, y primero les manda una muestra a futuros clientes para después hacer el envío mayor. Y claro, para eso me tiene a mí, para llevar las muestras, y eso es lo que me está hundiendo la vida.

Cuando llego al pequeño escondite de Anthony Brown, uno de sus gorilas me coge de la camisa y me lleva hasta él. Yo me fijo en cómo me mira y temo lo peor. Hace bastante tiempo que no estaba frente a este hijo de puta y hoy me tiemblan hasta los dedos de los pies.

—Pero mira a quién tenemos aquí. —Se levanta y hace que me suelten.

—Hola, Anthony, aquí te traigo el envío de mi padre.

Sin responderme, me pega un puñetazo que me tira de espaldas al suelo. Su reacción no me la esperaba; de hecho, estoy sorprendido, pues se supone que es amigo de mi padre. Me cogen entre dos tipos que hasta ahora no había visto y Anthony vuelve a golpearme, pero esta vez en el estómago. Siento cada golpe en mi cuerpo, pero no puedo hacer nada, no puedo defenderme.

—¡Esto es gracias a tu padre! ¡Si me hubiera pagado lo que me debía, ahora no estarías aquí! —grita mientras me golpea.

¿Mi padre le debe dinero y, aun así, me ha mandado aquí? ¿Qué clase de padre hace eso?

Otro puñetazo choca contra con mi nariz y noto como la sangre brota de esta. Ya no siento el dolor, ni siquiera puedo odiar a mi padre. Ya no siento nada. Todo está perdido.

Dos años antes.

¿Puede cambiarte la vida de un segundo a otro? Yo creo que sí, a mí me cambió. Pasé de vivir con mi padre a estar encerrado en una habitación de la inmensa casa de Anthony Brown. Hace ya un año que me tiene aquí, bajo su mandato. Tras acabar con la vida de mi padre por no pagarle la gran cantidad de cincuenta mil dólares, me cogió a mí como si fuera un cheque en blanco, alabando mi gran destreza para esconderme y la rapidez en las entregas. La única pega, si me retraso o simplemente no sale como él quiere, me pega una paliza y me encierra en este maldito cuarto durante días, sin agua ni comida. Esta vez ha sido por querer ayudar a salir de aquí a un chico, de tan solo quince años, con el que estaba haciendo lo mismo que conmigo. No podía permitirlo.

La puerta se abre y me deja ver a Anthony. Viene con una bandeja entre las manos, llena de comida, la pone sobre la mesa y me insta a que me siente. Tras él, una chica de más o menos mi edad entra con el botiquín para curarme los cortes de la espalda y las heridas de la cara. Alzo una ceja y me niego a todo, no quiero nada de él.

—Por mí puedes meterte la comida por el culo —escupo, endureciendo el gesto—. Y no te ofendas, pero prefiero que no me toques —digo mirándola a ella.

No la conozco de nada, pero tampoco quiero hacerlo. Ella se sorprende y se da la vuelta para salir de la habitación, pero él la agarra del brazo.

—Espera, Jasmine —le dice—. No te conviene seguir con esa actitud de niño malcriado, Jason. —Me mira—. Solo quiero que vivas bien, pero no me lo pones fácil.

—Si a esta mierda de vida le puedes llamar vivir bien, prefiero estar muerto de una vez.

Avanza hasta mí y pone una mano en mi hombro. Lo hace tan fuerte que se me escapa un grito de dolor. Hace solo dos días que me pegaron y mi cuerpo se resiente aún, aunque los golpes cada vez me están cambiando más.

—No quiero hacerte daño, Jason —expresa con fingida calma—. Te propongo algo. —Alzo una ceja—. Tú mejoras tu actitud y, a cambio, te dejaré salir de esta casa un día.

—Ya salgo siempre de aquí, pero para hacer lo que tú quieres.

—No me refiero a eso. Digo que podrás hacer lo que quieras, solo un día y vuelves por la noche.

Su propuesta me gusta y me hace pensar en la posibilidad de emplear ese día para escapar, aunque no puedo dejar que me engañe, ya que seguramente no saldré solo. Me dispongo a responder y niega.

—Si, de lo contrario, no vuelves, acabaré con toda tu familia.

—No sé de qué me hablas —titubeo nervioso, y solo eso me ha delatado.

—¿Pensaste que no sabía que tienes madre y hermanas? —me pregunta, y yo entorno los ojos intentando entender por qué lo ha dicho en plural.

¿Hermanas? Que yo sepa solo tengo una hermana y me moriría si este hijo de puta le pone sus sucias manos encima. Agacho la cabeza para que vea que acepto su propuesta, pues las palabras no me salen en este momento... Ahora mismo lo único que quiero es saber que están bien, que Mina está bien. Lo miro de nuevo y ve la súplica en mis ojos.

—Tranquilo, ellas aún están bien, pero depende de ti que eso siga así.

—Está bien, acepto tu propuesta.

Y como si el diente de león recibiera una brisa inesperada, caigo al abismo, me hundo en él y no sé cuándo saldré.

Dos días después.

Hoy es el día, ese que mi gran jefe me ha dado libre para que haga lo que me dé la gana, y quiero hacer algo, pero me será imposible llegar a tiempo. Quería ir a verlas aunque sea a distancia, y estoy lejos para eso, así que dedico mi día a descansar y, de paso, entro en una tienda de tatuajes donde elijo el que será el primero.

Marcar mi cuerpo con tinta es mejor que hacerlo con golpes. Y si la tinta tapa los golpes, mejor. Un diente de león en el costado derecho, ese es el tatuaje que he elegido, el que representa tanto mi vida, mi oscura vida, la que tengo por culpa de las malas decisiones de mi padre. Si hubiera elegido el camino correcto, ahora no estaría malgastando mis días en un mundo que siempre odié. Y, aunque no volvería con mi madre, puesto que ella me echó de su vida, sí estaría cerca, pero para estar al lado de mi hermana. Es lo único que me importa, que ella esté bien.

A las doce de la noche ya estoy entrando en la mansión de Anthony y me saluda como si fuera mi mejor amigo, cosa que trago para hacerle creer que he cambiado.

Los siguientes días vuelvo al trabajo y, en pocos meses, comienzo a ganarme la confianza de Anthony, convirtiéndome en su mano derecha. No me quedaba más que aceptar mi vida a partir de ahora, convirtiéndome en Lion y olvidando a Jason. Tengo que seguir adelante con lo que soy ahora y olvidar por fin a aquel muchacho que solo quería cuidar de su familia.

Un año tras otro. Un trabajo tras otro. Una visita tras otra. Una paliza tras otra. Ese es el camino que me han obligado a elegir.

Solo una cosa me prohibió Anthony tras nombrarme su mano derecha: Nunca toques a mi hija. Jasmine era su hija. Esa chica de tez blanca y cabello del color del fuego estaba prohibida, aunque no del todo.

Una de tantas noches en las que ella acaba entre mis brazos, en el sótano de la casa, Anthony nos pilla y, tras coger a su hija y separarla de mí, se la lleva a rastras, pero no sin antes dejarme con la compañía de Logan y Bill. Ellos son sus matones y los que tantas palizas me han dado. Ambos vienen a por mí y, antes de hacerlo, una explosión se escucha en el piso de arriba y una viga del techo cae sobre Bill.

Corro hasta las escaleras dejando tirado a Logan, que intenta sacar a Bill. Para ser sincero me importa poco lo que les pase a esos tipos. Cuando llego al piso de arriba, el salón está envuelto en llamas y escucho los gritos de Jasmine en su interior. No lo dudo ni un segundo y entro para ayudarla, pero el fuego no me lo permite y ella me pide que me salve.

—¡Eres libre, Lion! ¡Sal de aquí!

Niego mirando de un lado al otro y no me tranquilizo hasta que no veo el cuerpo de Anthony bajo unos trozos de madera. Está inconsciente y juraría que también muerto. Saber eso me ayuda a tomar la decisión de salir de la mansión Brown y, sin pensarlo, corro hasta la puerta sin mirar atrás.

Corro, corro y no paro, no miro atrás. Escucho otra explosión y las sirenas llegar a la zona, pero yo no paro de correr y solo lo haré cuando esté lejos de todo.

Capítulo 2

Abby

Un año antes.

No puedo creerme que esté en esta iglesia con mi padre. Está a punto de darle el «sí, quiero» a una mujer que recién he conocido hace apenas una semana. ¿Están locos? No llevan ni un año juntos y ya se están casando. Y eso no es lo peor, tiene una hija de mi edad que me mira como si quisiera matarme. ¿Qué culpa tengo yo? Soy otra víctima como ella.

—Hija, ¿estás lista? —me pregunta mi padre, dándose la vuelta.

Lo miro de arriba abajo y no puedo evitar sonreír al verlo. Está guapísimo con ese traje azul marino que hace conjunto con sus ojos. Siendo sincera, no me gusta la idea de compartirlo con otras dos personas, pues desde que murió mi madre hemos sido él y yo contra el mundo, y ahora seremos cuatro. Suspiro y asiento, solo me queda ser feliz por él; por esa sonrisa que no se borra de su rostro y que hacía tanto que no veía. Mi padre ha sufrido demasiado. La enfermedad de mi madre se lo estaba llevando a él por delante, hasta que ella se fue sola, porque hasta para eso era buena.

Me acerco a él y lo abrazo, y me importa muy poco que mi vestido de dama de honor se arrugue.

—¿Y esto? —me pregunta.

—Soy feliz por ti, papá. —Suspiro—. Si ella es tu felicidad, pues será la mía también. No te voy a engañar, no me hace gracia compartir a mi padre, pero...

—Abby, no me estás compartiendo. Tú siempre serás mi hija, mi pequeña. ¿Queda claro? —Asiento, sintiéndome una niña tonta—. Ahora seremos una familia de nuevo. Además, Mina necesita una hermana y tú eres ideal para ese puesto.

Agacho la cabeza, entiendo a que se refiere. Mina también es una chica que sufrió mucho cuando su hermano se fue con su padre hace tres años; no

saben nada de él. También está el hecho de que su madre fue quien lo echó de su hogar, y eso Mina no se lo perdona, así que tienen una relación difícil.

—Es la hora.

Escuchamos la voz de mi abuela desde el otro lado de la habitación. Mi padre vuelve a abrazarme y, tras suspirar al menos cinco veces, coge mi mano y salimos para ir hasta el altar, donde tiene que esperar a la mujer que ha elegido para ser su nueva compañera de viaje. Karen no es una mala mujer y sé que ama a mi padre más de lo que dice, y eso, en cierto modo, me hace feliz y la acepto como su esposa.

Yo camino hasta la entrada de la iglesia para buscar a Mina y a Karen, las miro y sonrío. La novia está preciosa y me da un beso en la mejilla. Nos ponemos delante de ella con unos pequeños ramos en las manos y comenzamos a entrar en la iglesia. Ella va sola, no ha querido que nadie la lleve al altar, solo nosotras la acompañamos.

La ceremonia ha sido preciosa, ver cómo Karen y mi padre se decían con los ojos todo lo que sentían y luego escuchar de sus labios cada palabra. Ha sido un sueño y me he emocionado mucho. Pero mi gesto cambia cuando veo a Mina mirarme con cara de pocos amigos, como si le molestara que fuera feliz por nuestros padres, aunque en parte la entiendo. Cuando acabamos, me acerco a ella para hablarle y se da la vuelta para irse, pero no la dejo y cojo su brazo, tiro de ella y me la llevo al interior de la iglesia, donde una hora antes estaba con mi padre.

—¿Qué quieres? ¡Suéltame! —grita, soltándose de mala manera.

—Lo siento, no quise traerte así y mucho menos hacerte daño, pero quería hablar contigo a solas.

—¡Habla!

Su mirada es fría y distante y no quiero llevarme mal con ella. Voy a entrar en su mismo instituto y, con la suerte que tengo, incluso en su misma aula; lo que menos necesito ahora es que me haga la vida imposible a diario.

—Quiero que sepas que a mí esta situación tampoco me gusta...

—Pues finges demasiado bien —me interrumpe.

Suspiro y me siento en el sillón que hay en una esquina de la habitación. Ella me sigue con la mirada y se sienta a mi lado después de bufar. Está cabreada, y yo, yo también lo estoy.

—Que me alegre por nuestros padres no significa que esté de acuerdo, pero mi padre ha sufrido tanto por la muerte de mi madre que ahora no puedo amargarle la vida porque haya decidido rehacerla. ¿Lo entiendes? —Me mira y agacha la cabeza—. No te pido que seamos las mejores amigas, y mucho menos, hermanas, pero sí que nos llevemos bien. ¿Crees que podrás hacer el esfuerzo?

—Yo no quiero que mi madre sea feliz, pero lo haré por tu padre.

—¿Eso es un sí?

—Sí.

Me abalanzo sobre ella y la abrazo. Ella se queja y me separa.

—¡Espera, espera! —me grita—. ¡Joder, Abby, para!

—Está bien, lo siento —le digo, separándome de ella.

—Acepto con varias condiciones.

—Tú dirás.

—Nada de abrazos y grititos de alegría, me dan grima. —Asiento sin borrar la sonrisa de mi cara—. Nada de llamarme hermana, mucho menos en público. Nada de entrar en mi habitación sin permiso. Nada de acercarte a los chicos que me gustan. Nada de...

—Espera, Mina, ¿puedes ponerlo por escrito? Ya se me ha olvidado la mitad —me burlo.

—Nada de burlarte. —Suspira—. Mira, con que te comportes en el instituto, me vale. Lo que pase en la casa, ya lo iremos hablando.

Estrechamos nuestras manos, pactando una buena convivencia, sin jodernos la una a la otra, y eso me anima a querer pisar su casa.

Poco tiempo después, seríamos inseparables... Amigas y hermanas, aunque ella odiara que se lo dijera en público; en realidad, sabía que le encantaba.

En la actualidad.

—¡Abby, mueve tu precioso culo y vamos! —me grita desde el otro lado de la puerta de su habitación.

Anoche estuvimos en una fiesta en la que me dieron de beber demasiado. Yo no estoy acostumbrada, así que en este momento estoy como si me hubieran pegado una paliza.

—¡Llegaremos tarde al examen de biología! —grita de nuevo, pero esta vez con burla.

Me levanto de golpe, consiguiendo que mi cabeza dé mil latidos por segundo. Un examen es lo único que me haría levantarme. No es que sea una empollona, pero no me gusta suspender y menos cuando tengo las cosas tan claras en la vida. Le abro la puerta y entra con una sonrisa maliciosa que me pone la piel de gallina; si no fuera porque la conozco mejor que su madre, diría que quiere matarme.

—Sabía que eso te haría levantarte.

Estoy dando vueltas de un lado al otro, buscando los vaqueros que tenía preparados minuciosamente encima de la silla del ordenador para hoy, pero parece que anoche hice más estupideces de las que recuerdo. Los encuentro tirados en el suelo, llenos de vómito, y los cojo con dos dedos poniendo cara de asco.

—A la mierda el vaquero nuevo —se burla Mina, y se lo tiro encima—. ¡Joder, qué asco! ¡Huye, Abby, porque como te coja te mato!

Su mirada refleja la furia con la que me ha dicho cada palabra, y eso hace que me olvide del fuerte dolor de cabeza que tengo y me encierre en el baño para bañarme y así dejar que se calme. Escucho los gritos y aporreos en la puerta del baño y me carcajeo para cabrearla aún más, aunque en el fondo sé que no me hará nada. Me meto bajo el chorro de agua caliente y me ducho con tranquilidad, demasiada para tener un examen en dos horas. Cuando termino, me lavo los dientes y salgo de nuevo. Ya hace unos diez minutos que no escucho a Mina y eso puede significar varias cosas: uno, se ha ido sin mí; dos, me está esperando para matarme; tres, se ha calmado. Salgo con cautela y suspiro al ver que es la tres. Está sentada en la cama, entretenida con algo. Camino hasta ella y me entran ganas de estrangularla cuando veo que está cortando mi blusa favorita en cachitos diminutos.

—¿Estás loca?! —le grito, y me ignora.

Le quito lo que queda de la blusa de las manos de mala manera y me increpa.

—Eh, dame eso.

Alzo las cejas, incrédula.

—¿En serio me estás pidiendo mi blusa? ¡Estás como una cabra! —

exclamo, lanzándola a la basura.

—Eso te pasa por tirarme tu vómito encima, he tenido que cambiarme de camiseta. Además, huelo a... —Acerca la nariz a su pecho y pone cara de asco—. Creo que tengo que ducharme.

—Pues no hay tiempo.

—Tú me esperas aquí, y pobre de ti como te vayas sin mí, Abby.

—Está bien, ve a ducharte... Te esperaré en la cocina.

Sale de mi habitación y, cuando termino de vestirme, salgo yo también y me dirijo a la cocina, donde me encuentro a Karen desayunando. No veo a mi padre por ningún lado, así que deduzco que ya se ha ido al trabajo. Otro día que no lo veo.

—Buenos días —la saludo, y me da un beso en la mejilla.

—¿Quieres desayunar? He preparado tortitas.

Mis ojos se abren y mi estomago ruge tan fuerte que ella se da cuenta.

—Eso es un sí —afirma, y me sirve dos con canela—. ¿Cómo lo pasasteis anoche? Por vuestros gritos al llegar, parecía que veníais bebidas.

—Lo siento, nos sentó mal, pero no bebimos demasiado —miento—. Una cerveza si acaso.

—No le mientas, Abby —dice Mina, entrando en la cocina.

Mira de mala manera a su madre y se sienta a mi lado. Karen ni siquiera se atreve a acercarse a ella, sabe que la rechazará, así que le sirve el desayuno y sale de la cocina. Desde la puerta nos grita que se va al trabajo y escuchamos el portazo. Mina se encoge de hombros al ver mi cara de cabreo y se dispone a acabar con el desayuno. Niego y hago lo mismo.

Media hora después estamos entrando en clase y esperando la tortura de examen de biología. Mina y yo estamos en la misma aula, incluso nos sentamos juntas. No tenemos demasiadas amigas en el instituto, pero no las necesitamos.

Una hora después, acaba el examen y nos dan el descanso de media hora para salir al jardín. En él nos encontramos con Minerva, una chica nueva a la que nadie habla. Mina al principio no quería acercarse, pero yo sé lo que es ser la nueva, así que yo sí me acerqué y nos hicimos amigas.

—Hola, Minerva. ¿Cómo te fue el examen? —le pregunto, sentándome a su lado.

—Mal, creo que voy a suspender.

Mina se sienta frente a nosotras y comenzamos a hablar de la fiesta. Minerva también vino y, aunque ha sido la primera a la que iba, se lo pasó demasiado bien. Creo que las tres nos pasamos de copas.

Volvemos a clase y, tras una mañana dura en la que hemos tenido dos exámenes más, salimos agotadas. Nuestra intención es volver a casa caminando, ya que el autobús del instituto es demasiado lento y nosotras llegaremos antes. Nos sentamos un momento en los bancos del jardín, en la entrada, y nos quedamos unos minutos tomando el sol. Entonces, noto la mirada de alguien. Abro los ojos y, apoyado en un árbol, hay un chico alto, moreno. No puedo fijarme demasiado por el sol, pero sé que nos está mirando a nosotras.

—Oye, Mina. ¿Conoces al chico que nos mira desde el árbol? —le pregunto, y ella abre los ojos para mirarlo.

Lo observa durante unos segundos, hasta que la expresión de su cara cambia y puedo ver dolor en sus ojos. Se levanta para observarlo mejor y unas lágrimas caen por sus mejillas. Me acerco a ella preocupada, pues en todo este año solo la he visto llorar una vez y fue porque le pregunté por su padre. Al ver cómo se puso, no quise saber más y olvidamos el tema.

—Jason.

Capítulo 3

Jason

Llevo dos horas esperando en la puerta del instituto a que salga Mina. Hace unos días que por fin decidí que era hora de volver a casa. Tampoco tenía a donde ir, pero de igual forma solo quería verla, saber que estaba bien y que supiera que yo seguía vivo. Me pongo bajo un árbol, ya que el sol está en todo su esplendor y quema. Cuando por fin escucho sonar la sirena, me pongo nervioso al ver que los alumnos empiezan a salir. Entonces la veo, va con otra chica un poco más alta que ella, castaña y delgada. Me fijo en Mina y sonrío al comprobar la mujer en la que se está convirtiendo, llevar cuatro años sin verla ha hecho que me pierda muchas cosas junto a ella.

Unos minutos bastan para que su acompañante me vea y le diga que alguien la observa. Mina alza la vista y, cuando se da cuenta de quién soy, veo como sus ojos se llenan de lágrimas y no tarda ni un segundo en correr hacia mis brazos. No veo la hora en la que llegue hasta mí, y cuando lo hace solo puedo estrecharla entre mis brazos, como cuando nuestros padres peleaban y se escondía en mi habitación.

—Jason, Jason. Eres tú, estás aquí —dice, sin dejar de derramar miles de lágrimas.

Odio cuando llora, pero en este momento me da igual que lo haga porque sé que son de felicidad, la misma que siento yo al verla después de tantos años.

—Sí, soy yo, soy yo. Mírame.

Nos separamos y me mira de arriba abajo con una sonrisa que brilla mucho más que el sol. Beso su mejilla con fuerza y vuelvo a abrazarla. Escuchamos los gritos de la amiga que viene en su busca, y cuando llega hasta nosotros me quedo en silencio y la miro por encima del hombro de mi hermana. Por unos segundos me fijo en ella, observando su tez blanca llena de pecas y sus ojos azules como el cielo. No sé quién es, pero hay algo de ella que me molesta.

Mina se aleja de mí unos instantes y coge el brazo de la pecosa.

—Abby, este es mi hermano Jason. Ella es Abby, nuestra hermanastra.

Y como si un balde de agua fría hubiese caído sobre mí, como cuando mi padre me despertaba, siento que mi mundo vuelve a desmoronarse. ¿Una hermanastra? Eso solo quiere decir que mi madre se ha vuelto a casar. Frunzo el ceño y la miro con mi peor expresión, haciéndole ver lo mal que me cae, lo poco que me gusta que pertenezca a mi familia y el odio que ya siento por ella sin apenas conocerla.

Abby no quiere acercarse a mí, pero no me quita ojo de encima. Yo tampoco dejo de mirarla, aunque no quiera, solo para que vea mi desconcierto. Mina coge su mano para acercarla y yo me cruzo de brazos.

—Vamos, ven, Abby. Jason no te va a morder —se burla mi hermana, y veo como su cara se tiñe de todos los colores.

Sonrío de lado, con malicia, mientras mi ceja derecha se alza altanera.

—No pasa nada. Hola, Jason, encantada de conocerte al fin —me saluda con voz de pito.

Hasta su voz me molesta y solo me dan ganas de estrangularla. Me acerco unos pocos milímetros y alzo mi mano, ella la levanta también y nos las estrechamos. Yo aprieto, casi haciéndole daño.

—Perdona que no pueda decir lo mismo.

Suelta mi mano para después moverla de arriba abajo. Frunce el ceño mientras traga saliva, y se muerde el labio inferior. Expulso todo el aire de mis pulmones, que no sabía que estaba reteniendo, y me giro para centrarme en mi hermana. Tengo tantas cosas que preguntarle; hay tantas cosas de las que hablar que no sé por dónde empezar.

—¿Ya sabe mamá que has vuelto? —pregunta, y yo niego—. Vamos, pensábamos irnos caminando.

—Tengo coche, vamos.

—Guau, tengo un hermano con coche. —Pega saltitos como una niña pija y me carcajeo.

—Mina, saltitos ¡no!

Escucho que Abby le recrimina ese gesto y la miro otra vez, cabreado. ¿Qué cojones le importa a ella que mi hermana dé saltos como una niña? Otro punto para no darle ni una mínima oportunidad.

Caminamos en silencio hasta mi coche y mi hermana deja pasar a la ratita, como ya la he apodado en mi mente, porque es una rata que se ha colado en nuestras vidas. Mi coche es de tres puertas, así que Abby se coloca detrás y mi hermana se sienta a mi lado. Quiero hablar con ella, con Mina, pero la ratita no deja de resoplar y me está poniendo nervioso.

—¿Puedes dejar de resoplar tanto? —le digo, mirándola por el espejo retrovisor.

Ella cruza sus ojos con los míos y siento que tengo ganas de matarla, pero por ser tan extremadamente bella.

—¿También te molesta que resople?

—Incluso el hecho de que respiremos el mismo aire, en este momento, me jode.

—Pues lo siento mucho por ti. Si no quieres que respiremos el mismo aire, deja que me baje del coche y me iré caminando —replica, y freno de golpe.

Lo que me faltaba, una ratita con agallas. No voy a dejar que se ponga a mi nivel.

—Jason, ¿qué haces? Te estás pasando con Abby —me regaña Mina, y la miro de mala manera.

Vuelvo a arrancar el coche sin decir nada y sigo el camino. No dejo de observarla por el espejo, cómo mira por la ventana, cómo le importan poco las cosas. Está relajada, algo que yo nunca he podido conseguir. Se ve segura de sí misma, y yo odio eso, porque tampoco he llegado a conseguirlo. Por un momento pierdo el norte mirándola y solo dejo de hacerlo cuando veo que se percata de ello; vuelvo a clavar mis ojos en la carretera.

Media hora después estamos en la entrada de mi antiguo hogar. El coche de mi madre está aparcado en el lugar de siempre. Hay cosas que nunca cambian. Mina me anima a salir del coche y lo hago, aunque una parte de mí sabe que es un error hacerlo.

Camino despacio detrás de ellas y, cuando Abby entra, mi hermana se queda unos segundos mirándome antes de hacerlo ella, sabe que no quiero entrar. Y es cierto, sé que una vez que cruce el umbral de esta casa mi vida no volverá a ser igual. Algo me dice que todo cambiará a partir de este momento.

—Vamos, Jason, no tengas miedo de volver a ver a mamá. —Suspira,

agachando la cabeza—. Sé que fue ella quien te echó, pero eres su hijo y no hay un solo día en que no se acuerde de ti.

—¿Ahora la defiendes? —Niega.

—Sigue siendo mamá.

Suspiro y hago lo que no tenía que haber hecho, entro en mi casa, en esa casa donde he sido feliz pero también de la que guardo malos recuerdos. Hace cuatro años que no la piso, pero nada ha cambiado. La pared sigue pintada en el mismo color pastel. Los muebles siguen siendo los mismos.

Mi hermana entra en el salón buscando a mi madre y, antes de alzar la voz para llamarla, mi madre sale de la cocina y se pone justo delante de mí. Se queda callada unos largos minutos y yo la miro desde mi altura, pues soy mucho más alto que ella. La observo y compruebo que, aunque su gesto añorado es el mismo, se la ve más mayor. Quiero abrazarla, pero no se lo merece y solo me quedo inmóvil en el sitio, con los pies anclados en el suelo.

—Jason, ¿eres tú? —pregunta, y yo asiento.

Mina sale del salón y se pone a mi lado. Tiene una gran sonrisa en el rostro y mi madre se alegra de verla así, lo sé.

—¿Has visto, mamá? Jason ha vuelto.

—Ya veo. ¿Cómo estás, hijo?

Se acerca a mí y, sin esperármelo, me abraza. No quiero corresponderle, pero ver a mi hermana consigue que haga lo contrario a lo que deseo y subo mis brazos hasta su delgada cintura. Por un instante, me pierdo en el momento y en cómo me abrazaba antes, pero luego recuerdo que me echó a la calle como si fuera un perro y me aparto de ella.

—Estoy bien, tranquila. No tienes de qué preocuparte —respondo de mala manera.

—¿Y tu...?

—¿Padre? ¿Ibas a preguntar por él? Pues está muerto.

Ambas se ponen la mano en la boca, sorprendidas, y yo, a decir verdad, nunca me sorprendería de algo así; la vida que llevaba era mala y de un momento a otro iba a acabar muerto o en la cárcel. Fue lo primero, para su desgracia.

—Lo siento.

—No lo sientas, yo no lo hago.

En ese momento, Abby baja las escaleras y compruebo que se ha cambiado de ropa. Ahora lleva unas medias negras y una camiseta holgada que le llega por debajo de las nalgas. Me quedo unos momentos mirándola de arriba abajo y veo como su rostro vuelve a cambiar de color, poniéndose roja como un tomate. Sonrío, y eso hace que ella se cabree y se ponga detrás de mi madre. Creo que será divertido compartir techo con ella.

Me doy la vuelta con la intención de subir a mi habitación y mi madre me detiene, cogiéndome del brazo. Me doy la vuelta y la miro con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Hay algo que debes saber.

—Ilumíname, mamá.

Noto su nerviosismo y eso solo me preocupa más.

—Tu habitación ahora es de Abby. —Alzo una ceja—. Es que, cuando vinieron a vivir aquí, la habitación de invitados estaba patas arriba, y bueno, tú no estabas y...

—Era más fácil quitarme del medio en todo, ¿no? ¿No fue suficiente para ti echarme de esta casa? ¡Joder! —exclamo, y mis ojos solo pueden mirarla a ella—. Ahora encima tengo que compartir habitación con la ratita.

—¿Qué me has llamado? —pregunta ella, saliendo de su escondite.

—Ratita.

—¿Por qué me llamas así? ¡Yo no soy ninguna rata! —dice alzando la voz.

—Sí que lo eres. Eres la rata que ha entrado en mi casa para quedarte con mi habitación.

Mi madre y Mina nos miran y niegan, no pueden creer que le haya dicho eso y, mucho menos, lo que Abby hace para defenderse. Levanta la mano para golpearme, pero cojo su brazo antes de que su mano se estampe en mi cara. Tengo muy buenos reflejos, por eso Anthony me quería para él. Aprieto su brazo y se queja de dolor, pero me da igual, estoy cegado y la aprieto mucho más. Mina se acerca a mí y me coge del brazo para pararme.

—Para, Jason, le haces daño —murmura en mi oído, y yo la suelto.

Abby se pasa una mano por el brazo, pero yo la ignoro, me doy la vuelta y subo las escaleras para dirigirme a mi habitación.

—No te preocupes, ratita, no pondré el pestillo para que puedas entrar en mi habitación. Eso sí, te aviso desde ya que duermo desnudo.

Y tras decirle eso, subo del todo y voy hasta mi habitación. La abro y me fijo en los cambios que ha sufrido. Está pintada de morado y los muebles los han cambiado. Tiene algunos pósteres del cantante Liam Payne y fotos de un grupo de chicos, en las cuales aparecen ella y mi hermana; un ordenador encima del escritorio y una silla de terciopelo del mismo color que las paredes. En definitiva, ya no es mi habitación. Abro el ropero y saco un camisón de seda de color rojo. Arrugo la frente, sorprendido, y en ese momento la puerta se abre.

—¿Qué cojones haces tocando mis cosas? ¡Suelta eso ahora mismo! —me grita como una energúmena, y yo me carcajeo.

Estamos en el punto en el que yo mando y ella se cabrea. Será divertido burlarme de ella un poco.

—No te veía de esa clase de chicas. —Me dirijo hasta ella con el camisón en la mano.

—No sé de qué clase de chicas me hablas.

—De esas que tienen lencería provocativa para su primera vez.

—¿Y por qué crees que será mi primera vez? —me rebate.

—Porque solo hay que mirarte para darse cuenta de que ningún chico te ha tocado aún —le digo muy cerca, y ella se pone nerviosa, lo noto.

—Pues... te equivocas.

—Y si es así, ¿por qué te pones nerviosa ahora?

Alza la cabeza y clava sus ojos en los míos; pero hay un momento en el que baja la mirada hasta mis labios, y eso me dice que provocho en ella algo más que odio. Estamos en silencio y yo sigo sin soltar la prenda. Ninguno aparta la mirada y, cuando creo que se va a acercar para besarme, se da la vuelta y sale de la habitación pegando un grito de rabia. Yo no puedo evitar carcajearme y seguir burlándome de ella.

—Abby, no sabes lo que has hecho al venir a esta casa.

Capítulo 4

Abby

Al salir de mi habitación grito furiosa y doy un portazo. No puedo creer que esto me esté pasando a mí, otra vez no. ¿Por qué ahora? Se supone que tengo una vida tranquila, que debe ser así, pero con la llegada de Jason, el demonio, todo se está complicando. Bajo las escaleras de dos en dos y voy a buscar a Karen; necesito que me diga que su hijo solo viene de visita y no para quedarse. Si un día te fuiste con tu padre, ¿por qué vuelves después de cuatro años? No puedo entender cómo puede conseguir cabrearme con solo abrir la boca; ni Mina, que a veces es una bocazas, consigue enfadarme así.

Entro en el salón y me encuentro a Karen sentada, mirando a un punto fijo, pensativa, aunque no hay que ser muy inteligente para saber que está pensando en su hijo y la llegada desastrosa que ha tenido.

—Karen —la llamo, y ella me mira.

—Eh, Abby. Ven, siéntate aquí conmigo.

Hago lo que me dice y coge una de mis manos. Siempre ha sido tan buena conmigo que hay veces que es como si estuviera viendo a mi madre.

—Siento mucho cómo te ha tratado mi hijo —se disculpa—. Si te sirve de consuelo, yo estoy tan sorprendida como tú. Él no era así, al contrario. —Suspira—. Siempre fue un niño cariñoso, dedicado y para nada malo, pero se ve que estos años lo han cambiado y yo tengo parte de culpa.

—No digas eso, Karen. Si él ha cambiado es porque en realidad siempre fue así... Una persona buena no cambia de la noche a la mañana así porque sí.

—Pero puede que lo haya pasado mal con su padre, y todo por mi culpa.

No la dejo hablar más y la abrazo para tranquilizarla. Sus lágrimas aparecen, pero se las seca justo cuando mi padre abre la puerta de casa y le grita que ya está aquí. Me había olvidado completamente de mi padre. ¿Qué pensará de todo esto?

Mi padre entra en el salón y se acerca a nosotras con una sonrisa. Me encanta ver lo feliz que es con Karen y me jode saber que todo cambiará a

partir de hoy. Nuestra vida se va a convertir en un infierno y todo gracias al maldito Jason, que ha venido para poner nuestra perfecta vida patas arriba, pero no dejaré que empañe la felicidad de nuestros padres.

Una hora después, Karen ya ha puesto a mi padre al tanto de la situación y él solo asiente sin rechistar. Me parece mal que no diga nada, aunque en parte lo entiendo. ¿Qué decir cuando quien ha vuelto es el hijo mayor de tu mujer? No puede meterse en eso y mucho menos echarlo.

Mi padre le propone preparar una cena en familia para conocer a Jason y hacerle ver que nosotros no somos sus enemigos, y, aunque está bien la idea, creo que mi padre se dará cuenta de que, con él, estas cosas no servirán y la cena será de todo menos familiar.

Estamos en la cocina, preparando la cena, cuando se escucha la música de Liam Payne a todo volumen, tan alto que retumbaba en toda la casa. Miro a Karen y siento como mis mejillas comienzan a arder por la furia que siento. Jason está tocando mis cosas y eso no voy a permitirlo.

—¿Me disculpas un momento?

No espero respuesta de Karen y me dispongo a subir a «mi» habitación. Porque es mía hasta que pueda irme a otra o, en su defecto, Jason se vaya. Subo las escaleras de dos en dos y cuando llego a la puerta de la habitación intento abrirla pero no puedo. No puedo creer que haya echado la llave. Pego una patada en la puerta y eso hace que Mina salga de la suya y me mire con el ceño fruncido.

—¿Qué haces pegándole patadas a la puerta? —me pregunta, y abro los ojos sorprendida.

—¿No oyes la música?

—¡Oh, sí! Hacía tanto tiempo que no escuchaba la música tan alta. Eso solo lo hacía Jason, lo que no comprendo aún es lo que hace escuchando a Liam Payne. —Pone un dedo en su barbilla.

—Porque es mi música, taruga. Además, ha cerrado la puerta con llave y esta sigue siendo mi habitación. —Pego otra patada mientras grito de frustración.

Voy a volver a patearla cuando la puerta se abre y casi me caigo, si no fuera porque su cuerpo frena mi caída. En este momento estoy sostenida por sus brazos; me agarra con fuerza y por un momento creo que me va a ayudar a

incorporarme, pero, cómo no, hace todo lo contrario y me suelta. Caigo de rodillas al suelo y suelta una carcajada que consigue enfurecerme aún más. Mina abre los ojos, sorprendida, pero no viene a ayudarme tampoco.

—Espera. ¿Te ayudo a levantarte? —se burla de mí y me tiende una mano.

Por un momento dudo de si cogerla o no, pero al final no lo hago y me levanto yo solita.

—No, gracias, tu ayuda puedes guardártela para otras —escupo, poniéndome frente a él.

Intento entrar en mi habitación, pero su cuerpo está delante y no me deja pasar.

—¿Puedes apartarte? Quiero entrar en mi habitación. —Niega—. Perdona, pero no te estoy pidiendo permiso para entrar, así que apártate. —Lo empujo y me coge de las muñecas y me sujeta contra la puerta.

Miro a la puerta de la habitación de Mina, pero ya se ha metido de nuevo y no quiero gritar para alarmar a nadie. Yo sola tendré que lidiar con el energúmeno de su hermano. Intento zafarme de su agarre, pero es mucho más fuerte que yo. Estando así, muy cerca de él, consigue que me fije en que va sin camiseta, dejándome ver todos los tatuajes que tiene. En especial, me fijo en un diente de león que tiene tatuado en el costado derecho y leo la frase que tiene escrita debajo: «Marcar mi cuerpo con tinta es mejor que hacerlo con golpes». Trago saliva y noto como se tensa al percatarse de a dónde va dirigida mi mirada. Eso le hace bajar la guardia y me suelta una muñeca.

—Suéltame —le pido con tranquilidad.

—Vaya, ¿la ratita ya no tiene ganas de pelea? —me pregunta, volviendo a ser el mismo capullo de hace unos minutos.

—En realidad, lo único que quiero es patearte las pelotas, pero no lo haré.

—¿Y a qué se debe el cambio?

—A que no quiero que nuestros padres sufran —respondo.

Nuestros ojos están clavados, mirándose con intensidad, y es en este momento cuando me fijo en sus iris color miel y en cómo la expresión de furia hace que salten chispas de ellos. No sé por qué es así, ni tampoco quiero descubrirlo, pero algo dentro de mí se remueve y es como si en realidad

quisiera saberlo todo de él. Niego para desechar las malas ideas que mi mente está creando, y él sonríe de lado como si estuviese pensando lo mismo.

¿Será que una parte de él sigue siendo el niño que su madre me ha dicho? ¿Será que la vida que su padre le dio no fue la mejor y por eso es así? No, no quiero siquiera preguntar, no me interesa.

Está muy cerca de mí y puedo escuchar el latido de su corazón. ¿O es el mío?

—Lo siento, pero a mí me da igual que mi madre y tu padre sufran. Para ser sincero, si eso pasase sería como un regalo para mí —escupe, y yo abro los ojos sorprendida.

—No puedes estar hablando en serio. Es tu madre. ¿De verdad te da igual que no sea feliz? ¿Tanto la odias?

—No es asunto tuyo, ratita.

—¡Deja de llamarme ratita! —grito, cabreada, y le pego una patada en las pelotas.

Un alarido desgarrador sale de su boca y cae de rodillas frente a mí, tal y como estaba yo minutos atrás. Entro en mi habitación y apago la música, luego saco el disco y lo guardo en su sitio de nuevo. Miro a mi alrededor y me percató de que ha sacado toda mi ropa del armario. Me paso los dedos por el puente de la nariz y suspiro, grito frustrada. Definitivamente, estoy harta de Jason.

—¿Has venido a jodernos o solo eres así? No lo entiendo. ¡Joder! — Pego una patada a la silla.

Jason se levanta y entra en la habitación, cerrando la puerta tras de sí. Se pone frente a mí, saca una cajetilla de tabaco de su pantalón y, tras coger un cigarro, lo enciende y me echa todo el humo en la cara. Lo que me faltaba, encima fuma. Toso por el humo ingerido y me siento en la cama, agotada. Él me mira desde su altura, observando cada cosa que hago, y es como si estuviera concentrado en algo en especial, pero en realidad solo me mira. Alzo la vista y clavo mis ojos en él. No quiero llorar, pero es casi inevitable que lo haga.

—¿No me digas que vas a llorar? Joder, solo llevo aquí unas horas y ya he conseguido esto. —Me señala con un dedo.

—¿Qué esperabas? No has parado de martirizarme desde que has

cruzado la puerta, y pienso que es lo que quieres hacer desde que me has visto. —Me levanto—. No sé ni para que intento razonar contigo. —Me dirijo hacia la puerta y, antes de salir, me doy la vuelta—. Es tuya.

—¿El qué?

—La habitación, no pienso compartir contigo un espacio tan reducido. Prefiero dormir en el porche.

Salgo dejándolo con la palabra en la boca. Al salir, cierro la puerta de un portazo y pego la espalda contra ella, respirando fuerte. Intento calmarme, pero no puedo, me falta el aire y ahora solo necesito tranquilizarme para que los ataques de ansiedad no se repitan, no puedo permitir que se repitan.

Bajo las escaleras una vez que he recuperado el aliento y vuelvo a la cocina como si nada hubiera pasado. Karen me mira, y niego para que no pregunte y no se preocupe, así que volvemos a ponernos manos a la obra con la cena.

Sobre las nueve de la noche, tenemos todo listo. La cena, la mesa, todo está preparado solo para sentarnos a cenar, y tengo miedo, miedo de que vuelva a molestar y que, con ello, moleste a mi padre; eso sí que no pienso tolerarlo. Le digo a Mina que llame a su hermano para que baje a cenar y en diez minutos estamos todos sentados.

Jason mira a mi padre fijamente. Quiero hablar para romper el hielo y que esta guerra de miradas acabe y no llegue a más, pero Karen se adelanta.

—Hijo, él es Mark, mi esposo.

Jason no dice nada, solo lo mira.

—Encantado, Jason, tenía muchas ganas de conocerte. Tu madre me ha hablado mucho de ti.

Suelta una carcajada que hace que me ponga en alerta. Sé que está a punto de decir cualquier estupidez.

—Perdona que lo dude.

Lo sabía, estaba segura de que soltaría uno de sus comentarios.

—Hijo, por favor —habla Karen con la voz entrecortada.

—¿Qué quieres que te diga, mamá? No me creo que hayas hablado de mí, y mucho menos después de echarme a la calle —insiste ahora mirando a su madre.

—Bueno, tranquilo...

—¿Tranquilo? —interrumpe a mi padre—. No sabes lo que has hecho casándote con ella.

—¡Bueno, ya está bien! —grita Karen, levantándose a la vez que golpea de un manotazo la mesa.

Yo pego un respingo y vuelvo a sentir que me falta el aire. Mina está a mi lado y aprieta mi pierna para intentar tranquilizarme, pero ya es tarde para eso y siento como cada vez me cuesta más respirar.

Capítulo 5

Jason

Las cosas se van a poner feas. Mi madre me mira de la misma manera que el día que me echó. Recordarlo es más doloroso que volver a verlo, y sé que puede pasar de nuevo, que otra vez me pondría de patitas en la calle, pero eso no importa, ya nada en mi vida importa. De pronto, veo como Mina se levanta y coge los brazos de Abby. ¿Qué le pasa? Me pongo en alerta, pues parece estar mal.

—Abby, mírame, mírame.

Mark se levanta y corre hasta la cocina para buscar algo, llega con un inhalador en las manos y se lo pasa a su hija.

—Tranquila, hija. Respira, no es nada —intenta tranquilizarla, pero no lo logra.

Entonces sus ojos se clavan en los míos y no sé por qué razón me siento mal. No sé por qué el simple hecho de que ella se haya puesto así es como si yo volviera a tener la culpa; siempre tengo la culpa de todo lo que pasa a mi alrededor, así como cuando Jasmine murió de la peor manera posible para salvarme a mí.

Me levanto y, sin saber qué hacer, me alejo de ellos y salgo al porche, donde me siento en las escaleras para fumarme un cigarrillo mientras miro las estrellas. Hace tanto que no me dedico a esto, a mirar tranquilamente al cielo, a la calma, esa que yo hace tiempo que no conozco.

Mientras lo observo, me doy cuenta de que haber vuelto a mi casa, a mi «hogar», es un error, pero ahora no puedo irme. Aunque quisiera, no podría irme, y no sé por qué. Solo sé que necesito estar aquí, que algo me retiene, y hasta que lo sepa seguiré en mi línea. Escucho como la puerta se abre y, sin mirar, sé quién es, pues su olor entra en mis fosas nasales. No la miro, sé que ella sí lo hace. No le hablo, pues sé que ella tiene mucho que decir.

—¿Estás bien? —me pregunta, y no respondo—. Jason, no sé qué te ha pasado todo este tiempo y te juro que me siento culpable...

Me río.

—Hijo, solo quiero que sepas que tuve motivos muy fuertes para actuar como lo hice.

—¿En serio? —La miro fijamente—. ¿En serio había un motivo para echarme, mamá? Yo te quería, quería estar con vosotras, pero tú decidiste por mí y me mandaste al infierno.

Me levanto y vuelvo a entrar en la casa sin dejar que responda. ¿Para qué? ¿De qué serviría ahora?

Subo las escaleras y entro en la habitación, camino hasta la cama y me siento en ella sin dejar de pensar en Abby. ¿Estará bien? Bufo, cabreado, no puedo dejar que me afecte.

«No me afecta», pienso. No necesito que me afecte.

Llevo ya unos días en esta maldita casa en la que solo se discute, es como si hubiera regresado al pasado. Claro que esta vez quien discute soy yo, pero con mi madre, con Abby. Abby. Abby. Me cabreo, siempre está en mi maldita mente. Quiero sacarla. Quiero intentar al menos seguir tratándola igual, pero a veces bajo la guardia y ella se aprovecha.

Esta semana ella ha dormido en el sofá y sé que está durmiendo mal, pero ahora no puedo decirle que se vaya a la cama y quedarme yo en su lugar. No, eso es imposible. Bajo un momento para beber agua y entro al salón para verla, así todas las noches. Me quedo unos segundos observándola, mirando su cuerpo, sus labios. Comprobando su tranquilidad y su respiración. Aún no sé qué le pasó aquella noche en la cena, aunque tengo una ligera idea.

Subo de nuevo y me recuesto en la cama, que huele a canela. Por más que he cambiado las sábanas para dejar de olerlo, no se va, no se elimina. ¿Así olerá ella?

—¡Qué gilipollas eres, Jason! —me recrimino—. ¿Qué importa cómo huele? Es una niña pija que solo quiere quedarse con mi familia.

Niego cabreado y en realidad no sé ni por qué lo estoy. Ni siquiera puedo asegurar que lo esté. Ahora mismo soy inseguridad, inestabilidad. En este momento vuelvo a ser ese maldito diente de león que quiere desmoronarse, que no necesita ni aire para hacerlo, pues el peso de mis pensamientos puede acabar por hundirlo.

Cierro los ojos y, pensando en ella, caigo en un sueño profundo.

No sé si es que he soñado con ella, si su olor se ha impregnado en mi cuerpo o es que está en mi habitación. El olor a canela se ha incrementado y, siendo sincero, no quiero despertarme para dejar de olerlo. Siento una mano cálida en mi hombro y eso hace que abra los ojos, encontrándome con los suyos. Me percató de que aún es de noche, diría incluso que solo hace un par de horas que estoy dormido. Abby me mira suplicante, como si quisiera decirme algo y no se atreviera, entonces hace algo que me deja noqueado, se sienta en la cama, provocando que me eche a un lado, y se acuesta a mi lado.

Quiero hablar, pero no puedo, es la primera vez que no me salen las palabras, que no sé qué decirle.

—Buenas noches, demonio —me dice, y se queda dormida.

¿Demonio? ¿Piensa que soy un demonio? La miro, la observo durante horas, sin poder quedarme dormido, pensando en sus últimas palabras antes de quedar inconsciente. Demonio. Me ha llamado demonio. No es que me moleste, pues yo no pienso que sea así, es solo que... Bueno, a lo mejor me he comportado con ella de una manera que no debería, puesto que ella a mí no me ha hecho nada; pero, de igual manera, no me sale tratarla de otro modo. No sé por qué, pero siento por ella un odio desmedido, algo que no sé explicar, y, a la vez, siento algo más.

Me doy la vuelta para quedar de espaldas a ella, ya que no quiero siquiera rozarla; su piel me quema, me mata y no quiero morir abrasado. Mis ojos se van cerrando poco a poco y vuelvo a quedarme dormido, aunque con la frustración de saber que, a partir de hoy, oleré a canela siempre.

Por la mañana mis ojos se abren y me remuevo nervioso al darme cuenta de que estoy abrazado a Abby. Me incorporo y eso hace que ella se despierte.

—¿Quieres dejar de moverte? Vaya nohecita me has dado —se queja, y yo frunzo el ceño—. ¿Qué pasa? ¿Te ha comido la lengua el gato?

—¿Ahora me pides que hable? Ratita, no sabes lo que quieres.

—Puede que me esté acostumbrando a escucharte gritar —refiere, y yo alzo las cejas.

—No lo creo —bufa, sentándose en la cama y dándole la espalda.

Percibo cómo se mueve y se sienta detrás de mí. Puedo sentir su aliento en mi espalda y me tensó.

—¿Te ocurre algo? —pregunta, posando una mano en mi hombro.

La calidez de su piel en la mía hace estragos en mi interior y no quiero que me afecte de esta manera. Quiero apartarla de mí y que deje de manipularme. No voy a cambiar mi manera de ser con nadie y mucho menos con ella. Me levanto de nuevo para alejarme y miro por la ventana, sopesando si responderle de buenas maneras o gritarle de una vez para que se vaya de mi habitación.

—No, no me pasa nada. Los demonios no sienten, Abby.

—Es la primera vez que me llamas por mi nombre.

—Y será la última.

Me doy la vuelta y mis ojos se clavan en los suyos, echando chispas, llamaradas y mil cosas más que podrían hacer que esta casa se derrumbara en una milésima de segundo. Camino hasta la puerta y ella coge mi brazo para evitar que salga de la habitación.

—Espera, Jason, siento haberte llamado demonio anoche. Realmente no creo que lo seas —se disculpa.

Me quedo unos segundos mirándola.

—Puedes quedarte con la habitación.

Y salgo de esta, dejándola completamente sorprendida, incluso preocupada. Bajo las escaleras y voy a la cocina para desayunar algo antes de ir a buscar un trabajo. No quiero estar siempre aquí y quiero alquilarme algún apartamento. Aún me queda algo del dinero que gané con Anthony.

Al entrar en la cocina, veo a Mina desayunando; me da un beso en la mejilla y me sirve lo mismo que está comiendo ella. Se ve que nuestra madre sigue su rutina. Tortitas con miel. Me sirvo café y me siento a su lado.

—¿Has visto a Abby? He ido a buscarla al salón y no le ha visto —habla Mina, y muerde su tortita.

—Sí, está en su habitación. —Frunce el ceño—. Le he dicho que puede quedársela.

—¿Y eso? ¿Ya no quieres dormir ahí o vais a compartirla? —se interesa mientras alza una ceja.

Niego, no quiero que piense cosas raras.

—Es solo que no voy a quedarme aquí para siempre y ella tiene sus cosas ahí, así que...

—¿Cómo que no piensas quedarte? ¿Te irás de nuevo, Jason? —me

interrumpe.

—No es eso, Mina, no voy a desaparecer de nuevo. Buscaré un apartamento para mí y podremos vernos todos los días si quieres.

Se levanta cabreada y tira al fregadero el plato de mala manera. Se pone justo enfrente de mí y sus ojos me miran con miedo, el mismo miedo que hace cuatro años; miedo a no volver a verme. Me levanto y la estrecho entre mis brazos para que vea que no volverá a perderme, para que sienta que jamás la dejaría sola de nuevo.

Sus lágrimas no tardan en llegar y me odio por haber provocado eso cuando lo que pretendo es que me entienda. Entonces, cuando pienso que se calmará, que dejará que me explique, entra ella.

—¿Te vas? —me pregunta, y agacho la cabeza sin mirarla.

No quiero que nadie más me pregunte, ni que se interesen o se preocupen por mí. Desde hace mucho sé cuidarme solo y lo que menos necesito es tener que dar explicaciones de mi vida.

—No es asunto tuyo, ratita —le respondo al separarme de mi hermana—. Además, si me voy, podrás tener esa tranquilidad que te he robado desde que pisé esta casa hace una semana.

—No quiero que te vayas, Jason, por favor —interviene mi hermana.

—Mina, solo me iré a otra casa, no de la ciudad. Podremos vernos siempre que quieras, ¿vale? —Asiente y se separa de mí.

Después de conseguir que se calme, camino hasta la puerta donde aún sigue Abby mirándome y, tras rozar su mano, cierro los ojos y salgo de la cocina y, acto seguido, de la casa. Solo cuando estoy fuera vuelvo a ser yo.

En este momento no sé qué paso debo dar, ni a dónde ir para comenzar a buscar apartamento. Solo quiero desaparecer y ver a mi hermana de vez en cuando, sin tener que ver a mi madre y mucho menos a Abby. Por alguna extraña razón quiero alejarme, pero a la vez necesito estar a su lado. Es más fuerte que yo y me asusta, me asusta la manera que tiene de atraerme, de cabrearme y de hacer que me quemé con solo mirarla.

A veces me gustaría echar el tiempo atrás, quedarme en ese preciso momento en el que todo daba igual. La vida, la muerte, todo me era indiferente. Solo quería abrir los ojos por las mañanas y seguir respirando. Todo era con un fin, y ahora que he conseguido estar cerca de mi familia

quiero desaparecer.

Capítulo 6

Mina

No puedo permitir que mi hermano, después de haber vuelto tras cuatro años, se marche de nuevo como si nada; tengo que hablar con mi madre, o más bien rogarle, para que me ayude con este tema. No sé cuál habrá sido su cambio, ni siquiera me ha contado aún qué pasó cuando se fue con nuestro padre, ni como murió, nada.

¿Será que hay cosas que tiene miedo a contar? ¿Que se avergüenza de todo lo que tuvo que hacer para aguantar a ese hombre que lo único que hacía era hacerle la vida imposible? Está claro que Jason lo ha pasado muy mal y que, a raíz de eso, ahora es así. Es duro, mal hablado, tosco y se cabrea con una facilidad que asusta. Es tan parecido a papá... Y yo no quiero... no quiero que se parezca en lo más mínimo a él.

Hace un rato que salió de casa y sigo en la cocina con la mirada perdida y con Abby observándome expectante, como si el simple hecho de estar ahí fuera a hacerme hablar. Tengo confianza con ella, más de la que un día creí que llegaría a tener, pero eso no implica que tenga que contarle todo lo referente a mi hermano, ¿no? Se acerca y se sienta frente a mí. Yo suspiro exasperada, provocando en ella un fruncido de lo más cómico.

—Deja de mirarme así, ¿quieres? —le indico con voz áspera.

—No, no voy a dejar de mirarte así hasta que no me cuentes qué coño pasa en tu familia.

Me sorprende su manera de hablar, es como si no fuera ella. La Abby que conocí hace tiempo no hubiera dicho un taco ni aunque la mataran.

—Tú nunca hablas así. ¿Qué te ocurre? —me intereso, y así consigo que cambie de tema.

Desvía su mirada hacia la puerta de la cocina, como si lo que me va a decir fuera un secreto, o como si estuviese esperando a alguien. Es cierto que, desde que Jason ha vuelto, se ha ensañado con ella y puede que sea uno de los motivos por los que Abby está tan irascible. La noto nerviosa y sé que algo le

ocurre.

—No es nada.

—No mientas, Abby.

—No lo hago... Es solo que no entiendo a tu hermano. —Suspira intranquila. Yo frunzo el ceño sin comprender a qué se refiere.

Abby me mira de soslayo y realmente me hace pensar que lo que le ocurre tiene que ver con Jason, pero ¿de qué se trata?

Me quedo pensando y, solo cuando doy con lo que es, o al menos lo que yo creo que es, abro los ojos de forma tan exagerada que me arden.

—¿Te gusta Jason? —pregunto, y me mira con una ceja alzada, claramente sorprendida por mi pregunta.

—¿Cómo se te ocurre? Tu hermano jamás podría gustarme —responde nerviosa—. ¡Joder! ¿Cómo has llegado a pensar eso?

Se levanta y va hasta la nevera para sacar la leche, se sirve un vaso y vuelve a sentarse a mi lado. Está nerviosa, y mucho, cosa que me preocupa. No quiero que sienta nada por Jason, así como no quiero que mi hermano se fije en ella. No es por nada, solo que él no es para Abby... Ella es dulce, buena, una chica con un gran futuro por delante, y mi hermano, aunque yo lo adoro, es todo lo contrario.

Cojo su mano y me mira.

—Tranquila, te creo.

Va a responderme cuando entra en la cocina mi madre y, tras saludarnos, se sienta con nosotras. Ha llegado el momento de decirle, más bien implorarle, que consiga que mi hermano se quede en la casa y no vuelva a marcharse.

—Mamá, tengo algo que pedirte.

Mi madre me mira sorprendida, pues hace tiempo que no le pido nada, ni siquiera tenemos ya esa relación madre e hija que manteníamos en el pasado. Me quedo pensando en la manera de decirle las cosas, la manera en la que puedo explicárselo sin explotar. Es tanto rencor el que he guardado hacia ella que ahora me cuesta entablar una conversación sin tirarnos los trastos a la cabeza. Hay ocasiones en las que la echo de menos, el tiempo que pasábamos juntas, todo lo que hablábamos. Pero todo se fue al traste cuando, sin explicación, echó a mi hermano a la calle, como si no le importase lo más mínimo.

—Dime. ¿Qué necesitas? —me pregunta sin mirarme.

Está mirando algo en su móvil y no me extraña nada, al ver su poco interés en lo que le voy a contar, que se niegue y deje que mi hermano se largue de nuevo, pero esta vez no lo voy a permitir.

—¿Puedes al menos mirarme mientras te hablo? —la imito, así como ella me pide cuando intenta acercarse a mí.

Despega la mirada de la pantalla de su móvil y me mira a mí. Tiene el ceño fruncido y realmente no me sorprende.

—Ya tiene que ser importante para que insistas tanto. A ver. ¿Cuánto quieres?

—¿Cómo puedes creer que es dinero lo que necesito? ¡Qué poco me conoces! —replico indignada.

—Mina, las veces que le has hablado a tu madre ha sido para pedirle dinero —interviene Abby, y la fulmino con la mirada.

No entiendo muy bien por qué sigue aquí cuando tendría que habernos dejado a solas a mi madre y a mí para poder pedirle este favor tan importante. Mi madre sonrío, y Abby, captando mi desconcierto, se levanta y sale de la cocina, dejándonos a solas por fin.

—No seas tan dura con ella, Mina, solo se preocupa por ti —la defiende.

—¿Por qué siempre me dejas como la mala? Que yo sepa, siempre he tratado a Abby como si fuera mi hermana, cosa que, por mucho que tú quieras, no es así, mamá. En cambio, Jason sí es mi hermano y no quiero que vuelva a marcharse —respondo y aprovecho para decirle de una vez lo que quiero.

¿Para qué alargar más la agonía?

—¿Jason se va de nuevo? —se interesa, y yo asiento—. No, no podemos dejar que lo haga.

—Eso es lo que te iba a pedir.

—No entiendo a qué te refieres. Sabes que él no quiere ni mirarme —expresa con tristeza.

—Mamá, es cierto que te has ganado a pulso que ninguno de los dos te hablemos y mucho menos que te miremos, pero eres nuestra madre y eso Jason lo sabe también. Solo intenta acercarte a él y proponle algo interesante para que se quede... No sé. ¿Podríamos arreglar el garaje para que quede como un apartamento? Así, al menos, él tendría su intimidad y no te...

—No me verá —me interrumpe, y yo me encojo de hombros.

Hay momentos en los que llega a darme pena que tengan esa relación, pero luego recuerdo aquel día, en el que ella lo dejó marchar sin importarle nada, como si no fuera su hijo, y vuelvo a odiarla sin miramientos. No quiero sentir esto por ella; de hecho, la quiero y la necesito. ¿Llegará el día en que vuelva a mirarla como antes?

—No quería decir eso. Pero sí, es una de las cosas que tendrás que decirle para que acepte. —Una lágrima se escapa de su ojo derecho y se la seca creyendo que no la he visto—. Esperemos que acepte y bueno... si se queda, aunque duerma en el garaje, lo tendrás cerca para intentar recuperar esa relación de antaño. No sé, es una oportunidad.

Me levanto y camino hasta la puerta, pero antes de salir de la cocina me acerco a ella y, sin pensarlo, casi obligándome a mí misma a hacerlo, le doy un beso en la mejilla, sorprendiéndola, y ahí sí que me voy corriendo hasta el garaje para ver por dónde debería empezar. Tengo que dejarlo habitable para enamorarla y que no quiera irse. Entonces pienso en Abby y voy a buscarla a ella antes para pedirle ayuda. Con suerte, entre las dos, podremos dejarlo listo en un día.

Subo las escaleras y abro la puerta de su habitación sin pedir permiso. Cuando entro no puedo creer lo que ven mis ojos.

—¿Qué haces fumando? —pregunto, alzando la voz, y ella me chista para evitar que se enteren en el piso de abajo.

Cierro la puerta y me siento con ella en la cama. Resulta raro verla fumar, nunca la había visto antes y me sorprende que sepa hacerlo.

—No grites o lo sabrán —responde con tranquilidad—. Hacía tiempo que no me fumaba uno, pero tu hermano dejó su cajetilla aquí y la tentación y la ansiedad de todos estos días ha hecho que vuelva a hacerlo, pero tranquila, solo me he fumado uno.

—No, si yo estoy tranquila, pero es extraño. ¿Cuándo fumabas? Es decir, ¿antes fumabas? —Asiente, agachando la mirada.

—Mina, hay cosas de mí que no sabes. No me conoces tanto como crees.

—Pues cuéntamelo, sincérate conmigo como yo lo hice contigo —le pido preocupada.

—No es lo mismo, créeme... Hay cosas de mi pasado que prefiero que

sigan ahí.

—Vaya, parece que tienes más cosas en común con Jason de las que yo creía —digo más para mí que para ella, pero sé que me ha escuchado.

No sé si mis sospechas serán ciertas y, sinceramente, prefiero equivocarme y que no le guste. Abby no es esta que tengo frente a mí, ella es diferente; es dulce, atenta, cariñosa y tiene demasiado corazón para albergar maldad. Y, bueno, Jason es Jason. Es mi hermano y lo adoro, pero... llegará el día en el que salga a la luz eso que lo atormenta y sospecho que no va a gustarle a nadie, incluido él.

—¿Para qué me buscabas? —Interrumpe mis pensamientos y clavo mi mirada en la suya.

—Necesito que me ayudes a limpiar el garaje. —Frunce el ceño. Yo sonrío, sabiendo que me ayudará, sea lo que sea.

Tras explicárselo, se levanta de la cama y apaga el cigarrillo. Camina hasta la puerta y me mira divertida.

—Vamos, mueve el culo, que hay mucho que hacer.

Abro la puerta del garaje y, después de encender la luz, miro a mi alrededor antes de que Abby lo vea y me tire lo primero que pille a la cabeza; menudo desastre.

—¿En serio quieres que lo limpiemos? Yo creo que es mejor pegarle fuego y volver a pintar. —Se carcajea y soy yo la que coge una caja pequeña y se la tira, y esta choca con su pierna.

—¡Oye! ¡Me has hecho daño! ¿Qué cojones tiene en su interior? ¿Piedras? —Me burlo de ella y me agacho para abrir la caja.

Al abrirla un escalofrío recorre todo mi cuerpo. No puedo creer que mi madre tenga esto aquí. La caja está llena de balas. Me hace recordar aquella vez que le vi a mi padre una pistola de la cual mi madre no tenía constancia. Esa noche fue la primera que sentí miedo hacia ese hombre que decía ser mi padre. Esa noche comencé a tener esas pesadillas en las que mi familia acaba muerta a manos de él.

Mi cuerpo tiembla de manera exagerada y Abby, al darse cuenta, se acerca a mí y me abraza. No quiero contarle nada y ella respeta mi silencio, aunque sé que llegará el momento en el que tenga que contarle algunas cosas, y entonces descubrirá lo que tanto desea, cómo era la vida de Jason antes de

marcharse.

Capítulo 7

Abby

Me preocupo por Mina tanto que hay un momento en el que mi mente comienza a recordar aquellos momentos en los que no le veía sentido a esta vida. Ya lo había olvidado. Ya tenía el pasado en ese lugar que elegí para guardarlo y no dejarlo salir, pero desde que conocí a Jason es como si en realidad estuviese pasando ahora, como si en realidad jamás hubiera llegado a olvidar la peor etapa de mi vida. Es como si, al verle a él, estuviese frente a... Ni siquiera su nombre me sale, me entra pánico pronunciarlo de nuevo.

Suelta la caja, haciendo que todo su interior se salga de ella, dejándome ver por fin lo que es. Un montón de balas se esparcen por el suelo y es ahora cuando entiendo sus miedos. ¿En serio tienen esto guardado? Es lo único que me viene a la cabeza. ¿Cómo es posible que, tras la partida de su padre, esto siga aquí tan presente?

El simple hecho de que Mina y su madre no hablen de ese hombre hace que mi cuerpo se tense al comprobar que esto la pone tan nerviosa.

—Eh, Mina, ¿estás bien? —me intereso. Ella sigue con la mirada perdida—. Mina. —Toco su mano y ahí despierta.

—Sí, lo siento, no te escuché... Bueno. —Suspira—. Vamos a limpiar esta mierda.

Escucho como rechina los dientes y ha pasado de estar envuelta en pánico a cabreada en menos de dos segundos. Quiero entenderla, de verdad necesito hacerlo. Necesito saber qué pasó en esta familia y el porqué de ese cambio tan brusco en Jason, pero él ni siquiera me deja hablar, ya que solo me molesta.

«Y tú tampoco deberías preocuparte por él». Mi subconsciente parece tenerlo claro, pero ¿y yo? ¿Lo tengo claro yo? Hay algo de él que me atrae y, al mismo tiempo, hace que quiera alejarme. En este momento, no sé si Jason Harris es quien dice ser, aunque no creo ni que él mismo lo sepa.

De pronto escucho música y veo como Mina comienza a menear las caderas mientras coge las cajas y las va apilando en una esquina del garaje.

Me hace sonreír su manera de ser, de vivir, como si no tuviera problemas... como si no le importase nada, y me encantaría ser como ella, despreocupada y ¿feliz? Hace tanto tiempo que esa simple palabra no encaja en mi vida que ya ni recuerdo qué se siente.

—¡Qué asco, por Dios! —la escucho gritar, y camino hasta ella.

Ambas miramos el lugar y ponemos cara de asco.

—En serio, Mina, cuando te digo que es mejor pegarle fuego... ¡Qué asco! ¿Cómo se supone que cogemos... eso? —Señalo con el dedo a la rata muerta—. ¿Crees que tu hermano querrá una mascota? —pregunto sin pensar.

Mina me mira con el ceño fruncido y suelta una estruendosa carcajada que no hace más que provocar que yo me una a ella. Esto de limpiar el garaje será divertido.

La puerta del garaje se abre y vemos a Karen mirándonos asustada.

—¿Qué son esos gritos? —Corre hasta nosotras—. ¿Estáis bien?

Las dos asentimos sin poder parar de reír y ayudamos a Karen a comprender el chiste completo al enseñarle la nueva mascota de Jason. Por un momento alza una ceja en señal de desaprobación, hasta que al ver que hablamos totalmente en serio y, tras todas las broncas que hemos tenido con su pequeño hijo, se une a nuestras risas.

—Por favor... no le digáis a Jason que habéis pensado esto...

—¿Decirme qué? ¿Qué hacéis?

La voz de Jason nos interrumpe y las tres dejamos de reír para clavar nuestros ojos en él. Mi boca forma una exagerada *o* cuando camina hasta nosotras; está sin camisa y sudado. Seguramente haya ido a hacer ejercicio o su coche lo dejó tirado y vino corriendo.

¿En serio, Abby? Pongo los ojos en blanco y vuelvo a reírme de mi propio pensamiento, cosa que hace que el señor demonio se acerque a mí como si fuera un león acechando a su presa.

—¿Te estás riendo de mí, ratita? —pregunta desde muy cerca, demasiado cerca.

Mi boca se cierra y dejo de reír para centrar mis ojos en su rostro, su perfil. Cierro los ojos para no mirarlo, pero noto como sonrío. Es algo increíble, algo que no puedo explicar.

—Déjala, Jason —le pide Mina, y él se acerca a ella.

—¿Que la deje? Lo único que hace es sacarme de mis casillas —replica, cabreado.

«Es tan bipolar, tan tosco, tan, tan... Nada, Abby, no es nada para ti», pienso, y sigo con la limpieza.

—No es así, Jason, ni siquiera la conoces.

Ellos discuten y yo pienso en otra cosa para no poner atención en lo que están diciendo, ya que, de ser así, estaría en este momento gritándole hasta quedarme sin voz.

—Es verdad, no la conozco y tampoco quiero conocerla. ¡Joder!

—Jason, hijo —interviene su madre, intentando acercarse a él.

Se aparta y camina hasta la puerta que da al interior de la casa, y las deja con la palabra en la boca para no variar. Veo como Karen suspira mientras sus ojos se van llenando de lágrimas y Mina hace lo que jamás me habría imaginado, se acerca a ella y la rodea con sus brazos. Increíble.

—Ya, mamá, no le hagas caso —la consuela.

—Pero es que ya no sé cómo acercarme a él, Mina, y no sé si es buena idea lo que me has propuesto.

Mina se separa de ella como si su simple roce le quemase. Ahí está de nuevo la hermética Mina.

—No, mamá, tienes que hablar con él. Tienes que conseguir que se quede, porque, si no lo hace, me iré con él y no volverás a vernos a ninguno de los dos.

Karen comienza a negar, sin dejar de llorar, y se me parte el alma al verla así; no creo que se merezca tanto desprecio de sus hijos. Es cierto que una vez le jodió la vida a él, pero tenía motivos, unos motivos que deben ser muy duros para no poder ni siquiera contarlos. Entonces ¿por qué echarle toda la carga a ella cuando su padre fue quien destrozó la familia? No entiendo a Mina. No sabe la suerte que tiene de tener a su madre con ella. Si la mía estuviera aquí y ahora, seguro que estaríamos haciendo algo juntas; iríamos de compras, al cine. Pasaríamos todo el tiempo posible juntas.

—Mina, hablaré con él y conseguiré que se quede, pero, por favor... no te vayas de mi lado, hija, no lo soportaría.

No le responde, la mira pero no le responde, y sale del garaje por el mismo lugar que su hermano. Karen se queda mirando la puerta y sus sollozos

hacen que se me parta el alma. Me acerco a ella y la cobijo entre mis brazos. Me da pena, mucha pena, y no quiero que sufra, no lo merece.

—Tranquila, Karen, verás como todo se arregla.

Ella niega sabiendo que no será así y que perderá a sus dos hijos. Entonces, como si nada, una idea entra en mi cabeza, un tanto descabellada pero que puede funcionar para que Jason vuelva a confiar en su madre. Le cuento de que se trata y ella se queda pensando durante unos largos minutos hasta que me mira y sonrío agradecida, dándome a entender que la idea le parece buena y que solo hay que ponerla en práctica. Ambas salimos del garaje y vamos hasta la cocina para preparar la cena.

Durante una hora no hablamos, solo preparamos la comida. Mi padre aparece y me acerco hasta él para darle un beso. Como él es parte del plan, le contamos también lo que queremos hacer. Al principio no está de acuerdo, pero al ver la desesperación en los ojos de Karen no le queda más remedio que aceptar.

Unos minutos después, subo las escaleras para dirigirme a la habitación de Mina y decirle que la cena está hecha, pero no la encuentro. Deduzco que están en mi habitación y camino cautelosa hasta allí. No quiero interrumpir un momento de hermanos y mucho menos para conseguir que Jason me odie aún más, pero tengo que entrar y avisar de la cena.

Antes de hacerlo, doy dos toques en la puerta y escucho la voz de Mina dándome permiso para poder entrar. Qué estupidez, si es mi habitación.

—Hola, ¿se puede? —pregunto en un susurro casi inaudible.

—Ya estás dentro. ¿Para qué preguntas? —responde él.

—Jason, por favor. ¿Qué acabamos de hablar? —le recrimina su hermana. Él me mira a mí y luego a ella para bufar mientras agacha la mirada.

—Siento interrumpir, pero la cena ya está lista.

—Está bien, Abby, gracias. Bajamos ya.

Mina se levanta y tira de Jason para que este haga lo mismo, y los tres juntos bajamos las escaleras. Siento su mirada en mi espalda, siento cómo sonrío al hacerlo y un cosquilleo recorre mi cuerpo cuando noto su aliento en mi cuello al pasar por mi lado.

Entramos en el comedor y Karen y mi padre ya están sentados. Mi padre está serio, metido completamente en su papel, y solo ruego que todo salga bien

esta noche y las cosas comiencen a mejorar.

—Hola, Jason —lo saluda mi padre.

Él lo mira alzando una ceja altanera. No me gusta nada como va a empezar esto y voy a sufrir por Karen y mi padre, pero es la única manera.

—Hola —le responde, sorprendiéndonos a todos.

—Verás, quería hablar contigo un momento, ¿me escucharás? —le pregunta, y él se encoge de hombros.

—Depende de lo que quieras hablar.

—Bueno, solo quería saber cuándo dejarás de tratar a tu madre como a una mierda.

Mina y Jason se miran; yo suelto el tenedor en el plato, haciendo que choque estruendosamente; y Karen resopla intentando parecer serena, aunque en realidad sé que no lo está pasando nada bien.

—¿No sé a qué coño te refieres con eso? —rebate Jason con la nariz abierta, y ya resulta obvio que la guerra ha comenzado.

—Primero, en esta casa no está permitido soltar tacos en la mesa y mucho menos hablar de esa manera. Aquí hay respeto y unas reglas, algo que al parecer tu padre no te enseñó.

Trago saliva a la misma vez que Mina coge mi mano para que la mire y así preguntarme a qué viene todo esto. Sabe que he estado con su madre preparando la cena y que puede que haya escuchado algo. La miro y niego, encogiéndome de hombros, para que crea que no sé nada.

—Me importan una mierda tus reglas... y prefiero que no menciones a mi padre.

—¿Por qué no debería hacerlo? Es un hombre que os hizo mucho daño y que, al parecer, después de muerto sigue haciéndolo.

No quiero mirarlo, no quiero comprobar su estado, ni cómo estará mirando a mi padre en este momento. Pero no puedo evitarlo y lo miro, clavo mis ojos en él y me siento la peor persona de este mundo. El Jason que tengo enfrente no es el que regresó a casa, y noto en su mirada dolor, tristeza y... miedo, algo que jamás me habría imaginado que él podría sentir. Solo hace una semana que lo conozco y es tan hermético como su hermana, además de misterioso. Pero ahora, en este momento, es como si una parte de él fuera aquel chico que salió de aquí, aquel que su madre me describió hace solo unos

días.

—Me da igual, podéis hacer lo que os dé la gana. ¡Yo me voy de esta maldita casa! —Se levanta e intenta salir del comedor.

—Eso, lárgate... Estoy hasta los huevos de tu actitud. Solo llevas aquí unos días y ya no aguanto que le hables así a mi mujer, ¿me oyes? Prefiero que te vayas de esta casa —dice mi padre en un tono duro, uno que jamás le había escuchado—. Jason. —Se da la vuelta y lo mira—. Esta vez no vuelvas.

—¡Joder! ¡Se acabó! —grita Karen, sorprendiéndolos—. Mi hijo no se va a ninguna parte, el que se va de aquí eres tú. —Señala con el dedo a mi padre—. Acaba de volver, seguro que ha vivido con el malnacido de su padre un puto infierno...

—Pero...

—¡Nada, Mark! Mi hijo se queda y, si quieres que esto funcione, tendrás que aceptarlo, de lo contrario, ahí tienes la puerta.

No puedo dejar de mirarlo, de observar su reacción, de comprobar su estado nefasto, lo que todo esto le está provocando, y puedo darme cuenta de que el plan ha funcionado. Jason está mirando a su madre emocionado, como si hubiese esperado todos estos años esa lucha por su hijo. Entonces, se percata de mi mirada y aprieta los puños a cada lado del cuerpo.

—Mamá, no me defiendas —le reclama—. Creo que llegas tarde para eso.

Se da la vuelta y escuchamos un portazo que nos hace ver que se ha ido, que se ha largado, tal y como mi padre le pidió. Solo espero que recapacite y vuelva, si no, voy a sufrir demasiado.

Capítulo 8

Jason

No puedo creer que esto esté pasando, que mi madre, después de lo que hizo, venga a defenderme ahora como si fuera importante para ella. No la creo, no creo ni una de sus palabras y sé que lo que ha hecho no lo hizo pensando en mí, sino en ella misma.

He salido de la casa hace apenas diez minutos y no sé en realidad a dónde ir. Solo doy vueltas y vueltas, de un lado a otro, en el jardín trasero. Lo único que quiero es que esto pase, que mi vida vuelva a tener sentido.

—Como si eso fuese posible —me digo a mí mismo.

Estoy agotado, cansado de pelear con ella, de luchar con los sentimientos contradictorios que tengo. Porque siempre la he odiado, siempre quise que un día pagara por todo; pero hoy, esta noche, no sé qué siento y me desespera. Tampoco me ayuda recordar su mirada, sus ojos clavados en mí, la manera en la que lo hacía. ¿Por qué me miraba así? ¿Por qué, después de como la trato, sigue intentando caerme bien? No la entiendo.

—Deberías saber que, si sigues caminado así, al final tendrás agujetas.

Escucho su voz a mi espalda y me tenso. ¿A qué ha venido? ¿Por qué me busca? Tengo demasiadas cosas en la cabeza, demasiadas preguntas estúpidas que me hago como si fuera un gilipollas. Ni siquiera debería darle importancia a que una niñita de papá se preocupe por mí. Y lo peor de todo es que yo mismo me regaño por hacer lo contrario.

Me doy la vuelta y la miro de mala manera, adoptando mi perfecta máscara de chico «me importa todo una mierda», pero ya no le afecta.

—¿Qué haces aquí? —escupo con dureza.

—Solo he venido para saber si estás bien.

—¿Y qué te importa cómo esté yo? Anda y vete con tu familia.

Sé que mis palabras pueden hierirla y, en parte, a mí también me hacen daño.

—No es mi familia, Jason, es la tuya. Ahí solo tengo a mi padre. Yo...,

yo solo soy una ratita, ¿no?

Me sorprende cuando me dice eso y me hace reír saber que al fin lo ha entendido. Una rata, una pequeña y pecosa ratita que no sabe que estar aquí conmigo es la peor decisión que puede tomar. Avanzo hasta ella con chulería, como si quisiera intimidarla. Noto su nerviosismo, incluso puedo jurar que huelo su miedo, pero ¿miedo a qué? Llego hasta ella y estoy muy cerca, demasiado cerca, tanto que, si doy un paso más, nuestros labios estarían unidos. No quiero besarla, pero lo deseo. No, no quiero hacerlo y no puedo desearlo.

Hago un intento de serenarme, de recobrar la cordura que pierdo cuando la tengo cerca, y no puedo. Al final, he intentado martirizarla y soy yo el que está jodido en este momento.

—Hasta que por fin aceptas lo que eres —murmuro sin dejar de mirarla.

Abby me mira a los ojos y después no puede evitar mirar mis labios, de la misma forma en que yo lo hago. Es tan dulce, tan bonita; tan tan irritante. Con solo escuchar su voz siento que la odio... Pero, en otros momentos como este, solo siento un deseo irremediable que me paraliza. No puedo sentir esto, ni puedo permitírmelo; no ahora, no con ella.

—No lo acepto, solo te digo lo que quieres escuchar.

—Vaya, me sorprendes.

Sonríe como si nada y tengo que apartarme para no abalanzarme sobre su boca e inundar cada recoveco de esta. Me doy la vuelta y cierro los ojos. Ni siquiera soporto su olor, ese olor que tengo metido en las fosas nasales, convertido en una droga para mí. Sé que le di la habitación, que no puedo soportar más dormir en su cama mientras imagino que está a mi lado. Entonces recuerdo que me llamó demonio. Eso es lo que ella piensa que soy y es lo que seré para alejarla de mí.

—Déjame solo —le pido sin mirarla.

—Pero, Jason, solo...

—¡Lárgate! —le grito, dándome la vuelta.

Mis ojos echan fuego y siento un calor abrasador en todo mi ser, un calor que solo ella enciende y que estoy seguro de que también puede apagar. Y me niego, me niego a que eso pase entre los dos.

Sus ojos me muestran lo que siente, siendo completamente transparente

para mí, para el mundo, y odio que sea así... Odio que una mujer sea así y deje que nosotros, los malnacidos que vinimos a este mundo para hacerles daño a ellas, las maltratemos y pisoteemos a nuestro antojo. Ya lo vi en mis padres. Viví día a día el maltrato constante que mi padre le daba a mi madre. Nunca le pegó, pero se puede maltratar de muchas maneras.

—¿A qué esperas? Vete, Abby —repito con seriedad.

Es la segunda vez que la llamo por su nombre y recuerdo que la anterior también fue parecida a este momento. Solo al escuchar su nombre se da la vuelta sin decir ni media palabra y desaparece en la oscuridad de la noche.

Paso más de una hora tirado en el césped mirando a la nada, hasta que me siento cansado de estar aquí fuera, así que me levanto y camino de nuevo hasta la casa, donde en realidad no me apetece entrar. Cuando entro, todo está oscuro y aprovecho para ir a la cocina a comer algo, ya que, después de la bronca que he tenido con el marido de mi madre, me he ido sin probar bocado.

Camino a oscuras por el pasillo y, al entrar en la cocina, enciendo la luz.

—¡Joder, qué susto! ¿Qué haces aquí a oscuras?

Mi madre está sentada en una banqueta alrededor de la isla. Tiene una copa de vino entre sus manos y los ojos hinchados de tanto llorar. Una punzada se clava en mi corazón, en ese que no quiero que lata de ninguna manera, pero que, como siempre, no me hace caso.

—Lo siento, ya me voy.

Se levanta para marcharse y le cojo el brazo para evitar que lo haga. No soy tan cabrón como para no sufrir con su dolor. Me mira y, sin decirme nada, me abraza fuerte. Por un momento no le respondo, es más, incluso mi cuerpo está completamente en tensión y no sé cómo actuar. Entonces, sin pedírselo, sin pensarlo siquiera, mis brazos suben hasta su cintura y la estrecho entre ellos. Su dolor se convierte en el mío y sus espasmos por el llanto me hacen sentir mucho peor.

—Perdóname, Jason, por favor —suplica entre sollozos.

No sé qué responderle, ni sé si puedo perdonarla. Aunque creo que no es cuestión de perdonar, sino de olvidar algo que sigue presente en mis recuerdos, algo que me martiriza día a día.

—Tranquila, mamá. Todo pasará —murmuro nervioso.

Hace tanto tiempo que no nos abrazamos de este modo que me parece

extraño; yo me siento extraño. Mi madre se separa de mí unos instantes en los que me mira con temor, haciéndome ver el miedo que tiene a mi rechazo, pero en realidad a mí no me quedan fuerzas para rechazarla. Durante todo el tiempo que estuve en aquel infierno, luché día a día para salir de allí y poder venir a verlas. Y todo ¿para qué? ¿Para hacerle la vida imposible a ella, a la mujer que me dio la vida? Sí, me echó como la que echa a un perro, y eso me costará olvidarlo.

—Yo necesito que me perdones, hijo. No sabes lo que sufro al verte y no poder acercarme a ti, no poder preguntarte siquiera cómo estás —declara con la voz rota. Yo me rindo, destensando mis músculos, dejando caer los hombros.

—Yo..., yo intentaré perdonarte, pero... no sé si podré olvidarlo, mamá. Por eso creo que es mejor que me vaya y así dejarte vivir tranquila y feliz, como lo eras antes de que yo regresara.

Ella niega con vehemencia y tengo que agarrarla de los brazos para que me mire y entienda lo que intento decirle. Desde que estoy en esta casa lo único que he hecho ha sido pelearme con mi madre y con... Abby. Suspiro al recordarla y me niego a hacerlo. Necesito salir de esta casa para poder aclarar mis ideas y tranquilizar mis sentidos, que se alteran cuando la tengo delante.

—Mina y yo no queremos que te vayas, incluso Mark y Abby tampoco quieren, hijo, y habíamos pensado una cosa para que tuvieras tu intimidad, si así lo deseas. —Frunzo el ceño sin entenderla, y ella prosigue—: Estamos limpiando el garaje para convertirlo en un apartamento, así podrás estar cerca de Mina y a la vez lejos de...

—Ti. Eso ibas a decir, ¿verdad? —Asiente.

Yo me quedo unos segundos pensando en lo que me propone y, en cierto modo, no me disgusta del todo. Dispondré de mi propio espacio y no tendré que ver a Abby a todas horas, ni pelear con mi madre a cada segundo. Ella me sigue mirando esperanzada, pendiente de mi respuesta, y no la haré esperar, aunque pondré condiciones.

—Está bien, acepto tu propuesta. —Sonríe complacida—. Pero tengo unas reglas.

—Lo que quieras.

—Nadie entrará en el garaje a menos que yo le dé permiso. Entraré por la

puerta de fuera y no por la de la casa. —Asiente sin dejar de mirarme—. Y quiero que tú le pidas expresamente a Abby que me deje en paz.

—No te entiendo, Jason. Por lo que he visto, eres tú quien no la deja tranquila a ella.

—Pero porque su simple presencia me fastidia. Con esto te digo que no la quiero cerca del garaje.

—Está bien, se lo diré, pero ella ha estado limpiando el garaje con Mina y ha ayudado mucho.

Saber que ella ha ayudado a mi hermana me lo complica mucho más.

—Bueno, pues que siga ayudando a Mina, pero después que se aleje. ¿Queda claro?

Tras hablar con mi madre, ella se va a la cama un poco más tranquila y yo me dirijo al salón para dormir, ya que le dije a la pecosa que se quedara con su habitación. Cuando entro, enciendo la luz y me la encuentro dormida en el sofá. Suspiro abatido sin poder hacer nada más. Está visto que, sin pensarlo siquiera, comete muchos errores conmigo. Me siento en la mesa de centro y clavo mis ojos en ella, observando su tranquilidad, sus ojos cerrados, su boca entreabierta... su delgado cuerpo. Está durmiendo con unos pequeños pantalones que se le han bajado un poco, dejándome ver el tanga que lleva. Mi boca se reseca y siento como mi corazón late desbocado. Las manos me pican por tocarla y, de forma inconsciente, comienzo a acercarme para verla desde un ángulo mejor.

Me pongo de rodillas frente a ella, aunque no sé qué estoy haciendo. Tengo miedo de que despierte y se dé cuenta de lo que estoy a punto de hacer. Mis manos avanzan hasta su mejilla y la acaricio despacio, con delicadeza. Es tan perfecta. Parece una muñeca de porcelana. Es como yo, una caída y se romperá en mil pedazos. No quiero estar cerca de ella, aunque no puedo remediarlo. El odio que siento, o que creo que he llegado a sentir, en realidad es un maldito deseo que no puedo controlar, y ese es uno de los motivos por los que no quiero quedarme en esta casa.

Trazo una línea con mi dedo índice desde su mejilla, bajando por su clavícula y perdiéndome en su cintura. Quiero besarla, lo deseo, lo anhele con todas mis fuerzas. Entonces, cuando casi voy a rozar nuestros labios, sus ojos se abren y me sorprenden. No me dice nada y tampoco se aparta. Está

soñolienta, incluso supongo que cree que esto no es más que un sueño. Y no lo es, no es un sueño; al menos, no para mí.

Capítulo 9

Abby

Siento una mano cálida en mi piel, acariciando cada centímetro de ella. Su aliento, ese fresco aliento, hace que mis ojos se abran y lo veo. Jason está frente a mí, muy cerca, y siento cómo mi corazón se acelera, cómo mi cuerpo se tensa. No se aparta y yo tampoco lo hago, no puedo. Es como si tuviese un maldito imán que me atrae. Todo está oscuro, pero no lo suficiente como para no poder percatarme de su estado. Sus ojos brillan llenos de deseo, algo extraño en él, pues siempre ha demostrado todo lo contrario hacia mí.

Poco a poco, se acerca unos milímetros más hasta que nuestros labios se rozan ligeramente. Mi corazón late desbocado, como si fuera mi primer beso, aunque en realidad es por lo que me hace sentir con solo eso. Quiero alejarme y sé que él también lo quiere, pero no podemos, no tenemos voluntad para poder hacerlo. Jason profundiza el beso, buscando la manera de que abra mi boca para meter su lengua, y yo no me hago de rogar y le doy libertad para hacer lo que desee. En este momento no soy yo, sino la pasión desmedida que él, con su carácter, su profunda mirada y su sonrisa matadora, provoca en mí. Su mano aprieta mi cadera y un gemido se escapa de entre mis labios, deseando que me tome aquí y ahora.

No puedo entenderlo, no sé lo que me pasa y solo quiero que me posea de una vez por todas. Entonces, cuando su mano va a subir hasta mis pechos, escuchamos que alguien baja las escaleras. Eso nos alerta y nos separamos rápidamente, y luego él desaparece por la puerta trasera, saliendo al jardín.

—¿Quién anda ahí? —La voz de Mina se escucha entrando en el salón.

—Yo, soy yo. ¿Qué quieres? Me has despertado —murmuro nerviosa.

Intento estar tranquila, fingir que estaba durmiendo y no a punto de llegar a un límite con su hermano que hará que no pueda volver a mirarla a la cara. Ella camina hasta mí y se sienta a mi lado.

—Siento haberte despertado. He bajado a tomar un vaso de agua, pero escuché un ruido y por eso pregunté —responde, y noto la tristeza que siente

en cada palabra.

Toco su mano. Ella me mira y una lágrima se desliza por su mejilla. No me gusta verla llorar y menos por algo que ha sido un montaje, uno del que aún no se sabe el resultado. No puedo evitar recordar a Jason y sus labios contra los míos, mientras que siento que el vello de todo mi cuerpo se eriza por completo.

—¿Estás bien? —me intereso. Ella niega.

—No quiero que se vaya, pero sé que después de esta noche todo se ha descontrolado y se irá. —Solloza y paso un brazo por encima de sus hombros—. Creo que decirte a ti todo esto es como contárselo a la pared, ¿no? Me refiero a que no te interesa en absoluto. —Frunzo el ceño—. No me malinterpretes, pero sé que Jason no es santo de tu devoción y, si se va, tu vida volverá a ser la misma aburrida y tranquila de antes.

—Te equivocas, Mina, y mucho. Jason no se irá —afirmo.

—¿Cómo estás tan segura?

—Solo lo sé, nada más. Verás como mañana sigue aquí y te da tu beso de buenos días.

Estamos un rato más hablando y en todo momento siento su mirada clavada en mi espalda. Mina se levanta y, tras darme un beso en la mejilla, cosa que me extraña en ella, se va a su habitación para dormir por fin. La puerta se abre de nuevo y Jason entra. Me tenso al instante, mis ojos se clavan en los suyos y veo cómo camina despacio para luego sentarse a mi lado. No sé qué decirle ni qué hacer en este momento... Solo necesito que esto acabe aquí.

—Jason...

—No, no digas nada —me interrumpe—. Siento haberte besado... No volverá a ocurrir.

Escucharle decir eso me provoca una punzada en el corazón de manera inconsciente, y realmente no sé por qué, ya que no siento nada más que un desmesurado deseo por él.

—Eso mismo te iba a decir yo —miento con descaro, y él sonrío.

Ahí está de nuevo el Jason cabrón al que se la suda todo. Eso me enerva y me levanto para acercarme a la puerta, la abro y salgo al jardín. El frío de la noche hace que mi cuerpo tiemble y, por un momento, pienso si entrar de nuevo, pero al darme la vuelta para hacerlo Jason está justo detrás y choco con

él. Nos quedamos unos minutos así, mirándonos, deseándonos, y siento que voy a caer rendida a sus pies como no me aleje de él en este momento. Quiero alejarme, quiero dejar que pase el tiempo y que su vida y la mía no tengan nada que ver, pero no puedo... no sé por qué, pero no puedo.

—¿Por qué eres tan...?

—¿Tan qué, Jason?

—Nada, olvídalo —responde con sequedad.

—¿Y tú por qué eres así? Siempre me tratas mal y ahora... ahora no sé qué está pasándote. Es como si mantuvieras una lucha interna —declaro acongojada.

Abre la boca para decir algo, pero de inmediato la cierra sin pronunciar palabra. He dado en el clavo de lo que le ocurre, pues a mí me está pasando lo mismo.

—Me atraes de la misma manera en la que me fastidias —afirma con voz áspera.

Se pasa la mano por su cabello, nervioso, y yo me quedo en blanco, sin saber qué responder a eso. Baja la mirada a sus pies y yo sigo pensando. ¿Será que a mí me pasa lo mismo? No. Y si es así, no quiero sentirlo.

—Pues yo no quiero eso. No quiero atraerte y mucho menos fastidiarte... Solo quiero que nos llevemos bien por el bien de esta familia, nada más.

No sé si todo lo que mis labios acaban de pronunciar es lo que realmente siento, pero es lo que he tenido que decir. Es lo mejor para los dos, para todos. No quiero pasar por la misma experiencia que hace tres años. No quiero que venga otro a hacerme lo mismo. Jason es igual que él, incluso más peligroso que él, que Jordan, y no voy a dejar que mi corazón vuelva a salir quebrado por enamorarme del chico equivocado.

—Me ha quedado claro, ratita —masculla, dándose la vuelta—. Duerme en tu habitación, pecosa. No quiero seguir oliendo tus sábanas. Me dan náuseas.

Y después de eso, entra en la casa y me deja sola a la intemperie. ¿Náuseas? Me dice que le atraigo y siente náuseas. Me queda claro que Jason Harris es bipolar. Camino hasta el interior, sabiendo que tengo que pasar por el salón y que volveré a verlo. Al entrar, me fijo en su cuerpo tumbado en el sofá. Se ha quitado la camiseta, dejando a la vista sus tatuajes. Me gustan,

aunque el del diente de león me fascina. Tiene los ojos abiertos, pero está con la vista clavada en el techo. Suspiro al menos unas cuatro veces antes de pasar andando a su lado y seguir mi camino hasta subir las escaleras y encerrarme en mi habitación. Y cuando pienso que es eso lo que haré, Jason coge mi brazo antes de que me aleje y caigo encima de su cuerpo. Mi pecho está pegado al suyo. Sus ojos me miran con un brillo especial y ambos respiramos con dificultad. Todo lo que ha dicho hace apenas unos minutos no sirve de nada si vuelve a cogerme.

—¿Qué haces, Jason? —pregunto sorprendida.

—Te has caído, ratita.

Mis cejas se alzan incrédulas e intento levantarme sin éxito, ya que me tiene agarrada por la cintura.

—¿Estás jugando conmigo? —le pregunto, cabreándome.

Ahora lo que siento son ganas de pegarle una patada en las pelotas. ¿Qué se cree? ¿Acaso piensa que me va a besar cuando le dé la gana y después volver a tratarme igual? Jason Harris está equivocado si cree que dejaré que siga este absurdo juego en el que solo juega él; un juego peligroso que hará que pierda mi propia voluntad, cediéndosela a él para hacer conmigo lo que quiera. No, no estoy dispuesta.

—Deja que me vaya, Jason —murmuro nerviosa.

Noto cómo se pone dura su entrepierna, está excitado y no puede disimularlo, aunque tampoco creo que quiera hacerlo. Me sonrío de lado al darse cuenta del porqué de mi nerviosismo, y eso solo incrementa mi cabreo y también mi deseo.

Quiero soltarme, quiero que me deje ir y, a la vez, quiero que me haga suya. Ahora soy yo la bipolar.

Por un momento nos quedamos mirando en silencio y me pierdo en la sensación de sus manos sobre mi piel; no quiero caer en sus encantos peligrosos, pero es inevitable.

—¿Qué pasa, ratita, ya no quieres que te suelte? —dice bajando sus manos hasta mis nalgas, donde las mete por el interior del pantalón corto que llevo puesto.

El tacto de sus dedos en mi piel me quema, es como si un volcán estuviera erupcionando y, poco a poco, me convirtiese en lava, arrasando con

todo.

—Estás loco, Jason Harris, loco, y no voy a dejar que me vuelvas loca a mí. Primero muerta que caer en tus redes. ¿Me oyes?

Suelta una risita estúpida. Quiero patearlo, quiero pegarle, pero estoy inmobilizada, así que hago lo único que puedo y muerdo su labio inferior con fuerza hasta que suelta un gruñido, aunque no sé si es de dolor o porque le gusta. Entonces, cuando creo que me va a soltar, coge entre sus dientes mi labio superior con una delicadeza que me mata. Sinceramente, no sé si está jugando o es que realmente siente eso que ha dicho, y la verdad, en este momento no quiero averiguarlo, pues ya estoy cayendo en las garras de Jason Harris.

Me besa con pasión, llenando cada recoveco de mi boca con su lengua, conectándola con la mía, y ambos nos perdemos en este momento que él mismo ha creado. Yo solo quería irme, solo necesitaba un poco de espacio justo ahora que se está acercando a mí de esta manera. Y Jason no me ha dejado, ha querido seguir con este juego, ha querido seguir provocándome hasta que ha conseguido que yo misma caiga en sus brazos.

A partir de este momento, todo cambiará, aunque no estoy segura de que sea para mejor. Si en algún momento pensé que él y yo llegaríamos a tener solo una amistad, estaba equivocada, pues yo no quiero ser su amiga, pero tampoco su novia. En realidad, me miento y necesito ser algo más. ¿Qué cojones me pasa? ¿Por qué ha entrado de esta manera tan fuerte en mi organismo? ¿Cómo ha conseguido derrumbar el maldito muro que yo misma levanté cuando mi exnovio jugó conmigo? Solo quiero olvidar aquello, y él, con sus encantos, me está llevando a un pasado donde yo era la niña tonta enamorada del chico peligroso que hacía todo lo que a él le apetecía. ¿Será esta vez diferente? ¿Seré yo la que le haga lo que me hicieron?

No sé, no estoy segura de que sea así... Solo tengo claro que, sin querer, he caído rendida a sus pies, justo como no quería, como he intentado no caer. Me siento atraída por él con una brutal fuerza que nunca imaginé.

Capítulo 10

Jason

Quiero alejarla de mí. ¡Joder que si quiero! Y no puedo, no puedo hacerlo. Es como una maldita droga que hace que necesite más de ella y, en este momento, aún sigo sin estar saciado. Solo la beso, saboreo su boca como el que lame un helado de su sabor favorito. Me siento como un estúpido y nunca había sentido esta estupidez, esta necesidad de tener a alguien tan cerca como lejos a la vez.

Mis manos vuelan por su espalda, bajando hasta sus nalgas, donde toco su delicada piel. Es suave, tersa y tan apetecible. Quiero hacerla mía, quiero probar cada rincón de su precioso cuerpo; ella es delgada, alta... con unas piernas largas y preciosas.

Todas las veces en las que he peleado con ella, no he podido evitar fijarme en su rostro lleno de pecas, en sus finos labios y sus ojos azules que te llevan a una laguna donde puedes perderte. Eso es lo que siento cuando estoy cerca de ella; me siento perdido y todo a mi alrededor gira tan rápido que a veces me mareo.

Minutos, unos largos minutos llevamos besándonos y no puedo dejar de hacerlo, no tengo voluntad para separar mis labios de los suyos. Solo espero que ella sí la tenga, que la encuentre y haga que nos separemos antes de que cometamos una locura que será irremediable.

—Jason, alguien puede vernos —dice con sus labios aún pegados a los míos.

Hago oídos sordos y sigo a lo mío. Ella está luchando con todas sus fuerzas al igual que yo. ¿Dejaré que se aleje? Tengo que hacerlo, debo hacerlo por el bien de todos, por el bien de mi cordura. O la dejo ir, o perderé la cabeza por ella. No estoy dispuesto a que esta pequeña rata se apodere de todos mis sentidos. Nunca dejé que Jasmine entrara, ella no va a ser la excepción. ¿O sí?

Abro mis ojos y disfruto de este momento en el que ella continúa con los

suyos cerrados, completamente concentrada en seguir besándome. Ahora puedo mirarla sin que ella se sonroje como siempre hace. Porque, aunque diga que es por el cabreo que le provocho, sé que es porque me desea tanto como yo a ella. Los abre y me pierdo en esos dos océanos. Abby es como una sirena, una que me lleva hacia el fondo del profundo mar. Me abandono tal y como me he negado, ella lo consigue. Separa sus labios de los míos, ahora que estoy tan abstraído de todo, y se levanta dejándome recostado en el sofá con una erección de cojones.

—¿Dónde vas? Quédate conmigo, Abby —le pido.

No he pensado lo que le he dicho y, ahora que me doy cuenta, es una puta locura. Ella niega y sin decirme ni media palabra se va. Escucho sus rápidas pisadas subiendo las escaleras, y no me percató de lo que ha sucedido hasta que escucho el portazo que produce su puerta al cerrarse.

Por la mañana.

No dormí nada en lo que restó de noche cuando ella se fue, y ahora me siento como si un camión hubiera pasado por encima de mi cuerpo, aplastándolo contra el asfalto. He escuchado a mi madre esta mañana hablar con Mark cuando pasaron por el pasillo para tomar su desayuno. Ella le agradecía algo que no escuché con mucha nitidez, ya que hablaban bajito. Iba a levantarme para poner bien la oreja, pero era tal el cansancio que me lo pensé una vez más y me obligué a quedarme un poco más en el sofá. Estoy deseando que el garaje esté arreglado para poder dormir en una cama en condiciones y no en un sofá que acabaré rompiendo.

Tras diez minutos en los que estoy estirándome, me levanto y camino hasta la cocina donde aún siguen Mark y mi madre desayunando. Entro y paso por su lado como el que no lo ve; después de la bronca que tuvimos anoche no me atrevo ni a dirigirle la palabra.

—Buenos días, hijo. ¿Has dormido bien? —se interesa mi madre, y la miro asintiendo—. Hoy nos pondremos con el garaje y esperamos que en un par de días esté completamente acondicionado para que puedas vivir en él.

—Sí, gracias —le respondo, y ella sonrío.

Sabe lo que me está constando ser amable, lo que me costará volver a confiar en ella.

—Jason, ¿podemos hablar?

La voz de Mark me sorprende y me doy la vuelta para mirarlo fijamente. No me gusta demasiado, no confío mucho en él, aunque puede que sea por la pelea.

—Tú dirás —digo secamente.

—Quería disculparme por lo de anoche, no pienso nada de lo que dije y no quiero que te vayas —se disculpa, y yo frunzo el ceño.

Resulta extraño que ahora me diga que nada de lo que dijo lo pensaba, cuando anoche me lo decía tan convencido. ¿Acaso intenta burlarse de mí? Me encojo de hombros, restándole importancia, para no tener que responderle a nada más, y, tras coger una manzana, salgo de la cocina y camino hasta el garaje donde me encuentro a Mina y a Abby. Ella me mira y de forma inconsciente se sonroja.

—¡Vaya, qué madrugadoras! ¿Desde cuándo estáis aquí?

Mi hermana me mira con una ceja alzada al notar la amabilidad de mi voz. Tengo que fingir mucho mejor si no quiero que se dé cuenta de lo que ha pasado entre nuestra hermanastra y yo. Aunque, para ser sincero, me importa una mierda que se enteren, solo lo hago por ella. Bajo la atenta mirada de Mina, miro a Abby de mala manera y me dirijo a ella. Me pongo detrás, paso un brazo por su cintura hasta llegar a sus manos y le quito de ellas una cajita metálica que ha cogido de la estantería. Ella se da la vuelta y me observa incrédula, su ceño se frunce y mi corazón se paraliza al tenerla tan cerca. Tengo que ser fuerte y tratarla como antes, tengo que sacar la fuerza desde lo más hondo de mi alma para no dejar que Abby entre y arrase con todo.

—Ratita, ¿no crees que deberías irte de aquí? No me gusta tenerte cerca —escupo, sorprendiéndola. Abre la boca para hablar, pero pongo un dedo en sus labios para impedirselo—. No, mejor no hables. Solo escucharte me cabrea.

—¡Ay, Jason, déjala en paz! Solo me está ayudando. ¿No has visto todo lo que hay que hacer aquí? Tenemos que dejarlo listo en dos días o mamá nos mata. —Se acerca a mí y me abraza—. Por cierto, ya me dijo que le diste una pequeña tregua. ¡Gracias! —exclama Mina, dándome un beso en la mejilla.

—No ha sido nada, era lo mejor que podía hacer por el bien de todos —digo eso mirándola a ella, a Abby, y sonrío dándose la vuelta de nuevo.

¡Oh, no! ¡Estoy perdido! Se ha dado cuenta de mi juego y ahora no podré alejarla de mí.

Nos pasamos el día entero tirando cosas que no sirven a la basura. Tenemos la puerta del garaje abierta de par en par y un bidón de basura en la entrada donde ya no cabe nada más. Mi madre ha tenido que llamar a los servicios de recolectores de basura y residuos para que vinieran a vaciar el bidón y seguir llenándolo de toda la mierda que acumulamos durante años en el garaje. Horas más tarde, seguimos con la limpieza, aunque hemos eliminado ya bastantes cosas.

—¡Madre mía, la cantidad de cosas que hay! Esto nunca se acaba — comenta Abby, sacando otra caja al exterior.

He querido durante toda la tarde acercarme a ella, incluso unos minutos en los que estuvimos solos, pero Mina llegó muy rápido y ni siquiera me dio tiempo a decirle nada.

—Sí, y aunque hemos tenido todo el fin de semana para limpiar, solo hemos conseguido esto. Bueno, la semana será larga y solo podremos ponernos cuando lleguemos del instituto —responde Mina.

Es escuchar la palabra instituto y darme cuenta de la estupidez que he estado a punto de cometer. Por un momento no me había dado cuenta de que Abby es menor de edad y que le llevo nada menos que cuatro años. Es una niña, una preciosa niña que me vuelve loco.

—Hola, chicos. ¿Cómo vais?

Mi madre entra en el garaje y mira a su alrededor con una sonrisa. Entonces veo como se acerca a Mina, que tiene una caja metálica azul entre las manos, y se la quita para luego depositarla encima de la mesa de trabajo de mi padre. Hace tanto tiempo que no se usa que la mesa está completamente destrozada, a punto de desmoronarse. Abre la caja y comienza a sacar fotos, Mina y yo nos acercamos y a mi hermana se le ilumina la cara al ver la foto que mi madre tiene en sus manos. Es en su sexto cumpleaños, estábamos los dos sentados en el porche con unos gorritos de cartón y con una sonrisa de oreja a oreja. Hace tanto de aquello que a veces me cuesta recordar que hubo un tiempo en el que éramos felices, un tiempo en el que nada nos importaba. Cuando se es niño, la imaginación te ayuda a ser feliz. Aunque veas cosas que puedan llegar a asustarte, tú te creas otra imagen, otra cosa que te haga soñar y

pensar que solo es una pesadilla de la cual despertarás por la mañana. Al menos, Mina no vivió todo lo que yo, al ser más pequeña. Yo me encargué de eso, siempre fui quien la ayudó a pensar en otra cosa cuando nuestro padre llegaba drogado o borracho, cuando lo único que hacía era gritarnos que él era el que mandaba.

—Siempre me gustó esta foto —murmura mi madre—. Estabais tan unidos, siempre juntos.

—Como ahora, mamá. Nunca me separaré del grandullón, aunque se haya convertido en un cascarrabias —declara Mina, mirándome.

De pronto, Abby sale al jardín delantero sin decirnos nada y yo la sigo. Sé que no debo, que es una locura hacerlo, pero el jodido imán que tiene hace que vaya tras ella. Se ha sentado en el porche, en el mismo sitio en el que estamos Mina y yo en la foto, y yo me siento a su lado. No me mira, no hace nada, no dice nada, y veo como sus mejillas comienzan a mojarse por las lágrimas que sé que ha estado reteniendo. Sinceramente, no sé qué le pasó a ella, no sé nada de su vida, y aunque me diga a mí mismo que no quiero saberlo, parece que no es así.

—¿Estás bien? —me intereso.

Sigue sin mirarme y me responde encogiéndose de hombros. No, no lo está. Quiero entenderla y puede que llegue a hacerlo, pero será complicado que ambos nos abramos de la manera en la que necesitamos.

—La echo de menos —murmura, sorbiéndose la nariz—. A mi madre, la echo de menos —me aclara, ahora mirándome, y yo no puedo evitar perderme en sus lagunas.

—¿Hace mucho que murió?

—En unos meses hará cinco años que se fue. —Solloza agachando la mirada.

—¿De qué murió? —me mira y me retracto—. Lo siento, si no quieres contármelo, lo entenderé. —Niega.

—No es eso, es que hace cinco minutos que estás aquí y aún no me has tratado mal. ¡Es todo un récord para ti! —exclama, y una sonrisa sincera se dibuja en mis labios.

Nos quedamos mirando unos segundos, o minutos, realmente no lo sé y no quiero saberlo. Sus ojos siguen brillantes por las lágrimas, aunque ahora

sonríe, sonríe como si estuviera feliz, como si yo hubiese provocado eso en ella, y no logro entenderlo, no puedo entender que una persona como yo consiga eso en una chica como ella. Soy un cabrón, uno muy duro que solo hace sufrir; en cambio, a ella, a Abby, la hago sonreír y lo que me hace sentir con eso es que vuelvo a vivir.

Capítulo 11

Jason

Días después.

Ya llevamos cuatro días arreglando el maldito garaje y parece que por fin acabaré esta noche durmiendo en una cama. El motivo del retraso es que las chicas tenían instituto y yo solo no he podido hacerlo todo; aunque, para ser sincero, no he parado.

Las cosas con Abby siguen igual. Por la noche baja al salón y, tras discutir, nos besamos hasta el cansancio, y cada vez me estoy metiendo más en algo de lo que no podré salir, no sin ser dañado al menos.

Perdido, hundido... así me siento desde hace años. Supuse que, al volver a mi hogar, mi vida iba a cambiar. No es así. Sigo sintiéndome perdido, aún más perdido de lo que ya estaba y todo gracias a ella. ¿Cómo una persona a la que no conozco de nada puede provocar eso en mí?

No puedo creer lo que está pasando y mucho menos me lo habría imaginado cuando vine aquí, cuando la vi por primera vez. Y es que, cuando estoy con ella, el mundo se detiene. ¿No resulta irónico? Me propuse hacerle la vida imposible y lo único que conseguí fue fijarme en ella de otra manera. Nadie sabe nada de lo que tenemos, nadie nos ha visto y, al menos por mi parte, seguirá siendo así. Creo que ella piensa exactamente igual. No creo que a nuestra familia le guste saber que Abby y yo nos enrollamos de vez en cuando y menos después de todo lo que mi boca ha escupido en su contra desde que pisé esta casa.

—Jason, ¿tienes hambre? —La voz de mi madre me saca de mis pensamientos. La miro y asiento.

Dejo encima de la mesa, ya arreglada, el martillo que hasta hace unos minutos estaba utilizando. Estaba colgando una estantería para poder poner algunos libros. Sí, me gusta leer, aunque hace tiempo que no lo hago. Al revisar todas las cajas, he podido recuperar mis libros de ciencia ficción de

hace años.

Salgo del garaje y camino hasta la cocina donde Mina y Abby están sentadas esperándome para almorzar. Miro el reloj de mi muñeca para comprobar la hora que es, pues se suponía que las recogería yo. Mi madre niega al darse cuenta.

—Te vi tan ocupado que me acerqué yo a por ellas. Espero que no te moleste.

—No, claro. Gracias. —Me siento al lado de Mina.

Mi hermana me da un beso en la mejilla y yo le sonrío mientras miro al frente. Abby me observa fijamente. Solo cuando mi madre se acerca a la mesa para servirnos, aparta sus ojos de los míos y yo puedo volver a respirar. ¡Qué estupidez! Hasta en eso me controla el maldito deseo que siento por ella.

—Bueno, ¿cómo fue el examen chicas? —pregunta mi madre. Ellas se miran con complicidad.

Yo no puedo evitar soltar una risita irónica, parece que no fue demasiado bien.

—Han suspendido, mamá —me adelanto a responder, y mi hermana me pega un puñetazo en el hombro.

—Pero serás bocazas —se queja Mina.

—¿Eso es que tiene razón? —Mi madre alza una ceja.

En este momento, me lo estoy pasando genial viendo cómo nuestra madre les echa la bronca por no haber estudiado lo suficiente. Solo les quedan dos semanas más y acabarán y se graduarán, pero como sigan así les irá mal. Palabras textuales de mi madre.

—Mamá, tranquila. La semana que viene podemos recuperarlo. ¿Verdad, Abby? —Asiente.

Hoy no está muy habladora y no sé por qué. Quiero tener unos minutos con ella a solas y poder preguntarle, pero eso no será posible hasta la noche.

—Y tú ya puedes prepararte para cuando regrese tu padre, señorita. — Señala a Abby. Esta se levanta y, sin decir nada, sale de la cocina a toda prisa —. ¿Qué mosca le ha picado?

—No lo sé, pero lleva desde anoche así —responde Mina.

Me levanto, sin importar lo que piensen, y me dispongo a saber qué cojones le pasa y por qué yo no sé nada. No es que sea sobreprotector, pero

me preocupa que sea algo grave.

«¡Que gilipollas eres, Jason!». Mi subconsciente juega con mi cabeza y niego para que me deje en paz.

—¿Dónde vas, Jason? —dice mi madre.

—A hablar con ella.

—¿Tú? —pregunta Mina, sorprendida—. Tú eres al que menos querrá escuchar.

—Te equivocas, yo soy al que no espera.

Y con esa respuesta sigo mi camino y la busco. Miro en el garaje y no está; subo hasta su habitación y la veo sentada en su cama, mirando por la ventana. Entro sin que se dé cuenta; solo lo hace cuando cierro. Se da la vuelta y me mira extrañada. Lo sabía, no se esperaba que fuese yo el que viniese a verla, ya que no estábamos solos. Me encargo de cerrar con llave la puerta para que no puedan entrar en caso de que la cosa se ponga intensa y me acerco hasta ella, para luego sentarme a su lado.

—¿Qué te ocurre?

Mi voz ha sonado más dura de lo que quería y eso solo complica las cosas.

—¿Qué quieres? Vete, Jason, solo quiero estar sola —murmura sin poder mirarme.

Cojo su barbilla y la obligo a hacerlo; sus ojos están llenos de lágrimas.

—¿Qué cojones? —Frunzo el ceño—. Ahora mismo me vas a decir qué te pasa, Abby. Anoche estabas bien y Mina dice que estás así desde ayer. ¿Acaso hice algo que te molestó? Dímelo, Abby, sea lo que sea.

—No te interesa lo que me pase, Jason, y será mejor que no volvamos a enrollarnos. No quiero tener nada contigo —declara entre sollozos.

¿Esto es en serio? O sea, que yo prácticamente me he bajado los pantalones ante ella, haciéndole ver que no era como le hacía creer, y cuando me tiene comiendo de su mano me da la espalda. ¿Qué coño les pasa a las mujeres? Por eso nunca me quiero enamorar y doy gracias por no haberlo hecho de ella, al menos, no me ha dado tiempo.

—¡Estás loca! ¿Lo sabías? ¡Loca! —exclamo, levantándome de la cama.

Camino hasta la puerta y, antes de salir, me doy la vuelta para volver a hablarle.

—Crees tenerlo todo controlado, pero no es así. No sé qué te habrá pasado y sinceramente me importa una mierda —digo, agónico—. Volvemos al principio, ratita.

Salgo y cierro de un portazo. Me jode, me jode mucho que después de los días en los que llevamos hablando, que nos vemos a solas y nos besamos, aún no tenga confianza conmigo como para contarme lo que le ocurre. Aunque le he dicho que no me importa lo que le pase, está claro que es mentira, que solo se lo he dicho para herirla, de la misma manera en la que ella lo está haciendo conmigo.

Vuelvo a la cocina y me siento de nuevo al lado de mi hermana. Mi madre y Mina me miran expectantes, esperando a que les cuente lo que ha pasado con la ratita presumida y pecosa que tengo como hermanastra. Me encojo de hombros, restándole importancia.

—Te dije que no serviría de nada que fueras tú, Jason —afirma mi hermana.

—Bueno, por mí como si se larga de esta casa —escupo de mala manera.

—¡Jason, por Dios! Ya parecía que os estabais llevando bien —me recrimina mi madre—. ¿No tendrás que ver tú algo en su cambio de humor? Jason Harris, espero que no tengas nada que ver en todo esto.

—Deja el drama, mamá. Abby es solo una mocosa consentida que, cuando no consigue lo que quiere, coge el berrinche, pero nada más. Ya veréis que en nada la tenemos de nuevo fastidiándonos a todos.

Digo cada palabra sin pensar en nada más que no sea su absurda mirada llena de miedo, de incertidumbre. Entonces escuchamos su voz y nos giramos para mirarla.

—¿Así que es eso lo que piensas de mí? ¡Joder, Jason! De todas las estupideces que me has dicho, esta es la peor de todas.

Y vuelve a salir corriendo, pero esta vez no me muevo del sitio.

—Vaya, hermanito, parece que no das una.

— Cállate, Mina.

—¿En serio? ¿O sea, me mandas callar solo porque te digo la verdad? ¡Eres un gilipollas! Y bueno, no sé a qué has venido si todo lo que haces es para joder. Parecía que estos días había un cambio en ti, pero está visto que vuelves a ser el cabrón de Jason...

—¡Mina! —grita mi madre.

—Déjala, tiene razón.

Me levanto y salgo de la cocina para luego dirigirme al garaje, donde paso el resto de las horas arreglando lo que falta. Hay momentos en los que no entiendo para qué cojones estamos acomodando este lugar si mi intención siempre fue largarme de esta maldita casa. No me fui por Mina y, para qué mentir, también por ella. Puede que haya sido un error volver. Podía haberme largado o simplemente pasar de largo cuando me detuve frente a la puerta del instituto de mi hermana. Puede que, si hubiese hecho eso, no estuviera ahora con ganas de estrangular a alguien. Aunque si lo pienso fríamente, de no haber vuelto, nunca la habría conocido.

Las horas pasan y me quedo esperando a que entren al garaje para ayudarme como cada día, no es por obtener su ayuda, sino porque pasar tiempo con ella era lo mejor del día. Me siento agotado en la cama, ya montada al fin, y por un momento me quedo bloqueado mirando a un punto fijo. No dejo de pensar en ella, en cómo sus palabras han salido de esa perfecta boca hiriéndome, o al menos, intentándolo.

La única que se ha preocupado por mí ha sido mi madre, que vino a verme y se quedó conmigo unas dos horas hasta que volvió a la cocina para preparar la cena. Me habría gustado ir a ayudarla, pero aún me quedan muchas cosas por recoger y, a menos que Mina y Abby aparezcan, tendré que seguir con esto yo solo.

—Jason, la cena está lista —dice mi madre, abriendo mi puerta.

—¿No sabes llamar? —pregunto de mala manera. No quería hablarle así, pero tanto estrés no es bueno y he acabado pagándolo con ella—. Lo siento.

—No pasa nada. Te esperamos en el comedor. —Asiento y se va.

Bufo cabreado, dándome cuenta de que la cena va a ser toda una aventura en la que la guerra vuelve a estar activa. No entiendo a Abby, eso no es un secreto, y ahora Mina tampoco me lo pone fácil. ¿Qué les pasa a las mujeres de esta familia? Salgo del garaje y camino hasta la sala donde Mark, mi madre, Mina y Abby se encuentran sentados. Todos están en silencio y eso me pone en alerta.

—¿Pasa algo? —pregunto mirando a Mark.

Creo que puede ser el único que me dé alguna información de lo que

ocurre.

—Sí, sí pasa...

—Cállate, papá —lo interrumpe Abby.

Su voz ha sonado temerosa, como si lo que su padre fuera a decir le diera miedo, y eso no hace más que incrementar mi cabreo y mi preocupación.

—No, Abby, no pienso callarme más. Somos una familia y todos tienen derecho a saber lo que te pasa, hija —le responde.

Tenemos los ojos puestos en ambos, moviendo la cabeza de uno a otro como si fuera un partido de tenis, aunque mi mirada no se aleja de Abby, queriendo saber más, intentando adivinar algo en su expresión. Puede que le haya pasado algo en el instituto, pero de ser así Mina lo sabría. Mi madre parece no saber nada tampoco y eso ya se me escapa de las manos.

—Es mi vida y no quiero que nadie se meta. ¿Me entiendes?

Ellos hablan como si no hubiera nadie a su alrededor.

—Abby, solo nos preocupamos por ti —interviene mi madre, que está sentada a su lado.

—No quiero que lo hagáis. —Se levanta.

—¡Abby! —la llama Mark, alzando la voz. Ella lo mira—. Espero que no se repita, porque ya sabes lo que haré —la amenaza.

Ella no dice nada, apenas pronuncia palabra, y tras regalarme una mirada llena de ¿preocupación? —sinceramente, no he podido descifrarlo—, se marcha y escuchamos la puerta de la casa. Se ha ido y nadie hace nada.

—¿Se puede saber qué cojones le pasa? —pregunto, intentando no parecer desesperado.

—Es largo de contar, Jason.

—Tranquilo, tengo todo el tiempo del mundo.

Capítulo 12

Abby

Aire, necesito aire, poder respirar, y en la casa no puedo. Con todas esas miradas puestas en mí, incluyendo la de él. No quiero que lo sepa, no quiero que nadie sepa lo que pasa o lo que puede llegar a pasar si Jordan me encuentra.

Helen me llamó ayer para decirme que él me está buscando y que no va a parar hasta encontrarme. Ya hace más de tres años que todo acabó y parece como si el pasado quisiera volver para martirizarme. Cuando mi padre me dijo que viviríamos lejos de nuestra ciudad, donde nada ni nadie me haría daño de nuevo, me sentí bien, tranquila, como hacía tiempo que no me sentía... Pero ¿qué pasará si me encuentra? ¿Y si alguien le ha dicho dónde estoy? Tengo miedo, mucho miedo. Ni siquiera puedo recordar la última noche que lo vi sin sentir miedo.

Desde que he salido de la casa no he podido dejar de pensar en él y en cómo se tomará lo ocurrido. Si alguien debe saberlo, ese es Jason, aunque no estoy preparada para ello y es por eso por lo que he preferido salir corriendo, huir como hace años para no sufrir de nuevo. Y es por ello por lo que no quería fijarme en Jason, porque me recordaba tanto a Jordan que mi cuerpo temblaba como una hoja cuando lo tenía frente a mí, pero, en realidad, en eso estaba equivocada, porque él no se parece en nada a mi exnovio.

—¡Abby! —Escucho la voz de Karen.

Miro hacia atrás y llega hasta mí para sentarse a mi lado en los escalones del porche. No iba a irme tan lejos.

—Pensé que te habías marchado.

—No, no quería alejarme a estas horas de la noche —afirmo cohibida. Ni siquiera me salen las palabras.

—¿Estás bien? Sabes que puedes contarme lo que quieras, ¿verdad? —Asiento—. Entonces, ¿qué te ocurre? La verdad es que nos tienes preocupados.

—Nada, es solo que me siento un poco abrumada con tantos exámenes, nada más.

—Abby, ambas sabemos que ese no es el problema y, por la discusión ahí dentro, la cosa es más grave de lo que nos quieres hacer ver. ¿Me equivoco?

—Niego sin poder mirarla.

Siento como mis ojos se mueren por derramar esas lágrimas que he querido retener con todas mis fuerzas, pero parece que son más fuertes que yo y salen por sí solas. Karen pasa su brazo por encima de mis hombros y me desahogo entre sus brazos. En este momento me siento bien, querida. No sé si estoy preparada para contar lo que me pasó en mi antiguo instituto, ni todo lo que vino después de aquello, y doy gracias a mi padre porque él no haya revelado nada de lo sucedido.

—Tranquila, tranquila. Todo pasará, cielo, todo pasará —me consuela como lo haría una madre.

Si ella estuviera aquí conmigo, si mi madre no se hubiera marchado tan pronto, puede que nada hubiese ocurrido, pero las cosas pasan por algo y, tras toda la tragedia, he conocido personas maravillosas como Karen, Mina y Jason.

—Lo siento, siento haberme comportado así, siento haberle hablado tan mal a mi padre. Pero solo él sabe por lo que estoy pasando y no me siento preparada para contaros nada. No ahora. No hoy —declaro entre sollozos, y ella me acuna.

—Cuando estés preparada puedes buscarme y contarme cualquier cosa —me dice con dulzura—. Abby, sé por lo que has pasado con la muerte de tu madre y sé que jamás me verás como tal, pero en este momento quiero que me veas así, como esa madre que tanta falta te hace —me pide, y asiento sin dejar de derramar lágrimas—. Puedes confiar en mí, y lo que me cuentes no lo sabrá nadie si así tú me lo pides. ¿De acuerdo?

—Gracias, Karen. Me siento orgullosa de pertenecer a tu familia.

Me da un beso en la frente y vuelve al interior de la casa, dejándome sola de nuevo en la oscuridad de la noche. No me gusta estar a la intemperie a oscuras, pero en este momento lo necesito.

Mis intentos por estar tranquila son en vano y no puedo llegar a estarlo. Cada vez mis lágrimas se apoderan más de mí y solo necesito esconderme

bajo mis sábanas y dormir durante horas. Cuando veo que han apagado las luces de la casa, entro y subo las escaleras con sigilo; no quiero despertar a nadie y mucho menos seguir preocupándolos. Al llegar a la puerta de mi habitación, abro y entro. Todo está oscuro, pero no lo suficiente como para no darme cuenta de que Jason está en la cama recostado. No sé si está dormido y tampoco quiero comprobarlo. Pero mis pies hacen lo contrario y se mueven en su dirección, como si ellos mandaran sobre mi cuerpo y mi mente. Cuando estoy a su lado, miro hacia abajo y me percato de que está despierto... no sé por qué no ha dicho nada. Solo me mira, sus ojos están clavados en los míos. Suspiro, no sé cuántas veces lo hago. Nada de lo que haga en este momento lo pienso realmente. Nada de lo que piense tiene sentido si él no está.

—Ven —dice cogiendo mi mano.

Mi cuerpo tiembla como una hoja al sentir el tacto de su piel y la mía se eriza por completo. Me quedo acostada a su lado, reposando la cabeza en su pecho, y solo ahora, solo así, es cuando siento la paz que necesito. Es extraño como una persona que me recordaba a mi pasado puede brindarme la tranquilidad que necesito. Jason acaricia mi espalda con delicadeza, provocando en mí sentimientos que me niego a dejar salir. No quiero enamorarme de él, pero ¿será posible conseguirlo?

—¿Estás bien? —se interesa. No respondo—. Abby. —Toca mi barbilla y me obliga a mirarlo—. Aunque parezca una estupidez, me preocupa lo que te pase.

Mis lágrimas no se demoran en reaparecer y mi respiración se vuelve pesada, obligándome a incorporarme para poder respirar. Mi mente comienza a dar vueltas, mostrándome momentos que me niego a recordar y que son inevitables en este momento. Jason acaricia mi espalda, intentando calmarme, y se sienta a mi lado para después volver a estrecharme entre sus brazos. Estoy nerviosa, muy nerviosa, y no sé si es por lo que puede pasar, por mi ahogo o por el simple hecho de tenerlo así a él. Jason me hace sentir mil y una sensaciones diferentes, y una de ellas es la necesidad de besarlo. Es lo que hago, pego mis labios a los suyos sin miramientos. Por un momento se tensa y creo que me apartará. No lo hace. No me aparta y profundiza nuestro beso.

Su lengua entra en mi boca y ambas comienzan a bailar, acariciándose entre sí. Jason se levanta sin separar su boca de la mía y me coge en brazos,

obligándome a enroscar mis piernas alrededor de su cintura. Esto es una locura, una locura que no sé hasta dónde llegará. Siento su erección y mi sexo se aprieta con fuerza. Abandona mi boca y con su lengua recorre mi cuello hasta llegar a mis pechos, donde posa sus labios por encima de la tela y, solo con eso, mis pezones se ponen duros. Un gemido lastimero sale de mis labios y él me mira a los ojos fijamente.

—Esto es una locura —dice, intentando serenarse.

—Es cierto, pero ¿qué sería esta vida sin un poco de locura? —Sonríe y vuelve a atacar mi boca.

Parece que mi respuesta le hace ver que estoy de acuerdo, que me siento completamente deseosa de que me haga suya, y en parte es así. Solo cuando comienza a desnudarme, cuando poco a poco las prendas van cayendo al suelo, dejándonos completamente expuestos, mi mente recuerda aquella noche e intento zafarme de sus brazos para correr al baño y encerrarme en él.

Mi cuerpo se pega a la puerta, donde arrastrándome quedo sentada en el suelo, me abrazo las piernas y lloro, lloro desconsoladamente. Creo que jamás podré estar con ningún chico, nunca podré dejar que nadie me toque más de lo permitido. Cada vez que eso pasa, los malditos recuerdos me perturban y no me dejan vivir. Necesito a Jason y lo deseo con todas mis fuerzas, pero realmente no sé si algún día podré llegar a algo más con él, aunque yo sí lo quiera.

—Abby... Abre la puerta, por favor —me suplica desde el otro lado—. No tenemos por qué hacer nada si no quieres y nunca te obligaría a hacer algo que no desees.

Al escuchar eso, me doy cuenta de lo tonta que he sido y me siento avergonzada por haber actuado así con él. Mi corazón se contrae y solo necesito que me abrace, que me cobije entre sus brazos y no deje que nadie me haga daño. Me levanto y abro la puerta. Él me mira y abre sus brazos. Avanzo y, entre sollozos, me encierro en ellos, sintiendo la paz y calidez que solo Jason ha conseguido darme sin apenas conocerme.

—Tranquila, ratita, no dejaré que ese malnacido se te acerque.

Mi cuerpo se tensa al percatarme de que él sabe lo ocurrido y lo que puede pasar si Jordan me encuentra. Levanto la cabeza y lo miro a los ojos. No logro descifrar lo que con ellos me dice, no ahora que tan perdida me

siento.

—¿Cómo lo has sabido? —me intereso mientras caminamos hasta la cama donde volvemos a recostarnos y él sigue abrazándome.

—Da lo mismo cómo lo he sabido, lo que ahora es verdaderamente importante eres tú. —Suspira—. Abby, yo no soy un chico de flores, ni de citas, ni siquiera soy capaz de decirte lo que siento por ti porque no lo tengo claro, pero no voy a dejar que nadie te haga daño y te protegeré pase lo que pase.

Su declaración me saca del trance en el que me había metido mientras miraba su perfil desde abajo, fijándome en lo relajado que está conmigo y recordando la primera vez que nos vimos. Solo hace unas semanas y es como si hubieran pasado meses. Al principio no me lo puso fácil, aunque he de reconocer que yo tampoco a él. Y ahora... ahora está abrazándome como si nada más importara, y eso hace que sienta un cosquilleo en mi interior, cómo mi corazón late tan fuerte que creo que se dará cuenta. ¿Me habré enamorado de él? Tras un rato en silencio, en un silencio cómodo, los párpados comienzan a pesarme y, sin darme cuenta, me quedo dormida en los brazos de Jason.

Siento su cuerpo aprisionando el mío, no puedo respirar y Camila no puede ayudarme tampoco, pues se la han llevado. Por favor, por favor. Intento hablar, pero es tanto el dolor que siento tras el fuerte puñetazo y estoy tan desorientada que creo que en cualquier momento me desmayaré. Los párpados me pesan, siento que voy a desfallecer, cuando escucho un estruendo y, tras apartar su cuerpo pesado del mío, alguien me coge en brazos y me saca de ese infierno.

—No, por favor. No me toques.

—Abby, Abby. ¿Estás bien? ¡Despierta!

Alguien me zarandea y abro los ojos para encontrarme con los de Jason. Me aferro a él y mis lágrimas aparecen sin ser invitadas.

—Ya pasó, solo fue una pesadilla.

Noto su cuerpo en tensión, como si al decirlo mantuviera una lucha interna. Lo miro y no le digo nada, solo pego mis labios a los suyos y eso es lo que hace que nos calmemos los dos.

Capítulo 13

Jason

Mientras la veía dormir, he tenido la necesidad de besarla y hacerle ver que lo que estoy sintiendo por ella es mucho más que lo que el hijo de puta de su ex quería de ella. Entonces, cuando ha comenzado a removerse en la cama, diciendo que no la tocara, mi cuerpo ha sentido esa tensión que hacía tiempo que no sentía, como cuando estaba en casa de Anthony y sabía que, cuando viniera, me pegaría una paliza. ¿Por qué ese cabrón fue capaz de intentar hacerla suya? ¿Por qué hay hombres que se creen con el derecho de abusar de una mujer solo por su propio placer? Cuando Mark me contó lo que le pasó a Abby en su antiguo instituto, todo lo que soportó desde que su madre murió y la cambiaron y la metieron allí, fue algo que me hizo ver a la verdadera Abby, a esa chica que intenta ser fuerte, dura y que es capaz de sacar las uñas, pero luego no es más que una pequeña con temores.

Y ahora, besando sus labios, es cuando siento todo su temor, todo lo que ella está experimentando con esto, conmigo. Sé que puede que sea apresurado para ambos, pero es lo que al parecer necesitamos. Me separo de ella y la dejo conmigo, abrazada a mí; solo quiero que vuelva a creer que está bien, que vea que nada la dañará si está a mi lado. Tengo miedo de que su exnovio vuelva a hacer lo que en su día intentó, y no dejaré que lo haga.

—Siento que hayas tenido que enterarte —murmura, apenada.

Yo niego sin mirarla.

—No creas que eres la única con miedos —le aclaro.

—Lo sé, sé que tú tampoco lo has pasado bien y haré que lo olvides todo —me asegura.

Poco a poco, noto cómo se relaja y cómo el sueño la vence y se duerme. No pego ojo en toda la noche y tampoco puedo quedarme con ella. Si alguien entra, puede descubrirnos, y no puedo permitir eso, así que cuando veo que está profundamente dormida me deshago de su abrazo y salgo de la habitación para ir al garaje a dormir. Ya son las cinco de la madrugada y, para ser

sincero, no tengo sueño, pero me obligo a dormir un poco antes de que Mark me despierte para ir con él a la empresa de su mejor amigo. Me dijo que me ayudaría a encontrar un trabajo y se lo agradecí, ya que, después de mi llegada y tal y como han sucedido las cosas, no esperaba que quisiera ayudarme.

Por la mañana, escucho unos toques en la puerta y la voz de Mark llamándome. Miro el reloj y son las ocho de la mañana. Bufo al levantarme y me acerco hasta la puerta para decirle que me espere unos minutos. No he dormido y estoy bastante cansado. Cojo la ropa que me pondré y salgo del garaje para dirigirme al baño, donde me doy una ducha rápida y me visto. Tras eso, camino hasta la cocina y mi madre me tiene el desayuno en la mesa. Mark empieza a meterme prisa y como lo más rápido que puedo y salgo con él, aunque cada uno va en su coche, ya que él después tiene que seguir su camino hasta su trabajo. La verdad es que en todo este tiempo no he sabido a qué se dedica y, siendo sincero, no es algo que me importe demasiado.

Voy conduciendo tras él, hasta que después de media hora llegamos al lavado de coches de su amigo. Aparcamos y me bajo para luego caminar con él hasta la puerta de la oficina de este. Miro el cartel donde pone «Lavados Moore». Entramos y me presenta a Mason Moore.

—Bueno, Jason, ¿tienes experiencia en el lavado de coches? —me pregunta.

No sé qué responderle, pues los últimos años mi trabajo ha sido completamente diferente. Voy a contestar, pero Mark se me adelanta.

—No, él ha estado fuera unos años, estudiando. Ahora ha vuelto y, al no encontrar trabajo de lo que realmente tiene experiencia, pensé que podrías darle una oportunidad —explica, y yo me quedo mirándolo.

No me gusta mentir y mucho menos que digan que he estudiado cuando no es así. Miro a Mark y él niega despacio para que solo yo lo vea.

—Está bien, te daré una oportunidad porque mi amigo así lo quiere, pero si no te adaptas a este trabajo, prescindiré de ti. —Asiento y, tras estrechar mi mano, salimos del despacho.

—Oye, Mark, ¿conseguiste averiguar algo sobre el robo? —le pregunta Mason.

Yo frunzo el ceño, intentando entender la pregunta.

—Ayer detuvimos a dos tipos a las afueras de California y hoy tenemos

que interrogarlos. Si me entero de algo, te lo diré.

Trago saliva al percatarme de las pistolas en la cintura de Mark. En todo este tiempo no he sabido cuál es su trabajo y parece que es policía. No es que le tema, pero es evidente que, si se entera de mi pasado, puede investigar y eso me llevará a la cárcel durante una buena temporada. Se despide de su amigo y este me recuerda que tengo que estar en el trabajo a las nueve de la mañana. Asiento y nos vamos, pero antes de entrar cada uno en su vehículo me acerco a Mark.

—Quería darte las gracias por buscarme el trabajo. —Me mira sorprendido—. Sé que no empezamos con buen pie, pero he aprendido que no siempre tengo que estar de mal humor. No gano nada así.

—Me alegra saberlo, Jason, y tu madre está feliz por tu cambio.

—Lo sé, y en parte ha sido por ella. Nunca pensé que llegásemos a tener la relación que teníamos antes de que me echara de casa. —Mi mandíbula se tensa al recordarlo.

Mark pone una mano en mi hombro.

—Te entiendo, Jason... Bueno, tengo que ir al trabajo.

—Por cierto, no sabía que eras policía. —Asiente con una sonrisa.

—Sí, lo soy. Pensé que tu madre te lo había dicho.

Trago saliva, poniéndome nervioso. No podré convivir con él, no si sabe lo que hice en mi pasado, todos los errores que me obligaron a cometer. Soy un delincuente que vive con un policía. Irónico, ¿no?

—Tranquilo, Jason, no se lo diré a nadie.

—No sé a qué te refieres.

—A Anthony.

Agacho la cabeza y me quedo pensando. Lo ha sabido todo este tiempo y no me había dicho nada. Si conoce a Anthony, puede que sepa que murió y que, con él, desapareció el mayor traficante de drogas de todo Nueva York. Con su muerte, cayó todo ese imperio, dejándolo completamente destruido y en manos de personas que no sabían ni dónde tenían la cara. Apoyo mi cuerpo en su coche, intentando tranquilizarme, y no sé cuánto tiempo me quedo en silencio.

—Eso sí, tenemos la investigación abierta y tú puedes sernos de gran ayuda —comenta, llamando mi atención.

—¿Cómo? Anthony murió y lo perdió todo.

—Creo que estás equivocado, Jason.

—¿De qué estás hablando? Yo vi su cuerpo sin vida, vi cómo el fuego comenzaba a consumir su mansión, incluso hubo una gran explosión que destruyó todo —le cuento nervioso, muy nervioso.

—Jason, será mejor que lo hablemos en casa. Tranquilo, no te pasará nada.

Se despide de mí y se larga, dejándome completamente hundido. Anthony no puede estar vivo, es imposible. Si eso es verdad, tendremos que irnos, todos. Él vendrá, me buscará y, si no vuelvo con él, acabará con mi familia. No quiero perder a mi madre, a Mina y... Abby, no, me niego a perder a Abby.

—¡Joder! —Le pego una patada a un bidón de basura que hay al lado de mi coche.

Me subo y arranco para después salir a toda prisa de allí. Quiero llegar a mi casa, verla, ver que todas están bien. El miedo entra en mi cuerpo de una manera intensa, tanto que no puedo respirar, no hasta que las sepa a salvo. Tengo que sacarlas de aquí, llevármelas lejos, tan lejos que nadie pueda encontrarlas. Ni Anthony, ni nadie. Ningún fantasma del pasado vendrá a jodernos la vida.

Después de veinte minutos, aparco el coche y salgo corriendo. Entro en casa y voy hasta la cocina para ver si está mi madre, pero no la encuentro. Subo las escaleras y no veo a Mina, ni a Abby. No hay nadie en casa y mi miedo se incrementa, pensando en mil cosas que no vienen a cuento en este momento. Debo calmarme, debo serenarme y llamarlas por teléfono. Mina y Abby seguramente estarán en el instituto, y mi madre... nunca sé dónde está.

Marco el teléfono de mi hermana y esta me lo coge al cuarto tono.

—Mina. ¿Estás bien? —pregunto de forma atropellada.

—Eh, eh. ¿Qué ocurre? Estoy en clase, Jason.

—Lo siento, lo siento. No quería preocuparte.

—Pues lo has hecho. ¿Qué pasa? ¿Le ha pasado algo a mamá? Habla, Jason.

—Tranquila, es solo que no recordaba que teníais instituto y me asusté al llegar a casa y no encontrar a nadie. Por cierto, ¿sabes dónde está mamá? Nunca la veo a esta hora y tampoco sé en qué trabaja.

—Jason, mamá trabaja en un banco y no llega hasta la una de la tarde.

Tranquilo, ¿vale? Y si estás aburrido, recógenos a la salida. Te tengo que dejar, te quiero.

Me cuelga sin esperar mi respuesta y me quedo mirando el móvil durante unos largos minutos. Ahora no sé qué hacer. Me levanto y voy hasta el garaje, donde me encierro y me pierdo durante horas en uno de mis libros; releo por décima vez una novela de Stephen King, *Ojos de fuego*. Me encanta este autor y sus novelas llenas de misterios y miedos, así es como me siento yo, como es mi vida.

Escucho unos aporreos en la puerta que me despiertan de golpe. Ni siquiera recuerdo haberme quedado dormido. Me levanto gritando «Ya voy, joder». Llego y abro, y, al quedarme frente a una Mina muy cabreada, recuerdo que tenía que recogerlas. Agacho la cabeza y entro de nuevo, con ella detrás.

—Creo que te dije que nos recogieras. Acabamos de llegar con los pies ardiendo por el calor y el dolor que sentimos. ¿Sabes a cuántos kilómetros está mi instituto, tarugo? —me regaña, pero yo no la escucho.

Hace años aprendí a desviar mi atención cuando se ponían chillonas y luego se cabreaban más porque no conseguían nada de mí.

—Lo siento, me quedé dormido.

—¿En serio? No me había dado cuenta —responde con ironía, y suelto una carcajada.

Nunca creí que mi hermana se convirtiera en una mujer tan tan exasperante. Me observa incrédula por mis carcajadas. Son tan fuertes que hacen que Abby y mi madre vengan a ver qué está pasando. Hacía tiempo que no me reía de esta manera y, para ser sincero, me hacía falta.

—¿Qué le pasa? —pregunta mi madre.

—No lo sé, pero está más tonto que de costumbre.

—Ya, déjalo, me hace gracia... prefiero a este Jason —declara Abby.

Su comentario es lo que me hace callar y la miro a los ojos. Mi madre y Mina se dan cuenta de mi cambio y no puedo dejar que piensen lo que no es, así que camino hasta Abby y me pongo frente a ella, muy cerca, demasiado. Y tenerla tan cerca y no poder besarla es una auténtica tortura, una tortura que tengo que sufrir.

—Ratita, para ti seré el de siempre —escupo.

—Ah, ¿sí? —me responde con altanería.

—Sí... Tranquila, que no dejaré que te acostumbres a este Jason.

—No pensaba hacerlo.

Se da la vuelta y sale del garaje como alma que lleva el diablo. Sus ojos han mostrado algo que no sé descifrar. Supongo que también estaba fingiendo, ¿no?

«¿Qué más da?», pienso mientras sigo teniendo a Mina y a mi madre mirándome sorprendidas.

—¿Pasa algo? —digo secamente. Se miran y niegan.

—La comida ya está lista —dice mi madre antes de salir.

Las dos se van, dejándome solo con mis pensamientos y con mis sentimientos, y odio tener que descubrir lo que mi corazón siente. No me quiero enamorar, no de ella, no ahora.

Capítulo 14

Jason

Tiempo después.

Llevo un mes trabajando para Mason Moore y, ciertamente, me gusta mi trabajo, me mantiene tan ocupado que apenas estoy en casa, cosa que me ayuda a estar alejado de Abby. No hemos vuelto a quedarnos a solas y no por no tener ganas, que de eso tengo bastante, pero me está evitando y no sé cómo acercarme a ella de nuevo. Las peleas siguen entre nosotros y eso solo hace que nos alejemos más. Ahora están de vacaciones y Mina quiere estar más fuera de casa que en ella. ¿Cómo haré para no tener estas jodidas ganas de acercarme a ella? ¿Qué hago para evitar subir a su habitación por las noches para verla dormir? Me estoy volviendo loco y todo por su maldita culpa, porque consiguió meterse en mi organismo sin invitación. ¿Qué se cree?

Estoy en la cocina desayunando, hoy es sábado y Mason me ha dado el día libre, ya que me debía tres días que tuve que trabajar porque un compañero fue padre. Mi madre y Mark salieron de viaje esta misma mañana por una semana, así que tenemos la casa para los tres, cosa que me pone bastante nervioso.

—Buenos días, hermanito —me saluda Mina con voz cantarina. Se nota lo contenta que está por tener la casa para nosotros.

—¡Vaya! Parece que mi hermanita pequeña se levantó de buen humor hoy. Además, has madrugado. ¿A qué se debe? —respondo irónicamente, y ella hace una mueca de desagrado.

—¿En serio me lo preguntas? Estamos solos y eso me pone de excelente humor... Además, mamá me dio permiso para hacer una fiesta esta misma noche. Recuerda que en dos días es mi cumpleaños y mañana el de Abby, así que lo celebraremos por todo lo alto —responde, sentándose a mi lado.

—Un momento. ¿Me estás diciendo que haréis una fiesta de la cual no he sido informado y donde habrá al menos veinte adolescentes hormonados? De

ninguna manera, hermanita.

—¿Tengo que recordarte que mamá me dio permiso? —me increpa.

Niego de nuevo.

—Vuelvo a decirte lo mismo. Soy mayor que vosotras, así que no te pases.

—Oh, venga, Jason, no seas aguafiestas y ayúdanos... Puedes quedarte para la fiesta si así te sientes más tranquilo.

En ese momento entra Abby en la cocina, me mira y, tras alzar una ceja, se sienta frente a mí y coge una tortita del plato.

—Buenos días a ti también, hermanastra —se burla mi hermana.

—Lo siento, no he pegado ojo en toda la noche...

—Ah, no. Esa cara te la guardas para mañana cuando tengamos resaca. Esta noche... ¡Fiesta! —grita, levantándose para servirse café.

—Mina, no tengo ganas de fiesta...

—Joder, Abby, mañana es tu cumpleaños y hay que celebrarlo... dieciocho años no se cumplen todos los días.

—Mina, hazle caso, nada de fiestas —intervengo para dejar constancia de que no estoy de acuerdo.

Abby vuelve a mirarme de mala manera, sopesando lo que va a decir, pero yo ya sé lo que dirá. Es como un libro abierto para mí. Le sostengo la mirada, sin importarme lo que piense mi hermana y esperando a que ella deje de hacerlo. Sorprendentemente, no lo hace y sigue mirándome.

—¿Y por qué no deberíamos festejar nuestro cumpleaños? Creo que es buena idea.

—¡Así se habla! —expresa Mina, sin esconder su alegría.

—Pues yo creo que no lo es —respondo, ignorando a mi hermana.

Mina alterna su mirada entre Abby y yo, como si estuviera viendo un partido de tenis.

—Sinceramente, me importa muy poco que a ti no te parezca buena idea, así que habrá fiesta —sentencia, y yo me levanto de forma brusca.

Camino hasta al lavaplatos y dejo mi taza de café para luego dirigirme a la puerta. Odio cuando se pone así y odio que quiera hacer la fiesta. No voy a soportar que se acerque a ningún estúpido que quiera metérsele entre las piernas y se aproveche de su ingenuidad. Antes de salir, mi hermana me llama

y me doy la vuelta. Miro a Abby y no sé por qué cojones tengo que mirarla. En este momento me siento vulnerable ante ella y no debo dejar que me manipule.

—Jason, ¿te quedarás con nosotras esta noche? Por favor, nos gustaría. ¿Verdad, Abby? —La mira y ella se encoge de hombros.

Me ignora y no me gusta. ¿Qué le he hecho para obtener esto de ella? La última noche que estuvimos juntos casi la hago mía y ahora es como si no existiera.

—Yo estaré en el garaje por si me necesitáis y no os molestaré a no ser que algún estúpido se pase de listo.

Y tras decir eso, salgo de la cocina y me dirijo al garaje para encerrarme por el resto del día.

Durante toda la tarde no salgo y sé que ellas están preparando todo por el escándalo que están montando. Alguien ha llegado, pero ni siquiera he salido para saber quién es. Sobre las siete de la tarde, mi hermana entra en el garaje sin pedir permiso y me obliga a llevarla al supermercado para comprar algunas cosas que le faltan para la fiesta. Abby se ha quedado con Minerva, una compañera del instituto, y me siento un poco más tranquilo al saber que al menos no estará sola mientras nosotros salimos.

—Pensé que Abby y tú ya os llevabais bien. ¿Ha pasado algo entre vosotros? —me pregunta Mina mientras estamos cogiendo bebida.

Me encojo de hombros sin saber qué responder a eso. Lo que menos quiero es que mi hermana piense que hemos tenido algo.

—Nada, es solo que intenté llevarme bien con ella, pero es tan terca, tan... Me saca de mis casillas —respondo, tensando la mandíbula.

—Yo pensé que lo que te dijo Mark ayudó a que la vieras con otros ojos. —La miro—. Me refiero a verla como una hermana a la que hay que proteger.

Suelto todo el aire que estaba reteniendo e, ignorándola por completo, le señalo una botella de ron. Sé que no deberían beber, pero a fin de cuentas serán mayores de edad y, si no se la doy yo, la cogerá igualmente y beberán a escondidas. Al menos así sabré que lo hacen y podré controlarlas.

—¿Cogerás la botella? ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi hermano? —Alza las cejas, incrédula, y suelto una carcajada.

Me acerco a ella y la abrazo. Ha crecido tanto, y recuerdo tanto nuestros momentos juntos, que no logro entender cómo fui capaz de perderme tantos

años de su vida. Bueno, sí, me obligaron a perdérmelos.

Cuando terminamos de comprar, pagamos y volvemos a la casa. Al llegar, me cabreo porque ya hay dos chicos con Abby y su amiga. Ella está tonteando con uno de los estúpidos y no puedo evitar sentir unos celos que me matan. Yo nunca he sido celoso, aunque realmente nunca he tenido por quién sentirme así, y ahora..., ahora está la ratita haciendo que sienta cosas que jamás habría imaginado en mi vida que sentiría.

—Hola, chicos, habéis llegado pronto —los saluda mi hermana—. Por cierto, os presento a mi hermano Jason. Ellos son Emmett y Liam. —Les estrecho la mano, quedándome con el nombre del que está babeando a mi pequeña ratita.

Liam, como su cantante favorito, qué casualidad. Dejo las bolsas encima de la encimera y ellas se disponen a sacar toda la compra a la vez que ellos van a ayudarlas como perros falderos. Yo me quedo observándolos, sabiendo que el tal Liam me mira por encima del hombro. Alzo una ceja y veo como coge de la cintura a Abby, provocando en mí algo indescriptible. Aprieto los puños a cada lado de mi cuerpo, tenso la mandíbula y tengo ganas de partirla la suya. Ella se deshace de su agarre con una risita estúpida y me mira al darse cuenta de que sigo aquí, pendiente de cada movimiento.

—Jason, ¿te ocurre algo? —La voz de mi hermana me saca de mis pensamientos y me relajo.

—Eh, sí... Estoy bien. Si me necesitáis, ya sabes dónde estoy. —Asiente y salgo de la cocina.

No soporto verla con otro, no puedo mirarla con total libertad mientras ella tontea con ese estúpido. ¿Será que intenta darme celos? Puede que le guste y solo esté pasándolo bien. Lo que sea me cabrea, me enerva.

Poco a poco, las horas van pasando y se escuchan más voces, más adolescentes que vienen a pasarlo bien mientras que yo estoy aquí encerrado, hundiéndome en mi propia miseria por no ser capaz de acercarme a ella y llevármela a su habitación, donde nos encerraríamos y le haría ver todo lo que provoca en mí.

Miro el reloj, ya son las once de la noche y la música ha comenzado a sonar hace apenas unos minutos. La fiesta ha comenzado y yo sigo aquí. Entonces pienso: «¿Por qué no disfrutar yo también?». Puede que haya alguna

amiga de mi hermanastra que sea mayor de edad con la que pueda pasar el rato, y si con eso le hago ver que yo también puedo hacer lo mismo que ella, pues mejor. Me visto, poniéndome unos vaqueros rotos, una camiseta de tirantes blanca y, encima de esta, una camisa azul. Me peino y, tras echarme colonia, salgo al salón.

Camino entre los adolescentes, sabiendo que las chicas me miran, me comen con la mirada y no las culpo. Sonrío con malicia e incluso le guiño el ojo a una morena de ojos verdes que se relame los labios en cuanto me ve. Es guapa, muy guapa, además de que tiene un cuerpo de infarto. Me acerco a ella y me presento como el hermano de Mina. Ella me sonrío y afirma que ya sabía de mi existencia, pero que aún no había tenido el gusto de conocerme.

—Pues estás de suerte. Esta noche soy todo tuyo —le digo al oído.

Ella suelta una risita y se pega más a mí. Por un momento me pierdo en este momento, pero solo por un instante, porque la mirada de Abby me acuchilla. Me tenso al sentirla y una corriente recorre mi espalda. Me doy la vuelta y me la encuentro justo detrás.

—¿Te lo estás pasando bien? —me pregunta. Yo asiento—. Ya veo.

Solo me dice eso y se va. La sigo con la mirada, sigo cada uno de sus movimientos, y Liam está de nuevo pegado a ella, le da un vaso de ron y Abby se lo bebe de un tirón. Esta noche acabará mal, muy mal. Siento una mano y recuerdo que he dejado de lado a... No sé aún cómo se llama y le pregunto. Alana, me dice, y la cojo por la cintura para luego besarla sin reparos. Me importa una mierda lo que pase, lo que piense, y sigo con lo mío. Intento pasármelo bien con esta chica, pero no puedo evitar estar pendiente de Abby y de como su acompañante se las ha ingeniado para meterle la lengua hasta la garganta.

—¡Joder! —grito al separarme de la morena.

Ella muerde el lóbulo de mi oreja, calentándome, pero ni eso me ayuda. Mi miembro no se endurece con eso y me preocupa. ¿Qué cojones me pasa? Desde que he llegado a esta casa, a esta ciudad donde pensé que no me dejaba nada, Abby ha sido la única que ha sacado de mí todo lo que escondía, incluso ha sabido calentarme con solo mirarla. No entiendo muy bien lo que siento, ni sé si realmente me he enamorado de ella. Si es eso, no quiero sentirlo, porque el amor es una mierda con la que ningún hombre llega a ser feliz, o al menos

eso es lo que yo pienso.

Baila, mueve las caderas, rozándose con Liam. Llevo una hora observando cómo cada vez ese gilipollas la aprisiona más contra su notable erección, y estoy aguantándome las ganas de ir hasta él y pegarle hasta dejarlo sin sentido. Solo cuando veo que Abby se siente mareada e incómoda con su amigo, me acerco y, tras apartarlo de un empujón, la agarro por la cintura y tiro de ella para llevarla conmigo al garaje.

Capítulo 15

Jason

Estamos a solas. Ella me mira durante unos largos minutos en los que no dice nada, no mueve ni un músculo. ¿Qué estará pensando? Entonces, cuando creo que caminará hasta la puerta para largarse, dejándome como un estúpido por haberla traído hasta aquí, hace lo contrario de lo que yo pensaba y avanza hasta mí. Tras pegarse a mi cuerpo, me besa, inundando mi boca con su lengua. Esto es el puto paraíso, al que ella me lleva solo con sus labios. Odio sentirme así, odio tener estos sentimientos que cada vez me ablandan más, haciéndome olvidar al antiguo Jason para traer a uno nuevo, a uno que no conozco, a uno que no quería sacar. Paso mis manos por su cintura, apretándome más contra ella, y la levanto del suelo para obligarla a enroscar sus piernas alrededor de mi cintura. Ahora mi miembro sí responde, se endurece con solo escuchar de sus labios un gemido que acaba de volverme loco.

—Abby, Abby —murmuro, con nuestros labios aún pegados.

Besos con sabor a alcohol, así me saben sus labios. Aunque no me gusta que haya bebido, no puedo evitar soltar un gruñido desde lo más profundo de mi garganta. Me gusta este sabor, me gusta como sabe ella. Mis manos están en sus nalgas y camino con ella hasta pegarla a la pared, donde abandono su boca para pasar mi lengua desde su barbilla hasta su cuello y me quedo unos largos segundos oliéndola. Me encanta su olor.

—Jason.

Es lo único que sale de sus labios, y podría jurar que ha sido la manera más perfecta de pronunciar mi nombre. Está excitada y eso me vuelve aún más loco. Bajo mis labios hasta sus pechos y me percatado de que no lleva sujetador, cosa que hace que sus pezones se marquen más. Atrapo uno de ellos entre mis labios y un jadeo precioso sale de su boca entreabierta. Me está volviendo loco.

Subo de nuevo mis labios a los suyos y la llevo hasta mi cama, donde la dejo despacio para después ponerme yo encima. Ella enreda sus dedos en mi

cabello y deja que siga besándola como he deseado durante un maldito mes. La deseo, deseo hacerla mía y meterme entre sus piernas, hacerla delirar a la vez que le digo lo preciosa que es; pero no, ahora no es el momento. Ignorando mi creciente erección, me tumbo a su lado sin dejar de besarla y acariciarla. No le haré el amor, no cuando está ebria y puede culparme de algo. No podría soportarlo. Me separo de ella, sintiendo desnudos mis labios, y nos miramos.

—¿Qué pasa? —me pregunta, acariciando mi mejilla.

Cierro los ojos al sentir su contacto y ella suspira.

—No quiero que después te arrepientas.

—No lo haré, nunca me arrepentiría de acostarme contigo. Lo deseo con todas mis fuerzas —afirma, y la beso de nuevo.

—Yo también, pero estás bebida y puede que mañana no lo recuerdes...

—No estoy tan bebida —me interrumpe.

Beso su barbilla y la muerdo despacio. Su mano derecha está en mi pecho y noto cómo va bajando hasta posarse en mi entrepierna. Comienza a acariciarme por encima de los pantalones y gruño en su boca.

—Para, Abby, por favor. Me lo estás poniendo muy difícil —murmuro en sus labios.

Suelta una risita que me enamora... Joder, me enamora. No quería sentirlo, pero el simple hecho de tenerla aquí, así, haciéndome ver su faceta más escandalosa, solo provoca más sentimientos en mi pecho.

—¿Por qué me trataste tan mal aquel día aquí? —Frunzo el ceño—. No te hagas el tonto... El día que te estabas riendo.

Abro los ojos, asombrado, y me doy cuenta del motivo por el que ella me ha estado rehuendo todo este tiempo. No puedo evitar soltar una carcajada que me dobla en dos y ella me pega un puñetazo en el pecho, y tras ese, me da otro, y otro. Me subo encima de ella, agarrando sus manos sobre su cabeza e inmovilizándola.

—¡Suéltame! —grita, forcejeando conmigo.

No la suelto y la beso para acallar sus gritos. Puede que nos oiga alguien y lo que menos necesitamos es que mi hermana se entere de que Abby está conmigo. Aunque, a decir verdad, puede que ya lo sepa. No, no puede saberlo.

Se deja besar y yo aprovecho para saciarme de ella, cosa que es imposible; nunca estaré lo suficiente saciado de alguien como mi ratita. Es tan

tan apetecible. Abandono de nuevo sus labios y me mira jadeando. Ambos tenemos dificultad para respirar y mi erección cada vez es más fuerte, tanto que mis pantalones están a punto de estallar.

—Déjame tocarte, Jason —murmura, sin ningún ápice de vergüenza.

¿He odio bien? ¿Quiere tocarme? No puede estar hablando en serio.

—No, Abby, hoy no haremos nada. —Me mira incrédula y le sonrío pasando un dedo por su nariz.

—¿Por qué? ¿Acaso no te gusto? Pensé que los dos sentíamos lo mismo.

Sé que no lo dice ella, sino la embriaguez que la hace delirar. Beso sus labios de nuevo para que vea que no es eso. Al separarme, fijo mis ojos en ella.

—Creo que esto responde a tu pregunta...

—No.

—A ver, Abby, no quiero aprovecharme de ti... Quiero que cuando lo hagamos tú estés en tus cabales.

Se queda pensativa, sopesando lo que me dirá, y noto cómo se relaja. Acaricio su mejilla con dulzura, una dulzura que jamás pensé que podría llegar a demostrar. Abre la boca para decirme algo, pero calla antes siquiera de pronunciar una palabra. No quiero que se sienta mal, ni quiero que recuerde nada de lo que le pasó cuando esté conmigo. Cuando la toque por primera vez, cuando le haga el amor por primera vez, quiero que lo sienta y disfrute.

—Lo siento, pensarás que soy una descarada —se disculpa, y yo me río.

—Bueno, pero eso ya lo sabía de antes —me burlo. Ella me golpea de nuevo.

—¿Qué sientes por mí, Jason?

Su pregunta me pilla por sorpresa y no sé qué responder a eso. ¿Será que realmente me he enamorado de ella? No sabría descifrar qué es, pues nunca me he enamorado.

—No sé... solo sé que cuando estoy contigo me siento diferente. Es como si el Jason amargado no existiera, y cuando no estás a mi lado me siento mal —explico nervioso—. Así que dímelo tú. ¿Qué significa eso? ¿Crees que es amor?

Mis palabras salen solas, casi sin permiso, y siento que en cualquier momento echaré a correr por lo que acabo de decir. Entonces ella asiente y me

besa.

—Yo siento lo mismo, y sí, sé lo que significa el amor... Yo sí me he enamorado de ti, Jason —declara.

Mi corazón se para justo en este momento, dejando de latir, para luego comenzar a hacerlo con unos latidos tan fuertes que en cualquier momento se me saldrá del pecho. Ella sonríe y creo que sí, que tiene razón. Yo también me he enamorado de ella, de la ratita que llegó a mi familia supuestamente para quedarse con todo, sin saber que se quedaría con mi corazón, con mi vida entera. Ahora mismo es como si estuviese flotando, como si ambos lo estuviéramos.

Pasa sus brazos por mi cuello y me pega a su cuerpo para que sienta como palpita el suyo. Ambos laten de igual manera. Entonces lo entiendo, todas las señales me decían lo mismo.

—Te quiero, Abby.

—Yo también te quiero, Jason.

Los minutos pasan y seguimos en la misma posición, hablando de mil cosas como si quisiéramos llegar a conocernos del todo, profundizando en algunos temas que quería tener guardados. Evitamos hablar de lo que nos pasó. Aunque ella no me pregunta, sé que quiere preguntar por el tiempo que estuve fuera, y no me atrevo, no me siento preparado para decirle que hice cosas de las que no estoy orgulloso y que quisiera olvidar, algo que con ella es fácil.

Sin darnos cuenta nos quedamos dormidos, y solo cuando escuchamos unos golpes en la puerta me despierto. Me levanto y, antes de abrir, la miro con una sonrisa dibujada en el rostro. Odio estar enamorado, me convierte en un gilipollas de cuidado. Solo deseo cuidarla, me siento sobreprotector con ella y no quiero que le dé ni el aire.

Camino hasta la puerta arrastrando los pies y abro despacio. Mina me mira con una ceja alzada y entra sin decirme nada. Menos mal que Abby está vestida y puedo engañarla para que no piense mal. No quiero que nadie se entere de lo que sentimos, aun sin saber lo que somos.

—¿Se puede saber qué hace Abby aquí? ¿No habréis...? —Nos señala y niego.

—No, claro que no. Solo la traje aquí porque estaba borracha y ese tal Liam se estaba sobrepasando con ella.

—¿Y desde cuándo te interesa lo que le pase a ella? Jason, espero que no te guste, porque eso lo complicaría todo —sentencia, cabreada.

Me acerco a ella y la siento en el sofá para luego hacerlo yo a su lado. Mina no me quita la mirada de encima y sé que está pensando demasiado, pensando en que realmente nos gustamos. Tengo que sacar fuerzas y el autocontrol que Abby me quita cuando está a mi lado para hablarle como siempre y tratar mal a nuestra hermanastra.

—¿Cómo puedes pensar que esta me gusta? Solo quiero que se largue de nuestra familia, pero no podía dejar que tu amigo abusara de ella, Mina. Tú no sabes lo que le pasó en su antiguo instituto y es solo por eso por lo que la traje aquí, nada más. No pienses cosas que no son, hermanita.

—Eso espero. Además, ¿tú sí sabes lo que le pasó? —Asiento—. Cuéntamelo. —Niego—. ¿Por qué? Yo tampoco quiero que le pase nada, Abby es muy importante para mí, Jason.

—Lo sé, pero eso es algo que tendrá que contarte ella. Solo déjale tiempo para que lo haga, ¿sí? —Asiento y se acerca a ella.

—Abby se ha convertido en una persona en la que puedo confiar. Cuando tú te fuiste me alejé de mamá y, si no fuera por ella, ahora mismo no sé cómo estaría. La quiero como a una hermana de verdad.

Me levanto y la abrazo fuerte, haciéndole ver que, aunque Abby esté con ella, yo también lo estoy y no volveré a dejarla, mucho menos ahora que conozco mis sentimientos. No podría irme; aunque quisiera, no podría irme. No ahora.

Tras darme un beso y advertirme que, en cuanto Abby se despierte, la deje ir a su habitación, se marcha a descansar, pues ya son las seis de la mañana. La fiesta hace una hora que ha acabado y ha esperado a que todos se largaran. Cuando por fin nos deja solos, vuelvo a acostarme al lado de ella y la contemplo, repasando cada peca de su perfecto rostro. Después de besar sus labios con dulzura, me quedo dormido de nuevo, sintiendo una sensación de júbilo en mi interior, conociendo por fin aquello que llaman felicidad. ¿Merezco yo sentir esto? ¿Será que al fin merezco sentirlo? Ni siquiera lo sé, pero tampoco me importa si es ella la que me lo enseña.

Capítulo 16

Abby

Siento un calor sofocante, estoy sudando y, a menos que estemos en el infierno, no puedo entenderlo. Abro los ojos poco a poco y veo a Jason a mi lado. Entonces recuerdo lo que pasó anoche y una corriente eléctrica atraviesa mi cuerpo. Sonrío como una estúpida y mi corazón late frenético. Me dijo que me quería, que estaba enamorado de mí, y eso es algo que, por mucho alcohol que haya bebido, no podría olvidar. Subo mi mano a su mejilla y acaricio su incipiente barba. Me hace cosquillas. Se remueve y, poco a poco, abre los ojos para clavarlos en mí, mirándome con intensidad, atravesándome por completo. Me sonrío y, sin pedir permiso, beso sus labios con dulzura, pero esa dulzura pasa a algo más pasional y Jason posa su mano en mi cadera para pegarme mucho más a él.

—Buenos días, ratita —dice al separar nuestros labios.

—Buenos días, mi demonio.

Sé que no le gusta que lo llame demonio, pero es que así fue como lo conocí, aunque ahora sea un ángel. Sus ojos demuestran desconcierto e intento hacer que olvide lo que he dicho.

—Lo siento, no quería llamarte así... Es solo que para mí eres un demonio disfrazado de ángel, uno que puede llegar a quemarme con solo una mirada.

Parece que mi explicación lo relaja y vuelve a atacar mi boca, haciéndose un hueco en el interior, buscando mi lengua para profundizar más en el beso. Deseo con todas mis fuerzas sentir su piel junto a la mía, pero no sé si estaré preparada para eso.

Jason acaricia mi pecho por encima de la fina camiseta que me puse anoche para la fiesta, provocando que mis pezones se endurezcan y aumente mi necesidad de sentir sus dedos sin nada de por medio. Entonces lo hago, hago lo que creí que no haría. Me incorporo y me quito la camiseta para dejar mi pecho al descubierto. Jason me mira y niega al creer que me está forzando a

hacer algo que yo no quiero, pero no es así. Yo quiero. Yo deseo que lo haga.

—Abby, espera... no podemos.

—Shh, calla, Jason, y acaríciame —le pido de manera suplicante.

Jason no se hace de rogar y pasa sus dedos por mi cuello, bajando despacio hasta llegar a mis pechos, donde se queda más tiempo del debido. Traza círculos alrededor de mis pezones y no tardo en jadear. Baja la mano hasta la cinturilla de mi pantalón y, tras abrirme la cremallera, la mete para alcanzar mi sexo, donde me acaricia por encima de la ropa interior. Suspiro y él sonrío de lado, provocándome, así que me levanto y hago que él se siente; me pongo a horcajadas encima de su creciente erección, dejando mis pechos frente a su cara. Le da un beso fugaz a uno y pasa la lengua sobre el otro. Siento que voy a explotar. Es la primera vez que me siento así, es la primera vez que un hombre me toca de esta manera.

—Jason, hay algo que debo decirte...

—Shh. —Pone un dedo en mis labios—. Tranquila, iremos despacio, y si no estás preparada, lo dejaremos. No haremos nada que no quieras, Abby.

Su aclaración me tranquiliza y me hace quererlo más. Asiento, dándole a conocer mis intenciones. Me mira con un brillo especial, uno que no había visto en él desde que lo conozco, y solo con eso sé que él es el indicado para ser el primero.

Bajo mis manos hasta su cintura y le subo la camiseta para ayudarlo a desnudarse. Una vez que lo tengo desnudo de cintura para arriba, paso mis dedos por su torso hasta llegar ese tatuaje que tan marcada me ha dejado desde que lo vi. Suspira cuando lo alcanzo y beso su nariz para darle la paz y tranquilidad que necesita. Ambos hemos pasado por momentos duros y nos necesitamos con tanta fuerza que nos será difícil fingir que no es así.

—¿Algún día me contarás por qué te hiciste este tatuaje? —Asiente.

—Algún día.

Acaricia mi espalda, erizándome la piel por completo. Necesito sentirlo de una vez, piel con piel. Parece captar mi necesidad por la manera en la que le estoy mirando y, con maestría, me tumba en la cama para ponerse encima de mí y poder bajarme los pantalones junto con la ropa interior, dejándome al fin totalmente expuesta. Me muerdo el labio inferior mientras él hace lo mismo con sus pantalones y se queda completamente desnudo. Baja sus labios, los

pega a los míos y me besa con la misma intensidad con la que nos deseamos. Con solo un beso me demuestra lo importante que está siendo este momento para él, para ambos, y eso llena mi pecho de felicidad.

Enredo mis dedos en su cabello. Sus labios en mí hacen que arda, al igual que su tacto en mi cuerpo, y, cuando ya no hay nada más que separe la llama que crece entre nosotros, Jason me mira a los ojos tras retirarse de mis labios, casi pidiéndome permiso. Solo con una sonrisa se lo concedo, porque ya tiene todo de mí, y desde que me besó ya no he podido detener lo que me causa. Con una tierna caricia abre mis piernas. Muerdo mi labio inferior y lo siento cuando entra suavemente en mí haciendo que suelte un gemido por la intromisión. Cierro los ojos, pero Jason toma mi mentón para que lo mire a los ojos.

—Mírame en todo momento. —Besa tiernamente mis labios.

Sus movimientos precisos me hacen delirar y pensar en cómo me hace el amor, algo que nunca había experimentado y ahora se siente tan bien. Sonríe entre sus labios y toco con mis uñas la piel caliente de su espalda.

—Te quiero, mi ratita —me dice al oído, y es suficiente para erizar mi piel. Muerde el lóbulo de mi oreja.

Mis gemidos se hacen suyos, ya no hay nada más que entregar porque se lo he dado todo. Giramos en la cama y quedo sobre él; una sonrisa ladina hace que mis sentidos se electrifiquen y vaya enseguida a besar, morder y succionar sus labios mientras que mis caderas se mueven lentamente. Sus manos se funden en mi cintura, espalda y brazos, y esas caricias me enloquecen. Me encanta.

—Eres un peligro para mí —susurra entre dientes.

—Tú lo eres más para mí, Jason —respondo, al tiempo que voy dejando besos regados por su cuello. Escucho de sus labios mi nombre y, definitivamente, me encanta.

De forma instintiva, me vuelve a hacer girar en la cama para dejarme debajo de él de nuevo. Sus labios en mi cuello van descendiendo hasta mis pechos y, poco a poco, ya no siento la misma molestia que al principio. Cuando ya me he ajustado a sus movimientos acelera un poco sus embestidas y me deleita. Araño las sábanas y aprieto los puños; él me toma una de las manos, la besa y la coloca en su espalda.

—Jason. —No puedo evitar soltar su nombre con un gemido.

Me gusta el nuevo Jason; es tierno, me toca y venera, me susurra mil palabras al oído para decirme lo hermosa que soy. Y me libera, libera esa parte de mí que se había ocultado. Libera este sentimiento que apenas conozco pero que me gustaría sentir.

Mi cuerpo vibra, mis piernas tiemblan y sé que es un orgasmo lo que lo causa, y lo siento. Grito su nombre en medio de un gemido, arqueando mi cuerpo, y sé que él siente lo mismo, pues su voz cuando murmura mi nombre lo delata; me siento flotar entre el sentimiento del clímax y la voz de Jason al decirlo. Nadie podría describir lo que siento. Cansados, él cae a mi lado, no sin antes depositar un beso en mis labios, y me observa con la respiración agitada como la mía.

—Soy toda tuya, mi demonio —murmuro, acariciando su mejilla. Él me sonríe.

¿Quién iba a pensar que nosotros estaríamos así, de esta manera?

Jason me coge de la mano para acercarme más a su cuerpo. Puedo sentir el calor que desprende por lo que acaba de pasar entre ambos. Mantiene mi mentón entre sus dedos y me besa, robándome un suspiro que sale de lo más profundo de mi alma.

—¿Estas bien? —Sonrío tímidamente y asiento aún con mis labios aprisionados entre los suyos.

—Me moría porque tus labios me derritieran. —Suelta una leve risa. Pero esa mirada pícara me dice varias cosas.

—Te aseguro, mi ratita, que no eres la única. —Lo miro con expresión sarcástica.

No puedo creerme, aunque esto haya pasado, que Jason me haya hecho suya como tanto había deseado desde la primera vez que nuestros ojos se encontraron. Ahora, en este preciso momento, no sé cómo actuar, no sé qué decir, y todo se debe a la manera en la que me mira. Me derrite con solo clavarme su intensa mirada, con solo acariciar una pequeña parte de mi piel. Siento que me quemo y, en cualquier momento, volveré a arder pidiendo, implorando, más atención, más caricias y besos... que me haga de nuevo el amor.

Los minutos pasan y seguimos en la misma posición. Aunque quisiera

quedarme en su cama durante el resto de mi vida, tengo que salir de aquí antes de que Mina venga a buscarme y nos encuentre de esta guisa.

—Creo que tengo que irme —le digo en un susurro apenas audible.

No quiero que piense que huyo.

—Lo sé —responde, y besa mis labios de nuevo.

Es una droga, la droga más potente, una maldita adicción lo que ambos sentimos.

—¿Qué pasará cuando se enteren?

Mi pregunta sale sin pensar y lo sorprende, pues tampoco se la esperaba. Y es cierto, pienso en esto desde la primera vez que nuestros labios se unieron. ¿Qué pasará si llegan a enterarse? Mi padre, Karen y Mina. No quiero defraudarlos, pero tampoco puedo dejar de sentir lo que siento por Jason. Eso sería imposible, pues se ha metido en lo más profundo de mi alma y de mi corazón, y no creo que pueda sacarlo con facilidad.

—No lo sé, no sé qué pasará y tampoco quiero saberlo de momento — responde, soltando un suspiro—. Abby, ya te he dicho lo que siento y no voy a olvidarlo, pues es la verdad. Solo te pido que, de momento, lo mantengamos en secreto. —Asiento—. Yo te quiero y quiero estar contigo, ¿tú quieres estar conmigo?

—Sí, quiero estar contigo. Yo también te quiero —afirmo, acariciando su mejilla—. Está bien, lo mantendremos en secreto de momento.

Tras esa declaración, en la que me ha hecho flotar, me visto. Jason me mira desde la cama con un brillo tan especial como él mismo, y no puedo evitar sonreír bobalicona al percatarme de su ya creciente erección. Se encoge de hombros y suelto una risita. Coge mi mano y tira de mí hasta quedar sentada encima de él. Mi cuerpo tiembla al sentirlo, al notar su miembro duro y dispuesto para un segundo asalto, pero no puedo quedarme más tiempo. Pego mis labios a los suyos y Jason atrapa con sus dientes mi labio inferior, tirando de él con delicadeza, provocándome. De forma inconsciente, muevo mis caderas adelante y atrás, rozando mi sexo ya húmedo, aunque con ropa, sobre su erección. Un gruñido sale de lo más profundo de su garganta a la vez que un gemido abandona mis labios. No quiero irme, no quiero dejarlo, y menos cuando estamos tan excitados.

El roce nos está volviendo locos y un orgasmo vuelve a crearse con

fuerza en mi interior. No puedo creer que con tan solo unos roces sienta mi sexo explotar. Me arqueo buscando más, aunque en realidad me muero por sentirlo en mi interior. Jason gime en mis labios mientras sus manos bajan hasta mis nalgas, apretándolas con fuerza para rozarlas contra su sexo. Eso solo provoca que ambos gritemos y, sin esperarlo, llegamos al orgasmo solo con esto, con unos simples roces.

Unos minutos después, salgo del garaje para luego subir las escaleras y encerrarme en mi habitación. Corro hasta mi cama, pegando saltitos como una tonta enamorada, pero es que es así justo como me siento... Soy una tonta enamorada.

Capítulo 17

Mina

Horas antes.

Está siendo la mejor fiesta de toda mi existencia. Desde que comenzó, no he parado de buscar a Abby y la encuentro bailando con Liam; parece pasarlo bien, así que me dirijo a la cocina para servirme una copa. Por el camino me encuentro con Minerva y un chico bastante atractivo. No es de aquí, ni siquiera lo he visto, ya que de ser así lo recordaría. Me acerco a ellos y mi amiga me lo presenta.

—Mina, este es mi primo Jordan. Ha venido a pasar unos días con nosotros y me preguntó si podía venir a la fiesta. Espero que no os moleste. —
Niego con una sonrisa.

—Encantada, Jordan, eres bienvenido. Te presentaría a mi hermana Abby, pero la vi hace unos minutos bastante ocupada —digo alzando las cejas de forma sugerente.

Los tres soltamos una carcajada y me quedo observándolo embobada. La verdad es que es muy guapo y tiene una mirada que me atrapa... Es el típico chico misterioso que hace que te pierdas en las profundidades de su alma. Demasiado para mis sentidos. Él me sonrío y noto como las mejillas me arden, confirmándome lo roja que debo haberme puesto.

—¿Quieres tomar algo? —le pregunto, en un intento de desviar el tema.

—Claro, estaría bien.

Sus ojos me dicen demasiadas cosas; son muy claros, con ese precioso color verde. Además, resaltan más aún con el color de su cabello, negro como la noche. Es muy guapo y no dejo de babear por él. Minerva carraspea y despierto de mi ensoñación, no me he dado cuenta del tiempo que me he quedado mirándolo. Me disculpo y camino hasta la nevera para sacar tres cervezas; una para Minerva, y las otras dos, para Jordan y para mí. Salimos de nuevo y vamos hasta la pista donde, sin previo aviso, él coge mi mano y me

lleva hasta el centro para bailar. Es demasiado buen bailarín, y yo, bueno, lo soy un poco menos. Sonríe como una tonta todo el rato y me lo paso genial con él, hasta que vemos como Liam empieza a propasarse con Abby y mi hermano se la lleva a otro lado.

—¿Salimos? —me dice Jordan al oído. Yo asiento, quedándome completamente hipnotizada al sentir su aliento en mi cuello.

Al salir, nos sentamos en el porche y nos quedamos en silencio unos minutos, unos largos minutos en los que no sé qué decirle ni cómo empezar una conversación con él. De reojo, me percató de que me está mirando y lo miro. Nos quedamos observándonos y siento una sensación en el pecho que jamás había sentido. Mi corazón late tan deprisa que creo que se me saldrá por la boca, y solo me calmo cuando coge mi mano y se la lleva a los labios para depositar un dulce beso. Es demasiado respetuoso para ser un adolescente.

—Y dime, Mina. ¿Es tu cumpleaños? —Asiento con una sonrisa—. ¿Y cuántos cumplidos, si se puede saber?

—Bueno, realmente mi cumpleaños es mañana, hoy es el de mi hermana —afirmo—. Ambas cumplimos dieciocho.

—Vaya, te creía más joven.

—¿En serio? —Me río—. Por favor, no me digas que parezco una niña pequeña.

—Nunca diría eso. —Se acerca despacio a mí, hasta llegar a rozar sus labios con los míos.

Mi corazón explotará en cualquier momento, estoy segura de ello. Jordan roza mis labios, solo eso, pero es suficiente para volverme loca. Nunca me había pasado esto con ningún otro chico, y con él... no sé cómo explicar lo que me hace sentir y eso que solo acabo de conocerlo. Al separarnos, me sonrío y pierdo la conciencia por unos instantes para dejársela a él. No puede sonreír de esa manera tan rematadamente sensual.

Nos pasamos la noche entre besos y caricias. Para ser sincera, me encanta la sensación de gustarle a alguien como él. Mis novios de instituto no eran para nada así, sino más pijos, y Jordan es el chico malo. Sobre las seis se despide de mí con un beso en los labios. Me deja su teléfono móvil apuntado y yo entro en casa con una sonrisa enorme. Voy hasta el garaje para ver a Abby y a mi hermano, pues desde que se la llevó hace unas horas no he sabido nada de

ninguno. Doy unos toques y, al no recibir respuesta, me percato de que deben estar durmiendo y llamo más fuerte. Mi hermano abre la puerta con los ojos pegados y entro sin permiso. Miro la cama de Jason; Abby está en ella dormida. No me gusta lo que veo y no puedo evitar pensar cosas que no tendrían que haber pasado.

Jason lo niega y, aunque no me lo creo del todo, me voy a la cama haciéndole ver que sí. Ya en mi habitación, me acuesto y recibo un mensaje de Jordan. Ahí se esfuma mi mal humor y pego un grito de alegría.

Jordan

Buenas noches, princesa, ha sido todo un placer haberte conocido y espero volver a verte pronto.

Mina

Por supuesto que nos veremos. Cuando tú quieras, Jordan.

Y tras esa pequeñísima conversación, dejo el móvil en silencio encima de la mesilla de noche y cierro los ojos sabiendo que, a partir de este día, mi vida cambiará de una manera inolvidable.

Sobre la una de la tarde, me levanto y me meto en el baño para ducharme, ya que me acosté con la ropa puesta y realmente apesto. Tras darme la mejor ducha de la historia, dejando que el agua caliente relaje mis músculos, salgo y me visto con unos vaqueros y una camiseta abotonada de flores. Hoy es un gran día, es el cumple de Abby y tengo ganas de darle mi regalo. Bueno, de llevarla a que se haga su regalo.

Salgo de mi habitación y entro en la suya sin llamar a la puerta, y me la encuentro dormida, llenando la almohada con sus babas. Se ve que está cansada y, por un momento, me planteo no despertarla, pero si no lo hago, perderemos la cita con el tatuador.

—¡Abby! —grito, y le toco en el hombro.

Mi manera de despertarla no es la más adecuada y Abby cae al suelo por la sorpresa. Yo me río como una auténtica loca, y ella se levanta como una energúmena y corre hasta mí. Salgo corriendo de su habitación y ambas bajamos las escaleras.

—¡Te voy a matar, Mina! ¡Más vale que te escondas! —dice a pleno pulmón, mientras viene tras de mí.

Yo no puedo parar de reír. Tengo que detenerme para recuperar el aliento y, justo en esos segundos, me agarra del brazo y tira de mí. Está completamente loca, aunque yo sigo riéndome de ella, soltando grandes carcajadas y provocando que Jason salga del garaje para encontrarse con el espectáculo. Camina hasta nosotras y coge a Abby de la cintura para separarla de mí, pues ya tenía mi pelo agarrado.

—Eh, ratita, deja a mi hermana. ¿Qué mosca te ha picado? —pregunta mi hermano, cabreándola aún más.

—Ella, ella me picó —responde sin dejar de forcejear. Jason la tiene bien agarrada—. ¿Te puedes creer que me ha despertado a pleno grito? ¡Joder, que estaba profundamente dormida, podría haberme dado un infarto!

Entonces Jason, sin que ninguna lo espere, suelta una estruendosa carcajada que se escucha en toda la casa. Libera a Abby y ella lo mira con el ceño fruncido, y yo no puedo evitar romper a reír, uniéndome a mi hermano.

—¡Qué simpáticos los hermanos Harris! —dice con ironía, y se marcha escaleras arriba.

Entonces voy tras ella, aún no la hemos felicitado.

—¡Espera, Abby! —Se da la vuelta y me mira—. Feliz cumpleaños, hermanita. —Sigue mirándome en silencio, hasta que sus ojos se llenan de lágrimas y baja los pocos escalones que ha subido para llegar hasta mí y abrazarme.

—¡Desde luego que las mujeres de esta familia estáis todas locas! —exclama Jason, y ambas lo miramos.

—Perdona, pero tú estás peor que nosotras —responde Abby.

Dios, no quiero que empiecen con las peleas matutinas. Cojo a mi hermanastra y tiro de ella para llevarla a su habitación y que se duche.

—Abby, por favor, dúchate —le pido, poniendo cara de asco. Ella se huele y pone la misma cara que yo. Volvemos a reír.

Subimos, dejando a Jason hablando solo, y tras entrar en su habitación ella se mete en el baño para ducharse; de verdad que huele fatal, mucho peor que yo. Unos largos minutos después, sale con la toalla alrededor de su cuerpo y coge la ropa para vestirse. Se pone unos vaqueros y una camiseta de tirantes con margaritas. Se seca el cabello y se maquilla un poco. Y por fin, después de quince minutos en los que no ha dejado de mirarse al espejo, salimos de

casa. Obligamos a Jason a llevarnos al centro, pues ahí es donde tenemos que ir a pasar el día de chicas.

«Solo chicas», le digo a mi hermano cuando me pregunta si puede quedarse con nosotras.

—Recógenos a las seis, Jason —le pido con una sonrisa.

—¿Crees que soy vuestro taxista? —Asiento.

—Hazlo por la pequeña ratita Abby, es su cumpleaños, hombre. Al menos, trátala bien hoy. —Se queda pensativo y veo como mira de reojo a Abby.

Noto algo en esa mirada, algo que jamás había visto en mi hermano y que, si no me equivoco, tiene que ver con la palabra que empieza por «A» y acaba en «MOR». No, eso no puede ser, mi hermano y Abby no pueden estar juntos. Sería un poco extraño.

—Está bien, os recogeré aquí mismo y, por favor, no me hagáis esperar.

—Gracias, hermanito. Eres un sol.

Va a arrancar cuando mira a Abby.

—Ratita, feliz cumpleaños.

Y después de decir eso, arranca y nos deja solas. Abby me mira, está sonrojada y eso solo hace que mis sospechas se hagan más reales. Aunque no quiero preguntarle nada ahora, no hoy que es un día tan importante. Ambas caminamos por el centro de Los Ángeles, mirando las tiendas. Ella quiere entrar en todas, aunque no la dejo, ya que tenemos que ir hasta la tienda de tatuajes. Cuando llegamos, Abby no puede creérselo.

—¿En serio este es mi regalo? —pregunta. Y yo asiento, feliz.

—Vamos, tienes que pensar lo que te tatuarás.

—Mina, creo que ya sé lo que me haré —murmura.

Me doy la vuelta y la miro fijamente, a la espera de que me diga lo que quiere tatuarse.

—Espero que no pienses mal, pero cuando vi el tatuaje de Jason me encantó y su significado es algo que refleja mi vida. No pienses que es por él, por favor —explica con voz suplicante—. Me tatuaré un diente de león en el omoplato izquierdo.

—Tranquila, no pienso eso. Es extraño, pero si es el tatuaje que te gusta, adelante. Ahora, una cosa sí te voy a decir.

—Dime.

—A Jason no le va a gustar.

—Lo sé.

Entramos y, mientras mi hermanastra le explica al tatuador lo que se hará, la observo, intentando entenderla, intentado comprender a qué se debe todo esto. No sé si lo que estoy pensando es real, si es solo que ella está enamorada de él o al revés. O puede que ambos lo estén. No sé, pero sería raro que después de tantas peleas se gusten tanto como para tatuarse lo mismo que tiene el otro. Aunque dicen que el roce hace el cariño. O que del odio al amor hay solo un paso. ¿Será ese su caso?

Capítulo 18

Abby

Siento cómo la aguja comienza a pichar mi piel y va dejando una quemazón en cada centímetro elegido de mi piel. Al saber que Mina me iba a regalar un tatuaje, no me lo pensé y decidí tatuarme algo que me recuerde a él, que me recuerde lo que significa tanto para Jason como para mí. Unos minutos largos, muy largos, es lo que tarda el tatuador en terminarlo, y cuando me dice que ha acabado me levanto y me dirijo al espejo para mirarlo. Es el mismo tatuaje que tiene él, exacto. Siento una presión en el pecho, siento que es algo que me ata a él, a este amor que mi corazón se había negado a sentir por miles de motivos, pero contra el que no he podido luchar para no sentirlo.

—¿Te gusta? —se interesa el tatuador.

Lo miro y asiento con una sonrisa. Mina no ha entrado, ha preferido esperarme fuera. Supuse que era para no ponerme nerviosa, pero creo que ha sido porque no está de acuerdo con el dibujo que he elegido.

Sé que le prometí a Jason que no diríamos nada y quiero seguir manteniendo el secreto; aunque en cualquier momento tendré que decírselo a Mina, no podré ocultárselo por mucho tiempo, para mí es muy importante contar con su aprobación.

El tatuador me echa crema y me lo tapa con un plástico para que no se me infecte ni nada por el estilo. Salgo y Mina se encarga de pagarlo.

—¿Tú no te tatuarás nada? —le pregunto.

—Sí, pero no sé qué —responde pensativa—. Por cierto, quería contarte una cosa. Anoche conocí al primo de Minerva y... Uf, no sé cómo explicar lo que me hizo sentir.

La veo ilusionada y me alegro mucho por ella, ya que los anteriores novios que ha tenido no fueron buenas experiencias.

—¿En serio? Cuéntamelo todo ahora mismo.

—Espera, ya sé lo que me tatuaré.

Y entra sin decirme nada más. Me quedo fuera sentada, esperándola, sin

saber realmente qué es lo que ha elegido. Mientras tanto, le mando un mensaje a Jason para saber qué está haciendo. Lo echo de menos y solo hace una hora que nos hemos visto.

Abby

Hola, mi demonio. ¿Qué haces?

Jason

Hola, ratita. Echándote de menos. ¿Cuándo volvéis?

Mis labios se curvan en una sonrisa bobalicona y siento cómo mi corazón late frenéticamente al leerlo. Estoy tan enamorada que no sé cómo explicar lo que me hace sentir.

Abby

Yo también te echo de menos y me muero por enseñarte una cosa.

Me quedo unos segundos esperando su respuesta, pero cuando llega no puedo leerla porque Mina ha salido y viene con una bonita sonrisa. Me levanto como un resorte y me acerco a ella para ver el tatuaje que se ha hecho. Llego hasta ella y me enseña el omoplato también; se ha tatuado una jota con flores cruzadas. Es un tatuaje precioso y me quedo unos segundos pensando, esperando a que me diga el motivo de ese tatuaje. Mi móvil sigue sonando y ella se queda en silencio, esperando a que lo mire, pero yo niego para restarle importancia.

—¿Y bien?

—Y bien ¿qué? —responde.

—¿Una jota?

—Eh, sí... es por Jason, es la inicial de mi hermano —dice en un susurro casi inaudible.

Es extraño, pero no la creo, y no sé por qué se habrá tatuado la inicial. Puede que el chico que le guste se llame como su hermano o que su nombre también empiece por jota. Ambas nos quedamos pensativas.

—Bueno, ¿vamos a comer? —pregunta cambiando de tema. Asiento con una sonrisa.

Salimos de la tienda y caminamos por el centro unos minutos hasta que llegamos a un restaurante japonés. Me encanta ese tipo de comida y ella lo

sabe. Entramos y, tras sentarnos, el camarero nos trae la carta. Cuando por fin pedimos lo que comeremos, la miro. No he dejado de pensar en su tatuaje, al igual que sé que ella tampoco ha dejado de pensar en el mío. Por unos segundos, no decimos nada, hasta que soltamos una carcajada. Es un caso serio.

Pasamos la tarde de tienda en tienda, mirando de todo: ropa, zapatos, bolsos, maquillaje, etc. Para ser sincera, nunca había salido con ella de compras y creo que nuestros padres nos matarán cuando vean lo que hemos gastado de la tarjeta. Pero como dice Mina, un día es un día, ¿no? Además, ellos igualmente nos regalarán algo y así les hemos ahorrado tener que ir a comprarlo.

Sobre las siete de la tarde, Mina llama a Jason y este nos recoge media hora más tarde en el mismo lugar donde nos dejó. Me siento detrás y echo un vistazo al retrovisor para comprobar que él también me mira, Sin que su hermana se dé cuenta, me guiña un ojo, provocando una sonrisa en mis labios. No veo la hora en que caiga la noche y pueda escaparme para encerrarme entre sus brazos durante horas.

—Estáis muy callados —comenta Mina, sorprendiéndome.

—No veo por qué tenemos que estar hablando —responde Jason.

Enseguida me pongo nerviosa.

—Es cierto, pero dado que no os lleváis bien y que siempre os estáis tirando pullitas, es extraño que eso haya cambiado de un día para otro, ¿no? —insiste. Jason para en un semáforo y pone toda su atención en ella—. ¿Ya sabes que Abby se ha tatuado un diente de león?

Noto cómo se tensa y mira hacia atrás. Sé que se está reprimiendo, que le encantaría decirme algo, pero se calla.

—Oh, gracias, Mina, por ser tan bocazas —exclamo cabreada.

—No pasa nada, ratita. Me halagas, no sabía que tuvieras tan buen gusto —replica, y me quedo paralizada, sin saber qué responder a eso. Acaba de ponernos en evidencia.

—Vaya, pero si no te has cabreado. ¡Qué novedad!

Mina sigue intentando hacer que discutamos y no entiendo el porqué. Se supone que debería estar feliz porque eso haya acabado. Aunque claro, si se le ha metido en la cabezota que su hermano y yo tenemos una relación, es normal

que se ponga en este plan.

—Mina, deja ya el puto drama, ¿quieres? —gruñe Jason—. No sé que quieres. Te cabreas cuando me peleo con ella, te cabreas cuando no. Dime, ¿qué quieres, Mina?

Su hermana se queda inmóvil, mirándolo fijamente, con una expresión que jamás había visto en ella. No quería que esto pasara. No quería que ellos se pelearan por esta relación, por esconder lo que sentimos, y me veo en la obligación de contárselo todo.

—Mina, creo que hay algo que debes saber...

—No, no importa, Abby. Está bien, lo siento —me interrumpe.

Nos quedamos en silencio y llegamos a la casa. Al salir del coche, ella echa a correr y entra en la casa sin esperarnos. Me siento fatal por ella. Yo me dispongo a hacer lo mismo y Jason agarra mi brazo para impedírmelo. Me doy la vuelta y clavo mis ojos en él, sintiendo unas enormes ganas de besarlo.

—Déjala, ahora es mejor que esté sola —afirma, preocupado.

—Pero no puedo, Jason. No puedo esconderle esto a ella. —Nos señalo a ambos—. No sé cómo lo haces tú, pero para mí es muy complicado guardar un secreto tan grande, nunca lo he hecho.

—Lo sé, y no pienses que para mí es fácil, pero créeme cuando te digo que es mejor así. Conozco a mi hermana y sé que cuando lo sepa pondrá el grito en el cielo... No quiero que se distancie de ti.

Agacho la cabeza sin poder sostenerle la mirada. Me muero de ganas de aferrarme a él, pero Mina podría vernos por la ventana o algo. Entonces Jason hace algo que no me espero, tira de mi mano y me abraza, pasando una mano por mi mejilla. Me pongo nerviosa, eso es lo que su simple tacto consigue. Miro hacia arriba para comprobar que Mina no nos ve, y Jason sonrío con picardía. Sin embargo, a él parece darle igual y agarra de nuevo mi mejilla para después darme ese beso tan esperado por ambos. Mete su lengua en mi boca, profundizando el beso, y me pierdo en este momento, en este precioso momento que hace que se me erice la piel. Al separarnos, pega su frente a la mía.

—No sabes las ganas que tenía de besarte, ratita. —Cierro los ojos, disfrutando de su contacto, y suspiro—. Mírame —me pide, y yo niego—, por favor.

Su súplica es más fuerte que mi orgullo y abro los ojos para perderme en sus oscuros ojos. Me atraen, me esconden y arropan de una manera tan fuerte que no seré capaz jamás de olvidarlos.

—Tenemos que decírselo, Jason —insisto. Él niega.

—¿Para qué? Si lo hacemos tendré que marcharme y no quiero — responde con voz agónica—. No quiero irme de nuevo. No quiero perderte y sé que, si Mina o nuestros padres se enteran, te perderé.

Niego con vehemencia mientras vuelvo a acercarme a él, pues me había soltado cuando insistí. Cojo su mano y tiro de ella para entrar en la casa y, por consiguiente, al garaje, con mucho cuidado de no ser vistos. Cuando por fin estamos completamente a solas, pego mi boca a la suya, fundiéndome en sus ardientes labios, esos que me convierten en lava, en un fuego tan fuerte y feroz que podría acabar con el planeta. Al separarnos, él me coge en brazos y yo enrosco las piernas alrededor de su cintura. Siento su excitación pegada a mi sexo y gimo en su boca cuando vuelve a besarme. Me vuelve loca y no puedo evitar, y mucho menos negar, lo que siento.

Nuestra ropa comienza a caer al suelo y quedamos expuestos, desnudos piel con piel, y su calidez me hace delirar.

—Quiero ver ese tatuaje. —Me baja y le doy la espalda.

Lo toca suavemente y deposita sobre él un dulce beso. No es posible que un hombre como él, un chico duro, sea tan sumamente cariñoso y amoroso. Me doy la vuelta y sus ojos me miran con un brillo tan especial que hace que deje de respirar. Besa de nuevo mis labios, regalándome lo mejor de él, lo mejor de la persona que es en realidad Jason Harris, y cada vez siento que lo amo más y estoy segura de que este amor cada vez se hará más fuerte.

Vuelve a cogerme en brazos y entra en mí de una sola estocada, haciéndome el amor de nuevo como solo él sabe hacerlo, como solo él consigue que viva y muera en el mismo momento, sintiendo cada beso, cada caricia y cada «te quiero» de sus labios. Todo lo que consigue lo hace sin percatarse. Nunca le habría dado lo mejor de mí a un hombre, a alguien que solo conozco desde hace poco y menos después de lo que me pasó, pero a Jason lo amo, lo amo con todas mis fuerzas y no creo que vuelva a amar con esta intensidad a nadie más. Solo es él. Siempre será él quien tenga mi maldito y negro corazón.

Una hora más tarde, nos vestimos y volvemos al salón, aunque yo me voy a buscar a Mina. Pero cuando me dispongo a subir al piso de arriba el timbre de la casa suena y vemos a Mina bajar las escaleras eufórica.

—¡Es para mí! —grita al llegar abajo.

Me aparto y avanza despacio hasta la puerta; tras suspirar al menos cinco veces, la abre y entra su visita. Entonces, mi corazón se paraliza, me quedo inmóvil y creo que voy a morirme en este mismo momento al ver a la persona que tengo frente a mí. El miedo inunda mi cuerpo y Jason se da cuenta, pues se ha puesto a mi lado y mira con el ceño fruncido al recién llegado.

—No, no puede ser —murmuro.

Los tres me observan, aunque en realidad solo siento una mirada sobre mí. Sus ojos me penetran, intenta hacer que pierda los papeles y no puedo consentirlo. Me he quedado paralizada, sin poder moverme, y por unos minutos pienso que perderé la conciencia.

Capítulo 19

Jason

No puedo dejar de mirar a Abby. Siento que algo está ocurriendo, algo que se me escapa. Puedo notar su miedo, olerlo, y todo por el capullo que tenemos delante. ¿Quién será y qué tiene que ver con mi hermana? ¿Será que Abby lo conoce? Entonces, recuerdo lo que le pasó y caigo en la cuenta de que es él. Jordan, el hijo de puta que estuvo a punto de violarla. ¿Qué cojones hace aquí? ¿Qué quiere de mi hermana?

Lo escruto con la mirada; más bien, si las miradas mataran, por mi parte estaría muerto y enterrado desde que ha pisado esta casa.

—Hola, Jordan. No te esperaba tan pronto —lo saluda mi hermana.

—Lo sé, quería darte una sorpresa. —Nos mira—. Hola, soy Jordan. Encantado. —Extiende su mano en mi dirección. Yo no la agarro.

La aparta y saluda a Abby como si no la conociera. Ella no puede articular palabra y no sé cómo cojones llevármela de aquí sin que Mina sospeche nada.

—Lo siento, tengo que irme —anuncia Abby, dándose la vuelta para después subir las escaleras de dos en dos.

—¿Qué le pasa? —se interesa mi hermana, y me encojo de hombros.

Ellos se van al salón y yo me quedo en el mismo sitio, esperando a que no me vean para poder subir con ella. Quiero saber que está bien. Quiero dejarle claro que ese tipo no se le acercará mientras que yo esté a su lado. No dejaré que le haga daño, que vuelva a joderle la vida. Cuando por fin he salido de su campo visual, subo las escaleras. Estoy nervioso y, hasta que no la tenga entre mis brazos, no dejaré de estarlo. Doy unos toques en la puerta y paso sin esperar respuesta. Al entrar, me la encuentro sentada en una esquina de la habitación, abrazada a sus piernas mientras llora desconsoladamente. Corro hasta ella y me agacho para cogerla en brazos y sentarla sobre mi regazo en la cama.

—Ya, Abby, tranquila. Estoy aquí, pequeña. Estoy contigo —murmuro en

su oído, tranquilizándola.

Ella no dice nada, no puede, y sus sollozos son los que me responden. Acaricio su espalda mientras sigo diciéndole palabras bonitas al oído. No se calma, y sus espasmos cada vez son más fuertes. No sé qué hacer para hacerla sentir mejor. Creo que no conseguiré hacerlo y lo único que deseo ahora es bajar y moler a golpes a ese cabrón.

Un rato después, consigo que deje de llorar y levanta la vista para clavar sus ojos azules, ahora más claros por las lágrimas, en mí. Seco sus mejillas y la beso con dulzura, con una dulzura que nos mata a ambos. Cuando nos separamos, noto cómo tiembla, con el miedo metido en el cuerpo, y eso hace que mi cabreo se incremente hasta niveles insospechados.

—Ese hijo de puta se va a enterar, no se va a acordar ni del día en que nació. ¡Lo voy a matar! —Abby vuelve a llorar mientras la dejo en la cama y me levanto para salir de la habitación e ir en su busca.

—No, Jason, por favor —me dice con voz suplicante. Pero yo no puedo evitarlo y no quiero dejarlo así.

Cierro los puños a cada lado, respirando con dificultad. Ella está desesperada, asustada por mi reacción, y no quiero que me vea de este modo. Se levanta para abrazarme mientras me suplica que no lo haga, que lo deje estar, pero yo no puedo, no debo dejarlo así. Entonces la abrazo con fuerza para calmarla, o al menos intentarlo.

—Shh, está bien, cariño. Tranquilízate.

Nos quedamos en silencio, abrazados, y ella se aferra con mucha más fuerza a mí. Mi mente sigue negándose a hacer lo que ella me pide, pero intento anular mis pensamientos para que ella confíe en que no haré nada. Sin embargo, como a ese cabrón se le ocurra hablarle o mirarla puede estar seguro de que lo mataré con mis propias manos. No me temblará el pulso.

Pasamos dos horas en su habitación, nos hemos recostado en su cama y la tengo abrazada, apretándola contra mi pecho. Noto que está relajada y la miro. Se ha quedado dormida, así que aprovecho para dejarla unos minutos y bajar para comprobar si Jordan se ha ido. Salgo de la habitación y bajo las escaleras. Escucho risas provenientes de la cocina y camino hasta allí, comprobando con mis propios ojos que sigue aquí. Ambos me miran y yo no puedo evitar echarle la peor de las miradas; mi hermana me observa con el

ceño fruncido.

—¿Fuiste a ver a Abby? —La pregunta de Mina me saca de mis pensamientos. Asiento y me siento frente a ellos.

Necesito saber cuáles son sus intenciones y qué cojones ha venido a hacer aquí. Aunque también necesito saber qué es lo que quiere de mi hermana. Tampoco voy a dejar que le haga nada a ella, antes lo mato.

—¿Está bien? —insiste.

—Sí, solo se había mareado. Ya sabes cómo es —respondo de mala manera.

—Voy a ir a verla.

Mi hermana se levanta y prefiero no decirle que ahora está dormida para así quedarme unos minutos a solas con este capullo. Cuando nos hemos quedado solos, sigo mirándolo, matándolo con la mirada, y espero a que hable él, pero no lo hace. Entonces me levanto y, sin que se lo espere, lo agarro del cuello de la camisa, levantándolo de la silla de forma brusca, y lo pego contra la pared. La sangre me bulle desde los pies a la cabeza y no pienso con claridad.

—No sé qué cojones quieres, pero pobre de ti como te acerques a ella. No pienso dejar ni que la mires —lo amenazo, y me sonrío con malicia, provocando que mi enfado cada vez sea peor.

—Tranquilo, cuñado, que no me acercaré a ella a menos que me lo pida, cosa que hará —responde con altanería. Aprieto su cuello y tiro de su cuerpo hacia mí para luego golpearlo contra la pared.

—Eres un hijo de puta y no sabes con quién te estás metiendo —siseo—. No la mires, ni la huelas, no pienses en ella o te irá muy mal. Y ni se te ocurra intentar hacerle a mi hermana lo que estuviste a punto de hacer con Abby. ¿Queda claro? —Silencio— ¡¿Queda claro?! —repito alzando la voz.

Antes de que me responda, escuchamos los pasos de mi hermana y lo suelto. Camino de nuevo hasta la silla y me siento, fingiendo que no ha pasado nada. Mi hermana entra y, tras servirse un poco de agua, se sienta en su lugar, ajena a lo que acaba de pasar.

—Estaba dormida —dice tranquila.

—Es cierto, olvidé mencionártelo.

—Bueno. ¿De qué hablabais? —pregunta con una sonrisa.

—De nada importante. ¿Verdad, Jordan? —Lo miro y niega.

Sé que lo he asustado, pues bajo esa fachada de chico malo se esconde un cobarde. Una hora después, Jordan se marcha y Mina y yo nos quedamos a solas en el salón. Sé que me hará un interrogatorio que no sabré responder. Me quedo mirándola, esperando las miles de preguntas que me hará y sus ojos se clavan en mí.

—¿Se puede saber qué ha pasado? —Ahí empieza—. Me he dado cuenta de que Jordan no te ha caído bien y que a Abby, cosa extraña por su parte, le ha pasado lo mismo. ¿Puedes explicármelo, hermanito?

—No sé de qué me estás hablando —miento.

—Jason, te conozco y eres una persona muy expresiva. Sé cuándo alguien no es de tu agrado, y Jordan no lo es —insiste.

No quiero decírselo, no soy yo quien debe hacerlo. Abby será la que tenga todas esas respuestas para ella, pero, conociéndola, preferirá sufrir en silencio antes que hacerle daño a mi hermana. Mina sigue esperando una respuesta por mi parte.

—Es solo que no me inspira confianza.

—¿Por qué? Apenas lo conoces —concluye—. Jordan es genial. Es un buen chico, Jason.

—Si tú lo dices —digo, levantándome para irme al garaje, de donde no saldré hasta mañana si hace falta.

Necesito canalizar todo esto, pensar cómo hacer para que Jordan pague por lo que hizo y que no vuelva a acercarse a nosotros nunca más.

—Jason, espera. —Me doy la vuelta—. Hay algo más que no quieres decirme, ¿verdad? —Niego—. No te creo.

—Eso es cosa tuya.

Y salgo de la cocina para luego dirigirme a mi humilde y tranquilo miniapartamento. Me recuesto en la cama y no puedo dejar de pensar en Abby. No dejo de pensar en si le pasara algo y yo no pudiera evitarlo. Tengo que hablar con Mark, él debe saberlo y hacer algo. No puedo esperar a su vuelta, así que me levanto para coger mi móvil y llamarlo para ponerlo al tanto de todo. Marco su número y, después del segundo tono, escucho su voz.

—Jason. ¿Qué tal? ¿Pasa algo?

Noto la preocupación en el tono de su voz y sé que cuando sepa esto

cancelará sus vacaciones para volver de inmediato. Lo siento por mi madre, pero tienen que hacerlo, aunque parezca egoísta por mi parte.

—Hola, Mark. Siento molestaros, pero es un asunto importante.

—Dime, ¿le ha pasado algo a las chicas? ¿Abby está bien?

—Tenéis que volver y aquí os explico, por favor.

Puede que mi voz haya sonado suplicante, incluso podría decir que temerosa, pero no puedo dejar de sentir miedo por ella y por mí. Porque sé que como Jordan se acerque a menos de un kilómetro de ella no aguantaré, y aunque me joda la vida, lo mataré sin miramientos.

—Al menos dime que ellas están bien.

—Tranquilo, Mark, lo están. De eso me encargo yo.

Unos minutos después, en los que Mark no ha parado de preguntarme lo que pasaba, cosa que no he podido decirle por teléfono, cuelgo y vuelvo a recostarme en la cama. Media hora después, la puerta se abre, dejándome ver a Abby. Se acerca despacio hasta mí y, sin decir nada, se mete en la cama conmigo y me abraza.

—¿Estás mejor? —me intereso, acercándola más a mi cuerpo. Asiente—. ¿Seguro? Pecosa, no me mientas o tendré que hacerte cosquillas para sonsacarte las cosas.

Antes de que me responda ya estoy encima de ella haciéndole cosquillas por todo el cuerpo. Ella no para de reír. Así es como quiero verla siempre, riendo y feliz, y si esa felicidad la provoco yo, mucho mejor. No dejo de hacerle cosquillas, pero poco a poco las cosquillas se vuelven caricias y las miradas provocan que nuestros labios se unan en besos, unos besos desesperados por parte de los dos. Abby sube sus manos hasta mi cabeza y enrosca los dedos en mi pelo, acariciando y tirando a la vez con suavidad. Me muero por hacerla mía, por besar cada parte de su piel, por sentirla de mil formas distintas, por hacerle ver que yo, Jason Harris, el chico duro e inmaduro, ha caído rendido a sus pies, y no sé hasta qué punto llegará el amor que siento por ella. Me he enamorado de mi hermanastra, de esta chica callada que, sin percatarme de ello, ha entrado en mi corazón para llenarlo por completo de su esencia, de su alegría y vitalidad. Ha conseguido que Lion saliera de una patada para dejar libertad a Jason. No puedo creer cómo late mi corazón con solo tenerla así y no quiero que nunca acabe.

Capítulo 20

Mina

¿Por qué será que Abby y Jason han mirado de ese modo a Jordan? No entiendo el motivo de todo esto y tendré que averiguarlo. Estoy sola en mi habitación, hace horas que no sé nada de ninguno de los dos, ni siquiera Jason ha venido para ver si estoy bien; aunque claro, él parece hipnotizado por Abby. Porque ellos pueden engañarse a sí mismos, pero a mí no, y sé que sienten algo el uno por el otro, solo hay que verlos para darse cuenta.

Decido que es hora de bajar al salón e ir a buscarlos. Seguro que están juntos, así que voy directamente al garaje. Tras intentar abrir la puerta, me doy cuenta de que está cerrada con llave. Es raro, Jason nunca la cierra. Pongo la oreja en la puerta para intentar escuchar algo, y sí, efectivamente, se escucha.

—Te quiero —dice Jason.

¿Se lo está diciendo a Abby? No, no puede ser. Solo se escucha la voz de mi hermano, pero no la de ninguna chica, ¿con quién estará? Intento abrir de nuevo e incluso abrirla a la fuerza, pero es imposible.

—¡Jason! ¡Sé que estás ahí! —le grito.

Escucho unos pasos, pero nadie abre ni dice nada. Me estoy cabreando. Entonces, escucho el timbre de la entrada y voy a abrir. Al hacerlo, Abby está frente a mí.

—Lo siento, he salido a caminar y me olvidé de la llave. ¿Qué haces? —dice tranquilamente.

—¿Seguro que fuiste a caminar? —pregunto, y ella asiente.

—¿Por qué lo preguntas?

—No sé, pensé que estabas con Jason. He escuchado como le decía te quiero a alguien y aquí no hay nadie más que nosotras.

—Mina, no tengo nada con Jason, ni siquiera sabía que estuviera con alguien. —Pone cara de asco—. Él no es mi tipo.

No puedo evitar cabrearme con ella; por una extraña razón, recuerdo su mirada, esa mirada que ha utilizado para mirar a Jordan. Una punzada de celos

se clava en mi pecho y por un momento me entran ganas de cogerla de los pelos. ¿Será que lo miró así porque le gusta? No, imposible. Es la única respuesta que me viene a la mente, la única que puedo aceptar en este momento.

—¿Y quién es tu tipo? ¿Jordan? —Se tensa, lo noto—. Vamos, Abby, confiesa.

—No sé de qué cojones estás hablando. —Me fulmina con la mirada.

Se ha cabreado y eso solo incrementa mis dudas.

—Por como lo has mirado, parece que lo conoces. ¿Acaso es un ex tuyo o simplemente te gusta?

—No, Mina, ni una cosa ni la otra —responde con pesadez—. Me voy a mi habitación, creo que esta conversación es estúpida.

Camina, pasando por mi lado, y antes de que suba el primer escalón la agarro con fuerza del brazo y me mira de mala manera.

—¿Qué cojones pasa aquí?

La voz de mi hermano nos interrumpe y suelto a Abby. Me quedo mirándola por unos minutos, pensando que me delatará frente a él, pero para mi sorpresa no lo hace y se lo agradezco silenciosamente. Esperaba que dijera algo que provocase que mi hermano me echara la bronca, pero parece que Abby es buena, y yo, yo soy una estúpida que la ha tratado mal por culpa de los malditos celos.

Sin decir nada, me marcho a la cocina y los dejo solos. Por un momento los observo desde el umbral de esta, esperando alguna reacción por parte de mi hermano o ella, pero nada, ni una mirada, ni un roce. No dicen nada y Abby se va a su habitación. Escucho pasos por el pasillo y sé que es Jason que se acerca a la cocina. Entra y camina hasta mí. Yo no me muevo, estoy apoyada en la nevera, mirando al techo.

—Mina...

—No, Jason, ahora no tengo ganas de hablar. Vete con tu novia o con quien esté esperándote en el garaje —lo interrumpo. Me mira incrédulo, sus cejas alzadas lo delatan.

—Yo no...

—No mientas, te he escuchado decirle a alguien «te quiero».

Su rostro cambia de color y sus cejas se alzan mucho más, obligando a

sus ojos a abrirse. Por lo visto no sabía que lo había escuchado. Camino hasta la silla y me siento. Estoy cansada, agotada más bien, y solo quiero que acabe este día. Él me imita y se sienta frente a mí.

—Estaba hablando por teléfono, hermanita —me aclara.

—¿Y con quién hablabas? ¿Acaso tienes novia y no nos lo dijiste?

—No tengo por qué contar nada de mi vida personal, ¿o sí? —replica. Yo niego ofuscada—. Solo hablaba con una antigua amiga a la que quiero mucho, nada más. No tengo nada con nadie.

—Yo... —Suspiro—. Pensé que estabas con Abby —declaro al fin.

Me siento un poco avergonzada por haberlo pensado siquiera, pero de un tiempo a esta parte ellos han tenido un acercamiento y solo hay que mirarlos para darse cuenta. Hasta un ciego lo vería.

—Mina, no tengo nada con Abby. Es cierto que empezamos a llevarnos mejor, pero sigo sin soportarla. ¿Te crees que voy a dejar que una persona como ella, que está tan traumatizada, pueda gustarme? No, jamás —asegura—. Ella me pidió una tregua por nuestros padres, y yo estoy cansado de estar peleándome con una cría todo el tiempo.

Asiento sin dejar de mirarlo y noto la sinceridad en su voz, aunque sus ojos me dicen otra cosa. ¿Será que me está mintiendo? ¿Lo están haciendo los dos?

No es que me moleste que se gusten, pero la cosa cambiaría entre nosotras y ya no tendría esa afinidad con Abby. Además, no quiero que mi hermano le haga daño, como seguro le ha hecho a otras chicas. Mi hermanastra es muy dulce e inocente, y Jason es... Jason y nada más.

Pasamos un rato más en la cocina hasta que nos damos cuenta de que es tarde. Aún ni siquiera sabemos lo que vamos a cenar, así que mi hermano se ofrece a invitarnos a pizza. Llama al restaurante italiano del centro y pide tres diferentes. Cuatro quesos, tropical y carbonara. Yo le digo la que le gusta a Abby, ya que ella aún sigue encerrada en su habitación.

Sobre las diez de la noche llega el chico con la cena y subo las escaleras para avisarla de que baje a comer algo. Toco su puerta, pero no me abre, así que entro sin avisar; la busco por todas partes, pero no la veo. Entro en el baño y ahí tampoco está. ¿Dónde se ha metido? Me percató de que no está ni su móvil ni la cartera. ¿Cuándo ha salido?

Vuelvo al salón y me acerco a Jason llena de preocupación. Mi hermano se da cuenta en seguida.

—¿Qué pasa? —me pregunta.

—No está.

—¿Quién o qué?

—Abby no está. He subido a su habitación para decirle que estaba la cena, pero no está y tampoco su móvil ni la cartera. No sé cuándo ha salido, pero está claro que ha aprovechado el momento en el que estábamos en la cocina hablando.

El rostro de Jason cambia de color y veo como le aletea la nariz. Se ha cabreado, pero es más preocupación que eso, lo sé. Se levanta y coge su móvil, que está en la mesa; veo cómo teclea algo y me acerco para ver a quién le habla. ¿Desde cuándo tiene el número de Abby?

—¿Desde cuándo te mensajearas con nuestra hermanastra, Jason? —Las palabras salen solas de mi boca y me regaño por haber sido tan bocazas en este momento.

Mi hermano me mira con el ceño fruncido, como si lo que he dicho hubiera sido una completa cagada, y sí, tiene razón.

—¿En serio es lo único que te preocupa? Mina, no sabes nada de nada.

Se levanta y camina hasta la puerta de la casa, yo voy tras él. Veo como abre la puerta después de coger las llaves del coche. Yo le sigo sin decirle nada, sin pronunciar siquiera una palabra. No quiero volver a molestarlo y menos en este momento en el que tenemos que preocuparnos por saber dónde está Abby. Ella nunca sale y regresa tarde, y esta hora ya lo es.

Nos metemos en su coche y, en silencio, un silencio sepulcral, arranca y salimos de nuestra parcela para meternos en la carretera. Vivimos a las afueras de Los Ángeles, por lo que Abby no debe estar lejos, a no ser que alguien la haya recogido.

—¿Dónde estará? —Hago una pregunta al aire, sabiendo que con él no puedo hablar en este momento.

—¿En serio te preocupa?

—Sí, Jason, Abby me preocupa, por eso no quiero que te acerques a ella.

Vuelvo a meter la pata, pero esta vez le he dicho algo que pienso de verdad y no lo primero que se me ha pasado por la cabeza. Jason me mira

cabreado, sus ojos muestran desconcierto y no estoy lista para gritarle ahora los motivos por los que no quiero que se acerque a ella. Seguro que piensa que me he vuelto loca o algo por el estilo.

Seguimos el camino en silencio. Jason no vuelve a mirarme, y mucho menos a dirigirme la palabra, y lo entiendo, de veras que lo entiendo. Yo estoy todo el camino llamando a Abby y mandándole mensajes, todos sin respuesta.

Son las doce de la noche y aún no hemos dado con ella. ¿Dónde estará? Entonces llegamos a un barrio un poco peligroso. Nunca en mi vida he pisado este sitio y no sé por qué mi hermano me trae aquí. ¿Pensará que ella vino a parar a este lugar? Y si es así, ¿cómo lo ha sabido antes que yo? Está claro que ellos tienen una relación extraña, es como si Jason se hubiera vuelto su protector de repente.

Pasamos por un parque donde hay al menos veinte personas y, por obra del destino, Abby es una de ellas. La encontramos. Jason aparca el coche en doble fila y tras salir del coche, cosa que hago yo también, camina hasta ella apresuradamente.

—¡Abby! —le grita. Ella no se gira, pero sé que lo ha escuchado—. ¡Abby! —repite.

Llega hasta ella y, agarrando su brazo, le da la vuelta. No podemos creer lo que vemos, no podemos pensar con claridad al ver su rostro. ¿Quién es esta? ¿Dónde está la chica dulce a la que tanto miedo le da todo? Formo una «o» exagerada con la boca y Jason da un paso atrás, intentado analizar lo que está pasando. Yo no me lo pienso y camino decidida hasta ellos, poniéndome ante ella.

—¿Qué coño haces? —le pregunto enfurecida—. ¿Crees que es normal que te hayas ido de casa sin decirnos nada y que ahora estés así? —La señalo. Ella alza una ceja y se encoge de hombros.

—No sé de qué te sorprendes, Mina. ¿Acaso piensas que soy la estúpida de Abby, la que soporta todos los desplantes y humillaciones de los hermanos Harris?

No puedo creer lo que sus labios me dicen, lo que realmente piensa de nosotros. Es cierto que a veces la hemos tratado mal, incluso yo misma me he dado cuenta de ello, pero la queremos.

—No digas eso, Abby.

—Es lo que es y estoy cansada —replica con un hilo de voz. Se recompone rápidamente—. Esto es lo que soy. —Se señala—. Y si queréis que vuelva, tendréis que aceptarlo, de lo contrario ya podéis iros por donde habéis venido.

Eso lo dice mirando a mi hermano y no puedo creer lo que hace él tras ese ultimátum. Camina hasta ella con los puños apretados a cada lado y, tras bufar de mala manera frente a su cara, se agacha y la coge, poniéndosela sobre el hombro. Yo reprimo una carcajada, pues después de todo es gracioso ver como mi hermano ha sacado ese sentimiento que parecía tener encerrado. No sé si realmente hay algo entre ellos, pero después de esto las cosas pueden cambiar.

Capítulo 21

Abby

—¡Suéltame, capullo! —le grito mientras golpeo su espalda con fuerza.

Jason no se inmuta y mucho menos hace caso a mis peticiones. No sé a qué han venido, ni siquiera puedo lograr entender cómo me han encontrado. Nunca le he hablado de este sitio a él y no tenía pensado hacerlo.

Veo a Mina detrás de nosotros con una sonrisa triunfal y yo no puedo dejar de mirarla con rencor. Estoy cansada de todo, de cómo me tratan y de no defenderme por no discutir, pero eso ya se acabó. Cuando los escuché hablando en la cocina, solo una cosa se grabó a fuego en mi memoria: como Jason le decía a Mina que no éramos nada y que yo estaba traumatizada. Me dolió, y mucho más después de haber estado con él en el garaje, después de que me hiciera el amor. Tuve que salir por la puerta de la calle para que Mina no me encontrara allí con él. Hago demasiados sacrificios por él y jode nuestra relación de esta manera.

Llegamos a su coche y me baja de su hombro. Al hacerlo, quedo justo frente a él, muy cerca. Su aliento fresco choca en mi cara y siento unas irremediables ganas de besarlo. Cuando voy a acercarme, llega Mina hasta nosotros. Me regaño por ser tan estúpida, pero tiene un maldito imán que hace que lo desee con fuerza.

—Entra en el coche —me pide tranquilo. Mas yo no lo hago—. Abby, métete en el maldito coche si no quieres que lo haga yo a la fuerza.

En ese momento, uno de mis antiguos amigos, de esos que te defiende por pelear y no porque realmente le interese tu bienestar, se acerca a nosotros buscando a Jason. Dylan camina apresuradamente hasta nosotros.

—¿Quién cojones te crees que eres para llevarte a Ab contigo?

Jason alza una ceja y me dedica una mirada de advertencia, casi obligándome a meterme en el interior del coche. Lo hago y se adelanta hacia mi supuesto amigo para ponerse frente a él sin tener que buscar demasiado. Mina me imita y se sienta a mi lado, en el asiento trasero. Mis ojos no pueden

apartarse de ellos, más de Jason; no quiero que le pase nada. Dylan solo no es rival para él, pero no lo está.

—¿Y a ti qué cojones te importa? —responde Jason elevando el tono de voz.

Mi amigo empuja a mi hermanastro y este ni se mueve. Parece de hierro. Mina y yo estamos nerviosas y la tensión se palpa en el ambiente. Ambas nos miramos y no sabemos qué decir. Jason nos echa una mirada, una rápida mirada que no presagia nada bueno.

—Tenemos que hacer algo, Abby —dice Mina al borde de un colapso.

Yo intento parecer tranquila, aunque por dentro me estoy muriendo por salir y patearle el culo a Dylan. ¿Qué se ha creído al empujar a mi chico? Mi chico. ¡Qué tonta soy! Si él sintiera lo mismo que yo, no habría dicho eso en la cocina y le hubiera contado la verdad a Mina, aunque hayamos prometido no hacerlo.

Le voy a responder a Mina cuando vemos como Jason golpea con fuerza la cara de Dylan y este cae al suelo con las manos en la nariz.

—¡Me la has partido, animal! —vocifera, intentando ponerse en pie.

Pero Jason no lo deja y le pega una patada en el estómago. Está completamente ido y no para de golpearlo. No puedo ver esto. No puedo ver quién es Harris en realidad, así que salgo del coche y arrastro los pies hasta él para luego agarrarlo del brazo y tirar con fuerza, evitando que vuelva a golpearlo.

—¡Para, Jason! —le pido con un hilo de voz—. Te lo suplico.

Mi voz suena ahogada, como si estuviera bajo el agua, y siento una presión en el pecho y el estómago que no me deja respirar. Él sabe de mis ataques de ansiedad y creo que solo por eso me hace caso y se aparta de Dylan para clavar sus oscuros ojos en mí. Coge mi mano y tira de mí. Me obliga a sentarme a su lado, en el asiento del copiloto, importándole muy poco que Mina esté detrás. No suelta mi mano en ningún momento, solo cuando tiene que entrar él. Arranca y acelera para desaparecer de este lugar que no tenía que haber pisado.

El camino se hace largo, demasiado, y no puedo dejar de mirarlo de reojo, percatándome de cómo aprieta el volante con las manos, dejando que sus nudillos se pinten de blanco ligeramente. Tengo miedo, mucho miedo de lo

que pueda pasar a partir de este momento. No me mira, no puede, y siento que lo he avergonzado. Yo misma me avergüenzo de mi actitud.

Cuando llegamos a la casa, Mina y yo salimos del coche, pero él no lo hace. Sigue en la misma posición, agarrando el volante con una fuerza desmedida. Tengo la necesidad de volver a sentarme a su lado y hacerle ver que estoy con él, mas no me atrevo a hacerlo por miedo a su reacción. Mina está a mi lado y me empuja a hacerlo. Yo la miro, incrédula, y asiente.

—Solo a ti te escuchará —murmura apenada.

—Pero...

—Tranquila. No sé qué clase de relación tenéis, pero está claro que hay algo entre vosotros y, bueno... No pasa nada, ve con él.

Por un momento me quedo perpleja al comprobar que, al final, Mina no es un problema para nosotros. La abrazo con fuerza y camino decidida aunque temerosa de acercarme a Jason. Abro la puerta del copiloto y entro, sentándome de nuevo a su lado. Suspiro unas tres veces y me mira de reojo con una ceja alzada.

—¿Puedes dejar de hacer eso? —me pide con la voz cargada de agonía.

—¿Te molesta que lo haga? —le pregunto, intentando llamar su atención de alguna manera, aunque sea para que me grite.

—Sí, me molesta.

—¡Vaya! No pensé que hubiéramos vuelto a las peleas —anuncio descaradamente.

Sé que haciendo esto puedo complicar las cosas, pero es la única manera de conseguir que me diga lo que piensa, lo que quiere gritar y contiene para no hacerme daño. Porque sé que eso sería lo último que me haría. Jason puede que sea duro, cabezota y hasta un poco cabrón, pero me ha demostrado que no me haría daño, no como Jordan al menos. Recuerdo las palabras que le ha dicho a Mina y siento de nuevo esa presión que me obligó hace horas a escaparme de la casa e ir en busca de esos amigos que llevaba sin ver más de tres años.

—Deja de decir gilipolleces, Abby —escupe sin poder mirarme.

Llevo mi mano temerosa hasta su barbilla e intento hacer que me mire. Lo hace y me regaño por haberlo obligado a hacerlo; sus ojos me miran con decepción, y eso me duele mucho más que unas palabras sueltas.

—No me mires así, Jason, por favor.

—¿Y cómo quieres que te mire? ¡Dime, Abby! ¿Cómo cojones quieres que te mire cuando te has escapado para verte con esa gentuza? ¿Acaso crees que no me he dado cuenta de que a esas personas les importas una mierda? —vocifera fuera de sí—. Y mírate, pareces una pu...

Antes de escuchar esa palabra, esa maldita palabra que he escuchado mil veces, mil veces que me dolió, pero no como ahora que sale de sus labios, lo golpeo con fuerza. No voy a dejar que me humille.

—No vuelvas a llamarme puta.

—Y tú no vuelvas a golpearme, porque no respondo, Abby Morgan.

Y sin más sale del coche, dejándome mucho peor que cuando entré. Lo veo acceder a la casa sin mirar atrás, sin cruzar una mirada conmigo, y me odio por haber sido tan estúpida y obligarle a decirme lo que estaba pensando. ¿Por qué será que siempre me enamoro del chico malo? ¿Por qué no puedo blindar mi corazón para no dejar entrar a cabrones como él? Es la segunda vez que me hacen daño, y no habrá una tercera.

Salgo del coche y me voy a dar un paseo, no puedo entrar en casa, no me siento cómoda haciéndolo. Ya es tarde, pero me importa una mierda si me encuentro con un asesino en serie. Total, así podrá acabar esta tortura de vida.

Camino durante horas sin saber realmente a dónde ir y tampoco me importa. Miro el reloj y son casi las seis de la mañana. Pronto amanecerá. Supongo que ni siquiera sabrán que no estoy en casa, pensarán que estoy dormida.

De pronto, mi móvil comienza a sonar, lo saco del bolso y compruebo de quién se trata. Es Jordan. ¿Cómo habrá conseguido mi número? Le cuelgo sin responder, no tengo nada que hablar con él y no quiero que se acerque a mí. Su simple presencia me hace temblar de miedo.

Una hora después estoy cerca de casa, a solo una calle, cuando un coche se para justo a mi lado. No lo reconozco y me apresuro para llegar antes, pero el vehículo se cruza en mi camino, cortándome el paso. Mi pecho sube y baja con fuerza, no puedo respirar y siento como las piernas me tiemblan, toda yo lo hago. La puerta del piloto se abre, dejándome ver a una mujer pelirroja que me mira con superioridad.

—Hola. ¿Podrías ayudarme? Me he perdido.

Por su tono de voz me doy cuenta de que es mentira. Sus ojos demuestran que no lo ha hecho y, siendo sincera, me da miedo su manera de mirarme. Lleva un vestido rojo ceñido al cuerpo que hace juego con el color de su pelo y sus labios. Sus ojos son verdes, pero la raya negra los hace más intensos. No viene sola, hay dos tipos con ella y eso me aterra mucho más.

—No sé —balbuceo.

—Tranquila —me dice—, no te harán nada. Puedes confiar en mí. Busco a Jason Harris, ¿lo conoces?

—No —miento.

—¿Estás segura? Porque hace unas horas estabais juntos —asegura, demostrándome que nos ha estado espiando.

Quiero salir de aquí. Quiero llegar a casa y esconderme, pero la cosa se complica cuando se dan cuenta y los tipos se bajan y caminan hasta mí, asustándome. Tengo a uno de ellos a mi lado y no soy capaz de mirarlo.

—Por favor, deja que me vaya —le pido, suplicante.

—Claro, Abby, dejaré que lo hagas, pero antes necesito que hagas algo por mí. ¿Podrás hacerlo? —Asiento no muy convencida—. Quiero que le des esto a Jason, y pobre de ti como no lo hagas. —Me tiende un sobre marrón de tamaño folio. Yo lo cojo con manos temblorosas—. Como has podido comprobar, sé quién eres y dónde vives, así que ya sabes, ratita. Se lo das.

Se da la vuelta para meterse de nuevo en el coche, pero antes de hacerlo vuelve a mirarme.

—Ah, una cosa más. No hables con la policía, te estaremos vigilando.

Los tres vuelven al coche y, cuando arrancan y los pierdo de vista, corro hasta mi casa y entro sigilosamente. Subo las escaleras de dos en dos y, tras entrar en mi habitación, la cierro con llave, llevo el sobre hasta mi armario y lo escondo entre mi ropa. No pienso darle nada a Jason, no a menos que me cuente toda la verdad de quién fue en el pasado y qué tiene que ver esa mujer con él.

Capítulo 22

Jason

Desde que hemos llegado estoy encerrado en el garaje. Por raro que parezca, necesito alejarme de ella en este momento. No puedo mirarla a los ojos y no sentir deseos de golpearla por su actitud. ¿Cómo ha sido capaz de volver a ese lugar? Por cómo iba vestida, parecía que había quedado con alguien. ¿Y si ese alguien era Jordan? No, eso sería una estupidez. Los celos me matan y esto es algo que jamás he sentido, pero evidentemente no se trata solo de eso; el miedo que he sentido al saber que se había largado, y cuando la hemos encontrado en ese lugar, es algo que ella no entiende ni entenderá.

Sé que mis palabras le han dolido. A mí también, mucho más que a ella. Ahora solo me queda esperar a que amanezca para poder hablar con ella y aclararlo todo, si es que aún quiere escucharme. Cosa que dudo mucho.

Son las seis y no he pegado ojo, así que salgo del garaje para dirigirme a su habitación. Cuando entro, mi corazón se paraliza al comprobar que no está y que no ha dormido aquí. ¿Dónde cojones estará de nuevo? Salgo y bajo las escaleras para volver a mi guarida. Doy vueltas de un lado al otro, pensando, y solo una cosa entra en mi mente, salir a buscarla. Me visto, salgo por la puerta trasera para que Mina no me escuche y camino en dirección opuesta al centro. A unos metros hay un parque y a lo mejor ha decidido que sería bueno pensar, o eso espero yo.

Después de dos horas buscando, me doy por vencido y vuelvo a la casa. Subo las escaleras de nuevo y entro en su habitación. Mi corazón se paraliza y mi alma cae al suelo al comprobar que ha vuelto y que está sana y salva. Abby me matará algún día. Está dormida y eso me ayuda a poder acercarme a ella y observarla sin que sus ojos me odien. Es hermosa, la chica más hermosa que he visto en toda mi vida, y es mía, al menos, es lo que yo siento. Toco su mejilla despacio, por temor a despertarla, y es ahora cuando entiendo que no podemos seguir con la relación en secreto y que debemos contárselo a mi hermana.

Hace unos minutos que estoy delante de la puerta de la habitación de Mina y no sé cómo entrar y contarle todo. Las manos me sudan a la vez que tiemblan, algo que jamás había experimentado. Antes de tocar, se abre y Mina me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué haces aquí? Eh, Jason. —Mueve las manos frente a mi cara.

—Lo siento, me he quedado pensando. —Entro sin esperar invitación.

—Eh, ¿a dónde vas?

—Necesito hablar contigo —anuncio, sentándome en la cama.

Mi hermana me mira con los ojos abiertos, sorprendida, aunque para qué mentir, yo también lo estoy. La miro de vuelta, pensando en las palabras que debo utilizar para confesar mis sentimientos hacia Abby. Estaría encantado de contarle también lo de Jordan, pero eso sé que le hará mucho más daño. Además, no soy yo quien debe hacerlo.

—Tú dirás. —Se sienta en la silla del escritorio.

—No sé cómo voy a decirte esto. Solo te pido que no me regañes y mucho menos me juzgues como has estado haciendo desde que he vuelto. —Niega—. Mina, yo te quiero muchísimo, pero en este tiempo te has pasado.

—Lo siento, no quise hacerlo.

—Pero lo hiciste y no sabes lo que me ha dolido —declaro. Ella se sienta a mi lado.

Estoy muy nervioso, tanto que esto me hace pensar en cuando llegue el momento de que nuestros padres se enteren.

—Es sobre Abby, ¿verdad? —Asiento—. No sé si será lo que yo estoy pensando...

—Espera, no quiero que pienses mal —la interrumpo.

—No lo haré.

—Verás, yo me he enamorado de ella.

Mi hermana abre los ojos tanto que parece que se le saldrán de las órbitas. En este momento es como si me hubiera quitado un gran peso de encima y, sinceramente, me da igual que le parezca bien o mal. Yo seguiré con ella a menos que me pida que la deje; aun así, no lo haré y la cuidaré como le he prometido.

—¿Cuándo? ¿Cómo? —pregunta, mirando sus pies.

—Creo que me enamoré de ella el primer día que la vi... —Mi hermana

vuelve a mirarme—. Llevamos juntos un mes, aunque no sé en qué punto estamos después de lo de anoche.

—Oh, siempre lo sospeché. Entonces ese «te quiero» era para ella, ¿verdad? —Asiento nervioso—. ¿Por qué me lo cuentas ahora?

—Porque ella lo necesita y yo no puedo negarle nada.

—Entiendo. ¿Has pensado en lo que dirán mamá o Mark cuando se enteren? No sé, Jason, esta relación no acabará bien. —Suspira—. Tú eres un buen hombre, eso lo sé. En cambio, Abby. Ella esconde también cosas y lo de anoche me abrió los ojos. ¿Y si te trae problemas?

—No me traerá más problemas de los que ya tengo o con los que no haya lidiado antes, Mina. Yo la quiero y haré lo que haga falta para estar con ella. Lo entiendes, ¿verdad? —Se encoge de hombros—. Espero que ahora que lo sabes nos guardes el secreto y no cambies con ella. No sabes lo importante que eres para Abby.

Le doy un beso en la cabeza y me levanto para ir en busca de mi chica. No puedo pasar un minuto más estando alejado de ella. Necesito besarla, abrazarla, esconderla entre mis brazos para siempre. Salgo de la habitación de mi hermana y me dirijo de nuevo a la de Abby. Al entrar, veo que no está en la cama, escucho el agua de la ducha y, sin pedir permiso, abro la puerta del baño y entro. Está de espaldas a mí, eso me ayuda a poder contemplar su cuerpo bajo el agua, sintiendo como mi pecho se aprieta tan fuerte que empiezo a respirar con dificultad. Me da igual llevar la ropa puesta; entro en la ducha y la abrazo por detrás, besando su hombro. Abby se tensa, pero al comprobar que soy yo vuelve a relajarse, aunque no dice nada.

—Lo siento —le digo con un hilo de voz.

Es la primera vez que tengo miedo de verdad. Después de todo lo que he sufrido, de lo que he pasado con mi padre y Anthony, y solo ella hace que sienta miedo. Perderla sería devastador.

No me responde y su silencio me está matando. Sé que dije cosas muy feas, soy consciente de ello, pero no puedo soportar que me castigue de esta manera. Le doy la vuelta y sus ojos me miran con un brillo extraño, incluso diría que está llorando, aunque con el agua es difícil afirmarlo.

—Abby, di algo —le pido.

—¿Qué quieres que te diga? —Su voz ha sonado ahogada y llena de

tristeza.

Le he hecho daño; aun prometiendo que no lo haría, lo he hecho.

—Siento haberme comportado contigo como un capullo y siento todas las palabras que te dije. No las pensaba en realidad —insisto, pero ella no contesta—. Por favor, perdóname.

—Necesito que me cuentes que te pasó en el tiempo que estuviste fuera de esta casa. —Frunzo el ceño sin entender bien a qué se debe esa petición—. Necesito saberlo para poder entender algunas cosas, de lo contrario, no vuelvas a acercarte a mí.

Sale de la ducha y se envuelve en una toalla, entra en la habitación y yo me quedo aquí, inmóvil y empapado. Salgo del baño, me quito la ropa y hago lo mismo que ella, me pongo una toalla en torno a la cintura y voy a su encuentro. Está desnuda, secando su cuerpo, sin importarle que yo esté presente, y me está matando verla así. Es como si me estuviese provocando. Me acerco a ella y vuelvo a abrazarla. No se mueve, tampoco sube sus brazos para estrecharme.

—Le he contado a Mina lo nuestro. —No dice nada—. ¡Abby, joder! No me hagas esto.

—No te hago nada, Jason, tú sí me lo haces a mí. ¿Te crees que ha sido bonito escuchar que le decías a tu hermana que nunca estarías conmigo y que estoy traumatizada? Lo siento, sé que dijiste que tenías que fingir, pero me ha dolido mucho. —Se aleja.

Claro, por eso se fue anoche. ¿En qué estaba pensando al decir lo que dije?

—No lo decía en serio, Abby. Ya sabes que lo hice para que no sospechara.

—Me da igual, ya me he cansado.

Cuando termina de vestirse, se da la vuelta para salir de la habitación y la detengo; cojo su brazo y hago que se voltee para que me mire a los ojos. Necesito hacerle ver cuán arrepentido estoy de todo, pero su mirada me demuestra que nada de lo que diga hará que deje de pensar así.

—Tú tienes el poder de destruirme, Abby. Solo tú serás la que consiga hacerme caer. Por favor, no te alejes de mí —le suplico temeroso.

—No quiero hacerlo, pero parece que no te das cuenta de que estoy

luchando contra el fuego solo para acercarme a ti de nuevo. Tú dime qué te pasó, solo necesito eso para volver a confiar en ti.

Tras esa declaración, sale de la habitación pegando un portazo. Me siento en la cama y hundo la cara entre mis manos, resoplando a cada segundo, pensando en lo que me ha dicho y lo que me pide. No quiero contárselo, no quiero que sepa las cosas que hice en el pasado, pero está claro que si no lo hago la perderé para siempre, y eso no puedo permitirlo.

Con la toalla alrededor de la cintura, salgo de su habitación y voy directo al garaje, donde, tras encerrarme, me visto y voy en su busca para sacarla de esta casa. Necesito estar a solas con ella, sin interrupciones, solo así podré abrirme y contarle la verdad de todo. Voy a buscarla, pero antes de ir hacia la cocina, desde donde me llega el sonido del microondas, tocan el timbre de la casa y voy a abrir.

—¿Qué cojones haces aquí? —Le gruño a Jordan.

Este me mira con altanería y escucho los pasos de alguien acercarse. Entonces todo se desmorona al comprobar que ha sido ella quien lo ha llamado. Abby está frente a mí, mirando a este hijo de puta que le hundi3 la vida, y no sé qué hacer para que no se vaya con 3l.

—¿Qué haces, Abby? —pregunto, incrédulo.

—Nada que te interese —responde sin mirarme.

La cojo de la cintura y la empujo al salón. Ella se queja y agradezco que el muy capullo no venga a impedírmelo, porque aquí sí que ya no aguanto.

—¿Se puede saber a qué estás jugando? ¡¿Te has vuelto loca de repente?! —Suelta una risita agónica.

—Déjame en paz —escupe.

—¿Esta es la manera en la que quieres arreglar lo nuestro? Porque déjame decirte que no está funcionando, Abby. ¡No voy a dejar que te vayas con 3l! ¿Me has oído? —le grito fuera de mí.

Silencio, silencio es lo único que obtengo. Me mira, sus ojos se clavan en los míos y no puedo descifrar lo que me dicen, no en este momento. No la conozco, no conozco a la chica que tengo delante. Esta no es la misma que conocí hace meses, esta es otra Abby. Suspira y siento que estoy perdiéndola.

—Lo siento, pero tengo cosas que aclarar con 3l.

—Yo iré contigo.

—No puedo, Jason. No es lo que parece, por favor. Te pido que confíes en mí.

No la entiendo, no sé a dónde quiere llegar con todo esto y tengo el presentimiento de que acabará mal. Asiento no muy convencido y sé que, aunque me niegue a dejarla ir, lo hará de todas formas, así que me aparto de su camino y la dejo marchar.

—Abby. —Se da la vuelta—. No olvides que te amo.

Capítulo 23

Abby

Su «te amo» es como un golpe seco en mi pecho, algo que mata cada partícula de mi cuerpo, y por un momento deseo no ser tan estúpida y quedarme con él, pero tengo que hablar con Jordan, dejarle claro que no voy a consentir que le haga lo mismo a Mina. Que no voy a permitir que también le hunda la vida a ella. Me da miedo estar a solas con él, cada recuerdo hace que le tema, y me gustaría que Jason me siguiera, mantenerlo cerca por si acaso. Pero no puedo pedirle eso, no cuando él está intentando estar bien conmigo.

—¿Nos vamos? —pregunta Jordan con una sonrisa triunfal.

—No pienses que, porque haya decidido ir contigo, significa que no lo amo a él.

—Lo que tú digas, preciosa.

—Deja de llamarme «preciosa», Jordan.

Levanta las manos en señal de rendición y salimos de la casa. Estoy nerviosa, mucho, a decir verdad, y lo único que deseo es que Mina no nos vea salir juntos. Me dirige hasta su coche y no me atrevo a subirme en él. Jordan me mira expectante, esperando a que diga algo o suba al coche. Entonces miro atrás y veo a Jason en la puerta. Mi cuerpo tiembla como una hoja y juro por Dios que lo único que quiero es correr hasta sus brazos, pero tengo que acabar con esto antes de que acabe conmigo. Bajo la atenta mirada de mi novio me subo al coche del que fue el chico que pensé que amaba, y él arranca, saliendo a toda prisa de la parcela.

—Me ha sorprendido tu llamada, Abby —dice. Yo solo miro por la ventana—. Te he echado mucho de menos.

Suelto un exagerado «Ja» que provoca en él una estruendosa carcajada; me pone los pelos de punta. Ya me estoy arrepintiendo de estar metida en un coche con él. Habíamos quedado en ir a un parque cercano a mi casa, pero me pongo nerviosa al comprobar que pasa de largo. Lo miro perpleja. Él solo sonrío.

—¿Pensaste que iba a dejar que me echaras el sermón en un triste parque? No, Abby, esta conversación será muy larga. —Toca mi rodilla. Yo siento náuseas.

—No me toques, Jordan. —Le pego en la mano y él vuelve a reír.

Saco el móvil del bolsillo de mi pantalón vaquero y le mando un mensaje a Jason. Sé que estoy siendo injusta y que puede que no me escuche, pero necesito que venga a rescatarme, que me saque de las garras de este loco que quiere terminar lo que un día no pudo.

Abby

Jason, necesito que vengas.

Jason

¿Qué pasa? ¿Te ha hecho algo?.

Abby

Creo que me va a llevar a su casa. Necesito que le preguntes a Mina dónde vive o que lo averigüe, por favor. Tengo miedo.

—¡Suelta el maldito móvil! — escupe cabreado.

—Está bien... Lo siento.

Lo guardo de nuevo en mi bolsillo. Un silencio incómodo se instala en el interior del vehículo hasta que, tras unos largos minutos, llegamos a un edificio de unas diez plantas. Nunca he estado en este sitio y parece no ser una buena zona para vivir. Jordan aparca el coche y yo me resisto a salir. Abre la puerta y, cogiéndome del brazo de mala manera, me saca a la fuerza para luego empujarme hasta el interior del edificio.

—Jordan, por favor. Solo quiero hablar contigo. Deja que me vaya —le suplico una vez que me ha llevado hasta su apartamento en el sexto piso.

Miro a mi alrededor y me percató de la oscuridad que reina en este cubículo. ¿Cómo puede vivir así? Todo está desordenado, las persianas rotas, oscureciendo aún más la sala. Comida y cerveza de días esparcidos en la mesa de centro, y un polvo blanco, que parece coca, sobre un espejo. No puedo creer que haya sido tan gilipollas como para haberlo llamado. El cabreo me ha cegado tanto que la he cagado de nuevo. ¿Cómo he sido capaz? Y ahora Mina se dará cuenta. No puedo permitirlo.

Me empuja, me hace caer sobre el sofá y se acerca a mí despacio, como si fuera un león a punto de cazar a su presa.

—No sabes el tiempo que llevo esperando este momento, muñeca — anuncia, acercándose mucho más a mí.

Siento asco y miedo... Siento que mi respiración se cortará en cualquier momento. Siento que no es el momento de rendirse. Cuando lo tengo encima de mí, le pego con la rodilla en su entrepierna, obligándolo a caer al suelo, y eso me da ventaja para poder salir de aquí. Abro la puerta, pero cuando estoy a punto de salir me coge del pelo y me arrastra. Mis gritos son desgarradores, así como el dolor intenso que me provoca.

No sé cuándo tiempo ha pasado. ¿Segundos, minutos, horas? No lo sé, aunque para mí es como si llevase aquí años encerrada. No puedo respirar y empiezo a creer que acabará conmigo, así como prometió el día en que se lo llevaron.

La fiesta de Nolan era una de las mejores de todo el instituto y todas las chicas nos moríamos por ser invitadas. En cambio, ese año yo iría, pues salir con Jordan, su mejor amigo, me daba una cierta ventaja. Estaba nerviosa y realmente no sabía por qué.

Al llegar Jordan me dirigió hasta la cocina, donde estaban los barriles de cerveza, me sirvió un vaso y él se bebió otro de un sorbo. No me gustaba cuando bebía, cambiaba y se ponía agresivo. Se bebió otro y quería servirme de nuevo, pero le mostré que aún lo tenía entero.

—¿No piensas beber esta noche? —me preguntó, alzando una ceja. Me encogí de hombros—. Vamos, muñeca, desmelénate y disfrutemos de la fiesta.

Tras eso, me sirvió una nueva bebida y fue prácticamente mi perdición. Minutos después estaba bajo de él, sintiendo sus manos por mi cuerpo semidesnudo, arrancándome la ropa mientras mordía mi cuello. Me hacía daño y me entró el pánico. Forcejeé, grité y pataleé, pero nada lo paraba. Si no hubiera sido porque una de mis amigas llamó a la policía, estaría destrozada.

Se lo llevaron ante mis ojos. Su mirada era fría y llena de odio. Jamás me había mirado así y creo que eso me marcó de por vida.

—Volveremos a vernos, Abby Morgan, y ese día acabaré contigo.

Esas fueron las últimas palabras que me dijo antes de perder de vista la patrulla que lo llevaba al centro de menores.

Sus manos tocan todo mi cuerpo. Por un momento pierdo la consciencia y dejo que pase. ¿Para qué luchar cuando él es más fuerte que yo? Entonces,

cuando está a punto de quitarme la parte de abajo de mi ropa, se escucha un fuerte estruendo y cómo alguien agarra con fuerza a mi agresor. Lloriqueo como una niña perdida y unas manos me arropan. No sé quién es, no sé si debo confiar. Entonces escucho su voz y mi cuerpo se tranquiliza sobremanera.

—Ya estás a salvo, ratita. Ya estás conmigo.

Jason me coge en brazos y me saca de este lugar, donde no tenía que haber venido y, por inconsciente, lo he hecho. Ahora no sé si puedo soportar su mirada llena de rencor, de odio e incluso de vergüenza.

Los párpados me pesan demasiado y lo único que necesito es dormir durante horas, e incluso días, así que cedo al cansancio y me duermo entre sus brazos.

Días después.

Estoy encerrada en mi habitación desde hace cuatro días, cuando fui rescatada de las garras de mi agresor. Jason fue quien lo hizo y aún no he podido mirarlo a los ojos y dejar de sentir vergüenza por lo que hice. Mi padre y Karen volvieron y, gracias a él, Jordan fue encerrado, pero esta vez en la cárcel. Al fin puedo respirar con normalidad. Lo único que me ha dolido de verdad fue ver la cara de Mina al enterarse de quién era, lo que había hecho conmigo años atrás y lo que intentó hacer de nuevo. Me dio pena, mucha pena, pues se había enamorado. Estoy segura de ello.

Escucho unos toques en la puerta, pero no respondo, ya sé quién es. Lleva intentando entrar los mismos días que llevo yo encerrada. No puedo hacerlo. No puedo dejar que me vea, que me hable, o me hundiré aún más.

—Abby, por favor. Ábreme la puerta —me pide Jason con la voz apagada.

Mis ojos se llenan de lágrimas y escondo la cabeza bajo la almohada para dejar de escuchar su voz. Me duele hacerlo.

—Ratita. ¿Acaso pretendes dejarme dormir toda la vida aquí? No me he movido de este pasillo desde que... —Silencio—. Seguiré esperando, sé que abrirás tarde o temprano.

Sin esperararlo siquiera, mis ojos se cierran y me duermo. Aún me siento muy cansada. No sé las horas que duermo, ni siquiera me percato de que alguien me acaricia el cabello cuando lo hago. Solo siento una paz interior que

hace que no quiera despertar. Quiero quedarme así el resto de mi vida.

Abro los ojos lentamente y me encuentro con sus oscuros ojos, mirándome con un cariño que no merezco.

—¿Cómo has entrado? —me intereso, incorporándome en la cama.

—Tengo mis contactos, ratita. —Me sonrío. Yo me muero en este instante.

Nos miramos sin decir nada más, creando un silencio perfecto y para nada incómodo. Echaba de menos esta sensación, como mi corazón late cuando lo tengo frente a mí. Jason se aproxima y acaricia mi mejilla con dulzura. Yo cierro los ojos disfrutando del momento y lo único que deseo ahora mismo es besar sus labios. Él parece escuchar mis pensamientos. Se acerca despacio hasta quedar a milímetros de mis labios y, con un pequeño roce, hace que tiemble entre sus manos. Sus labios me besan levemente, erizándome la piel por completo. Entonces yo, hambrienta de él, paso mis manos por su cabello y lo pego aún más a mí, provocando un gruñido por su parte y un gemido por la mía. El beso se vuelve intenso, devastador.

No sé por qué he sido tan estúpida para no dejarlo pasar antes. No sé qué me ha hecho Jason Harris para hacerme caer irremediablemente enamorada de él. No sé qué tiene este hombre misterioso que me arranca más de un suspiro.

Al separarnos, pega su frente a la mía y el brillo de sus ojos hace que me pierda en la oscuridad de su mirada. Sonrío como solo él sabe y suspiro al comprobar lo que provoca en mí.

—¿Por qué has tardado tanto en besarme? —me pregunta con un hilo de voz—. No vuelvas a alejarme de ti, Abby. No vuelvas a separarnos de este modo tan fuerte, porque no lo soportaré.

Su declaración hace que lo ame mucho más. Entonces recuerdo ese día, el día que decidí comportarme como una adolescente sin cerebro. Cuando me dijo que me amaba y no le respondí, y salí de la casa sin mirar atrás.

—Yo también te amo —respondo a su declaración.

Jason me mira perplejo, frunciendo el ceño, aunque sin dejar de sonreír. Hasta que cae en la cuenta de por qué se lo he dicho y vuelve a pegar sus labios a los míos, respondiendo así a mis palabras. Es cierto, lo amo como jamás pensé que amaría a nadie y no quiero que esto acabe. Ahora tengo miedo de conocer su pasado, aunque sé que debo saberlo. Tengo que volver a confiar en esta relación para que los demás también vean que nuestro amor no

es pasajero, sino algo precioso que me ha hecho feliz desde que Jason Harris pisó esta casa.

Capítulo 24

Jason

Meses después.

¿Es posible sentirse más feliz de lo que en este momento estoy? Para ser sincero, jamás pensé que llegaría el momento en el que me sintiera así, y todo gracias a ella. Estos meses llenos de locura han sido los mejores de mi vida y no los cambiaría por nada. Es la primera vez que estoy bien conmigo mismo, que puedo ser yo sin importar nada ni nadie. Tengo un trabajo que me llena, uno que me hace sentir orgulloso. Un día creí que sería igual que él, que ese hombre que se hacía llamar padre. No, yo nunca podría ser como él.

Aún no le hemos contado nuestra relación a nuestros padres, y no porque yo no haya querido, sino porque Abby no lo desea en este momento. Dice que su padre no estaría de acuerdo y, la verdad, creo que se equivoca, así que esta noche lo haré aunque ella se niegue. Va siendo hora de coger las riendas de mi vida y en esa vida solo está Abby.

Solo me aterra una cosa y es lo que Abby tanto me pide. No insistió más y lo agradezco, pues no sé cómo contarle lo que un día fui, ya que no volveré a ser ese chico. Lion murió el día que dejé aquella casa, aquella vida que tanto daño me hizo a mí y a mi familia.

En este momento me encuentro observándola; está dormida en mi cama, de donde no ha salido desde que volvimos a estar juntos y de donde no quiero que vuelva a salir. Acaricio su espalda desnuda con una delicadeza que hasta a mí me mata. Se remueve un poco, gimiendo entre sueños, y me quedo perplejo al percatarme de lo que mis caricias ocasionan en ella incluso estando dormida.

Escucho unos toques en la puerta y me pongo nervioso. Salgo de la cama y me pongo unos pantalones para ir a ver de quién se trata. Solo espero que no sea mi madre, porque como encuentre a Abby aquí pondrá el grito en el cielo. Abro la puerta y suspiro al comprobar que se trata de Mina.

—Buenos días, tortolitos. —Alza las cejas sugerentemente. Yo sonrío.

Desde que mi hermana sabe que estamos juntos se ha convertido en nuestra aliada.

—Buenos días, hermanita. —Le doy un beso en la mejilla.

—Despierta a Abby antes de que Mark vaya a buscarla a su habitación.

—Un momento, ¿hoy no ha ido a trabajar? —Niega. Me pongo nervioso al instante.

Entro de nuevo, dejando la puerta abierta, y mi hermana entra tras de mí. Cuando ve a Abby desnuda, se da la vuelta bufando.

—¡Oh, por Dios! ¡Tápala, Jason! —se queja.

—Abby, Abby —la llamo, y le doy un beso en la frente.

Ella vuelve a removerse y, como cada día, alza los brazos hasta mi cuello y tira de mí para hacer que me suba encima de ella. Aún no se ha dado cuenta de que mi hermana nos está viendo, así que busco mi autocontrol, que no sé dónde lo he dejado, y me alejo de ella para que vea que no estamos solos. Al darse cuenta de que tenemos una espectadora, pega un grito que amortiguo con mi mano.

—¡Joder, Jason! ¿Por qué no me has dicho que Mina estaba aquí? —me pregunta, subiendo la sábana hasta tapar su pecho.

—Lo siento, pero ha venido a avisarnos de que tu padre no ha ido a trabajar.

—¡Oh, joder, joder! —Se levanta, importándole muy poco su desnudez, y comienza a vestirse rápidamente.

Cuando termina me da un beso en los labios, de esos que me matan, y sale corriendo con mi hermana para después desaparecer por la puerta. Yo suelto una carcajada y me recuesto en la cama, feliz. Aun estando así, a escondidas, sigue haciéndome dichoso.

Media hora después, salgo ya vestido al completo y me dirijo a la cocina donde ya están desayunando. Miro a Abby y ella me sonrío sin darse cuenta de que mi madre nos mira. Carraspeo y me siento a su lado. Tras darle los buenos días, me sirvo un poco de café al tiempo que Mark entra en la cocina.

—Buenos días, chicas —saluda. Se sienta al lado de mi madre y le da un beso en los labios—. Abby, ¿dónde te has metido? Te estaba buscando.

—Eh, yo...

—Habíamos salido un momento —interviene Mina, y ella se lo agradece en silencio.

—Bueno, ahora que estamos todos quería decirles algo —anuncia—. Me han ascendido a inspector jefe —dice feliz.

Todos abrimos los ojos como platos y nos levantamos para felicitarlo. Abby me ha contado mucho acerca del trabajo que desempeña su padre y realmente se lo merece.

Pasamos una mañana agradable, desayunando en familia. No es como a mí me habría gustado, pues eso solo significaría que nuestros padres ya lo saben y aceptan esta relación. Cuando acabamos el desayuno, mi madre se dispone a recoger los platos y yo me levanto para ayudarla. Ella se sorprende, aunque llevo haciéndolo desde que me he dado cuenta de que el camino que había tomado cuando llegué no era el acertado. Otra cosa que ha conseguido Abby con su amor.

—Jason, tengo algo que hablar contigo. ¿Podemos ir a mi despacho? —me pide Mark. Asiento y salgo con él.

Estoy un poco preocupado, puede ser que ya se haya enterado. Eso pasa cuando escondes cosas, que siempre crees que todo gira en torno a tu secreto. Entramos en su despacho y Mark me pide que me siente. Sinceramente, estoy nervioso y tengo miedo de lo que tenga que decirme. Coge una carpeta que tiene sobre el escritorio y se sienta frente a mí. La abre y me la tiende para que mire su interior.

—Léela.

Lo hago y no puedo creer lo que me muestra. Anthony está vivo. Mi cuerpo tiembla de miedo, un miedo que hacía tiempo que no sentía. Lo primero que cruza mi mente al saberlo es ella, Abby. No puedo dejar que esto me hunda, porque la hundirá a ella también.

—No puede ser verdad. Yo lo vi, Mark —aseguro con un hilo de voz.

—Lo sé, pero no. Ya ves que lo hemos encontrado y parece que su hija también sigue con él. Lo único que el fuego consiguió fue dejarlo en silla de ruedas.

—No puedo seguir viendo esto. —Suelto la carpeta sobre la mesa y me levanto.

Tengo que salir de aquí, irme lejos para que no me encuentre, pues sé que

su prioridad será buscarme a mí y no dejaré que se acerque a nosotros. Mark me impide la salida.

—Espera, Jason, hay algo que necesito contarte y es de suma importancia. —Me obliga a sentarme otra vez—. Me han pedido que te acerques a ellos de nuevo. —Niego con ímpetu—. Espera, creo que no me has entendido. Exigimos que lo hagas, es la única manera de que la policía te exima de toda culpa.

—¿Cómo? ¿Me estás diciendo que para que no me metan en la cárcel tengo que colaborar? —Asiente—. No puedo hacerlo, Mark, no ahora. En este momento de mi vida no puedo.

—Lo siento, es la única manera de conseguir pruebas para detenerlos. Ya sabes que son muy astutos; tú mejor que nadie lo sabes, y en este momento no podemos ir a su casa, pues no tenemos pruebas suficientes.

Bufo, cabreándome. Siento cómo la adrenalina recorre mi cuerpo, instalándose en mi pecho, prohibiéndome sentir la libertad que creía que había conseguido. Esto es algo que no quería que pasara, pero está claro que el pasado siempre vuelve. Entonces pienso en que es el momento de contarle a Mark la relación que tengo con su hija, aunque me odie por el resto de su vida, necesito hacerle conocedor de nuestros sentimientos para conseguir protección para ella. Es a la primera que harán daño para joderme a mí. Conozco la manera de trabajar de ese hijo de puta y sé que nos estará vigilando.

—Mark, tengo que confesarte algo que creo no te gustará. —Él me mira expectante y no sé cómo empezar a contárselo—. Estoy enamorado de tu hija —declaro preocupado.

Mark se levanta y comienza a dar vueltas de un lado al otro. Está cabreado, solo hay que mirarlo.

—¡No puedes, Jason! Ella es mi hija, mi pequeña, y tú... Tú no puedes amarla —expresa, alzando la voz—. ¿Sabes el peligro al que la estás exponiendo? —Se queda en silencio—. Quiero que te alejes de ella.

—No puedes pedirme eso.

—No, Jason. Te exijo que la dejes. No permitiré que la expongas de esta manera; si algo le pasa, seré yo quien acabe contigo. ¿Me has entendido?

—Yo la amo, Mark... Ella me ha salvado de esa oscuridad en la que mi padre me obligó a entrar, y no puedo romperle el corazón —declaro, mientras

un nudo toma forma en mi garganta—. Ella es importante para mí.

—¿Ella te ama? —Asiento—. O sea, ¿que estáis juntos? —Vuelvo a asentir—. Pues lo siento, pero tienes que dejarla, y no acepto un no como respuesta.

Sale del despacho y cierra de un portazo. Mi corazón se oprime con fuerza, con una fuerza que jamás había sentido. Mi mundo vuelve a desmoronarse y no sé qué hacer para que esto acabe sin que lo haga con nosotros. ¿Será posible conseguir ambas cosas?

Tras media hora en la que no he parado de pensar en la manera de salir airoso de todo lo que se me viene encima, salgo del despacho y me dirijo al garaje, donde me encuentro a Abby esperando. Está nerviosa, puedo notarlo. Camino hasta ella y, bajo su atenta mirada, me siento a su lado. Agarro sus manos y beso sus nudillos.

—¿Estás bien? ¿Qué quería mi padre? —Ambas preguntas tienen respuesta. Mas yo no puedo dárselas, no ahora.

Niego, encogiéndome de hombros, y hago lo único que deseo en este momento, agarro su mejilla derecha y uno mis labios a los suyos, fundiéndonos en un intenso beso que hace que nuestros corazones latan al unísono. No puedo alejarme de ella. No quiero hacerlo, pero parece que el destino se ha propuesto jodernos la vida, el futuro que quería tener junto a ella. Sin esperar, bajo mis manos hasta su cintura y le subo la camiseta, dejándola en sujetador. Mis manos van a sus pechos y los acaricio con pasión, con la misma pasión que devoro su boca. Un gemido lastimero se escapa de sus perfectos labios y eso solo incrementa mi deseo de hacerle el amor en este mismo instante.

Abby se separa de mí y, tras bajarse los vaqueros, se sienta a horcajadas sobre mis caderas. Mis manos van a sus nalgas y las aprieto para empujarla contra mi sexo, haciendo presión con ambos. Mi erección es evidente y ella lo ha notado.

—Hazme tuya, Jason.

—Tú ya eres mía, Abby. Siempre mía.

Me levanto con ella en brazos y la deposito en la cama con cuidado. Me quito la camiseta y los pantalones a la vez que el bóxer, me pongo entre sus piernas y, arrancándole el tanga de un tirón, entro en ella con fiereza, con una fuerza descomunal que provoca un grito por nuestra parte. La embisto con

parsimonia, haciéndola delirar, haciéndole recordar cada momento, cada instante vivido junto a mí. Creo que jamás podré borrar de mi mente sus ojos cuando la beso, su gesto cuando la amo y su boca cuando la adoro. Abby ha entrado con fuerza en mi pecho y nada ni nadie podrá sacarla de ahí, no sin matarme antes.

Capítulo 25

Jason

Nos quedamos dormidos durante una hora y al despertar tengo una presión en el pecho que no me deja respirar. Necesito contarle a Abby mi pasado, todo lo que pasé, y no espero más para hacerlo. Cuando ella despierta, me dispongo a hablarle de mi padre y de Anthony.

—Abby, necesito contarte lo que tanto me has pedido.

—No tienes por qué hacerlo.

—Pero lo necesito. —Pone un dedo en mis labios.

—No quiero escucharlo. —Sonríe, y asiento abatido—. Quiero pasar el día fuera hoy. ¿Podemos ir al parque de atracciones?

Su pregunta me pilla por sorpresa, pero no puedo negarle nada, así que tras vestirnos vamos a buscar a Mina. A mi hermana le encanta la idea. Salimos de la casa y los tres nos encaminamos en mi coche hacia parque.

Llegamos y, después de aparcar, ambas miran a todas partes, decidiendo qué haremos primero. Parece que estoy con dos niñas pequeñas y yo disfruto el momento. Primero vamos a comer algo, ya que hemos salido sin probar bocado. Mi madre nos había dejado el almuerzo preparado, pero creo que será cena.

Nos comemos unas hamburguesas grasientas, como Mina dice, y disfrutamos de este tiempo juntos. Mi hermana está feliz por nosotros, cosa que nos gusta saber, y no puede reprimir su sonrisa cuando ve cómo trato a Abby. Dice que he cambiado y yo solo puedo decirle que ella ha sido la culpable de mi cambio.

La tarde llega rápido y estamos agotados, pero ellas siguen con ganas de pasear por todo el parque. Yo no puedo prohibirles nada, pues desde que están de vacaciones no hemos salido de casa. Pronto tendrán que volver a los estudios, aunque irán a la universidad. Mina quiere estudiar derecho y Abby quiere ser policía, como su padre. No me agrada mucho la idea, pero si es lo que ella quiere, yo la apoyaré en todo.

Cuando creo que el día ha acabado, alguien nos sorprende.

—Hola, Lion.

Esa voz me es muy conocida, solo una persona podría llamarme así. Me giro para comprobar que me equivoco y que no es ella. Mis ojos se abren desorbitados al ver frente a mí a Jasmine. No puede ser verdad. ¿Cómo ha sido capaz de encontrarme?

—Jasmine —murmuro.

—Sí, amor, soy yo. Estoy viva —anuncia como si fuera una sorpresa para mí.

Por como me habla, parece que no sabe que yo tenía constancia de que estaba viva. Noto que Abby se tensa al escuchar cómo me llama «amor» y se da la vuelta también. Pensé que este día sería perfecto y, justo cuando hemos parado porque Mina quería ir al baño, aparece en acción mi pesadilla, un demonio del pasado.

—¿Quién es? —me pregunta Abby al oído.

—No es nadie —respondo en alto para que Jasmine se dé cuenta de que puede irse por donde ha venido.

—¿Así recibes a la primera mujer con la que te acostaste? Pensé que al menos me recibirías con los brazos abiertos al comprobar que no estoy muerta.

Mi cuerpo está en tensión y no precisamente porque Abby esté escuchando todo lo que está loca nos está diciendo, sino porque el hecho de que me haya buscado solo significa más problemas, y eso es algo que quería dejar atrás. Suelto la mano de Abby y me acerco a Jasmine para hablar con ella en privado, pero esta se niega y maldigo.

—¿Por qué te pones así? ¿Acaso tu novia se va a enfadar?

—Ella no es mi novia, solo es mi hermanastra.

Jasmine suelta una carcajada que hace que me ponga más nervioso.

—¡Ay, cielo! ¿Te crees que no sé qué te estás acostando con tu hermanastra? —afirma a la vez que la voz de mi hermana resuena detrás de mí.

—¿Quién es esta mujer?

—Hola, Mina. Soy Jasmine, una antigua amiga de tu hermano —se presenta.

—Encantada. No sabía que mi hermano tuviera amigas.

—Creo que no sabes muchas cosas de tu hermano, preciosa. —Sonríe con malicia—. Veo que estás muy bien acompañado. Parece una ratita.

—¿Por qué todos me llamáis ratita? —se queja Abby.

Tengo los puños a cada lado de mi cuerpo y los aprieto con tanta fuerza que puedo ver cómo los nudillos se me tiñen de blanco.

—No le hagas caso, Mina —le digo a mi hermana, intentando parecer tranquilo.

—Jason, ¿qué pasa? No sé a qué se refiere esta mujer, pero... —Se queda callada.

Jasmine se aproxima a nosotros y noto como quiere acercarse a mi hermana. Mina la mira con miedo y luego sus ojos se clavan en mí. No quería sentir su mirada, esa mirada llena de rencor.

—Sabía que algún día tendríamos problemas por tu culpa. Te dije que te mantuvieras alejada de él, que no era bueno para ti. ¿Por qué cojones no me has hecho caso? —le dice a Abby.

Escuchar eso de la boca de mi hermana me cabrea aún más.

—¿Le dijiste a Abby que no soy bueno para ella? —Asiente—. ¿Por qué? ¿Por qué piensas eso? ¿Acaso soy mala persona? —le hago mil preguntas con el temor de saber la respuesta.

—No es eso, pero has cambiado, Jason, ya no eres el mismo...

—¿Crees que la trataré mal, como papá trataba a mamá? ¿Eso crees, Mina?

—Jason, no digo que hagas nada de eso, pero tú no eres aquel chico de hace cuatro años. Ya no eres dulce y bueno, ahora eres terco, peleón —expresa avergonzada—. Pensé que estar con ella te había cambiado, de verdad, pero siempre serás el mismo. No sé lo que te habrá pasado durante el tiempo que estuviste con papá, pero está claro que te ha cambiado —afirma nerviosa.

—No tienes ni idea del infierno que he pasado durante estos cuatro años —escupo cabreado.

—Es cierto, no lo sé. Pero tampoco nos lo cuentas. ¿Cómo demonios quieres que sepa lo que te pasó? Estuviste en un infierno, está bien, pero si al menos nos lo dijeras, sería más fácil.

—¡No puedo revivir aquello, joder! ¿No lo entiendes?

—Hay veces que contar lo que nos atormenta es liberador. Llevar una carga de esa magnitud no debe ser bueno, hermano.

—Basta, ya está bien de tanto drama —interviene Jasmine—. Lion...

—Que no me llames Lion. Ya no soy él —la interrumpo.

—Está bien, Jason. Vine para que hagas un trabajo.

Me quedo inmóvil al escuchar esa estupidez. ¿En serio? ¿Un trabajo?

—Estás loca si piensas que volveré a ser el títere de tu familia.

—Creo que no me estás entendiendo, Jason. No puedes negarte —me espeta, mirando a Mina y sobre todo a Abby.

Y en ese momento siento cómo el cielo cae sobre mi cuerpo, aplastándome. No puedo creer que en tan solo unos minutos mi vida haya vuelto al pasado, a ese oscuro pasado que tanto trabajo me está costando olvidar. Con la ayuda de Abby lo estaba consiguiendo, si no fuera porque tengo frente a mí al mismísimo demonio disfrazado de mujer.

Suspiro, dándome la vuelta, y mis ojos se clavan en ella, en mi preciosa Abby, en esa chica que me ha dado tanto en tan poco tiempo y que merece un buen chico que la quiera y la respete de verdad. Yo no soy digno de ella, tal y como mi hermana dice, y es mejor que me aleje ahora antes de que mi corazón se quiebre por completo y muera intentando recomponer los pedazos. Una vez dije que era un dios de león, que mi mundo se desmoronaría con solo un soplo. Con Abby parecía estar resguardado de cada viento, de cada mísero soplo de aire que podía hacer que mi mundo cayera, pero ahora es cuando me doy cuenta de que el viento ha llegado hasta mí, incluso estando con ella, y Jasmine es la causante de que me hunda en la miseria.

—Lo siento, Abby, pero tengo que irme.

Estoy frente a ella y veo como sus ojos se llenan de lágrimas en el momento en que escucha que tengo que irme. Comienza a negar y no puedo soportarlo.

—No puedes. No, Jason. Tú no eres como ella dice.

—Joder, deja el drama, ratita. Tú no conoces a Jason, él es una mala persona y no te conviene estar a su lado.

—¡No! Te equivocas. ¡Tú eres quien no lo conoces! Él es incapaz de hacerle daño a nadie y no puedes venir aquí como si nada y obligarlo a irse contigo.

—¿Incapaz de hacerle daño a nadie? Siento discrepar contigo, preciosa, pero si no fuera por él, su padre ahora estaría vivo y no bajo tierra.

—¡Eso es mentira! Yo no maté a mi padre.

—Pudiste salvarlo, pero te negaste —suelta como si nada.

Tengo los músculos agarrotados por la fuerza que estoy empleando. Los brazos comienzan a dolerme y el miedo y el odio están nivelados en un mismo punto. Si no fuera porque Abby y mi hermana están conmigo, acabaría con Jasmine con mis propias manos en este momento.

—¿De qué está hablando esta mujer? ¿Qué hiciste Jason? —me pregunta Mina. No sé qué responderle. No sé cómo decirle que yo no hice nada.

Me mira con los ojos bien abiertos a la vez que se acerca a Abby para abrazarla. Le estoy haciendo daño y ha llegado el momento de partir, de hacerle creer que no la amo, aunque se me parta el alma con todo esto. No volveré a ser feliz, no al menos hasta que ellas estén a salvo de las garras de esta malnacida. Cojo a Abby del brazo y la alejo lo más posible para poder hablar con ella en privado. Lo que tengo que decirle solo puede oírlo ella.

—No puedes irte, Jason, por favor —suplica entre sollozos.

—Lo siento, Abby, pero tengo que hacerlo y tú... tú debes seguir con tu vida y no aferrarte a mí. —Lo que le pido está siendo mucho más duro de lo que pensaba—. Soy un peligro para ti.

—Siempre supe que lo eras, pero aun así me enamoré de ti, me enamoré del peligro que desprendes. Mi peligro eres tú, mi demonio, y quiero que sigas siéndolo.

Abby agarra mis manos y las posa en su cintura. Ella sube las suyas hasta enroscarlas detrás de mi cabeza. Va a besarme y me muero por que lo haga, pero no puedo permitirlo. Si deajo que me bese, si deajo que sus labios rocen los míos, no podré marcharme. Suelto su cuerpo, haciendo acopio de todo mi autocontrol, y ella me deja ir.

—Yo no quiero serlo y ya es hora de que te diga la verdad. Si estuve contigo fue como distracción, porque pensé que ella estaba muerta... Yo no te quiero, Abby, siempre la amé a ella, y ahora que sé que está viva no puedo dejarla ir —le digo con dureza para que me crea.

Siento cómo mi alma se resquebraja, como si tuviera un cuchillo en mi interior cortando cada parte de mí, dejando que me desangre. Muero, me

muerdo en este momento y sé que ella ya ha muerto. Me doy la vuelta sin dejar que responda y me acerco a Jasmine, la agarro de la mano y me voy con ella.

No puedo mirarla, no puedo darme la vuelta para verla, pues hacerlo sería mi perdición. He hecho lo que tenía que hacer, lo que me obligaron a hacer, y a partir de este momento mi vida vuelve al infierno de donde no tenía que haber salido. Porque yo soy un demonio, un demonio enfermizo que destroza todo lo que toca, aunque Abby me redimió con su amor. Ya nunca seré el mismo.

Capítulo 26

Abby

Ver como se marcha con esa mujer ha sido la peor imagen que podría grabar en mi mente. No puedo soportar el dolor que siento en mi pecho tras su partida, tras esas palabras que me han destrozado el alma. ¿Por qué ha sido tan fácil para él irse así? Pienso que siempre quiso hacerlo, que siempre creyó que era lo mejor. Salir corriendo antes de afrontar lo que se le viene encima. Pero siempre mantuve la esperanza de que no lo hiciera, de que no me dejara. Está visto que me equivoqué con él, me equivoqué al enamorarme de un chico como él. Su aura desprendía peligro y yo lo sabía, aun así, caí a sus pies como una estúpida y me dejé pisotear.

—¿Estás bien, Abby? —me pregunta Mina, cogiéndome del brazo.

No respondo, tengo la vista fija en el punto por donde han desaparecido minutos antes. Solo unos malditos minutos nos separan. Suspiro y me seco las lágrimas que no he dejado de derramar desde que esa mujer se ha cruzado en nuestro camino, en este perfecto día. Y me siento estúpida por llorar tanto por alguien que no lo merece.

—Vámonos ya, ¿sí? —Agarra mi mano y tira de mí en dirección contraria. Yo me niego a moverme del sitio, pensando que se arrepentirá y volverá conmigo. Mas no lo hace, no vuelve.

Camino arrastrando los pies, odiando la vida en este terrible momento como la odié cuando perdí a mi madre. ¿Por qué siempre se van las personas que más amo en la vida? Nunca lo sabré, nunca sabré la respuesta a esa pregunta.

Cogemos un taxi para volver a casa y todo el camino lo paso callada, mirando por la ventanilla, pensando y pensando, es lo único que puedo hacer. Mina quiere hablar conmigo, pero respeta mi silencio y se lo agradezco. Cuando llegamos, ella se encarga de pagarle al taxista y yo me bajo. Al entrar mi padre me ve y quiere saber qué me pasa, ya que subo las escaleras sin decir nada. Me encierro en mi habitación, donde a solas me siento en el suelo

y lloro hasta que mis ojos piden clemencia.

Horas más tarde.

—Abby, cielo. ¿Estás bien?

La voz de Karen me sorprende y no respondo, no quiero hablar con nadie, no me siento con ánimos de hacerlo. Unos toques en la puerta y no respondo, luego unos pasos alejándose y vuelta a la soledad. Así llevo desde hace cuatro horas. No he querido bajar a cenar, no tengo apetito. ¿Cómo tenerlo? Es imposible, y solo quiero dormir durante horas, durante años, hasta que mi corazón vuelva a latir de nuevo, pues los latidos cesaron cuando Jason se alejó de la mano de esa pelirroja que vino para quitarme al amor de mi vida.

Doy vueltas en la cama, sin poder pegar ojo, hasta que la luz del día me sorprende, haciéndome ver que un nuevo día amanece ante mis ojos. No he dormido en toda la noche y creo que nadie lo ha hecho, pues cada media hora venían a saber de mí.

Me levanto cansada, agotada más bien, y tras darme una ducha me visto y salgo de mi encierro para bajar a la cocina y comer algo, más que nada para que mi padre no venga de nuevo y me eche la bronca del siglo. Ya todos parecen estar enterados y no los culpo, pues está claro que pasaría. Al llegar a la cocina, Karen está sentada alrededor de la isla tomándose una taza de café. Su olor hace que mi estómago se queje y no dudo un segundo en servirme un poco. Al menos me servirá para despertarme del todo.

—Buenos días, Abby. ¿Cómo te sientes? —Me encojo de hombros y me siento a su lado—. Oh, vamos. Dime algo.

—¿Qué quieres que te diga, Karen? En este momento no sé qué decir y creo que lo que salga por mi boca será una bomba —respondo con el corazón en un puño, reprimiendo las malditas lágrimas que estaban deseando hacer acto de presencia.

—Lo siento, siento mucho todo lo que ha pasado. De haber sabido de tu relación con mi hijo, yo...

—¿Tú qué? Ah, claro, habrías hecho que lo dejara, ¿verdad? Porque nadie quería que estuviéramos juntos —la interrumpo.

—No es eso, pero al menos te habría aconsejado.

Suelto una risa irónica, una amarga como mi estado. Karen me mira

perpleja y no me dice nada más; no puede, no la dejo.

—No quiero los consejos de una madre que echa a su hijo y, cuando vuelve, le da igual que se vaya. Lo siento, Karen, pero no te entiendo —digo con dureza.

—Tú no sabes nada de lo que yo he pasado por lo que hice, Abby.

—Es cierto, no lo sé, y en realidad ya no quiero saberlo.

Me doy la vuelta y salgo de la cocina para regresar a mi habitación, donde vuelvo a encerrarme. Es por esto por lo que no quiero hablar con nadie, porque mi boca dirá las cosas sin pensar, haciendo daño a las personas que se preocupan por mí. Paso todo el día sin salir y agradezco la soledad que me han regalado. Ninguno ha venido a saber de mí.

Duermo, despierto y todo lo hago derramando las estúpidas lágrimas que Jason ha provocado. ¿Por qué se ha ido? ¿Por qué me ha hecho tanto daño? Una vez pensé que después de lo que me había hecho Jordan nadie conseguiría dañarme nunca más; qué equivocada estaba. Aquí estoy, respondiéndome a lo que un día dije.

Días después.

Sigo en la misma situación desde hace cuatro días. Apenas como. No duermo bien y no hablo con nadie. ¿Para qué? No hay nada que decir.

Escucho unos toques en la puerta y, sin que le dé permiso, Mina entra como un vendaval y me destapa, obligándome a cabrearme con ella. Coge mis manos y me levanta para luego empujarme hasta el baño. Yo me dejo hacer, no tengo fuerzas para luchar y menos para discutir con ella. Me mete en la ducha y abre el grifo sin comprobar siquiera si el agua está fría o caliente.

—¡Se acabaron las putas lamentaciones, Abby! —me grita—. ¿Te crees que es bueno para ti hacer esto? No comes desde hace días y no pienso dejar que hundas más tu vida por culpa de él, por una persona que te ha dejado tirada. ¡Joder! Si quieres morirte, suicídate.

Sus palabras son duras, muy duras, y mi respuesta son lágrimas y más lágrimas. Comienzo a convulsionar a raíz de mis sollozos, y Mina entra conmigo en la ducha y me abraza. Hace tiempo que necesitaba un abrazo, uno verdadero que me diga: «Estoy aquí y no te dejaré».

—Tengo miedo, Mina. —Abre los ojos—. Miedo a abrir los ojos y

darme cuenta de que no está, de que se fue...

—Lo sé, y te aseguro que me duele mucho más de lo que crees —me interrumpe—, pero no puedes tirar tu vida por la borda, no ahora que nos tienes a nosotros, Abby. Te queremos y lo estamos pasando muy mal.

—Lo sé y lo siento, pero no tengo fuerzas para seguir. Cada vez que miro cada rincón de esta casa lo veo a él sonriéndome como solía hacer, y me mata, me estoy muriendo por dentro... Estoy destrozada.

Vuelve a abrazarme y, cuando al fin consigo relajarme, salimos de la ducha y nos secamos para luego vestirnos. Vamos hasta mi habitación y me siento en la cama con ella pisándome los talones. Puede que esté exagerando en mi manera de actuar, pero es así como me siento y no lo puedo remediar. Mina se sienta a mi lado y hace que la mire.

—Vales mucho, Abby, y no quiero que sigas sufriendo —murmura apenada—. Por eso he pensado que sería bueno que nos fuéramos a estudiar fuera de aquí.

Clavo mis azules ojos en ella y espero a que continúe.

—¿Qué te parece España? Así dejaríamos esta vida atrás, los malos recuerdos, y empezariamos una nueva vida —anuncia con una sonrisa.

La idea no es mala y puede que sea algo que necesitemos ambas. Me quedo unos segundos pensando, sopesando los pros y contras de este viaje, y caigo en la cuenta de que es la mejor idea que ha podido tener. Me levanto fingiendo una sonrisa, ya que mis labios no se curvan hacia arriba desde hace días, y la agarro de las manos para hacer que se ponga frente a mí.

—¡Sí! ¡Vámonos a España! —le grito, y nos abrazamos con fuerza.

—Esa es mi Abby.

Tras concretarlo todo, bajamos al salón donde nuestros padres están esperándonos. Parece ser que la idea no fue solo de Mina. Mi padre, al verme, se levanta y me estrecha entre sus brazos con tanta fuerza que casi me parte en dos. Me da un beso en la frente y se queda unos segundos así. Se separa de mí con desgana y me acerco a Karen para abrazarla y disculparme por mi actitud de días anteriores. La juzgué sin saber nada y eso es algo que mi madre no habría aceptado. Recuerdo que siempre me decía que a las personas hay que conocerlas antes de juzgarlas, y justo por eso me enamoré de Jason, porque, aunque siempre parecía ser el chico malo, me demostró que era todo lo

contrario.

—Bueno, pues vuestro vuelo sale mañana —comenta mi padre sin borrar la sonrisa de sus labios.

—¿Ya? —Me sorprende y los tres asienten.

—¿Para qué esperar más? Además, estos días lo preparamos todo. Tenemos alquilado un apartamento en Madrid cerca de la universidad. Menos mal que las notas de aquí nos han servido para poder entrar allí sin problemas —explica Mina emocionada y, para qué mentir, yo también lo estoy.

Terminamos de escuchar todo lo que nuestros padres han hecho por nosotras y subimos para preparar las maletas. Yo me voy a mi habitación y Mina a la suya, y en menos de media hora estamos abajo para cenar; todo listo para que cuando amanezca viajemos hasta un futuro mejor, uno sin ningún Jason que destruya mi vida.

Cenamos en familia, aunque no ha sido como otras noches, no ha sido como siempre, y esa parte de mí siempre va a echarle de menos. De vez en cuando, miro su silla vacía y reprimo una lágrima que quiere salir. Mina aprieta mi mano por debajo de la mesa, reconfortándome, o al menos intentándolo. Terminamos de cenar y, tras recoger la mesa, subimos y me acuesto en mi cama. Miro al techo, suspirando, llorando de nuevo.

—Prometo que estas serán las últimas lágrimas que derrame por ti, Jason Harris.

Cierro mis ojos y me duermo al fin, agotada. Después de todo, estos días me han ayudado a sentirme mejor y el viaje me ilusiona, pues estaré a miles de kilómetros de él, de cualquier encuentro que pudiéramos tener, si es que lo teníamos. Ya todo está perdido para nosotros, pero no para mí, para tener una vida llena de felicidad, y eso es lo que quiero conseguir, una felicidad aplastante, así como él me enseñó.

Capítulo 27

Jason

Meses después.

Da igual el tiempo que haya pasado desde el último día que la vi, no puedo olvidar esa mirada llena de decepción, de pena e incluso de odio. Durante todo este tiempo me he sentido como un hijo de puta, todo el tiempo en el que sigo recibiendo golpes por negarme a colaborar con estos cabrones.

Ese día, el día en el que volví a mi infierno, llegamos a una nueva casa a las afueras de Los Ángeles, aunque realmente es lo único que sé, pero no exactamente dónde estamos. Mark es lo único que me pide, que le diga dónde encontrarnos, y no puedo. Al llegar, nos recibió Anthony. Mis ojos se abrieron incrédulos al ver el estado en el que se encontraba. Tras el fuego quedó en silla de ruedas, y es por eso por lo que ahora Jasmine se ocupa de todo el negocio, aunque siempre con la supervisión de papá. ¡Qué gilipollez! Todos sabíamos que no podíamos mover un dedo sin su consentimiento.

Todo el tiempo he estado hablando con Mark por mensaje, con un móvil oculto, pues no puedo tener. Si se enteran de que colaboro con la policía, me matan y de paso matan a mi familia, y eso sí que no podría soportarlo. Me da igual lo que me pase a mí, pero que no los toquen a ellos.

Llevo días sin recibir ni un mensaje y estoy tentado de llamar a Mark para saber cuál es el siguiente paso, pues ya llevo en el operativo más de tres meses y aún no hay respuesta de nada, y yo necesito salir de aquí. Me siento asfixiado.

Me levanto de la inmundada cama en la que me tienen estos capullos y abro el cajón donde guardo el móvil. Tecleo su número para hacer una llamada, pero escucho unos pasos y lo guardo bajo la almohada antes de ser descubierto.

—Lion. ¿Dónde estás?

La voz de Jasmine suena cerca y sus tacones hacen eco en la habitación.

Está completamente vacía, apenas una cama y una mesilla de noche. Ni siquiera tiene una luz clara. Estoy metido en un puto zulo. Me quedo sentado en la cama a la espera de su llegada y, cuando lo hace, me mira con una sonrisa y se acerca a mí como lleva intentando desde que estoy aquí encerrado. Jasmine cree que volveremos a tener algo, pero está equivocada si piensa que dejaré que me ponga una mano encima.

—¿Qué quieres, Jasmine? ¿Cuántas veces tengo que decirte que no me llames Lion? —Alzo una ceja a la vez que ella se sienta a mi lado en la cama.

—No seas dramático, Jason. Me gustaba más el chico de hace años y no este. —Me señala—. ¿Qué ha cambiado? ¿Acaso estás tan enamorado de esa mocosa que no puedes ni mirarme?

—No te importa lo más mínimo.

—Te has vuelto un blandengue, y si para que vuelvas a tocarme, tengo que acabar con esa rata, ten por seguro que lo haré, Jason —me amenaza, y me levanto como un resorte.

—Ni se te ocurra acercarte a ella, porque ahí si sabrás quién es Jason Harris de verdad —respondo alzando la voz—. Ahora lárgate, tu simple presencia me cabrea.

Se levanta cabizbaja y pasa por mi lado. Antes de irse me mira y agarra mis brazos, intentando de nuevo un acercamiento que yo evito a toda costa.

—Ya me acerqué a ella una vez y pensé que eso cambiaría las cosas, pero parece que no. Estás destinado a estar aquí, Jason, porque solo ella puede salvarte. ¿Será que no eres tan importante para ella como pensabas? —declara con altanería, y sale de mi habitación.

No sé qué habrá querido decir con eso de que solo ella puede salvarme, pero está claro que Jasmine pretende volverme loco.

Camino de nuevo hasta la cama y me siento en ella para volver a coger el móvil y mandarle un mensaje a Mark. Mejor eso que una llamada; si alguien me escucha, se darían cuenta de que tengo uno y me lo quitarían, con lo que se enterarían de todo lo que estoy haciendo. Estoy en completo peligro en esta casa, y hasta que no acaben con el operativo no podré tener la vida normal que ya veía al final de este maldito túnel.

Jason

Mark, llevo días sin tener noticias tuyas. ¿Podrías decirme cuándo acaba esto? Necesito salir de aquí y verla, necesito ver a Abby, y siento si no te gusta, pero la amo y la necesito.

Su respuesta tarda en llegar y una idea cruza mi mente. Quiero escuchar su voz, aunque no le hable, aunque no sepa quién soy. Al menos si escucho que está bien, podré vivir con un poco de paz, pues el recuerdo de verla hundida me martiriza hora tras hora. Marco su número y espero los tonos con el corazón latiéndome a mil por hora, entonces su voz se escucha al otro lado. Creo que tendré un paro cardíaco en este momento.

—¿Quién es?

Silencio y más silencio. No puedo responder, aunque esté tentado a hacerlo.

—No sé quién eres, pero no me llames si no vas a responder.

—¿Quién es, nena?

La voz de un tipo se escucha tras ella, poniéndome celoso al instante. ¿Quién es y por qué la llama «nena»? Quiero colgar, necesito hacerlo para no escuchar nada más, pero no puedo y me quedo a la espera de volver a oír su voz.

—No lo sé y tampoco me importa. Si no vas a responder, te cuelgo.

Tras decir eso, cuelga, y yo me tumbo en la cama mirando al techo, dejando que mis ojos se pierdan en un punto fijo, en uno que solo provoca que piense en ella porque es como si la estuviese viendo. Es una locura todo lo que ha pasado y es cierto que siempre pensé que ella me esperaría, pero ¿cómo? Si le hice ver que no la amaba. Seguramente ahora está con un buen chico que la quiera de verdad y, sobre todo, que es más fuerte que yo para luchar por ella con todas sus fuerzas. Se lo merece.

Me levanto para salir de estas cuatro paredes que me ahogan y, antes de hacerlo, me suena el móvil. Camino hasta la cama y lo cojo para leer el mensaje, es de Mark.

Mark

Jason, siento mucho todo esto, pero tienes que aguantar un poco más. Sé que la amas y, aunque no me haga feliz, lo seré

por ella... pero insisto, debes seguir ahí al menos un par de semanas más.

Tiro el aparato de mala manera, sin poder responderle. Si lo hago, sé que le diré cosas de las que puedo arrepentirme. Ni siquiera ha querido decirme dónde está cuando he preguntado por ella, solo que se fue del país y que volvería en Navidad. Suspiro al contar el tiempo, aún quedan dos meses para eso y estoy seguro de que yo seguiré metido en este infierno.

Salgo de la habitación y me encamino al despacho de Anthony para hablar con él. Necesito salir un día al menos, llevo aquí meses sin poder hacer nada. Aunque sé que no tiene esa confianza de antaño, tengo que hacer que confíe en que volveré. Además, no me queda otra que hacerlo. Doy unos toques en la puerta y, tras escuchar un «pasa», abro la puerta y entro. Anthony está en su silla de ruedas, tras el escritorio, mirando una documentación, y cuando me ve la mete en la carpeta y la guarda en el cajón. Lo siento un poco nervioso, cosa rara en él, pero lo ignoro y me siento frente a él.

—Jason Harris se ha dignado a venir a verme. ¿A qué debo el gusto, muchacho? —pregunta irónicamente.

No puedo o, más bien, no debo hacerle ver el odio que siento hacia él, así que me río de su «chiste» y me acomodo en la silla.

—Anthony, Anthony. Sabes que no he venido antes porque al regresar pensé que tendría los mismos privilegios que antaño, pero parece que no. ¿Cómo quieres que me comporte? Ya sabes que siempre fui tu mano derecha.

—Eso se terminó cuando nos dejaste tirados.

Me paso los dedos por el puente de la nariz, suspirando a la vez que una maldición silenciosa sale de entre mis labios. Anthony me lo pone difícil y no me sorprende, pues está haciendo justo lo que hace años hizo cuando me obligaron la primera vez. Siempre fue duro conmigo, hasta que comenzó a confiar en mí. Será difícil, pero no imposible.

—¿Por qué estabas tan nervioso cuando he entrado? —le pregunto, cambiando de tema.

Me mira con el ceño fruncido y suelta un bufido que me pone alerta.

—Creo que tenemos un topo —dice, y me pongo nervioso al instante.

—¿Un topo? ¿Cómo que un topo? No creo que haya ninguno.

No debería haber actuado así, ahora incluso pensaré que soy yo y

acertaría. Intento calmarme y parecer completamente neutral a lo que me dice, solo así dejará de mirarme con cara de «¿eres tú?».

—Tranquilo, Jason, no creo que tengas los suficientes cojones de tener una doble vida —afirma. Yo sonrío con malicia, aunque acojonado por dentro.

—Entonces, ¿quién crees que es?

—Mi hija.

Frunzo el ceño, estoy bastante sorprendido y no creo que Jasmine sea capaz de traicionar a su padre, ella lo adora. Me levanto como un resorte, poniéndome mucho más nervioso, ya que, si es Jasmine el topo, tendré serios problemas, pues estoy seguro de que ella sabe que yo soy quien tiene la doble vida.

—Para que veas lo que confío en ti, te propongo una cosa —anuncia.

Giro sobre mis talones y vuelvo a sentarme en la silla frente a él. No hay que ser un lince para saber lo que me va a proponer. Sabe que Jasmine me busca a cada rato y que solo confía en mí, o eso creo.

—Tú dirás.

—Quiero que averigües si es mi hija, por favor —suplica, cosa que no me esperaba.

—¿Y qué harás si es así? —me intereso.

—Acabar con ella.

Abro los ojos desorbitadamente y mis manos comienzan a temblar. Jasmine no es de mi agrado, pero tampoco deseo que su padre la mate, porque es eso lo que hará si llega a saber que su hija tiene algo que ver con las cosas que han estado pasando.

La semana pasada hubo un tiroteo en mitad de la calle con otro pez gordo. Tenían una cita de negocios y ella era quien debía hacerse cargo, cosa que lo jodió todo y casi la matan. Si no fuera por Héctor, uno de sus matones, ahora estaría muerta. Anthony se cabreó, aunque también se asustó al enterarse de que casi la matan. Por eso, aunque sé que él sería capaz de hacerlo, estoy seguro de que será algo muy difícil.

—Está bien, te ayudaré a destaparla... aunque no creo que sea ella —aseguro confiado, como si eso le hiciera cambiar de opinión.

—Pues si no es ella, tráeme la cabeza del que sea —pide duramente. Me doy la vuelta para salir y me llama—. Esto marcará un antes y un después,

Jason. Confío en que volverás a ser mi mano derecha.

—Se hará como tú digas, Anthony.

—Ese es mi muchacho. —Celebra con una sonrisa maligna—. Por cierto, ¿a qué habías venido?

Con toda la conversación había olvidado el motivo de mi visita. Ahora no estoy tan seguro de pedirle permiso para salir a ver a mi familia. Niego, encogiéndome de hombros, y salgo del despacho para volver a mi habitación, donde, tras cerrar la puerta, veo a Jasmine sentada en mi cama. Solo lleva puesto un camisón de seda rojo, sin ropa interior debajo. No quiero hacer nada con ella, pues solo pensaría en Abby y no podría siquiera tocarla. Y tampoco sé cómo echarla de mi habitación después de que su padre me ha pedido encarecidamente que averigüe si es ella la que lo está traicionando.

—¿Qué haces aquí, Jasmine? —Camino hasta ella, pero mantengo las distancias.

Ella se muerde el labio inferior y se posiciona frente a mí. Sin responder a mi pregunta, pega sus labios a los míos. En un primer momento quiero alejarla, hacerle ver que no quiero nada con ella, pero al final me dejo hacer y todo gracias a la maldita llamada que le hice a mi pequeña ratita, donde quedó bien claro que no está sola y que me ha olvidado. ¿Por qué debo yo seguir negándome a disfrutar de lo que Jasmine quiere darme? Es solo sexo y nada más. La cojo y ella enrosca sus piernas alrededor de mi cintura a la vez que un gemido se escapa de entre sus labios rojos. Profundizo el beso, metiendo mi lengua en su boca para buscar la suya y saborearla. La pego a la pared y, mientras la agarro con una mano, con la otra me bajo los pantalones y el bóxer. No pienso, no debo hacerlo, pues Abby entraría en mi mente y no es eso lo que quiero. Me hundo en Jasmine de una sola estocada y me la follo como ella quiere, como tanto me ha pedido estos malditos meses en los que no he dejado de martirizarme por no haber luchado por ella. Sus ojos llenos de lágrimas penetran mi mente a la vez que yo me muevo, volviéndome loco, sin importarme que Jasmine lo disfrute o no. En este momento, no soy consciente de lo que hago. La tentación puede más que el dolor.

Capítulo 28

Abby

Habernos mudado a España ha sido una de las mejores ideas que Mina ha podido tener. Desde que estamos en Madrid mi vida ha cambiado y me siento más fuerte. Ya no soy la pequeña ratita que se enamoró de su hermanastro. Esa murió el día que decidió largarse con Jasmine. Aunque, a decir verdad, no dejo de recordar todos los momentos que vivimos juntos. Jason fue bueno conmigo, no me hizo daño durante nuestra relación, pero sí al abandonarme e irse con esa puta.

Me levanto como cada día desde hace tres meses a las ocho de la mañana para ir a la universidad. Camino directa a la ducha, pues anoche salimos para celebrar que habíamos aprobado nuestro primer examen. Como Mina gritó: «¡Lo hemos superado!». No paré de reír en toda la noche con sus cosas. Ambas estamos estudiando Derecho, y claro, los exámenes son un poco difíciles.

Salgo de la ducha y arrastro los pies hasta mi habitación. Me toco las sienes con los dedos, la cabeza me está martilleando y no soporto el dolor. Antes de vestirme, cojo una pastilla y, con el vaso de agua que tengo en la mesilla de noche, me la tomo y después me visto con unos vaqueros ajustados y una camiseta de media manga. El tiempo otoñal aquí es fresco y ya tenemos que usar algo más de abrigo. Salgo de la habitación y en el salón me encuentro con Carlos tirado en el sofá. Está en coma, como él diría, anoche se pasó de copas. Miro a mi alrededor y no veo a Mina por ningún lado, así que, sin más, camino hasta la cocina para preparar café. Seguramente Carlos al olerlo se levantará.

Él es un buen amigo y nuestro compañero de piso. Cuando llegamos, vimos que nuestros padres habían alquilado un apartamento demasiado grande para nosotras solas, así que no lo dudamos y pusimos un anuncio en la universidad. Vinieron algunos tipos que lo único que querían era meterse en nuestra cama, y eso casi nos hace tirar la toalla, hasta que Carlos se presentó

y, al verlo, una sonrisa cruzó nuestros rostros, pues era el amigo, el que nos hacía falta. Con su pelo azul, su voz de «machoman», como él decía, y su ropa multicolor ceñida. Nos cayó bien desde el principio y aquí estamos los tres, compartiendo algo más que un apartamento.

Carlos lo sabe todo de mí; me sinceré y le conté todo lo que me había pasado, tanto con Jordan como con Jason, o como él dice: Jason «el malote» Harris. Ese día no sabía que se podía reír tanto y, después de haber soltado tantas lágrimas, me hizo ver que no siempre se debe estar triste.

—Eh, buenos días. Sabía que cuando pusiera el café vendrías arrastrándote hasta la cocina —le digo con una sonrisa en los labios.

—¡Ay, nena, no sabes cómo me duele la cabeza! —asegura.

—No te creas, sí que lo sé. —Suelto una carcajada a la que se une rápidamente.

Camina hasta mí y me da un beso en la mejilla antes de coger su taza de café ya preparada. Nos sentamos en las sillas de la cocina y desayunamos tranquilamente mientras me cuenta que ligó con un ruso anoche. Con un ruso. ¿De dónde habrá salido?

—Abby, bonita. Madrid es enorme y hay demasiadas nacionalidades. Si no, mírate tú, guapa —se burla, señalándome con un dedo.

—Cierto. —Sonrío.

—Y bueno, ¿a qué viene esa cara de perro apaleado? —se interesa al ver mi rostro. Me encojo de hombros.

Me había levantado bien, pero por alguna razón tengo la sensación de que Jason me necesita. Mi corazón late frenético cada vez que un recuerdo cruza mi mente y no puedo evitar derramar las estúpidas lágrimas que tenía guardadas para no llorar delante de él. Me lo tenía prohibido. Me seco las mejillas a la vez que Carlos alza una ceja y me mira con cara de pocos amigos.

Voy a responder cuando me suena el móvil, me levanto y miro la pantalla; es un número privado. Estoy tentada a colgar, pero mi curiosidad puede más y descuelgo. Pregunto quién es, pero nadie responde, aunque sé que hay alguien al otro lado porque escucho su respiración. No sé por qué razón, ni sé si es porque me habría encantado que fuera él, pero por un momento pienso que se trata de Jason.

—¿Quién es, nena? —me pregunta Carlos.

Me encojo de hombros y le digo a la persona que está al otro lado que si no me va a hablar le cuelgo, y eso hago, pues no responde.

El día se reduce a estudiar, estudiar y más estudiar. Mina se pasa todas las horas metida en la biblioteca y apenas la vemos. Carlos me ayuda a mí, yo no puedo estudiar a solas, ya que no me entero de nada. Al llegar la noche, cada uno se va a su habitación y así día tras día.

Dos semanas después.

Apenas he dormido esta noche y lo único que quiero es llegar a la universidad y hacer el maldito examen. Me arreglo después de mi ducha y me encamino a la cocina para desayunar con Carlos; Mina ya se ha ido.

Cuando terminamos de desayunar, salimos para la universidad y busco a Mina por todas partes. Entro en la biblioteca y la encuentro con la cabeza metida en un libro de leyes, ya que en dos horas tenemos otro examen. Cuando me acerco a ella, me siento y le doy un beso en la mejilla a modo de saludo. Me sonríe y vuelve a sumirse en su estudio. Yo la miro mientras saco mi móvil del bolsillo del vaquero y lo pongo en silencio. Entonces me doy cuenta de que tengo varios mensajes de mi padre. Abro el primero y lo leo. Me pongo nerviosa al instante.

Papá

Abby, cielo. Necesito que me llames en cuanto veas este mensaj».

Frunzo el ceño sin entender muy bien qué está pasando. Marco su número y no llego a escuchar el segundo tono cuando mi padre descuelga un tanto preocupado.

—Por fin llamas. Necesito que volváis lo antes posible...

—¿Qué ha pasado? Te noto preocupado.

—Hija... —Silencio—. No sé cómo decirte esto.

—Habla de una vez, papá. Me estás poniendo nerviosa —anuncio acelerada.

—Han secuestrado a Karen.

Todo el cuerpo me tiembla, el pánico se instala en mi interior y mis

mejillas se encienden, pero no estoy roja. Mina me mira al percatarse de mi estado y, al comprobar que algo va mal, me quita el móvil de las manos para ella misma hablar con mi padre y escuchar lo que tan preocupada me ha puesto. Sus ojos se llenan de lágrimas y es solo en ese momento cuando despierto de mi bloqueo mental. No podemos creer que esto esté pasando.

Salimos de la biblioteca y corremos por los pasillos, importándonos muy poco que el director nos llame la atención. Lo único que queremos es llegar al apartamento, recoger algunas cosas y salir volando hacia California. Por el camino nos encontramos con Carlos, y este, al vernos, corre detrás de nosotras sin saber realmente lo que está pasando. Nos metemos en el coche y él entra en la parte trasera. No podemos respirar y Mina está demasiado asustada para poder conducir. Nuestro amigo sale del coche y hace que Mina se siente detrás.

—¿Me vais a decir ahora lo que pasa? Nenas, tenéis una cara de miedo que no podéis con ella —dice mirando al frente mientras nos saca del campus.

—Han secuestrado a mi madre y tenemos que volver —titubea Mina.

Carlos abre los ojos de forma desorbitada y pasa una mano hacia atrás para que ella la coja. Está temblando, al igual que yo. No es mi madre, pero hemos pasado por tanto que es como si lo fuera. Yo ahora me pongo a pensar que, si llega a ser la mía, estaría desquiciada.

—¡Ay, cielo, lo siento mucho! Pero ¿cómo ha pasado eso? No entiendo quién ha podido secuestrar a una mujer como tu madre. Por lo que me has contado de ella, es un amor.

—Ella es buena, pero mi hermano es un hijo de puta que está metido en movidas muy feas, y seguro que es el maldito culpable de todo esto —escupe furiosa.

Yo no puedo evitar sentirme mal al escuchar eso de Jason, pues no creo que tenga nada que ver. Puede ser un imbécil, e incluso un cabrón, pero no llegaría hasta el punto de dejar que secuestrasen a su madre. Después de todo, él la quiere.

Me quedo en silencio, no puedo responderle a eso y tampoco sé qué podría decirle para hacerla entrar en razón acerca de su hermano. Unos minutos después, llegamos al apartamento y, tras subir por el ascensor, entramos en casa y, por consiguiente, en nuestras habitaciones para guardar lo

que nos llevaremos.

Cuando tengo la maleta hecha, salgo y me encuentro a Carlos esperándonos en la puerta con una mochila en el hombro. Frunzo el ceño y se encoge de hombros.

—No pienso dejaros solas en esto.

Lo abrazo y él me aprieta contra su pecho. Desde que lo conocemos se ha convertido en un amigo de verdad, en uno de esos que cogen tu mano cuando te caes y te ayuda a levantarte. Las dos lo adoramos y estoy segura de que cuando Mina se entere de que quiere venir con nosotras llorará de nuevo.

Entonces llega ella y, al verlo con la mochila, corre hasta sus brazos y hace exactamente lo que yo estaba pensando.

Al separarnos, salimos del apartamento y cogemos un taxi para no tener que dejar el coche en el aeropuerto. Al llegar allí, compramos los primeros vuelos que encontramos a California; tenemos que esperar dos horas para el siguiente, así que, tras facturar las maletas, nos vamos hasta una cafetería para comer algo, pues desde esta mañana no hemos probado bocado y de eso ya hace algunas horas.

El tiempo pasa lentamente, demasiado para la prisa que ambas tenemos por llegar. Cuando llega el momento de embarcar, recuerdo que no he respondido a mi padre y lo hago.

Abby

Papá, siento no haberte respondido antes, pero imagínate cómo estamos. Ya vamos de camino a casa, te avisaré cuando lleguemos. Te quiero».

Apago el móvil y entramos en el avión, donde, hora tras hora, no dejamos de mirarnos sin poder pronunciar palabra. Tenemos miedo, aunque sé que Mina lo está pasando muy mal, demasiado.

—Tengo miedo, Abby, tengo miedo de perderla —murmura entre sollozos.

—Tranquila, verás que está bien. Mi padre la encontrará y cuando lleguemos estará en casa esperándonos.

—No lo creo. ¿Y sabes por qué? —Niego—. Porque ella haría hasta lo imposible para salvar a mi hermano y eso acabará con su vida.

La abrazo y acaricio su cabello negro, tranquilizándola. Lo único que quiero es que descanse antes de llegar. Me separo de ella unos segundos, dejándola con Carlos, y me acerco a una azafata para pedirle una pastilla que la tranquilice. Cuando me la da, vuelvo con ella y un botellín de agua. Prácticamente la obligo a tomársela y pelea conmigo para no hacerlo, pero al final me hace caso y se la toma. Unos minutos después, se queda dormida y es ahora cuando yo me desahogo con nuestro amigo. No he querido llorar delante de ella para no hacerla sufrir más, pero tampoco me gusta la idea de saber que Jason está metido en líos tan grandes que puedan acabar con todos nosotros.

Pongo la mano en mi pecho, ahí donde late cada vez que él se cruza en mi mente, y no puedo evitar sentir miedo por él. No quiero que le pase nada malo y, bueno, puede que no estemos juntos, incluso puede que él esté con Jasmine, pero eso no quita que quiera que sea feliz como merece. Jason ha pasado por demasiadas cosas y caer en la vida de su padre fue lo peor que pudo ocurrirle, pues tras eso su vida se llenó de oscuridad y peligro, un peligro que me ha unido a él hasta el punto de no temer nada de lo que pudiera pasarme si estaba a su lado. El peligro que nos unía era tan atrayente, arriesgado... pero no importaba si estaba con él.

Capítulo 29

Jason

Acercarme a Jasmine para ganarme su confianza y saber si ella trabaja a espaldas de su padre ha sido una pésima idea. Desde aquel día en que me acosté con ella no ha dejado de volver cada noche y, aunque algunas veces me he negado, otras no he podido y me siento la peor mierda de este mundo.

Una noche, cuando ella pensaba que yo estaba dormido, la escuché hablar con Héctor sobre Mark, el padre de Abby. No sé de qué lo conocerá o si sabe que él es policía, pero tenía que avisarlo y lo hice cuando se marchó de mi habitación. Ahora, en este preciso momento, estoy atado con cadenas, los brazos alzados hacia el techo, colgando de los mismos, y con mi madre frente a mí. Una paliza tras otra, un golpe tras otro, y todo bajo la atenta mirada de mi madre. Anthony supo que yo era el topo y que trabajaba con la policía, por eso secuestraron a mi madre. Quiero matarlo con mis propias manos, pero no puedo y no sé si saldremos vivos de aquí.

Jasmine esconde algo, sé que lo hace, y odio que tenga la posibilidad de ayudarme a escapar y no lo haga. Odio que sea así, solo por el hecho de que no siento por ella lo mismo que por Abby, porque ninguna mujer entrará en mi corazón nunca más y, si no salgo vivo de aquí, moriré sabiendo que el amor que sentí por ella era tan fuerte como los golpes que estoy recibiendo. Una muerte pensando en ella sería la más dulce de todas.

—Bueno, creo que va siendo hora de que nos cuentes todo lo relacionado con ese tal Mark, Jason —sugiere Anthony, mirándome desde su altura.

Yo apenas puedo abrir los ojos, tengo los párpados tan hinchados que me cuesta hacerlo.

—No sé de qué me estás hablando —respondo, escupiendo sangre.

Anthony mueve la cabeza en mi dirección, confirmándole a Edam, otro de sus matones, que puede volver a golpearme. Un puñetazo choca con mi estómago, doblándome hacia abajo, y cada vez que eso pasa siento como mis muñecas se van resintiendo por las cadenas, cortándolas poco a poco, rozando

el hierro con la piel. Por un momento cierro los ojos y bloqueo mi mente en una sola cosa, ella; su piel blanca, llena de pecas, sus ojos azules como el cielo, esa nariz fina y sus perfectos labios que me vuelven loco. Me sonrío, es como si la estuviese viendo de verdad, y mi corazón se paraliza cuando veo que me mira con odio y sus ojos se van llenando de lágrimas.

Un golpe seco en mi pómulo derecho me despierta, trayéndome de vuelta al mundo real, donde estoy más muerto que vivo.

—Por favor, déjenlo en paz ya —pide mi madre con la voz llena de agonía.

La están obligando a ver todo lo que están haciendo conmigo y eso me mata; después de todo, no puedo odiarla eternamente, y que esté sufriendo de esta manera por mi culpa solo hace que me odie a mí mismo.

—Jason, pararé los golpes cuando colabores conmigo y me cuentes todo acerca de ese hombre —anuncia Anthony.

Me quedo pensando en la manera de hacer que crea que le cuento lo que quiere oír, pero no se me ocurre nada. Entonces, cuando se supone que me van a golpear de nuevo, escuchamos la voz de Jasmine. Viene a toda prisa y siento un terrible miedo en mi pecho, como si lo que está a punto de ocurrir fuera el fin de todos, de toda mi familia. Su hija me mira, clava sus ojos en mí y me percato de su dolor, haciéndome partícipe de lo que le duele verme en esta situación. Yo desvío la vista, no tengo el coraje de mirarla y mucho menos de hacerle ver lo que me hace sentir. No la quiero, nunca lo he hecho, y en este momento la detesto por habérmela jugado.

Sus uñas se clavan en mi espalda de la manera más fuerte posible, dejándome marcas en la piel. No me gusta que haga estas cosas, pero el deseo puede más que mis recuerdos. Solo es sexo, me repito internamente. Solo es para acercarme a ella. Solo eso.

Jasmine muerde mi hombro cuando llega al clímax y yo suelto un gruñido anunciando que también he terminado. Me tumbo en la cama a su lado y, cuando recobramos el aliento, me mira y sus ojos no presagian nada bueno. No sé qué estará pasando por su mente, pero puedo esperar cualquier cosa de ella. Entonces, se levanta y se acerca a la mesilla de noche, abre un cajón y, tras rebuscar, saca el móvil que he estado utilizando todo este tiempo para comunicarme con Mark.

—¿Esto es lo que has estado ocultando? No puedo creerlo, Jason. Mi padre te va a matar cuando lo sepa —me amenaza.

Me levanto y le quito el móvil de las manos. Una sonrisa malvada se dibuja en sus labios, provocando en mí desconfianza.

—Por favor, Jasmine, no le digas nada a tu padre. Sabes que acabará conmigo y mi familia, y ellos no tienen nada que ver —le suplico, como si con eso fuera a conseguir algo de ella.

Asiente y se sienta a mi lado, coge mis manos y noto su nerviosismo. Quiere contarme algo, pero ya es tarde; Héctor lo ha escuchado todo y Anthony ya lo sabe. Entran en mi habitación y, tras coger a Jasmine y llevársela, me agarran entre dos y empiezan los golpes. Uno, dos, tres..., no sé cuántos he recibido ya, pero estoy a punto de desfallecer. No puedo siquiera defenderme.

—Sabía que te habías vuelto un blandengue desde que te fijaste en la putita de tu hermanastra, pero no hasta el punto de querer acabar conmigo, con la persona que te ha cobijado cuando nadie más te quería. ¡Eres un desagradecido, Jason, y lo vas a pagar! —me amenaza a pleno pulmón—. Atadlo con las cadenas y llevadlo al sótano.

Sus matones arrastran mi cuerpo y, al entrar, me atan a la viga del techo y ayudan a Anthony a ponerse en pie frente a mí. Su mirada es como la del mismísimo diablo y, si por él fuera, yo ya estaría muerto, pero sabe que le seré de más ayuda vivo.

—Pronto tendrás compañía, Jason.

Y es así como trajeron a mi madre para retenerla en contra de su voluntad. Llevamos encerrados al menos tres días, o eso creo.

Mis ojos siguen clavados en los movimientos de Jasmine y en el gesto de Anthony al escuchar lo que su hija le está diciendo al oído. Tiene que ser algo grave, porque Héctor me coge y descuelga mis brazos de la viga madre del techo. No tengo fuerzas para mantenerme en pie y, con la ayuda de Edam, ambos me sacan del sótano. No quiero irme, no quiero porque mi madre se queda con ellos y tengo miedo de que le hagan daño. Intento girarme para poder mirar a Anthony y, por un momento, lo consigo. Él le hace un gesto con la mano a sus matones para que me dejen.

—¿Qué quieres, Jason? —me pregunta tranquilamente.

—Si algo le pasa a mi madre, si llegas a ponerle una mano encima, te mato, Anthony. ¡Acabo contigo! —lo amenazo justo en el momento en el que las sirenas de los coches de policía se acercan a toda prisa al lugar.

Abro los ojos sorprendido, mis ojos se clavan en Jasmine y ella agacha la cabeza avergonzada. Mis ojos viajan hasta mi madre y ella suspira con pesadez. Está asustada, lo noto, y a decir verdad yo también lo estoy.

Sonrí con malicia cuando me doy cuenta de que vienen aquí, a esta maldita casa, a acabar con esta escoria. Por un momento pienso que pasarán de largo, que irán a otro sitio, pero un megáfono al otro lado de las paredes se escucha diciendo que pueden salir con las manos en alto, que estamos rodeados.

—¿Te divierte? —Asiento—. No te reirás tanto cuando acabemos con todos y de paso matemos a tu madre y a esa ratita que tienes en casa —escupe Jasmine, cabreada. Mis risas se congelan al escuchar lo de «ratita», pero me tranquilizo al recordar que ella está muy lejos de aquí.

Ahora agradezco que se haya ido; de haber seguido aquí, todo se habría convertido en un maldito caos, porque no habrían secuestrado a mi madre, sino a ella, y eso no podría soportarlo. Héctor tira de mí por petición de la pelirroja y, junto con Edam, me suben al piso de arriba, la planta baja de la mansión, y me ponen en la ventana con esta abierta de par en par. Los policías, al verme a mí y las condiciones en las que estoy, bajan las armas. Anthony grita detrás de mí:

—¡Marchaos o acabaré con su vida y la de su madre!

—¡No estás en posición de pedir nada, Anthony! —grita Mark.

Lo tengo justo enfrente, aunque a unos kilómetros más alejado, al otro lado del jardín, pero puedo distinguirlo claramente. Y no es al único al que veo; tras él, está ella. ¿Qué hace aquí? ¿Cuándo ha vuelto? Sus ojos me miran y veo su dolor, siento su mismo dolor, incluso podría decir que su corazón late al mismo tiempo que el mío. Trago saliva cuando intenta alejarse de la policía y correr a mi encuentro, pero su padre se lo prohíbe y la obliga a meterse en un coche patrulla. Cierro los ojos, no quiero ver nada más y lo único que necesito es saber que está bien, a salvo y lejos de aquí, aunque no esté conmigo. Mientras sea feliz, ¿qué más da que no sea conmigo?

Edam me coge el pelo y pone en mi garganta un cuchillo. Escucho los

gritos de Abby, los gritos agónicos de la chica que amo, y necesito sacar fuerzas para poder escapar de aquí.

—¡No tenéis salida y, aunque acabéis con ellos, también lo haremos con vosotros!

La policía sigue en su empeño y, cuando creo que el afilado cuchillo va a rajar mi garganta, siento un tirón fuerte junto con un estruendo. La policía ha entrado por detrás y los tienen a todos detenidos menos a Héctor, que ha salido despavorido escaleras arriba. Un policía va tras él.

Otros dos policías me ayudan a levantarme del suelo, ya que caí cuando Edam me soltó. Camino sin fuerzas y lo único que quiero es saber dónde está mi madre; no tardo en preguntarle a la policía por ella. Me comunican que está a salvo junto con Mark y es ahí cuando suelto todo el aire que estaba reteniendo, todo el miedo que corría por mis venas llenando mi organismo por completo. Salimos a la calle y la luz del día lastima mis ojos, obligándome a cerrarlos por un momento hasta que me acostumbro a ella. He estado tanto tiempo encerrado que no puedo ver con claridad.

Antes de abrir los ojos, de acostumbrarme, alguien se aferra a mi cuerpo; cuando me doy cuenta de quién es, mi cuerpo se relaja, haciéndome creer que he muerto y estoy en el cielo. No quiero abrir los ojos, no quiero hacerlo y darme cuenta de que todo es un sueño, un espejismo, que es mentira y no tengo a Abby entre mis brazos. La aprieto, disfrutando de su contacto. ¡Cuánto la he echado de menos! Ella busca mis labios y nos fundimos en un beso desesperado, uno que me despierta y me hace ver que sí, que es verdad, y que la tengo conmigo al fin.

Capítulo 30

Abby

Horas antes.

Por fin hemos llegado a California. El viaje ha sido demasiado pesado y estábamos locas por llegar. Mina despertó hace una hora y se cabreó conmigo por haberle dado una pastilla para dormir, pero se tranquilizó cuando le hice ver la falta que le hacía. Entre Carlos y yo cogimos las maletas y seguimos nuestro camino hasta la salida, donde mi padre nos esperaba en la puerta. Corro hasta él y, cuando llego, me aferro a sus brazos, soltando al fin las lágrimas que no he querido derramar en todo este tiempo.

—Tranquila, hija, ya estás aquí conmigo —murmura mi padre en mi oído mientras acaricia mi cabello castaño.

Me había hecho una cola de caballo, dejando algunos mechones sueltos, pero tras el largo viaje he llegado despeinada completamente. Me separo de él y veo como se acerca a Mina y la abraza con la misma fuerza y cariño que a mí. Ella se deja abrazar y llora desconsoladamente. Mi padre intenta tranquilizarla diciéndole que todo está bien y que ya están trabajando en la búsqueda, pero no lo consigue, y al final nos vamos y Mina sigue llorando en los brazos de Carlos. Antes de llegar al coche le presentamos a mi padre y entramos en el todoterreno familiar.

El camino hasta la casa se nos hace eterno, y cada rincón de la ciudad, cada parque, cada carretera, da igual que no haya pisado estos sitios con él, me lo recuerdan igualmente, o quizá sea por el hecho de estar de nuevo en la misma ciudad que Jason. No lo sé, pero tengo una presión tan fuerte en el pecho que me cuesta respirar. Minutos después, llegamos y, tras aparcar, nos bajamos para después entrar en casa. De forma inconsciente, mis ojos van hasta la puerta del garaje y un gemido lastimero se escapa de entre mis labios. Mina se da cuenta y me abraza para consolarme, sabe lo mal que lo estoy pasando en este momento.

Al separarnos, decido subir a mi habitación para darme una ducha y cambiarme de ropa. Aquí la temperatura en este tiempo es un poco más fría; menos mal que no guardé la ropa de abrigo. Entro en mi habitación y el olor de los recuerdos inunda mis fosas nasales. Recuerdos, demasiados y en muy poco tiempo. Han pasado muchas cosas desde que Jason Harris entró en nuestras vidas, aunque no me arrepiento de nada.

Camino hasta el baño, me desnudo y entro en la ducha para luego abrir el grifo. El agua caliente cae sobre mis hombros, relajándome al instante. ¡Cuánto lo necesitaba! Suspiro unas tres veces a la vez que cierro los ojos y pego la frente contra los azulejos. Unas minúsculas lágrimas comienzan a caer por mis mejillas, mezclándose con el agua de la ducha. No puedo creer que nuestra vuelta haya sido tan desastrosa, y yo que pensaba que volvería en Navidad. Cuando termino de bañarme, salgo, me seco y de inmediato voy hasta el armario para sacar algo de ropa. Rebusco entre las prendas hasta que doy con los pantalones de deporte y una camiseta fina de manga larga. Me dispongo a abrir el cajón de los calcetines y algo me impide hacerlo. Tiro con fuerza y casi me caigo de culo cuando por fin este se abre. Entonces me doy cuenta de lo que estaba evitando que lo abriese y recuerdo el día en que esa mujer me lo dio.

Tengo entre mis manos el sobre que Jasmine me entregó hace meses, el mismo sobre que me dijo que tenía que darle a Jason sí o sí y aún sigue conmigo. ¿Por qué no se lo di? ¿Cuál era mi miedo? Bueno, sé cuál era, perderlo, y aun así lo hice, lo perdí.

Estoy tentada de abrirlo, pero no puedo; no es para mí, sino para él.

—¡Qué demonios! ¡Él no está! —exclamo, rasgando la solapa.

Mis manos tiemblan y no entiendo el porqué. Se supone que lo que hay en su interior debe ser algo para Jason, algo que ella le manda o le escribe. Supongo que le dirá que lo ama. Saco unos papeles y unas fotos. Miro cada una de ellas; se trata de una mansión de unas tres plantas. Las dejo en la cama y miro los papeles; uno de ellos es un plano. Seguramente es el de esa casa. No entiendo muy bien a dónde quiere llegar esta mujer con todo esto. Entonces me percató de un sobre más pequeño y, sin pensarlo dos veces, lo abro, importándome muy poco lo que pueda haber en su interior.

Lo miro unos minutos, quedándome completamente bloqueada al saber

para quién es. No es un secreto que esa mujer está enamorada de Jason, pero ¿por qué me escribió una carta a mí? ¿Qué quería conmigo? Tengo miedo de leerla, aunque no espero mucho más y lo hago.

Querida Abby, sé que te has sorprendido al saber que es para ti esta carta y no para Jason, como habías imaginado. Bueno, ahora que ya la has abierto, debo explicarte algunas cosas que haré y que seguramente pondrán en peligro la vida de Jason y de tu familia, pero, tranquila, intentaré que no muráis.

—¡Que irónica es esta mujer!

Hay algunas fotos de una mansión y déjame decirte que es la casa en donde mi padre y yo nos escondemos. Sé que la policía lleva tiempo buscándonos y no dan con nosotros. La verdad, hemos sabido hacerlo muy bien, de no haber sido así estaríamos ahora entre rejas, y con nosotros, Jason. También hay unos planos, son de la mansión y ayudarán a la policía a entrar sin ser vistos. No sé hasta qué punto lo amas tú, ni hasta qué punto pondrías tu vida en peligro por él, pero déjame decirte que yo haría hasta lo imposible por salvar su vida. Ya lo hice una vez y no dudaría un segundo en hacerlo de nuevo.

Hay una cosa que siempre he sabido y que nunca he usado en vuestra contra. Sé que tu padre es policía y es por eso por lo que te dejo a ti todo esto, para que se lo des a él y puedan venir de una vez para acabar con mi padre. Yo lo odio, lo odio demasiado y necesito que me ayudes con esto. Solo te pido que lo hagas, que lo uses y que no esperes demasiado o llegarás tarde.

No puedo creer lo que esta mujer me ha escrito. ¿De verdad quiere que la policía acabe con su padre? Es cierto que no debe ser un buen hombre, pero es su padre al fin y al cabo. Me levanto como un resorte y termino de arreglarme y calzarme. Cojo todos los papeles y salgo de mi habitación para luego bajar las escaleras de dos en dos. Necesito hablar con mi padre.

—¡Papá! —grito, buscándolo—. ¿Dónde estás?

—Estoy aquí. ¿Qué pasa? —me pregunta al verme.

Lo tengo frente a mí, ha salido del salón al escuchar mis gritos y está preocupado, pues no dejo de temblar. Tengo que tranquilizarme o me dará uno de esos malditos ataques de ansiedad que ya llevo tiempo sin tener. Mi esfuerzo me ha costado conseguir calmar mis nervios.

—Toma esto. —Extiendo mi mano y él lo coge—. ¿Conoces a Jasmine Brown? —Asiente frunciendo el ceño—. Ella me dio esto hace unos meses.

—Estos son datos muy importantes, Abby. ¿Cómo se te ocurre dármelo ahora? Esa gente podría estar ahora mismo en la cárcel y Jason no estaría pasando de nuevo por ese infierno. ¡Joder! —grita lleno de frustración.

¿Cómo? ¿He oído bien? Mi padre da vueltas de un lado a otro, pasándose los dedos por el puente de la nariz, y siento que la he cagado, como siempre.

—¿A qué te refieres con eso? —le pregunto con la voz entrecortada. Él suspira.

—Abby, Jason se fue con esa mujer porque yo se lo pedí. Necesitábamos

que nos ayudara a descubrir dónde están escondidos, pero por lo visto lo han mantenido encerrado y llegó allí con la cabeza cubierta. No sabíamos dónde estaba, hasta ahora. —Levanta los documentos.

—¿Me estás diciendo que he odiado todo este tiempo a Jason porque tú se lo pediste? ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué siempre tienes que meterte en mi vida? ¡No tenías ningún derecho a mandarlo allí con esos descerebrados! ¿Y si muere? Eh, ¿qué pasará si muere?

Me mira, pero no responde a nada de lo que le he gritado. Mis lágrimas se hacen presentes y no veo con claridad. No puedo creer que todo este tiempo haya pensado que era un cabrón que me había utilizado y resulte que solo estaba ayudando a la policía. Debió ser duro para él dejarme. Mi padre intenta acercarse a mí, pero no se le permito; camino hasta el garaje y, tras abrir la puerta, entro y me encierro. Me acerco hasta la cama y me tumbo en ella. Durante unos minutos me quedo aquí, oliendo su aroma, ese olor que aún está impregnado en su almohada. Mis lágrimas no tardan en reaparecer y me hundo en el dolor que mi corazón siente en este momento. Odio que haya pasado todo esto y que no haya estado con él para apoyarlo. ¿Cómo se le ocurrió a mi padre la maldita idea de mandarlo con esa gente?

Escucho unos toques en la puerta y la voz de Mina me despierta. La dejo pasar, pues es la única en la que puedo confiar en este momento. Se sienta a mi lado y agarra mis manos.

—Ya me ha contado tu padre todo lo que ha pasado, Abby, y me siento fatal por haber pensado mal de mi hermano —explica, reteniendo las lágrimas—, pero no debes odiarlo, lo único que él quería era ayudarlo. De no haber colaborado con la policía, Jason habría acabado en la cárcel, y de esta manera no.

—No sé qué cosas habrá hecho en el pasado para que la policía lo quiera encerrar y, la verdad, no me importa nada. —Suspiro, secándome las lágrimas—. Solo quiero verlo, abrazarlo y hacerle ver lo mucho que lo amo, Mina.

—Lo sé y te entiendo.

Nos quedamos unos minutos más hablando, hasta que Carlos llega al garaje y me abraza. Mi padre lo ha informado de todo también y nos espera fuera para ir en su busca.

—Vamos, nena, no odies a tu padre. Él solo quería ayudarlo —dice mi

amigo, besando mi frente.

—No se trata de odiarlo o no, sino del hecho de que me fui, lo odié con todas mis fuerzas y...

—No te mientas. En realidad, jamás lo has odiado, Abby.

Dejo caer mis hombros, intentando relajarme, y asiento dándole la razón. Es cierto, nunca he llegado a odiarlo de verdad, pero sí he tenido el rencor instalado en mi cuerpo durante todos estos meses.

Salimos del garaje y vamos hasta la salida, donde mi padre nos espera en el coche. Me siento delante, a su lado, y él coge mi mano para después apretarla. Sé que todo esto lo supera y que yo vaya con él a este operativo no le hace demasiada gracia, pero no puedo dejar que vaya solo. Necesito verlo y saber que está bien o me moriré.

La policía está al tanto de todo y también va de camino. No veo la hora de tenerlo frente a mí y abrazarlo con todas mis fuerzas, asegurándole el amor que he sentido, siento y sentiré por él el resto de mi vida. No volveré a alejarme ni dejaré que él lo haga, nunca más.

Capítulo 31

Abby

Llegamos después de una hora de trayecto. La mansión está bastante alejada del centro. Normal que no supieran dónde buscarlos. Cuando mi padre aparca el coche, no dudo un segundo en bajarme de él, pero me coge del brazo al percatarse de que mi intención es ir en su busca. Entonces, el sonido de un megáfono nos alerta y todos miramos al lugar de donde proviene. Mi cuerpo se tensa al ver a Jason, completamente magullado, ante el ventanal con dos tipos agarrándolo de los brazos. No puedo evitar soltar un grito de dolor cuando uno de ellos coloca un cuchillo contra su garganta.

—¡Marchaos o acabaré con su vida y la de su madre!

—¡No estás en posición de pedir nada, Anthony! —grita mi padre.

No puedo mirar, no debo, pero evitarlo es más doloroso. El tipo vuelve a gritar, cosa que me pone mucho más nerviosa. Mi padre me pide con la mirada que me tranquilice, pero me está costando demasiado conseguirlo hoy.

Pienso por unos minutos en la manera de escaparme e ir yo a rescatarlo, y por un momento creo que lo voy a conseguir, pero todo se viene abajo cuando un estruendo hace que miremos en esa dirección. Varios policías agarran a uno de los matones y a Anthony. No veo por ningún lado a Jasmine y eso aumenta mi nerviosismo. Aunque haya querido ayudar, no confío en ella.

Miro a mi padre y él tiene los ojos fijos al frente, traga saliva a la vez que varios suspiros se escapan de sus labios. Entonces, cuando creo que parará de martirizarse y dejar de mirar hacia esa posición, lo veo sonreír y salir corriendo en su dirección. Todos miramos y vemos que un policía saca a Karen. También sonrío, no puedo hacer otra cosa. Después de todo, está bien y es motivo de felicidad. Mina también sale a su encuentro y, cuando llega hasta ella, mi padre se separa para dejar que madre e hija se fundan en un abrazo que dura más de lo que ellas hubieran imaginado.

En cambio, yo no soporto la agonía de esta espera y me acerco a Carlos para refugiarme en alguien. Mi amigo me pega un codazo en el brazo y señala

hacia la puerta de la casa. Lo veo, veo a Jason saliendo de ese maldito lugar en donde todo lo que ha pasado ha sido sufrimiento y dolor, y no lo dudo, salgo corriendo a su encuentro. Corro lo más rápido posible y parece que, en vez de acercarme, me alejo. No soporto la espera, no soporto no tenerlo ya entre mis brazos. Mantiene los ojos cerrados y, antes de que los abra, llego hasta él y me aferro a su cuerpo, apretándolo con fuerza. Parece darse cuenta de quién soy y me aprieta mucho más. Busco sus labios y nos fundimos en un beso desesperado, uno que nos despierta y nos hace ver que sí, que es verdad que estamos juntos de nuevo.

Un policía carraspea y nos separamos. No puedo dejar de mirarlo, de sufrir al ver como lo han dejado esos dementes. Coge mi mano con fuerza y la besa. Sus ojos se llenan de lágrimas, unas lágrimas que jamás había visto salir. Jason Harris, el chico malo, mi oscuro y peligroso hermanastro, está llorando y siento pena, mucha pena.

—Hay que salir de aquí ya —anuncia el policía.

Caminamos en dirección contraria, acercándonos a las patrullas. Un disparo resuena a nuestra espalda y miramos. Jasmine está frente a un tipo alto y robusto, uno de los que agarraban a Jason.

—¿Quién es él? —le pregunto aterrada.

—Héctor —responde en un susurro casi inaudible.

Ha disparado, aunque no sabemos realmente si la estaba apuntando a ella. Vuelve a hacerlo y Jasmine cae al suelo de rodillas. Un grito desgarrador sale de mis labios y me tapo la boca con una mano. No puedo creer que la haya matado así, sin miramientos. Jason aprieta con fuerza su mano, sin darse cuenta de que me tiene cogida y me está haciendo daño.

—Jason, me haces daño —le digo. Me mira avergonzado y se deshace de mi agarre.

Siento mi mano desnuda en este instante y mi corazón dolorido. Él está así por ella, por esa mujer que lo único que le ha dado ha sido sufrimiento. Hace amago de caminar hasta ella, pero el tipo que la ha matado nos mira con malicia.

Un trueno me asusta y una lluvia repentina comienza a caer sobre nosotros a la vez que veo como Héctor, el matón que ha matado a Jasmine, alza la mano empuñando la pistola. Jason lo ve y, antes de que la bala

atraviase mi pecho, penetra en el suyo, haciéndolo caer. Mis gritos resuenan en toda la calle, alertando a mi padre y a sus compañeros, que van corriendo a detener a ese malnacido que ha atentado contra nosotros. Caigo al suelo de rodillas ante él y cojo su mano, llevándomela al corazón, ese que late cada vez más fuerte desde que hemos vuelto a vernos. No puedo creer que todo esto haya pasado en tan solo un día y que, después de todo, fuera una mentira lo que provocase que nos separásemos.

—Jason, por favor, resiste. No puedes morirte, no puedes dejarme... no ahora, mi demonio —suplico entre sollozos.

—Nunca, mi ratita, jamás te dejaría. Eres la única razón por la que he luchado todo este tiempo y la única que puede hacer que caiga. —Tose y sale sangre de su boca.

Entro en pánico y grito por una ambulancia. Jason se deshace poco a poco de mi agarre y sus ojos se cierran.

—¡Ayuda! —grito asustada.

Mi padre corre hasta nosotros y, con la ayuda de otro compañero, lo cogen en brazos y lo meten en el coche. Yo me subo detrás con él, posando su cabeza sobre mis piernas mientras lo acaricio. Karen entra en el lado del copiloto y mi padre arranca el coche, haciendo chirriar las ruedas sobre el asfalto al acelerar. El hospital más cercano está a casi una hora y eso solo incrementa mi miedo a perderlo.

—Tapónale la herida, Abby —me pide mi padre.

—¿Cómo lo hago? ¡Dios, no quiero que se muera! —sollozo.

—Tu mano, tápala con tu mano, pequeña.

Hago lo que me pide, meto prácticamente la mano en la herida de bala. Ese tipo iba a matarme y él me ha salvado la vida. No voy a tener vida suficiente para agradecer todo lo que Jason ha hecho por mí; aun sin estar juntos, después de haber pasado por todo el dolor de una desastrosa separación, sigue salvándome. Primero fue la oscuridad y el peligro de mi pasado, un exnovio loco que quería volver a ultrajarme. Un peligro nos acechaba a la vez que nos unía aún más. Siempre supe que nuestro amor estaba condenado, pero me importó una mierda. Todo dejó de importarme si él estaba conmigo.

Cuarenta minutos después, llegamos al hospital. Jason sigue inconsciente.

Un enfermero, al vernos llegar, corre hasta nosotros junto con otro chico y una camilla. Entre los dos ponen el cuerpo laxo de Jason en ella y se lo llevan puertas adentro hasta la consulta de urgencias, donde, tras cruzar, no podemos pasar.

Karen se sienta a mi lado y coge mis manos, aunque yo lo que necesito es un abrazo y así lo pido. Ella me aferra contra su cuerpo, como una madre haría con su propia hija, demostrándome que siempre podré contar con ella. Nuestro comienzo no fue precisamente el mejor, pero hoy día Karen se ha convertido en alguien muy importante en mi vida, y si llegara a faltarme, la lloraría como si fuera mi propia madre.

Las horas comienzan a pasar y todos estamos desesperados; nadie ha salido a informarnos de nada. Mina y Carlos han ido a la cafetería a comer algo y de camino se han llevado a Karen, que hace días que no prueba bocado. En esa maldita casa la han tratado muy mal, y solo de ver a su hijo sufrir ese maltrato se le cerró el estómago. Han intentado llevarme con ellos, pero me negué en rotundo y me quedé con mi padre.

—Abby, tienes que comer, hija. Desde que has llegado no hemos parado y estoy seguro de que no te alimentas bien —sugiere, y yo niego, encogiéndome de hombros.

—No puedo, en este momento solo importa él.

—Lo sé, yo pienso lo mismo, pero no creo que a Jason le haga mucha gracia que no comas por estar esperando saber de él.

—Déjalo, papá, ¿sí? No me hagas recordar el motivo por el que Jason se debate entre la vida y la muerte —escupo cabreada.

No quiero discutir con él; mi padre no es malo, pero el simple hecho de haber consentido esto... No puedo evitar cabrearme con él de este modo. Si me hubieran dicho desde un principio lo que harían, no me habría ido; aunque me habría dolido que Jason se marchara, hubiera estado esperando el momento idóneo para volver a estar juntos. Habría ayudado.

—Hija, perdóname. Lo hice por él, para que no acabara en la cárcel —responde.

—Ahora mismo no puedo... Lo siento.

Me levanto y avanzo por el pasillo que da a la cafetería. Solo por estar lejos de él, prefiero mil veces ir a comer algo. Después de todo, tiene razón y

no como nada desde ayer. Mina, Carlos y Karen están sentados al fondo. Los veo tristes y eso me duele. Arrastro los pies hasta ellos y me siento al lado de Karen; ella me da un beso en la mejilla y pasa un brazo sobre mis hombros.

—Tranquila, Abby, ya verás que sale de esta. Mi hijo es muy fuerte, siempre lo fue. —Suspira—. ¿Sabes? Cuando su padre y yo discutíamos, se llevaba a Mina a su habitación y allí le cantaba canciones o le contaba un cuento para que ella no sufriera, algo que él sí que hacía. Siempre fue un buen hijo y hermano.

—Entonces, ¿por qué lo echaste de tu vida así? Desde que eso ocurrió, tu hijo ha pasado por muchas cosas, Karen.

Agacha la cabeza, mirándose los pies. La noto abatida, como si recordar eso le doliera mucho más a ella, y en parte la entiendo.

—No lo eché porque no lo quisiera, Abby, sino porque su padre me obligó. Me amenazó diciendo que, si no dejaba que se llevara a Jason, se los llevaría a los dos y les hundiría la vida. Mina era pequeña y no podía permitir que su padre le hiciera eso —declara al fin. Sus ojos se llenan de lágrimas al contar la historia que tanto daño le ha hecho—. Es injusto que dejase que mi hijo se fuera para salvar a su hermana, pero estoy segura de que Jason lo hubiera querido así.

—No puedo creer que mi padre fuera así, mamá —interviene Mina.

Ella también está llorando al saber el gran motivo que obligó a su madre a echar a su hijo a la calle, importándole muy poco lo que le pasara. Al final no era todo como pensábamos y Karen era solo otra víctima de un desalmado que nunca quiso a su familia.

Media hora después estamos de vuelta en la sala de espera. Mi padre ha querido acercarse a mí y no se lo he prohibido. Conocer la historia de Karen me ha abierto los ojos y me ha hecho ver lo afortunada que soy de tener un padre que se preocupa tanto por su hija como por una persona que no conoce de nada. Jason no es nada para él y, aun así, ha hecho lo posible para que no tuviera problemas con la policía. Lo abrazo, provocando un suspiro por su parte, y me da un beso en la mejilla al tiempo que un médico sale llamando a la familia Harris.

—Doctor, díganos que está bien —le pido atropelladamente.

Él me mira y, tras asentir, suspira. Supongo que este trabajo no debe ser

el mejor del mundo. Tener que dar noticias malas a familiares desesperados debe ser duro, aunque también hay que tener claro que, sin ellos, algunos no estarían vivos.

—Tranquilos, el paciente está estable, aunque ha perdido mucha sangre y hemos tenido que estabilizarlo. Siendo sincero, hemos estado a punto de perderlo, pero es un luchador.

Subo la mano a mi pecho y suspiro angustiada, aunque con algo de tranquilidad. De igual manera, no estaré tranquila hasta que no vea con mis propios ojos que está bien, que me mira y me besa. Solo así podré respirar con normalidad. Le pregunto al doctor si es posible entrar a verlo.

—¿Usted es?

—Su novia —responde mi padre por mí.

Lo miro con cariño y él aprieta mi hombro con dulzura. Al fin podremos estar juntos sin tener miedo a que nos descubran. No veo la hora de que volvamos a casa y podamos ser felices.

Unos minutos después, en los que el médico nos informa de que nos avisará en una hora para poder entrar a verlo, me siento junto con Mina y Carlos y vuelvo a estar tranquila, pensando, recordando todo lo que sentí la primera vez que lo vi, la primera vez que me llamó «ratita». Nunca me gustó, pero no pude evitar acostumbrarme a que me lo dijera, y si hoy no lo hiciera, me dolería en el alma.

Capítulo 32

Jason

La oscuridad es atrayente, tanto como el recuerdo de Abby besando mis labios. Tengo que ser fuerte y luchar por mi vida. Necesito hacerlo para poder estar con ella por fin. No puedo abrir los ojos, solo escucho murmullos a mi alrededor. ¿Será que estoy muerto? Entonces una electricidad me alza, levantando mi cuerpo al aire y haciendo que caiga de nuevo; cuando creo que es el fin, mis párpados se mueven y abro los ojos lentamente.

—Bienvenido de nuevo, Jason Harris.

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que estoy en el hospital. Asiento al médico que acaba de salvarme la vida.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta.

Apenas puedo hablar, pues tengo la garganta seca.

—Me... me duele.

—Tranquilo, ahora te ponemos algo para el dolor.

Entre varios enfermeros, me colocan en otra camilla y me ayudan a ponerme el pijama del hospital. Me siento como un inútil. Los minutos pasan lentamente y vuelve el mismo médico para ponerme un suero que me ayudará con el dolor que siento en todo mi cuerpo. Tras eso, me llevan a otra habitación, donde según una enfermera recibiré las visitas de mis familiares.

Estoy ansioso por ver a Abby, por besar sus labios de nuevo y aferrarla tan fuerte a mi pecho que no vuelva a salir nunca más. No puedo soportar tanta espera y estoy por avisar a la enfermera y que la mande llamar para verla de una vez por todas.

Suspiros y más suspiros. Cuento los segundos en el maldito reloj de la habitación y me desespero al comprobar que solo hace quince que lo miré.

—Esto no avanza. ¡Joder! —me quejo.

Busco el interruptor que avisa a la enfermera y lo pulso para que venga lo antes posible.

—¿Necesita algo? —pregunta cuando entra en la habitación.

—Sí, necesito que busquen a Abby Morgan y la hagan venir, por favor — le pido malhumorado.

No sé si así me hará más caso. La miro fijamente y eso parece que la hace reaccionar y salir después de decirme que lo hará.

Sigo esperando y ya hace diez minutos que la enfermera fue en su busca. ¿Será que no está aquí? ¿Será que no vino a verme? No, eso es imposible, ella no es capaz de irse sin saber de mí, pero ¿y si lo hizo? Me pongo nervioso nada más pensarlo. Me incorporo, intentando levantarme de esta maldita cama para ir en su busca, cuando la puerta se abre y Abby entra en la habitación. Dejo de respirar, ambos lo hacemos, lo sé. Ella no deja pasar ni un segundo más y camina hasta mí, metiéndose entre mis brazos. Su cuerpo pegado al mío al fin consigue que mi corazón lata de la manera en la que lo hacía antes. Se separa un instante, pero solo para pegar sus labios a los míos y besarme con la pasión que sentimos, que nunca hemos dejado de sentir.

—No sabes el tiempo que llevo esperando esto —murmuro con nuestros labios aún pegados.

Noto como sus mejillas se mojan, llenándose de lágrimas, de esas malditas lágrimas que nunca me gustó que derramase. Solo consigo eso, solo hago que lllore. Me separo de ella y frunce el ceño.

—¿Qué pasa, Jason? ¿Por qué te has alejado de mí? —pregunta con la voz entrecortada.

—Solo hace unos segundos que estás aquí y ya te he hecho llorar. — Sonríe.

—Pero son lágrimas de alegría, mi demonio... De la felicidad que siento al saberte bien, al estar de nuevo a tu lado.

Mi pecho se infla, provocando un suspiro desgarrador, y cojo su mano para encerrarla de nuevo entre mis brazos. No quiero, no deseo otra cosa que tenerla para siempre así, aferrada a mi cuerpo, abrazándola con fuerza, metiéndola en mi pecho con tanta intensidad como lo que sentimos.

—Te quiero, ratita.

—Yo también, mi demonio.

No puedo con tanta felicidad y me parece mentira que todo haya acabado al fin y podamos tener una vida normal, una vida que siempre soñé y que no imaginé querer compartir con nadie. Me enamoré de ella con la fuerza de un

león y la debilidad de un diente de león. Siempre dije que Abby sería quien podría acabar conmigo y es cierto. Cuando me enteré de que se había ido, aunque fuera por mi culpa, sentí que caía en picado a un pozo sin fondo, a una oscuridad más aterradora que mi vida. Y en cierto modo creo que también es la persona que me salvará de todo el peligro que hay a mi alrededor, uniéndonos aún más si cabe.

—¿Por qué no me dijiste lo que mi padre te pidió? Nos habríamos ahorrado mucho sufrimiento —se interesa. No sé qué responderle a eso, fue tan doloroso para mí dejarla que volver a recordarlo es como echar el tiempo atrás y volver a ver sus ojos llenos de dolor.

—No quiero hablar de eso ahora, Abby. Solo necesito olvidar y vivir en paz contigo, dejando atrás todo lo que nos ha pasado a ambos; empezar una nueva vida. ¿Crees que podrás hacerlo? —Asiente no muy convencida.

En todo este tiempo he aprendido a descifrar cada gesto de su rostro, me ha mostrado su lado más dulce y también el más amargo. Sé cuándo está enfadada y cuándo algo le preocupa, y ahora, por mucho que quiera hacerme ver lo contrario, lo está. Acaricio su mejilla con dulzura para luego unir nuestros labios en un beso lleno de promesas, de esas promesas que siempre quise hacerle y que pensé que no cumpliría.

—Está bien. —Besa mis labios y yo no puedo separarme de ella.

Sus labios son perfectos, la pareja de los míos, pegándose y encajando perfectamente. Sus besos son el bálsamo que necesito para recuperar mi vida y ahora no la dejaré escapar. Nadie me va a prohibir estar a su lado. Seguimos besándonos cuando la puerta se abre y nos sorprenden en pleno beso salvaje. Escuchamos un carraspeo por parte de Mark y unas risitas provenientes de Mina y de mi madre. Abby se separa de mí unos milímetros; está sonrojada y se ve perfecta, preciosa.

Mi madre se acerca hasta mí y me abraza a la vez que mi hermana la imita y ambas se ponen a cada lado de la cama para abrazarme las dos. Las quiero con todo mi corazón y no podré separarme de ellas nunca más. Ahora tengo una familia, una de verdad, de esas que están cuando más lo necesitas, de las que te apoyan y ofrecen su hombro o simplemente te dan la mano para levantarte. Estoy orgulloso de tenerlas a ellas, tanto que en mi corazón no cabe más rencor ni odio por ese hombre que nos hizo tanto daño, mi padre.

Al separarnos, me fijo en el hombre que acompaña a mi hermana. ¿Quién es? Él se percata de mi intensa mirada y traga saliva. A veces puedo llegar a ser muy..., como decirlo, muy cabrón.

—¿Quién es? —Lo señalo.

—Es Carlos, nuestro compañero de piso en Madrid —responde mi hermana tranquilamente.

Saber quién es, que comparten apartamento, solo me hace recordar el día que llamé a Abby y un hombre la llamaba «nena». No quiero pensar que es él, pues de ser así las cosas entre nosotros no irán bien. No pienso compartirla con nadie y tendrá que decirme si quiere estar con él o conmigo.

—¿Podéis dejarme a solas con Abby? —les pido con dureza.

Todos me miran asustados y ella se acerca a mí con el ceño fruncido. Creo que me he pasado, pero en este momento me importa una mierda.

—¿Qué pasa, Jason?

—Quiero hablar contigo a solas, ¿puede ser? —repito de mala manera.

—Sí, claro, pero tendrás que decirme a qué se debe tu cambio tan brusco de humor —responde como siempre, rebatiendo cada palabra que sale de mi boca.

Abby siempre será así, nunca se pondrá de acuerdo conmigo en nada. Somos tan diferentes, pero ¿qué estoy diciendo? Niego moviendo la cabeza, dándome cuenta de las gilipolleces que estoy pensando. Los celos me han cegado y creo que la estoy cagando.

—Por favor —murmuro, y solo así salen de la habitación para dejarnos a solas.

Abby me mira expectante, pensando que me acabo de volver loco o algo por el estilo, y no, no es locura, son celos, unos muy fuertes que me están matando.

—¿Tienes algo con él? —me intereso.

—¿Con quién? ¿Con Carlos? —responde con otra pregunta, abriendo los ojos cómicamente.

Su expresión me cabrea, es como si estuviese riéndose de mí y no lo soporto. Además de que acaba de soltar una carcajada.

—Sí, y deja de reírte de mí.

—Es que eres tan mono cuando te pones celoso.

Avanza hasta mí y se sienta a mi lado, coge mis manos y se las lleva al pecho, justo donde late su corazón. La miro embobado, como si estuviese hipnotizándome, aunque eso ya lo consiguió hace meses.

—¿Sientes cómo late? —Asiento—. Eso solo pasa contigo, Jason. Mi corazón solo late por ti. —Una lágrima se escapa de mi ojo derecho, una estúpida lágrima que me hace parecer más vulnerable ante ella, pero no me importa.

Abby sube su mano a mi mejilla y la hace desaparecer con una sonrisa. Quito mis manos de su pecho y las coloco sobre su mejilla para luego acercarla a mí y poder besarla como ansía, como tanto deseo. No soporto la ausencia que provocaba en mi pecho cuando ella no estaba, era un dolor tan fuerte que no podía ni respirar, y ahora que la tengo aquí, conmigo, no sé cómo actuar para retenerla a mi lado por el resto de mi vida. Porque sí, la amo con toda mi alma y no volveré a dejarla nunca más.

Días después.

Por fin estoy en casa después de meses de tortura. Las cosas comienzan a ir bien. Mark me dijo que habían metido en la cárcel a Anthony y a sus matones, y Jasmine... ella fue al final la que terminó peor. Un tiro acabó con su vida, proveniente de su mano derecha. ¿Por qué lo haría? Después de todo, él siempre cuidó de ella. Ya no importa, ya nada más importa y lo único que quiero es olvidar el pasado y centrarme en el futuro, en un futuro con el amor de mi vida.

Estoy recostado en mi cama, mirando al techo, pensando en mil cosas y todas llevan al mismo punto. Quiero estar con Abby y, si ella ha hecho su vida en España, me iré con ella, no me importa no saber hablar español. Quiero una nueva vida y tiene que ser con ella.

La puerta del garaje se abre y entra mi madre con la bandeja del desayuno entre las manos. Primero me extraño, pues en todo momento ha sido Abby la que ha estado ocupándose de mí, pero después pienso que será bueno tener un momento de privacidad con mi madre para hablar de algunas cosas.

—Buenos días, cariño. ¿Cómo te sientes hoy? —Se sienta a mi lado en la cama y deja la bandeja encima de la mesa que me han puesto para poder comer sin tener que moverme.

—Agobiado, quiero salir de aquí ya. —Sonríe. Es la primera vez que veo una sonrisa sincera de mi madre y me gusta—. ¿Dónde está Abby?

—Fue a la universidad. —Arrugo la frente con extrañeza—. Quiere pedir plaza para volver.

—No, no quiero que haga eso. Hay que impedirselo, mamá, no voy a dejar que cambie sus planes por mí.

—Pero, hijo, ella es mayorcita para tomar sus propias decisiones. — Niego, irritado.

—No, mamá. Abby está tomando una decisión errónea, pensando que es lo mejor para los dos, y no es así.

—¿Qué quieres decir? ¿Que dejarás que se marche sin más?

—No, claro que no. Yo me voy con ella.

Mi madre abre los ojos sorprendida, pero después sonríe con dulzura y me abraza. Jason Harris ha cambiado. Abby Morgan lo hizo cambiar y es ahora cuando todos se dan cuenta de que ella es todo mi mundo y que tengo claro que no dejaré que viva alejada de mí. Moriría si lo permitía.

—Estoy orgullosa de ti, hijo —declara, secándose las lágrimas.

—Y yo de tenerte como madre. —Me aprieta mucho más—. ¿Sabes? Siempre te odié, creía que eras la peor madre del mundo, pero no es así...

—Hijo, tengo algo que decirte —me interrumpe. Yo niego—. No te vas a negar a escuchar el motivo que me llevó a decirte que te fueras con tu padre.

Me encojo de hombros y ella comienza a narrarme todo lo que pasó, todo lo que tuvo que aguantar y todo lo que sufrió por culpa de mi progenitor. Ahora que sé que ella me echó de su lado por culpa de las amenazas de mi padre, me siento mucho peor. La odié, odié que no luchara por mí y odié tenerla como madre. En realidad, siempre fue la mejor madre de todas, solo quería protegernos, y eso, por muchos errores que una persona cometa, es lo más importante. Perdono a mi madre, perdono sus fallos, pero no sé si llegaré a perdonarme a mí mismo por todo lo que hice en el pasado. Espero que algún día mire atrás y vea que todo lo vivido solo consiguió una cosa en mí, hacerme más fuerte para poder luchar por las personas que amo.

Capítulo 33

Abby

He salido esta mañana muy temprano para ir a la universidad a pedir el traslado. Me vuelvo a California, no puedo irme y dejar a Jason aquí. Antes de salir, fui al garaje para comprobar que estaba bien, me habría encantado pasar las cuatro noches que lleva en casa con él, pero no quiero que nuestros padres se lo tomen a mal ahora que las cosas van tan bien en la familia.

Me siento feliz, muy feliz de haber vuelto, de haber conseguido al fin estar con él... El tiempo que he pasado en España ha sido una tortura, tantos recuerdos, tantas horas en las que no podía dormir por culpa de las malditas pesadillas que se repetían una y otra vez. En todas pasaba lo mismo, Jason me miraba con los ojos llenos de odio y besaba a Jasmine en los labios con pasión, con una pasión que jamás había utilizado conmigo; tras eso, me decía que me detestaba y se largaba con ella. No soportaba cerrar los ojos por la noche porque sabía que volvería a pasarme lo mismo.

En este momento estoy sentada por fuera del despacho del decano Maslow. No sé el tiempo que tardaré en volver, pero me muero de ganas de salir corriendo y pasar el máximo tiempo posible con el hombre que me ha robado el corazón, que me ha robado algo más que suspiros. Jason es muy importante para mí, demasiado importante, y no puedo, no quiero pasar ni un segundo más de mi vida sin él.

—Señorita Morgan, puede pasar —me dice la secretaria.

Me levanto y camino al frente donde la puerta del decano ya está abierta esperando a que yo pase. Cuando lo hago, me pide que la cierre y que me siente. Es un hombre muy serio. Tiene la vista en unos papeles y a cada segundo levanta la mirada para observarme pasivamente. En realidad, no sé muy bien cómo empezar, ya que pedir un traslado a una universidad, sin haber estado desde el principio en ella, es una tarea complicada, pero por intentarlo que no quede.

Voy a comenzar a hablar cuando me suena el móvil, es una llamada de

Mina. Miro el teléfono, esperando a que deje de sonar, pero no lo hace; mi hermanastra se ha propuesto joderme la mañana.

—Puede cogerlo, señorita Morgan, pero no tarde. —Asiento mientras me levanto de la silla.

Trago saliva y, tras echarle una última mirada al decano, salgo del despacho para descolgar el maldito teléfono.

—¿Se puede saber qué cojones quieres ahora, Mina? Estaba con el decano y me has interrumpido. ¡Joder!

Suspiro exasperada y camino hasta la salida para poder hablar con más tranquilidad.

—¿Eso significa que aún no has pedido el traslado?

—No, no me has dejado hacerlo. Así que cuélgame ya para que pueda volver al despacho.

—¡No! Ni se te ocurra pedir nada y ven a casa ya.

Comienzo a preocuparme, a respirar con dificultad. No quiero imaginar que esté pasando algo malo mientras yo lo único en lo que pienso es en estar con Jason y no dejarlo nunca más.

—Abby, ¿sigues ahí?

—Sí, sí. ¿Ha pasado algo? Mina, dime por favor que no le ha pasado nada a Jason.

—Tranquila, hermanita. Jason está perfectamente, peeroo... vuelve de una vez a la casa, por favor, y no, no te diré nada de nada.

—Está bien, pero pobre de ti como me estés haciendo perder el tiempo.

Cuelgo sin esperar respuesta de ella y regreso de nuevo al despacho del decano para poder pedirle una cita para otro día. Entro sin pedir permiso, cosa que debe haberle molestado por la cara que ha puesto; tras disculparme con él, le digo que vuelvo en otro momento. Entonces su voz dura e imparcial me dice que ni se me ocurra volver porque aquí no hay plazas para una persona que no se toma en serio los estudios. Mi cuerpo se tensa y, abatida, salgo del despacho con la sensación de haber jodido mi futuro.

En dos días tengo que volver a España y no quiero, no quiero irme sin él. Jason seguramente no querrá venir conmigo y no lo entiendo; comprendo que su vida está aquí, su trabajo, aunque lo dejó meses atrás, volverá a tenerlo y está aquí y no en Madrid. ¿Qué haré si decide quedarse? No soporto la idea de

que me diga que no, que no se viene. Una lágrima traicionera se escapa de mi ojo derecho y la seco antes de que me llegue a la mejilla. No quiero llorar, no me permitiré derramar ni una lágrima más.

Camino hasta la carretera y espero a que aparezca un taxi. Veo que pasa uno y alzo la mano para que pare. Al hacerlo, me subo, y tras decirle la dirección de mi casa arranca de nuevo y se mete en el centro de la ciudad. Solo he estado tres meses en Madrid, pero ya me había acostumbrado a sus calles en la mañana, a sus miles de coches a todas horas, creando atascos incansables. Resoplo sabiendo claramente que tengo que volver a la universidad y que, aunque yo no quiera, tendremos que llevar una relación a distancia; eso mata a cualquier pareja.

Media hora después hemos llegado, le pago al taxista y me bajo del coche. Me coloco el bolso bien en el hombro mientras avanzo hasta las escaleras del porche. Karen me espera fuera, cosa que me pone mucho más nerviosa.

—¿Ha pasado algo, Karen?

—Tranquila, Abby, no ha pasado nada. —Me da un beso en la mejilla y entramos en casa.

Miro a mi alrededor, intentando captar algo diferente o extraño, y no veo nada anormal, todo está tal y como lo dejé hace unas horas. No entiendo tanto secretismo y ya estoy deseando tener a Jason frente a mí para encerrarme entre sus brazos, para olvidarme de todo lo que pasa a nuestro alrededor.

Llegamos al salón y están todos. Miro a Mina y a Carlos; están sentados en el sofá. Mi padre, con una sonrisa, me mira fijamente y tras él está Jason. Frunzo el ceño cuando lo veo caminar despacio en mi dirección, lleva las manos a la espalda y una sonrisa de chico malo que hace que mi corazón se acelere más de lo debido. Cuando llega hasta mí, saca las manos de su escondite y me enseña una rosa blanca. No puedo pensar con claridad y no entiendo nada.

—Hola, soy Jason Harris —se presenta—. Me encantaría tener una cita contigo, ¿me harías el honor de pasar el día conmigo?

Parpadeo seguidamente, como unas cinco veces, incrédula. No puedo creer que Jason esté haciendo esto, que esté actuando como si fuera la primera vez que me ve. No sé qué decirle ni cómo reaccionar.

—Eh, yo...

—Por favor. Estaría muy ilusionado y encantado.

—Vale, está bien. Acepto tu invitación.

Con una sonrisa triunfal se acerca a mí y, aunque me habría gustado que sus labios chocasen contra los míos, solo se posan en mi mejilla, creando un cosquilleo ahí; solo con unos segundos ha conseguido llevarme al cielo. Su olor, ese maldito olor que desprende, ese olor lleno de peligro, de chico malo, entra en mis fosas nasales y caigo de forma irremediable más enamorada de él. Todos nos miran con una sonrisa de oreja a oreja y él, cuando ve que estoy más tranquila, ya que mis mejillas se habían tornado rojas, acerca su brazo al mío para que lo coja y salgamos de aquí.

—Pasadlo bien, chicos, y no lleguéis tarde —expresa mi padre, divertido.

—Señor Morgan, créame, lo pasaremos en grande, y tranquilo, a las doce estará aquí.

Salimos de la casa y vamos hasta el coche de Jason, me abre la puerta como todo un caballero y, cuando me siento, la cierra y camina hasta su asiento. Todo lo hace despacio, con delicadeza, pues aún está resentida la herida de bala. Cuando entra, me mira y me regala una sonrisa de lado y un guiño. Es la primera vez que Jason se comporta así, como si fuera nuestra primera cita. Abro los ojos, sorprendida, al darme cuenta de lo que está haciendo; me está dando nuestra primera cita, una cita de verdad. Me relajo y disfruto del trayecto.

Estamos en silencio, pero un silencio cómodo, tranquilo. En algunas ocasiones Jason roza su mano con la mía, como si fuera una distracción, algo con lo que provocarme. Sonrío y le guiño un ojo, provocando en él una preciosa carcajada, siendo esta una perfecta melodía.

—Bueno, Abby, ¿y qué es lo que estás estudiando? Me ha dicho tu padre que estás en la universidad —se interesa, rompiendo el hielo.

—Así es, estoy estudiando Derecho.

—¡Vaya, impresionante!

—Sí, es algo impresionante. —Lo miro fijamente, como si lo estuviera diciendo por él, aunque en realidad así es.

Unos minutos después, llegamos a la playa. Sí, a la playa. No he

preparado nada, aunque tampoco hace tiempo para bañarse. Jason sale del coche y va hasta el maletero para luego abrirlo, saca algo de su interior y lo cierra. Luego lo tengo frente a mí, dándome la mano para ayudarme a salir. Miro lo que lleva y sonrío con dulzura al comprobar que es una cesta de pícnic.

—¿No se supone que los pícnicos se hacen en el campo? —pregunto, divertida.

—Sí, pero yo no hago las cosas según lo previsto. Soy diferente, y conmigo todo será así —responde, enarcando una ceja.

Se le ve tan sexy, tan provocador, tan natural. Creo que este es el Jason real, ese chico que un día se fue para cambiar su vida, su aspecto y su actitud, y ahora ese chico ha vuelto siendo el que en realidad debió ser. Coge mi mano y tira de mí con delicadeza hasta la playa. Nos quitamos los zapatos y metemos los pies en la arena. Está fría, aunque es soportable.

—¿Qué playa es esta? Nunca había venido —anuncio. Él me sonrío, aunque creo que no ha dejado de hacerlo en todo el tiempo.

—Matador Beach. ¿Te gusta? Tiene unos atardeceres impresionantes. La verdad es que yo llevo mucho tiempo sin venir.

Asiento y seguimos nuestro camino. Jason me lleva hasta la parte rocosa, pues aquí es desde donde mejor se ve el atardecer. Al parecer, esa es su intención, pasar el día completo en esta maravillosa playa y ver cómo cae el sol para dar paso a la luna. Me encanta la idea que ha tenido y me muero por descubrir más cosas de él.

Cuando llegamos a la zona que él ha elegido, deja en la arena la cesta y saca de ella una toalla grande para ponerla y que podamos sentarnos. Cuando lo hacemos, me pregunta si tengo hambre y niego; tengo el estómago cerrado por los nervios, por la emoción de este momento tan perfecto.

—Bueno, pero tendrás que comer en algún momento, ¿vale?

—Por supuesto, pero ahora solo quiero disfrutar de esto. —Señalo a nuestro alrededor—. Me gustan mucho las vistas, las rocas le dan un toque romántico a la playa. Es perfecto... gracias por traerme aquí.

—Sabía que te gustaría.

Nos quedamos unos largos minutos mirándonos fijamente y yo me estoy muriendo por dentro por besarlo, deseando arder en la arena mientras me hace

el amor, pero me contengo, esperando a que sea él quien dé el paso de pegar nuestros labios de nuevo.

—Eres preciosa, ¿lo sabías? —comenta con los ojos entrecerrados. Mis mejillas arden por lo roja que me he puesto y eso solo provoca que suelte una risita—. Y cuando te sonrojas lo eres mucho más —afirma, acercándose lentamente a mí—. La más hermosa de todas. —Acaricia mis mejillas, provocando de nuevo ese cosquilleo que jamás antes había sentido.

—Estoy nerviosa —declaro con un hilo de voz.

—¿Eso es malo? —Niego—. Entonces no importa.

Pasa ambas manos por mis mejillas, acercándose un poquito más, pegándose más a mi cuerpo hasta que quedamos a escasos milímetros el uno del otro. Siento su respiración, agitada como la mía, y hasta podría jurar que escucho sus latidos, mezclándose con los míos, provocando que mi cuerpo se tense, erizándose al notar la yema de sus dedos por mi piel. Solo me acaricia, pasa sus dedos por mi cuello y yo siento que muero en este instante. Y para ser sincera, no me importaría morir en este momento, pues de igual manera ya estoy en el cielo.

Capítulo 34

Jason

No puedo dejar de mirarla, de pensar en todo lo que he tenido que hacer para estar con ella de nuevo. La idea de pasar un día con ella, como si fuera una primera cita, ha sido de mi madre; me gustó tanto que no podía esperar a hacerlo otro día. Además, en dos días tiene que volver a España y voy a utilizar este momento para decirle que me voy con ella, que no voy a dejar que se vaya sin mí. Me da igual perderlo todo si con eso la tengo a ella.

Quiero besarla, deseo hacerlo desde que la he visto cruzar el umbral del salón, pero me estoy conteniendo mucho, más de lo que pensaba.

—¿Por qué no me besas de una vez? —pregunta con descaro.

Me pongo nervioso, por primera vez en mi vida siento nerviosismo con una mujer. Entreabro los labios, humedeciéndolos con frecuencia con un gesto casi automático, provocando en ella una sonrisa pícara, haciendo que su nariz se arrugue y se vea mucho más tierna y apetecible.

¡Joder! No aguanto más y me acerco a ella para devorar sus labios con deseo, con una pasión que me asusta. Abby abre la boca, dándole acceso a mi lengua para así poder saborearnos mucho mejor. La beso como he anhelado desde que he abierto los ojos y no la he visto. La beso como tanto deseo. La beso. La beso y no dejo de hacerlo. Nuestros labios se están dando ese calor que tanto emanan, que tanto se provocan entre sí.

Mientras nos besamos, mi mente no puede evitar recordar nuestro primer encuentro, la primera vez que la vi. Ese día juré que le haría la vida imposible, sin darme cuenta de que ya había caído a sus pies, enamorándome como un auténtico gilipollas. Abby, con su belleza natural, sus ojos azules, sus finos labios, esos labios provocadores, y su pícara sonrisa, hizo que me volviese loco y no fuera difícil enamorarse de ella.

Subo mis manos hasta sus mejillas, acariciándolas. Lo hago porque si dejo mis manos en libertad tocarán otra cosa y no quiero, aunque lo desee. Quiero ir despacio ahora, hacerlo con amor, haciéndole ver lo importante que

es para mí su felicidad. Al separarnos, pego mi frente a la suya. Nos miramos fijamente y creo que acabo de revivir. No hablamos, no podemos. Estamos agitados y respiramos con dificultad.

—Ha sido el mejor beso que me han dado en toda mi vida —declara sonrojada.

—Estoy de acuerdo con eso —afirmo.

Para mí también lo ha sido y de todos los besos que nos hemos dado este, sin duda, ha sido apoteósico.

Pasamos el día hablando, conociéndonos como no habíamos hecho desde que estamos juntos. Hablando de mil cosas, preguntándonos otras y asegurando algunas más. Acabo de saber que su color favorito es el azul, que hace tiempo que adora la música de Liam Payne, que tiene familia en Italia. ¿Italia? Sí, no me lo puedo creer. La familia de su madre es de allí, pero ella no va desde los cinco años. También me cuenta que en primer lugar nunca quiso estudiar Derecho, pero que se apuntó porque era lo único que la mantendría ocupada por horas para así dejar de pensar en mí. Eso me ha dolido, me ha hecho pensar en lo que ha tenido que pasar para que haya decidido tirar su futuro por la borda al elegir algo que no le apasiona. Me habría encantado que me dijera lo que quería estudiar, pero me respondió con evasivas y hasta que no esté segura no lo dirá. Otra cosa que me ha gustado ha sido la confianza con la que habla conmigo, cómo ha sabido decirme cada cosa sin tener ganas de esconderse. Eso sí que lo he conseguido yo, la Abby de meses atrás no habría sido capaz de abrir su corazón tanto.

—¿Y tú? —Habla con una media sonrisa.

—Yo ¿qué?

—Cuéntame algo que no sepa.

Miro hacia arriba, pensando en cómo empezar a narrar mi desastrosa vida, porque ya va siendo hora de que le cuente qué es eso que me atormenta, qué fue lo que hice hace años que no me ha dejado ser feliz jamás.

—Creo que algunas cosas ya las sabes.

—Solo sé cómo empezó, pero no el por qué —afirma, mordiéndose el labio y, aunque en este momento me habría gustado mordérselo yo para así dejar de hablar, ya es hora de sincerarme con la mujer que amo.

—Mi padre se dedicaba al tráfico de drogas. En un principio solo eran

algunos kilos; nada de lo que preocuparse, decía. Pero poco a poco fue subiendo y conociendo a más traficantes, con lo que llegó a Anthony Brown.

Me siento nervioso, estoy nervioso por contarle todo, porque no quiero que me juzgue; pero si quiero tener una vida junto a ella, prefiero que sea desde cero y conociendo todo de nosotros. Me observa expectante, pensativa, mirándome fijamente, con una mirada tan intensa que sería capaz de derretir hasta el corazón más congelado.

—Cuando mi padre se separó de mi madre, me tuve que ir con él. Eso ya lo sabes... Fue la peor decisión que tomó, jugó con mi vida, con mi juventud y mi libertad. No dejó que estudiara, no dejó que tuviese amigos, no dejó que viera a mi hermana y todo ¿para qué? Para llevar y traer la mercancía que él no tenía cojones de llevar porque le debía dinero a mucha gente, incluido Anthony.

Abby acaricia mi hombro de modo que hace que me tranquilice, aunque sea algo complicado en este momento.

—Me levantaba tirándome agua helada encima y estuvo tantos días haciéndomelo que cogí un resfriado que casi acaba conmigo.

—Oh, Jason. Para si crees que no puedes, hay cosas que es mejor dejarlas guardadas —interviene. Yo niego.

—No, ya no aguanto más llevar este peso sobre mis hombros. —Miro al frente y me quedo ensimismado contemplando las olas—. Uno de esos días me dijo que tenía que llevarle la mercancía a Anthony y llegué como pude, pues estaba con fiebre. Allí, lo primero que hicieron fue pegarme una paliza, diciéndome que esa era la manera de pagar la deuda de mi padre, hasta que Anthony se dio cuenta de que lo mejor era retenerme con él para trabajar... Me negué, no quería, pero me dijeron que o lo hacía o mataban a mi familia.

Siento su mirada, siento la intensidad de sus ojos clavados en mí, pero no me atrevo a hacerlo yo. En este momento solo quiero desaparecer entre esas olas altas, que me lleven lejos de todo, incluso de ella. Recordar cada momento, cada maltrato y cada desplante de esa familia es lo peor que me puede pasar. Tengo el cuerpo en tensión, los puños cerrados, haciendo fuerza, una fuerza brutal que provoca que los brazos me duelan. Su mano llega a mi puño y, con delicadeza, lo abre para que deje de hacerme daño. Tengo la palma de la mano roja por la presión.

—Tranquilo, Jason, no estás solo, ¿sí? Ya no lo estás —murmura en mi oído mientras pasa su brazo por mi cintura y me lleva hasta su pecho—. No digas nada más, no merece la pena recordar algo que ya es pasado. El pasado es solo eso.

—Solo quería llegar al momento que te dije hace meses. —Frunce el ceño—. Me preguntaste si algún día te diría por qué me hice este tatuaje. —Asiente—. Pues ha llegado el momento de hacerlo.

—No importa, me hago una idea.

—Al menos, dime por qué te lo hiciste tú. —Una sonrisa se dibuja en su precioso rostro.

—Cuando te conocí pensé que serías igual que él, pero el tiempo me hizo ver que estaba equivocada. Me enseñaste el valor del interior, de lo que somos en realidad. Por fuera soy como un diente de león. Inestable, insegura, infeliz. Un soplo y caeré.

Pongo un dedo en sus labios, dándome cuenta de que el destino ha jugado con dos personas completamente iguales. Ha narrado cómo me siento, cómo soy por fuera y cómo me sentía antes. Y ahora, ahora mi interior está blindado, blindado por el amor que ella me ha regalado.

—No he terminado, Jason —se queja. Sonríe—. Así era antes y, cuando te vi el tatuaje, me sentí identificada contigo; cuando nos conocimos de verdad, sabiendo lo que sentíamos, me di cuenta de que el interior se estaba fortaleciendo para hacer que ese diente de león se protegiese, y solo tú eres capaz de hacer que caiga.

La beso, la beso con pasión porque no puedo escuchar más, porque la amo demasiado y porque somos tal para cual. Ella es mi kryptonita, ese fuerte e intenso poder que puede hacer lo que le plazca conmigo. Y yo soy el suyo, y provocho exactamente lo mismo en ella. Nos unió el peligro, nos unió el diente de león y nos unirá siempre el destino.

Al separarme de ella, no puedo evitar sonreír al ver sus labios hinchados por mis besos, rosados como sus mejillas por el deseo contenido, y me muero por hacerla mía aquí y ahora.

—Acabas de describir exactamente el motivo por el que yo me hice ese tatuaje.

—¿En serio? —Asiento.

—Tú y yo, ratita. Tú y yo somos el uno para el otro, y eso ningún delincuente lo podrá cambiar.

No sé si algún día sentiré esa paz interior que solo ella sabe darme. No sé si algún día llegaré a ser completamente feliz, pues la felicidad está sobrevalorada. Solo sé que con ella todo es mejor, menos doloroso y más tranquilo.

Hay momentos en los que recuerdo algunas frases de ese hombre que se hacía llamar padre y solo con una de ellas he aprendido a ser fuerte: «Nunca dejes que la vida vea lo dañado que estás, porque eso solo servirá para que te haga más daño». Y así es. He aprendido a ser fuerte, a ver las cosas siempre por el lado malo para después encontrar el bueno, aunque no siempre lo he visto. Hasta que llegó ella.

Al caer la tarde, vemos cómo el sol se va escondiendo, dando paso a la luna, regalándonos una noche más. Unas horas más de vida junto a ella. Aún no le he contado mis intenciones, lo que quiero hacer para estar con ella sin que tenga que cambiar su vida.

Estamos tumbados en la toalla, mirando las estrellas en silencio en uno de esos momentos para recordar, sintiendo una paz indescriptible, y ahora es el momento de decírselo.

—Abby, hay algo que quiero decirte.

—Mmm.

—¿Estás dormida? —le pregunto, al notar la relajación de su cuerpo.

—No, pero casi.

—No te duermas, que ya mismo tenemos que volver —anuncio mientras ella se va incorporando para mirarme—. Quiero pedirte una cosa.

—No me pidas matrimonio, Jason, porque no pienso aceptar —se burla.

—No es eso, ratita. Aunque... —Me pega un puñetazo en el brazo—. Para, era broma. Es solo que no pienso dejar que tires por la borda tu futuro. —Alza una ceja mientras se cruza de brazos—. Tienes que volver a España, pero...

—No, no y no. No pienso irme y dejarte aquí. No ahora que volvemos a estar juntos. Definitivamente, no.

—Pero...

—No hay pero que valga, Jason. Me quedaré aquí.

—¿Te puedes callar un momento? —le pido tranquilamente.

—No quiero dejar que digas nada. No me vas a... —Pongo la mano en su boca. Ella comienza a ponerse roja por el cabreo y yo me río.

—Me voy contigo, Abby, me voy contigo a España y para eso sí que no hay un no.

Abre los ojos sorprendida, tanto que creo que se le saldrán en cualquier momento. Se queda pensando, mirándome con fijeza, asimilando cada palabra que le he dicho. Entonces sube sus manos a mi cuello y me abraza con fuerza, haciendo que caiga de espaldas y los dos nos llenemos de arena hasta arriba mientras rodamos por ella. Abby se ríe, suelta esas perfectas carcajadas que nunca he llegado a olvidar, me regala de nuevo su felicidad para hacerme feliz a mí. Sí, feliz, eso me hace sentir ella, una felicidad que no merezco, pero que cogeré y guardaré como el mayor tesoro.

—¡No me puedo creer que estés hablando en serio! —exclama cuando por fin dejamos de rodar. Casi llegamos a la orilla.

—Pues créetelo, pecosa, que de mí no te libras.

—No pensaba hacerlo.

Nos miramos con amor y deseo, ese deseo que ambos sentimos y que cada vez es más fuerte. La luna se refleja en sus ojos, haciéndolos lucir más hermosos, aunque ella ya lo es. Toda ella lo es. Acaricio su mejilla y la acerco para fundirnos en un beso, sellando todo lo que nos ha pasado y lo que está por pasar, prometiéndole que lo que viene ahora será todo perfecto si estamos juntos.

Capítulo 35

Jason

Tiempo después.

Nunca pensé que vivir con ella sería la mejor decisión que he tomado en toda mi vida. Hace más de un año que estamos viviendo en Madrid y es lo mejor que me ha pasado en la vida. Abby es la mujer más perfecta que ha podido entrar en mi vida y me demuestra cada día todo lo que siente por mí. Unas semanas después de venir aquí, decidimos que era hora de mudarnos solos; cuatro en un apartamento era demasiado, y yo con Carlos no terminaba de congeniar. No es que me caiga mal, pero su manera de acercarse a mi chica no me gustaba demasiado.

Hoy es su cumpleaños y mañana el de mi hermana. Tenemos preparada una fiesta, con la ayuda de Carlos. Sí, con la de él. Ya sé que he dicho que no me gusta demasiado, pero es el único amigo que tenemos y alguien tenía que ayudarme. Él se ha encargado de hablar con más compañeros de la universidad para hacerles la mejor fiesta contada y, aunque a mí no me agrada la idea, ya que prefiero hacer algo más íntimo, no puedo negar que sabe montar fiestas. Además, seguro que mi hermana lo agradece.

—Oye, Jason, ¿sabes si esto le gustará a Mina? —Miro a Carlos y suelto una carcajada al ver lo que tiene entre las manos.

—No lo creo —digo sin parar de reírme—. Mi hermana no es de unicornios.

Le ha comprado un peluche gigante, un unicornio rosado y amarillo, y no, no le gustará a mi hermana. Siempre ha sido más de pelotas, consolas y esas cosas que no les suelen gustar a las chicas. En cambio, creo que a Abby le encantará.

Se sienta mirando al suelo, pensando, y estoy seguro de que está así porque no ha comprado lo adecuado. Me acerco a él y me siento a su lado en el sofá.

—Yo te ayudo con el regalo de mi hermana si tú me das ese peluche para Abby. —Levanta la cabeza y sonrío ampliamente.

—Hecho, tío. No sabes cómo te lo agradezco.

No sé por qué se ha puesto así, es como si el regalo para Mina fuera algo muy importante para él y, aunque sé que es gay, parece que le gusta mi hermana. Frunzo el ceño y me quedo pensando. No, no creo que le guste, ¿o sí?

Carlos me mira y se pone nervioso al percibir mi mirada sobre él. Hay algo que se me escapa, pero ¿qué? Aquí hay gato encerrado.

—Carlos, ¿te gusta mi hermana? —Suelto de pronto.

Él se pone mucho más nervioso, respondiendo así a mi pregunta, y no quiero cabrearme, Dios sabe que no quiero. Porque si le gusta, ¿cómo que es gay? ¿Acaso es bisexual? No, no lo creo.

—Eh, esto, yo...

—¡Joder, Carlos! ¿Y por qué no lo has dicho antes? Además, si tú eres gay... No lo entiendo. —Me levanto y camino de un lado al otro.

Se supone que esta noche tiene que ser perfecta y no una noche en la que el drama sea el protagonista. Joder, quiero que esta noche sea la mejor que ellas hayan pasado y Carlos no está poniendo de su parte. Lo miro alzando una ceja, prácticamente lo estoy matando con la mirada, y con ello, obligándolo a que hable de una maldita vez y me dé una explicación.

—Habla de una vez y explícame a que se debe tu cambio.

—No es un cambio en sí...

—Ah, ¿no? ¡No me jodas, Carlos! —exclamo, apretando los puños a cada lado de mi cuerpo. Él niega y se encoge de hombros.

—Estoy enamorado de Mina desde que la conocí en la universidad.

—¿Cómo? ¿De qué cojones estás hablando?

—No soy gay, Jason. Es solo que el día que nos conocimos estaba haciendo una apuesta y creyeron que sí lo era por mi vestimenta. Buscaban compañero y yo piso, y así acabé viviendo aquí.

No puedo creer lo que me está contando y no puedo creer que las haya seguido engañando como a unas estúpidas. Hay cosas en la vida que no aguanto y una de ellas son las mentiras. Lo señalo con el dedo, amenazante, haciéndole ver lo cabreado que estoy, y si no fuera porque él es muy importante para mis chicas, en este momento le rompía todos los huesos del

cuerpo.

—Tú esta noche le vas a decir la verdad a las dos. —Niega levantándose para ponerse frente a mí—. Creo que no me has entendido. Esta noche te exijo que se lo digas y no acepto un no, Carlos. Ellas tienen derecho a saberlo, y mucho más mi hermana. ¿Cómo crees que se sentirá al saber que su mejor amigo en realidad no es gay y que está enamorado de ella? No creo que le guste demasiado.

—Tienes razón, de verdad, pero ahora mismo no puedo, y mucho menos esta noche que es tan importante para ella. —Suspira—. Jason, quiero a tu hermana, pero ella está enamorada de mi hermano y no puedo decirle lo que siento y joderle su día, ¿lo entiendes?

Bufo cabreado y me quedo pensando en todo lo que me ha dicho; tiene sentido. Eso dice mucho de él y de los sentimientos que tiene hacia mi hermana. Está bien que no quiera hacerle daño y menos joderle lo que puede ser una noche mágica para Mina. Suspiro, abatido, y extendiendo mi mano para estrecharla con la suya. Él se sorprende y por un momento no la coge.

—Te entiendo y no diré nada, pero... no esperes demasiado para contarle la verdad, perderás la oportunidad de saber si tienes alguna posibilidad con ella.

Al final coge mi mano y la aprieta con una media sonrisa.

—No creo tener posibilidades, pero me conformo con tenerla en mi vida como amiga.

Tras esa conversación, salimos los dos para poder ir a comprarle el regalo perfecto a mi hermana. Entramos en una librería y Carlos le compra la saga entera de *Los juegos del hambre*. Es una loca de esos libros, pero nunca se ha decidido a comprarlos. También le compra el colgante del Sinsajo y sé que eso la enamorará. Volvemos a casa una vez que hemos terminado.

Las horas pasan y está llegando el momento de que las chicas vuelvan de la universidad. Al menos yo hoy no he tenido que trabajar, he pedido el día libre. Trabajo en un concesionario de coches a la vez que estudio en la academia de policía. Haber ayudado a Mark el tiempo en el que estuve encerrado me hizo ver la importancia de su trabajo y pensé que sería bueno hacer algo así. Cuando vinimos a España, no lo dudé ni un segundo y lo hice.

El timbre comienza a sonar y el apartamento empieza a llenarse de gente.

Al menos hay unas veinte personas aquí y no conozco a ninguna, pero Carlos se dedica a presentármelos a todos.

El móvil me suena, avisándome de un *WhatsApp*, miro el móvil y compruebo que es mi ratita. Una sonrisa estúpida se dibuja en mi rostro y tengo que mirar hacia otro lado para que la gente no se dé cuenta de lo gilipollas que soy.

Abby

Hola, cielo, acabo de salir de la biblioteca. Sé que tendría que haber llegado hace tres horas por lo menos, pero hoy la profesora se ha propuesto jodernos y ha puesto un examen para mañana.

No puedo evitar reírme al leer sus quejas. Siempre se está quejando de todos los exámenes que le ponen y después es la más feliz de todas al estudiar al fin lo que tanto ansiaba. Quería estudiar Magisterio, enseñar a niños pequeños, algo que la llena en demasía y con lo que sí es feliz de verdad.

Jason

No te preocupes, cariño, aquí te espero para darte tu regalo de cumpleaños.

Abby

Oh, te quiero, mi demonio.

Jason

No más que yo, pecosa.

Guardo el móvil mientras aviso de que ya vienen de camino. Media hora después tenemos las luces apagadas y la puerta se abre. Y un «¡Sorpresa!» hace que las dos peguen un respingo asustadas, pero también se les dibuja una sonrisa en los labios. Yo avanzo hasta ellas y primero abrazo a mi hermana. Después la suelto y aprieto a mi novia entre mis brazos, tan fuerte que creo que la meteré dentro de mí aunque ya la tenga en mi puto organismo. Beso sus labios al tiempo que la felicito y le digo cuánto la quiero.

—No me habías dicho que estabas planeando una fiesta —se queja.

—Era una sorpresa; si te lo decía, ya no lo sería, ¿no crees? —Niega riendo.

Me encanta cuando se ríe, cuando me muestra la felicidad que siente en este momento, y eso solo hace que la ame mucho más de lo que lo hago, o de lo que creía que llegaría a amarla alguna vez.

La fiesta se enciende, haciendo que todos bailen, beban y alguno que otro esté dándose el lote en los rincones del apartamento. Yo no veo la hora en la que todos se larguen y pueda llevarme a mi chica a nuestro apartamento para amarla durante toda la noche; también me muero por darle mi regalo.

Lo pasamos genial y no puedo evitar fijarme durante toda la noche en

cómo Carlos mira a Mina cuando está con su hermano Ángel. A mi hermana se la ve bastante enamorada de ese chico, aunque no puedo decir lo mismo de él. Ella es mayorcita ya y tendrá que elegir su propio futuro, así como hice yo con Abby.

Sobre las tres de la madrugada, damos por concluida la fiesta y puedo por fin llevarme a Abby. Vamos dando un paseo, ya que vivimos en el edificio de al lado, así que en menos de diez minutos estamos en nuestro apartamento. Cuando entramos, la cojo en brazos y ella enrosca sus piernas alrededor de mi cintura. Pego mis labios a los de ella, besándola con ferocidad, devorando su boca como llevo soñando toda la maldita noche, y ahora que estamos solos no pierdo ni un segundo en desnudarla y entrar en ella de una sola estocada.

—Jason —murmura, regalándome un gemido que llena mis sentidos.

Le hago el amor como tanto deseo, como tanto le gusta a Abby, y mientras estoy entrando en ella le digo que la amo con toda mi alma, a la vez que pienso en decirle algo importante, algo que me acojona, pero que estoy deseando hacer. Sé que somos jóvenes y sé que puede que no funcione, aunque ¿qué importa eso cuando estás al lado de la persona que amas, que te complementa?

—Abby —susurro.

—Mmm.

—¿Te casas conmigo? —Le hago la pregunta que ha estado rondándome la cabeza desde hace un tiempo.

Ella me mira, y con su mirada ya me ha respondido. Sus ojos se llenan de lágrimas a la vez que asiente con la cabeza. Beso sus labios sin esperar nada más, pues con eso es suficiente para hacerme ver que acepta.

Cuando terminamos, caemos rendidos en la cama y ella se aprieta contra mi pecho, posando su cabeza sobre este. Yo acaricio su cabello, mientras con la otra mano agarro la suya.

—Te amo con todo mi corazón —me dice al separar nuestros labios.

—Yo también te amo —respondo—. Sabes, te voy a llevar a Italia. —Se levanta como un resorte—. Es tu regalo de cumpleaños, pecosa.

Sonríe ampliamente y se pone a horcajadas sobre mí. Me siento con ella encima, quedando mi boca cerca de la suya, y nos besamos, fundiéndonos como si fuéramos lava ardiendo.

Si hace un año y medio me hubieran dicho que hoy estaría aquí, así y con

ella, no me lo habría creído, pero ¿sabes qué? Que si echase el tiempo atrás, haría exactamente todo igual; habría hecho que Abby me odiase para que luego me amase como lo hace ahora, como ambos nos amamos.

Ella es Abby Morgan, mi hermanastra, la chica que odiaba y que tanto detestaba, y ahora es la mujer que amo y que amaré eternamente, aunque vivamos en un peligro constante.

Capítulo 36

Abby

Dos años después.

—Para de moverte de una vez, Abby, ¿no ves que si sigues así te dejaré peor que el cuadro de *El grito*? —me dice Mina, quejándose como siempre, porque es lo único que sabe hacer desde que está con ese chico... Mmm, ¿cómo se llamaba? Ah, sí, Ángel, aunque de ángel no tiene nada.

Me quedo quieta, esperando a que termine, y cuando lo hace me sonrío como si estuviese loca. Me ayuda a levantarme y a ponerme el vestido de novia. Sí, hoy me caso con él, con Jason, y no veo la hora en la que me ponga frente a él y lo acepte para siempre.

Cuando por fin estoy completamente arreglada, Mina me acerca el espejo de pie que tengo en mi habitación y miro mi reflejo. Me emociono y ella me pega un puñetazo en el hombro, pues voy a estropear el maquillaje. La imagen de mi madre viene a mi mente y me gustaría tenerla conmigo ahora, en este momento tan importante para mí.

—No llores más, por favor, o tendré que maquillarte de nuevo —dice Mina abrazándome.

Solo han pasado unos minutos cuando Karen entra en la habitación y nos ve abrazadas, preocupándose al instante, pues no podemos creer que la felicidad exista de verdad. Desde que pasó todo, la vida nos ha ido bien, sin ningún percance que lamentar, y no estamos acostumbrados a eso.

—Chicas, ¿pasa algo? —se preocupa. Nosotras nos separamos y Karen me ve—. Oh, Abby. Estás preciosa. —Se acerca a mí y me abraza con cariño—. Cuando tu padre te vea se va a emocionar muchísimo.

—Lo sé.

—Vamos, el coche espera fuera.

Estamos en California, así lo decidimos Jason y yo. Queríamos una boda en la que nuestros más allegados no tuvieran ningún problema para estar este

día con nosotros, y los únicos que han viajado han sido Carlos y su hermano Ángel. Creemos que Mina tiene algo con el hermano de nuestro amigo y, aunque no me cae demasiado bien, si fuera verdad, la apoyaríamos como siempre.

Salimos de casa y Carlos, al verme, se emociona. Es el mejor amigo que he podido encontrarme en el camino y lo quiero mucho. Avanzo hasta él y, tras un abrazo, me ayuda a subir al coche. Mina se sienta a mi lado, es mi dama de honor, y Karen lo hace en el asiento del copiloto.

Ya todos esperan en la Capilla Wayfarers. Es una pequeña capilla que se encuentra en Rancho Palos Verdes. Siempre me pareció un lugar mágico en donde dar el «sí, quiero», y cuando decidimos que era el momento de dar el paso no lo dudé un segundo y lo preparamos todo entre Mina, Karen y yo. Estoy emocionada, demasiado, y no sé si voy a aguantar mucho sin derramar alguna lágrima más.

El camino se me hace eterno, demasiado largo, y no veo la hora en la que lleguemos y vea por fin a Jason esperándome en esa preciosa capilla llena de flores. Es como un sueño hecho realidad.

—Abby, por favor, deja de llorar —se queja Mina.

—Vale, lo siento... pero es que no puedo evitarlo. Estoy feliz.

—Estamos llegando —anuncia Carlos, y mi cuerpo empieza a temblar debido a los nervios.

Mina se gira y me obliga a que yo haga lo mismo. Me mira con una sonrisa de esas sinceras con las que te hace creer que todo ha merecido la pena, que las decisiones tomadas fueron las acertadas.

—Ahora vas a entrar ahí con la mejor sonrisa que tienes y vas a casarte con mi hermano, ¿de acuerdo? —Asiento—. No sabes lo orgullosa que estoy de que hayas entrado en nuestras vidas. Te quiero, Abby.

—Es la primera vez que me dices eso, Mina.

—Lo sé, y espero que no tenga que volver a hacerlo. —Reímos—. No, en serio. Nuestro comienzo como hermanastras fue desastroso, pero no porque te odiase, sino porque tenía miedo de volver a querer a mi hermano y que desapareciera de nuevo —declara con un hilo de voz. Yo solo puedo acercarme a ella y abrazarla fuerte, muy fuerte.

—Nunca me perderás —respondo con cariño.

—Chicas, llegó la hora —interviene Karen.

El vehículo se ha parado y no nos hemos dado cuenta. Con la ayuda de Carlos, salgo del coche; mi padre me espera parado al lado de un árbol. Está tan guapo como cuando se casó él. Camina hasta mí con una hermosa sonrisa y me abraza con delicadeza, con miedo a estropear al vestido. Al separarse, me hace girar para poder observarme mucho mejor. Se fija en mi vestido y sus ojos se llenan de lágrimas al reconocerlo. Es el vestido de mi madre, arreglado para mí; es completamente de seda, con un sobrepuesto de encaje cerrado hasta el estómago y que se abre luego para crear una pequeña cola.

—Eres la novia más guapa de todas, hija —dice emocionado.

—Y tú el padrino más bello.

Ambos sonreímos y nos quedamos en silencio unos segundos hasta que Karen nos apremia para que entremos de una vez. Mi padre extiende su brazo para que lo agarre y comenzamos a caminar despacio. Estoy nerviosa, emocionada, y si no fuera porque mi padre me tiene agarrada, me caería en este instante. Cuando entramos, una melodía perfecta comienza a sonar y no puedo evitar soltar una pequeña lágrima al darme cuenta de que se trata de la canción de Christina Perri, *A thousand years*. Es la canción perfecta para nosotros.

No puedo evitar buscarlo con la mirada, viendo muy lejana la llegada al altar. Entonces lo veo y él me mira con intensidad, como me miró la primera vez que nos vimos y me hizo conocedora de sus sentimientos desde aquel momento. Jason se enamoró de mí, al igual que yo de él, y desde entonces hemos sido el uno para el otro, sin importar qué, sin esperar nada, sin pensarlo dos veces. Nos amamos, solo eso.

Llegamos hasta Jason; mi padre me entrega al amor de mi vida y él me recibe con la mejor de sus sonrisas. Yo me derrito al instante. Coge mis manos y se las lleva a los labios.

—Estás hermosa —murmura cerca de mi oído. Yo me sonrojo.

—Tú estás... ¡Uf! —Suspiro. Él sonrío de lado.

Jason lleva un smoking negro, camisa blanca y pajarita roja. Está guapísimo. El sacerdote pide a los invitados que se sienten y, cuando lo hacen, comienza la ceremonia. Ambos estamos nerviosos y eso se nota.

Mientras el sacerdote habla, contando algunas cosas de nosotros, ya que

tuvimos una entrevista con él en la que le relatamos las cosas más importantes, todos nos miran, y nosotros tenemos nuestros ojos clavados en el otro. No puedo dejar de mirarlo, de imaginar mi vida junto a él a partir de este momento. Nos hace decir nuestros votos y claramente los pensamos en este momento, pues con los nervios ni recordamos lo que íbamos a decir. Todos ríen cuando se dan cuenta de que no tenemos nada preparado, pero, aun así, todas las palabras que nos decimos son preciosas. Cuando termino yo, mis mejillas están mojadas por las lágrimas y Jason sube sus manos para secarlas con dulzura.

—No llores más, mi amor —me dice—. Yo tampoco tengo nada preparado, pero no importa, porque lo que siento por ti es tan grande que no se mide con palabras. —Sonrío sin dejar de derramar lágrimas—. Llegaste a mí siendo la persona que más iba a odiar en este mundo, sin darme cuenta de que lo único que conseguiste fue entrar en mi corazón de una manera brutal.

Escuchamos un «oh» por parte de los invitados y nos quedamos en silencio unos segundos.

—Lo que quiero decir es que te amo y que si tuviera que echar el tiempo atrás, haría exactamente lo mismo. Porque no importa lo que pierda en esta vida si con eso te tengo a ti. Te amo, ratita.

—Yo también te amo, mi demonio.

Sin esperar a que nos digan que ya somos marido y mujer y que podemos besarnos, Jason agarra mis mejillas con ambas manos y me acerca a él para darme el mejor beso jamás contado.

Porque le quiero, porque me quiere y porque nos merecemos ser felices, nos hemos dado la oportunidad de cumplirlo, de hacerlo sin mirar atrás.

Media hora después estamos en el jardín donde se celebra la fiesta, disfrutando de este precioso momento con las personas que más amamos en esta vida. Nuestra familia está contenta por nosotros, y yo con eso ya soy del todo feliz.

—¿Lo está pasando bien la señora Harris? —murmura en mi oído, erizándome la piel al completo.

—Mejor de lo que había imaginado, ¿y tú?

—Ahora no hay motivos para no ser feliz —declara, abrazándome con fuerza.

Nuestros ojos se encuentran y no puedo evitar soltar un suspiro al comprobar que es real, que todo lo que está pasando a nuestro alrededor es lo que habíamos soñado y que, después de todo, los sueños se cumplen. Jason besa mis labios con una delicadeza que casi me mata y un gemido sale desde lo más profundo de mi alma, haciéndole ver lo deseosa que estoy de ser tomada por él. Lo necesito, necesito que me haga suya de una vez por todas.

Sin despedirnos, nos escapamos, corremos hasta la salida donde está el coche de mi padre; sin pedir permiso entramos y, por suerte, ha dejado las llaves puestas.

—¿Será el destino? —inquire Jason. Yo asiento sin borrar la sonrisa de mis labios.

Cuando arranca, escuchamos los gritos de todos detrás nuestra y miro hacia ellos. No están enfadados, al contrario. Lo único que hacen es alzar las manos para despedirse. Yo saco mi mano y hago lo mismo. Una lágrima traicionera se escapa de mi ojo derecho y me la seco inmediatamente. Me niego a llorar, me niego a ser de nuevo infeliz. Lo único que deseo en este momento es ser la mujer más dichosa de este mundo, y sé que lo hemos conseguido.

Me enderezo en mi asiento y miro a mi esposo. Jason tiene la vista fija en la carretera, pero sabe que yo lo estoy mirando; su mano se acerca a la mía y me agarra con fuerza.

—¿Dónde quieres que te lleve, pecosa? —me pregunta.

Una carcajada escapa de mis labios. Yo sé realmente a dónde quiero ir, aunque qué más da donde vayamos mientras sea juntos.

—Al fin del mundo si es contigo, mi demonio.

Para el coche antes de incorporarse a la autovía y, sin esperarlo, coge mis mejillas y me besa con frenesí, con una pasión desgarradora que hace que mi pecho explote. Al separarnos, pega su frente a la mía y sus ojos me miran fijamente, clavándolos directamente en mi alma, grabándolos a fuego en mi memoria por el resto de nuestras vidas.

—Sea donde sea, tú eres mi hogar, Abby Morgan.

Y sus palabras hacen que estalle en llanto, pero esta vez es de alegría, de dicha. Vuelve a besarme y aquí, en esta carretera solitaria, donde nos hemos parado por unos instantes, me hace el amor con los labios.

Epílogo

Abby

—Vamos, pecosa. No me creo que seas tan lenta —se queja tirando de mí para que subamos más arriba.

Son demasiados escalones los que hay y cada vez que miro hacia arriba me mareo.

Hace dos días que estamos en Santorini, Grecia, nuestra primera parada del viaje de novios. Aquí pasaremos dos semanas y después iremos a Italia a casa de mis abuelos. Tengo muchas ganas de verlos.

—No puedo más, Jason —digo sin aliento.

Se para a mi lado y me da la botella de agua que hemos traído. Él y su manía de conocerlo todo el mismo día, con lo bien que estábamos en la piscina del apartamento que hemos alquilado para estos días. Pero no, él quiere verlo todo desde arriba y después volver a bajar para ir a bañarnos a la playa. Bebo agua bajo su atenta mirada y, tras acabar y comprobar mi estado, volvemos a subir escaleras.

—Mira qué vistas —anuncia cuando llegamos arriba.

Ciertamente dice la verdad, es una belleza lo que tenemos frente a nosotros y al final ha sido buena idea el haber subido hasta aquí.

Nos sentamos en uno de los muros blancos y nos quedamos aquí por un buen rato, mirando todo a nuestro alrededor. Apoyo la cabeza en el hombro de Jason y suspiro para recuperar el aliento. Él pasa su brazo encima del mío y me pega mucho más a él, acariciando mi brazo de arriba abajo con dulzura.

—Es una maravilla —declaro, alzando la vista para mirarlo a él.

Jason entrelaza su mirada con la mía y, tras guiñarme un ojo, besa mis labios con todo el amor que siente por mí. Si echo la vista atrás, nunca habría imaginado estar viviendo este momento junto a él, el hombre al que odiaba y al que ahora amo con toda mi alma. Soy feliz, ahora sí que la felicidad ha entrado en mi pecho y en mi vida, y no creo que pueda salir nunca, menos sabiendo que él es el causante y que seguirá siéndolo.

Llevamos media hora aquí y el sol pica bastante, así que nos levantamos y comenzamos a bajar las escaleras corriendo como si fuéramos dos niños pequeños. Jason coge mi mano con firmeza para impedir que ruede escaleras abajo. Siempre he sido un poco patosa y esto solo hace que recuerde el día que abrió la puerta de mi habitación y caí de rodillas ante él. Ese día ya lo amaba, aunque creo que lo amé desde que lo escuché la primera vez llamarme ratita.

—¡Corre, Abby! —grita cuando hemos llegado abajo.

Hago lo que me dice y, tras quitarme el vestido blanco que llevo puesto, quedándome con un bikini rosado, corro hasta la orilla donde ya me espera él con los brazos abiertos. Jason me alza para que enrosque mis piernas alrededor de su cintura y comienza a caminar hasta alcanzar más profundidad en la playa. Me mira y asiente, para luego bajar y hundirnos a ambos bajo el agua. Aquí abajo me besa con dulzura y siento como mi sexo se contrae al sentir sus manos en mis nalgas, apretándolas. Subimos de nuevo y Jason, sin quitarme los ojos de encima, con uno de sus dedos desliza la parte de abajo de mi bikini para luego entrar en mí de una sola estocada, llenándome por completo. Mira alrededor nuestro, comprobando que nadie nos vea.

—Tranquila, ratita. No hay nadie que pueda vernos —murmura, y muerde el lóbulo de mi oreja.

Un gemido sale de mis labios, un gemido que es ahogado por sus labios y guardado en su corazón. Lo sé, así me lo demuestra en todo momento. Jason se mueve despacio, llevándome al maldito infierno que tanto me quema; ni el agua del mar consigue enfriar mi cuerpo ya ardiente.

—Me vuelves loco.

Una, dos, tres y mil estocadas más en mi interior hacen que mi sexo se contraiga, anunciándole el orgasmo que crece en mi interior. Jason aumenta el ritmo, volviéndome loca, y, mordiendo su labio inferior, llegamos al clímax juntos. Nos quedamos quietos, sin poder movernos, y yo apoyo mi cabeza encima de su hombro, calmando mi respiración. Ambos estamos agitados y, sin esperarlo, baja de nuevo para volver a sumergirnos. Solo unos segundos y sube para soltar una carcajada al ver mi ceño fruncido.

—Oh, Jason, ¿por qué no me has avisado? Casi me ahogo —me quejo, pero no me da tregua para una discusión y pega sus labios a los míos.

Mi cuerpo se relaja mientras sus brazos me aprietan contra su pecho con fuerza. Escucho los latidos de su corazón y siento como el mío se acelera, cogiendo el mismo ritmo que el suyo.

—Te amo. —Miro sus ojos—. Más de lo que un día llegué a creer.

—Yo te amo desde el mismo instante en que escuché tu voz por primera vez.

—Oh, no te creo. Siempre intentabas sacarme de quicio —le recuerdo.

—Pero porque era la única manera de hablar contigo sin ser descubierto. No quería que vieras que me moría por ti, y así podía estar a tu lado. —Le pego en el hombro divertida.

—Me alegro de eso entonces.

Nuestros labios se encuentran de nuevo, dándose ese calor que nuestros corazones emanan desde el interior, asegurando lo que hemos dicho segundos antes y afirmando que será para siempre. No confiaba en él, aunque no lo hacía en nadie, pero una parte de mí siempre supo que Jason Harris, o, como yo digo, Jason «el malote» Harris, entraría como un huracán en mi alma y con su fuego quemaría todo a su paso, tanto que consiguió quedarse aun sabiendo que podría destrozarme. No lo hizo, de eso no cabe duda. En cambio, consiguió hacerme la mujer más feliz de este mundo y no cambio nada de lo que hemos vivido si con eso lo tengo conmigo.

Fin

Agradecimientos

Por donde empezar a agradecer. Estaría escribiendo por horas, así que me decantaré por algunas personas que son importantes en mi vida. Mi Gara, mi niña preciosa que me escucha y aconseja mil veces si hace falta. Sabes que te adoro. Toñi Fernández, Raquel Sevilla (*Mis totos*) que haría sin ellas en mi día a día. Fanny Ramírez, eres de esas personas que necesito escuchar a diario porque sin eso, sería como no lavarse la cara por la mañana. A mis mosqueteras; Jess Dharma, Rachel Rp y Arwen Mclane. Os habéis convertido en personas muy importantes para mí. Por último, pero no menos importante; Rocío, ay mi Rocío. Otra persona que ha llegado a mi vida con tanta fuerza que no hay quién la saque. Os adoro a todas.

Y no podía dejar atrás a mis musos; Daniel Illescas y Raquel Durán. Sin ellos esta historia no habría seguido adelante.

A Teresa, editora de Ediciones Kiwi. Mil gracias por tanto.